

PAGINAS HISTORICAS

DE LA

Independencia Americana.

RECOGIDAS POR J. J. MOLINA.



MEDELLIN.

IMPRENTA REPUBLICANA.

PROLOGO.

La historia de la independencia americana tiene mil y mil episodios bellísimos, contados por distinguidos escritores, en narraciones amenas y en romances primorosos.

Esas páginas se hallan esparcidas en periódicos, revistas y folletos publicados en épocas y lugares distintos, y no es tarea fácil darse á recogerlos, aquí donde es escaso el movimiento literario sur-americano.

Nos ha parecido, por lo mismo, que debíamos aprovechar la ocasión que se nos brinda de dar pábulo al folletín de la "Voz de Antioquia", para hacer la recopilación indicada, hasta donde nos lo permitan nuestros recursos, ya que por otra parte poseemos muchas publicaciones hispano-americanas poco conocidas en el Estado.

De antemano podemos asegurar á nuestros abonados, que las piezas que habremos de publicar tendrán la amenidad de los estudios literarios y el interés consiguiente á los trabajos históricos.

Con estudiado desorden pasaremos de Bolívar á San Martín, de Sucre á Necochea, de Paéz á Córdoba, de Ricaurte á Acevedo Gómez, é insertaremos ya un estudio de Blanco, otro de Quijano Otero, otro de Palma, otro de Tejera, otro de Mitre, otro de García del Río, ó de Pérez, ó de Ortiz, ó de Vicuña Mackena, ó de Azpurúa &^a para que el lector halle á la vez la variedad de estilo y la diversidad de acontecimientos, pero en todos ellos la unidad del más ardoroso entusiasmo por la independencia sur-americana.

Por lo demás, es posible que en algunas ocasiones la imaginación y la verdad histórica no recorran líneas paralelas. El discreto lector sabrá hacer la distinción conveniente y guardará en la memoria lo que sea digno de conservarse en ella.

Medellín, 11 de Diciembre de 1883.

JUAN JOSE MOLINA.

LAS QUESERAS.

3 DE ABRIL DE 1883.

I.

HE aquí una de aquellas páginas gloriosas que bastan de por sí para enaltecer toda una época. Uno de aquellos episodios magníficos de nuestra guerra magna que, en el transcurso de los tiempos, aparecerán como robados á la Fábula. Un hecho de armas, en fin, que nada envidia á los combates prodigiosos de la antigüedad.

¿Quién llena aquella página? ¿Quién es el moderno Aquiles, el héroe legendario, émulo sin saberlo de los héroes de Homero?

Un oscuro pastor de nuestras pampas, uno de esos granos de arena imperceptibles que el huracán de las revoluciones arrebató del polvo, vivifica con su aliento de fuego, hace girar en el torbellino de las batallas, acrece, inflama y pule en la rotación continua y sucesiva de acontecimientos trascendentales, y levanta luego á la altura de los astros.

¡Misteriosos encumbramientos!

Trasformaciones raras, las cuales no debemos atribuir ciegamente al acaso.

Nó. En el polvo que sacude y esparce el soplo de las grandes revoluciones, como en las capas no exhibidas de opulento venero, existen partículas preciosas, arenas de oro, átomos de diamante, embriones microscópicos de cuerpos gigantes: esos los elegidos, esos, los que mediante el superior designio del Genio poderoso que preside y dirige el destino de naciones y pueblos, alcanzan un desarrollo sorprendente. De resto cuando el huracán ha dejado de agitar sus alas formidables, cuando el sacudimiento revolucionario desfallece por impotencia ó se pierde en la serenidad de los hechos radicalmente consumados, el polvo ordinario vuelve al polvo; como la espuma, las

medianías encuentran su sepulcro en la normalidad y en la calma, y el nivel alterado un instante se extiende inexorable.

Para los unos, luz; para los otros, sombras.

"Parcialidad de la fortuna," exclaman los no favorecidos, y, como siempre, se refiere al acaso lo que viene de Dios.

II.

DESDE el sometimiento de la América á sus conquistadores, el estruendo de las armas y los rugidos siniestros de la guerra, no despertaban los ecos de nuestras montañas.

La cautiva de España abandonada á su destino, sufría en silencio el pesado letargo de la esclavitud. Nada le recordaba un tiempo menos desgraciado; nada le hablaba en aquel lenguaje halagador de las propias y brillantes proezas, en que aprenden los pueblos en la infancia á venerar el suelo donde nacen y á amar el sol que lo fecunda. Las mismas tradiciones de la conquista habían sido olvidadas. Las generaciones se sucedían mudas; sin que los padres trasmitiesen á los hijos uno solo de esos recuerdos, conmovedores por gloriosos, que exaltan el espíritu y alimentan por siempre el patrio orgullo. Sin fastos, sin memorias, sin otro antecedente que el ya remoto ultraje hecho á la libertad del nuevo mundo, y las huellas de cien aventureros estampadas en la cerviz de un pueblo, nuestra propia historia apenas era un libro en blanco y nadie habría podido prever que, no muy tarde, se llenarían sus páginas con toda una epopeya.

En cambio, adoptábamos como nuestras las glorias castellanas. Era este un consuelo, no una satisfacción.

Para los pueblos todos, vivir sin propia gloria equivale á vivir sin propio pan, y la mendicidad es degradante.

El Cid, Gonzalo y don Pelayo, eran los héroes de todas las leyendas. La conquista de Granada, el poema por excelencia: nuestros padres se lo sabían de memoria. Como se vé, la poesía del heroísmo nos venía de allende los mares.

Con todo, no era poco para quien nada poseía.

A veces una chispa de fuego deslumbra como el sol.

En la lóbrega oscuridad de perdurable noche, todo lo que nos es profundamente negro semeja claridad, luz, que anhela el que gime en el fondo del antro, como una providencia, que estima, ama y bendice no importa de donde ella le venga: de los resplandores del cielo ó de las llamas de un auto de fe.

Sin embargo, aquel huésped sedicioso que se escurría como de contrabando, no llegaba á inquietar á los guardianes del paciente rebaño.

Mientras que la poesía nos viniera de España, no había razón para temerla; á más de que el abatimiento colonial parecía deprimir, sin sacrificio, toda noble tendencia, toda elevada aspiración.

La vida corría monótona, por lo menos, sin combate aparente, y con la

docilidad de un manso río, se deslizaba aprisionada entre la triple muralla de fanáticas preocupaciones, silencio impuesto y esclavitud sufrida que le servían de malecones.

Nada respiraba: artes, industria, ciencias, metodizadas por el temor y la avaricia, desmayaban á la sombra del régimen cauteloso en que se las toleraba.

Como polvo al fin, el pueblo vivía pegado al suelo: no existían vendables que lo concitasen.

Silencio y quietud era nuestra impuesta divisa. Y privados de nuestros derechos no existíamos para el mundo.

Sólo el trueno que rugía sobre nuestras cabezas, y las convulsiones misteriosas que estremecían la tierra bajo nuestros piés, eran los únicos perturbadores que, á despecho de la corona de España, osaban atentar contra el silencio y la quietud letárgica de la colonia.

Plena era, pues, la confianza de los dominadores en la presa que retenían y en la seguridad con que se la guardaba: confianza autorizada por la experiencia de la muerte moral á que condena el vasallaje: seguridad que abonaba, más que la fuerza misma empleada en sostenerla, el viejo nudo de tres siglos que aseguraba al cuello de la víctima el estrecho dogal del cautiverio.

Ceguedad!—Entre las sombras de lo imprevisto por los conculcadores, en todo tiempo, de los sagrados derechos de la humanidad, está oculta esa fuerza violenta, activa, poderosa, que animada de pronto, cambiar puede, á su arbitrio, la suerte de los pueblos, la faz de las naciones y aniquilar la obra de los siglos.

La fuerza se anima. La revolución estalla, *et mortui resurgent*.

De súbito, un grito más poderoso aún que los rugidos de la tempestad: un sacudimiento más intenso que las violentas palpitaciones de los Andes, recorre el continente. Y una palabra mágica, secreto de los siglos, incomprendible para la multitud, aunque propicia á Dios, se pronuncia á la faz del león terrible, guardián de las conquistas de Castilla. El viento le arrebató y la lleva en sus alas al traves del espacio, como un globo de fuego que ilumina y espanta. Despiertan los dormidos ecos de nuestras montañas, y, cual centinelas que se alertan, la repiten en coro. Las llanuras la cantan en sus palmas flexibles. Los ríos la murmuran en sus rápidas ondas. Y el mar, su símbolo, la recoge y envuelve entre blancas espumas y va á arrojarla luego, como reto de muerte, en las playas que un día dejó Colón para encontrar un mundo.

Las grandes revoluciones guardan cierta analogía con las ingentes sacudidas de la naturaleza, sus efectos asombran, su desarrollo no se puede augurar. Ambas obedecen á una misma impulsión, á un oculto poder, á una suprema fuerza. Ambas se hacen proceder de siniestros rumores. Ambas estallan con estrépito. Y ambas tienen también ruidosas y peculiares manifestaciones que á veces se confunden: la una el trueno, la otra el rugido. Sin embargo, el contraste entre ellas suele ser tan grande que llega hasta la antítesis: la tempestad abate: la revolución levanta. La una esteriliza, la otra fecunda. Dios está sobre todo y tiene sus designios.

Al grito de libertad que el viento lleva de uno á otro extremo de Venezuela, con la eléctrica vibración de un toque de rebato, todo se conmueve y palpita; la naturaleza misma padece estremecimientos espantosos; los ríos se desbordan é invaden las llanuras; ruge el jaguar en la caverna; los espíritus

se inflaman como al contacto de una llama invisible; y aquel pueblo incipiente, tímido, medroso, nutrido con el funesto pan de las preocupaciones, sin ideal soñado, sin anales, sin ejemplos; tan esclavo de la ignorancia como de su inmutable soberano, rebaño más que pueblo; ciego instrumento de aquel que lo dirige, cuerpo sin alma, sombra palpable, haz de paja, seco al fuego del despotismo colonial, y sobre el cual dormía tranquilo como en lecho de plumas el león robusto de Castilla; aquel pueblo de párias, transformóse en un día en pueblo de héroes. Una idea lo inflamó: la emancipación del cautiverio. Una sola aspiración lo convirtió en gigante: la libertad.

El cañón, la tribuna y la prensa, esos perpetuos popularizadores de las revoluciones, rugieron á la vez: y tenaz, heróico, cruel y desesperado, se entabló el gran proceso, la lucha encarnizada de nuestra independencia.

La República implantada de improviso, hace frente á la vieja monarquía: la Libertad al despotismo.

Deducid el encono: estimad el estrago:

Osar á la emancipación, era osar á la Libertad: el mayor de los crímenes para los sostenedores del principio monárquico colonial.

En 1810 como en 1789, la libertad era un cáncer social; que exigía, como único tratamiento, el cauterio. España no lo economizó en sus colonias; pero el hierro y el fuego fueron ineficaces.

Sobre doscientos mil cadáveres levantó Venezuela su bandera victoriosa; y como siempre en los fastos modernos, la República esclarecida en el martirio se irguió bautizada con sangre.

III.

HASTA el confin de nuestras pampas llega el eco sonoro de la Revolución: ruido extraño amedrenta á los tímidos, pero que enardece la noble emulación de los corazones generosos.

Sobresaltado, atónito, como si despertara de improviso del más profundo sueño, un joven pastor, presa hasta entonces de inclemente destino, escucha el ruido misterioso que invade y estremece la desierta llanura; y cual si á nueva vida le llamase aquel grito de rebelión contra el despotismo colonial, levanta al cielo los ojos y el espíritu, sondea el abismo en que se hallaba sepultado, mide sus propias fuerzas, robustecidas de improviso por una aspiración desconocida, y deslumbrado por los nacientes resplandores de una noble ambición, por vez primera, se cree digno de más alto y mejor destino. El reclamo de la patria es una imposición del cielo: forzosos es obedecer.

Con un rasgo de audacia hace pedazos la cadena oprobiosa de la indolencia que le atara á eterna esclavitud: abandona el rebaño que apacienta, cambia el cayado por la lanza y, de las sombras del vasallaje que le ocultan á los halagos de envidiable fortuna, se arroja al escenario inmenso de futuras y brillantes proezas.

Ahí le teneis, apuesto, pero sin vanidad, dominando los ímpetus del salvaje corcel de nuestras pampas; confiado en el destino, como si ya el augur de

los presagios hubiera deslizado en su oído el secreto del porvenir; y armado la diestra de aquella lanza poderosa, cuyo brillo hizo palidecer el sol glorioso de la invencible España.

Sér anónimo, entre los laureles de la victoria, encontrará no tarde un nombre esclarecido. El pastor se transforma en guerrero; el guerrero en héroe; el héroe... en Páez.

Semejante á un centauro extraviado, se ostenta sólo en medio á la llanura; el viento agita las revueltas crines del impetuoso bruto que, refrena un instante para sondear el horizonte, y escachar conmovido el lejano fragor que retumba en el bosque y se dilata en los desiertos.

La guerra ha desencadenado sus violentos huracanes. El fuego de las batallas enrojece el cielo. Ruge el bronce como el león cuando despierta. La tierra se estremece poseída de sorpresa y pavor.

Empero estas inexplicables convulsiones de la naturaleza no provienen tan sólo del estruendo de las armas, del encono de las pasiones, del choque de contrapuestos bandos; nó, hay algo extraordinario y portentoso oculto en aquel laberinto de fuego, en aquella algazara inaudita de lamentos, víctores, en aquel caos de sangre, lágrimas, aspiraciones gigantescas, crímenes y heroísmo, capaces de conmover al mundo.

En medio de tan insólito fragor, algo extraño se presiente, algo indeciso comienza á divisarse. La tempestad revolucionaria no se desenvuelve en las tinieblas, un relámpago perpetuo, como una antorcha inextinguible la ilumina y la inflama.

¿Qué pasa? qué acontece?

Un prodigio. La aparición de un genio sobrehumano: Bolívar, armado cual Minerva; y la América ocupando un alto puesto entre las madres de los Genios inmortales.

La campaña de 1813 es un eslabonamiento de milagros. Sus trofeos somborean la cuna del Gigante. Ella es el primer paso de Bolívar, de aquel astro errabundo cuya inmensa estela fué una vía lactea de centellas.

Páez escucha con arrobamiento el rugido que recorre el espacio, los clamores que se elevan de la tierra; ve á lo lejos los destellos del sol deslumbrador, que se levanta en el cielo de la Patria; aspira el fuego eléctrico del heroísmo en los relámpagos de Niquitao; se enardece con el estrépito victorioso de Horcones y queda absorto ante el glorioso triunfo de Taguanes.

Oh! yo también, exclama blandiendo la pujante lanza; yo también quiero puesto de honor en el cortejo de ese genio mimado por la gloria. Y ansioso de compartir el triunfo ó el martirio de aquel nuevo Prometeo, suelta la rienda al bruto palpitante y va á romper su primer lanza sobre el escudo de oro que marca la página primera de aquella su historia portentosa. A su alrededor, como en torno á una bandera que protege y glorifica, se agrupan y galopan tras él, aquellos hijos de las pampas, ardientes, belicosos, indómitos, semi-salvajes; peces, leones y centauros á un tiempo; señores de la llanura, vencedores del cocodrilo, del caballo salvaje, del toro y del jaguar; sin freno conocido hasta entonces, libres como el viento á pesar de la España y del Gobierno colonial. Todos se juntan al rededor de Páez, del gladiador intrépido á quien no pueden vencer en los ejercicios corporales, ni en los combates singulares que suscitan las violentas rencillas; á quien tienen por invulnerable, á quien aman y respetan como á un sér superior. La cabeza y el dorso, expuesto á veces al sol abrasador de las llanuras; sin arneses, sin mantas, combatiendo á la vez

que domando al reacio animal que les brinda indómito rebaño; sin Dios ni ley, ni estímulo que no sea el del común peligro, siguen á Páez, como las tribus nómades de los pastores del desierto, á aquel de entre los suyos que tienen por más fuerte, que estiman por más sabio.

IV.

Lo que al principio apenas agrupamiento de partidarios, no tarde se convierte en ejército. Ejército numeroso, á cuyas alas, como atraídos por misterioso imán, corren á incorporarse los dispersos de todas armas que cruzan la llanura: el errante pastor, el guerrillero astuto, el derrotado; con ellos, generales sin tropas, sacerdotes arrojados de sus templos, ancianos venerables, niños sin padres, mujeres sin esposos, perseguidos por la ferocidad del enemigo; hombres de ciencia, ánimos turbulentos, patriotas ilustres y ambiciosos sin freno, á quienes las revoluciones, la guerra y el tumulto brindan siempre halagos infinitos. La muerte de Boves, y el desprecio que de los vencedores en 1814 hacen Morillo y sus orgullosos expedicionarios. Llevan á las filas del ejército de Apure, expertos jefes y aguerridos soldados. Luego, en la lucha, lo que el cañón devora, lo que merma el acero inclemente de nuestros opresores, lo rehace el prestigio, lo recupera y multiplica la popularidad creciente de un caudillo siempre victorioso.

Entre tanto, asaltos, escaramuzas, combates y batallas, se suceden sin tregua.

La fama pregonaba hechos heroicos que embelesan y pasman.

A Estanques, con sus Termópilas y sus proezas mitológicas, sigue la Mata de la Miel, batalla nocturna donde las sombras velan la sangre y el estrago, no el heroísmo que hace resplandecer como centellas los laureles del triunfo. Luego viene el Yagual, con sus violentos y terribles asaltos. Y Mucuritas (1) con sus catorce cargas de caballería que asombran, á la vez que acuchillan los fatigados tercios españoles. Y la presa de la flotilla, en aguas del Apure, inaudito abordaje sin ejemplo en la historia, de ginetes á nado contra barcas armadas de cañones. Después la toma de San Fernando, obra de la tenacidad. Y el Rastro, tumba gloriosa de Genaro Vásquez. Y la atrevida ocupación de San Carlos. Y la disputada victoria de Cojedes. Y la espantosa carnicería del Guayabal. Y Carabobo, pirámide de gloria. Y el asalto de Puerto Cabello, prodigio de gigantes. Y ciento y más combates heroicos y sangrientos, sacrificios á oscuras, laureles sin brillo, proezas sin renombres, encuentros al acaso, más terribles á veces que las batallas que encarece la fama, que relata la historia. Y sobre todos ellos, sobre la lucha en las

(1) Hablando de esta acción escribía Morillo: "Catorce cargas consecutivas sobre mis cansados batallones, me hicieron ver que aquellos hombres no eran una gaviota de cobardes poco numerosa como me habían informado, sino tropas organizadas que podían competir con las mejores de S. M. el Rey."

tinieblas, y la victoria entre relámpagos, cual si fuera coronamiento de la elevada cima de los triunfos, un imposible de osadía y de arrogancia extrema, realizado entre aplausos; LAS QUESERAS! duelo fantástico, deslumbramiento de águila, que sobrepuja todo cuanto la imaginación puede forjarse de prodigioso por heroico, de maldito por aventurado.

¡Cuanta constancia, cuántos sacrificios, cuánto esfuerzo, para escalar la altura donde sólo el condor osa posar su vuelo; y sin embargo, cuán fácil nos parece de lejos arrostrar la montaña, trepar por sus pendientes, salvar sus precipicios, vadear sus torrentes, alcanzar con pie firme las empinadas cumbres, y dominar la cima, sin fatiga y sin vértigo, levantado el espíritu y sano el corazón!

Oh! nada tan ilusorio como las pretensiones inconscientes.

Osad, aventuráos y sabréis cuanto cuesta levantarse una línea del nivel ordinario.

La historia no da cuenta del número de victorias parciales, que han sido necesarias para lograr uno sólo de aquellos triunfos resonantes á que va unido el renombre de Páez. Ella estima en conjunto, aprecia en globo y analiza, aunque someramente, el esfuerzo común, sin detenerse en los detalles, en el grano de arena que acumulándose forma la pirámide. Ella no alcanza á divisar sino las cúspides, pocas veces los cimientos.

Seamos prolijos, y el asombro que produce lo inmenso de lo desconocido pagará nuestra curiosidad.

Cada uno de aquellos triunfos, no es siempre el resultado del esfuerzo inteligente y colectivo. En casi todos ellos la multiplicación de ventajas parciales deciden de ordinario.

Con harta frecuencia en el ejército de Apure, los combates y las batallas se libraban solo al arma blanca. Eran aquellos nuestros tiempos heroicos. La lucha se empeñaba cuerpo á cuerpo; nuestros jefes buscaban en medio del tumulto á los jefes realistas para trabar con ellos personales combates; cada cual á su vez, oficiales y tropa, escogían sus contrarios: la antipatía, el odio, la venganza presidían á la elección. Toda lucha personal terminaba con la muerte. El vencedor emprendía nueva lid, y si el brazo no desmayaba y le era propicia la fortuna, acometía otra vez, y otra y ciento hasta perder la vida ó la espantosa cuenta de los que arrojaba al polvo muertos ó agonizantes. Duelo terrible, interminable, desastroso, propio de los antiguos circos, y sólo comparable á los dramas sangrientos en que recreaba sus feroces instintos el gran pueblo romano. El aglomeramiento, si así puede decirse, de estos duelos parciales, formaba la batalla. La suma de victorias individuales complementaba el gran triunfo. Ah! ¿cuánta pujanza, y brío y heroica resistencia no se hacía necesaria para afrontar tantos peligros? ¿Cuánto acopio de fuerza, agilidad, pericia, arrojo y valentía para conjurar todas las amenazas, dominar los contrarios esfuerzos y salir vencedor? El jefe y el soldado se codean en medio del combate y cada cual llena cumplidamente su deber; con la sola diferencia de que, el primero hace á la vez de general y de soldado; manda y acomete, ayuda y se defiende, acude á todas partes, ve por todos aquellos ojos, de ira ó de entusiasmo ciegos, anima, encomia, castiga, vilipendia, estimula con el heroico ejemplo y riñe cuerpo á cuerpo como un simple lansquenet de la edad media.

Faena de titanes!

Exigencias de un orden superior hacen aún más difícil la realización de

tan repetidas proezas. Para aquellos hombres rústicos pero poseídos de heroica emulación que forman en gran parte ejército de Apure, el jefe que los manda está obligado, por un tácito acuerdo, á ser omnipotente. Páez no desmintió jamás tan aventurada pretensión; pródigo de su vida la juega sin escrúpulo en todos los encuentros; en la temeridad está su fuerza, ella acrece cada día su renombre, ella sirve de pedestal á su prestigio. El primero en la carga, en la brecha, en la rápida acometida; solo, con diez, con ciento, con un ejército, siempre á vanguardia y presto siempre á sostener veinte duelos á muerte en cada escaramuza, realiza portentos que, por frecuentes no producen asombro, y hazañas inverosímiles que sólo á fuerza de hacerse repetidas se imponen á la incredulidad. Corre la sangre en aquellos duelos temerarios, se derrama á torrentes; pero sangre que no mancha las manos, que no llena de oprobio, ni se convierte luego en satánica púrpura de terrible grandeza.

Labor constante, maravillosa, inmensa; capaz de fatigar á Hércules y de amenguar el genio batallador de Marte.

Pero detengámonos un instante para cobrar aliento. Vamos á entrar en 1819, y allá, á lo lejos, en un recodo del Arauca, rodeada de palmeras, extendida cual las llanuras vengadoras que sepultaron á Cambises, y abrasada por el ardiente sol de nuestras pampas, se divisan "Las Queseras del Medio," campo inmortal, circo máximo del heroísmo patrio, donde en breve los resplandores de la gloria dominarán el resplandor del astro de la luz.

Sobre las ruinas de la infanta campaña de 1818, el huracán de la revolución torna á agitar sus poderosas alas.

Bolívar, como Anteo, más fuerte y más terrible se levanta del polvo ensangrentado por tan repetidos desastres. De nuevo, á nueva lid, impele improvisados batallones. Redime con prodigios de habilidad y constancia, las faltas cometidas. Recupera con portentos de su ingenio fecundo lo que abatió la espada; y en el desconcierto mismo de la derrota y del fracaso, perseguido de muerte, acuchillado, confiando á la velocidad de su caballo la salvación de la República, entre el humo de la pólvora y los estragos del enemigo encono, sueña á Colombia, abre á sus tropas una nueva campaña, libra y gana en los campos de la política batallas trascendentales que asombran y fascinan.

Vencedor, la gloria ciñe á su cabeza coronas de laurel. Vencido, diadema de relámpagos iluminan su frente.

Mientras Morillo victorioso abrumba con onerosas exacciones los pueblos que dominan sus armas, y acopia elementos como para postrar de un golpe la rebelión de Venezuela, el Libertador vuela á Guayana, convoca el segundo Congreso de la República, funda periódicos, atrae á sus banderas extranjeros soldados, rehace su aniquilado parque, organiza nuevos regimientos, extiende su brazo poderoso armado con el rayo de la revolución para inflamar de nuevo la apagada hoguera reaccionaria en algunas provincias de la Nueva Granada, y protesta en el famoso decreto de 20 de Noviembre, con toda la energía de un espartano, contra la pretendida intervención de las potencias europeas en nuestra lucha con España. Luego, precedido por cuatro batallones á las órdenes del valeroso Anzcátegui, escoltado por su guardia y seguido de cerca por las fuerzas de Cedeño, remonta el Orinoco, se reúne en San Juan de Payara al aguerrido ejército de Apure, base fundamental de la nueva campaña, ahoga en generoso abrazo las disensiones provocadas por ambiciosos turbulen-

tos, asciende á Páez á general de división y retorna á Angostura, á activar la instalación del famoso Congreso, confiando al glorioso caudillo del Apure con el mando del ejército, la dirección provisional de la campaña.

V.

 FUSCADO por el prestigio halagador de recientes y ruidosas victorias, Morillo acomete de nuevo la empresa temeraria, tantas veces frustrada, de someter á la corona las llanuras de Venezuela. A fines de Enero de 1819, atraviesa el Apure, que le ceden sin lucha los republicanos, y al resplandor siniestro del incendio en que se abrasa voluntariamente la heroica San Fernando, revista el numeroso ejército que forman las divisiones peninsulares de La Torre y Calzada, junto con los llaneros de Morales, los regimientos de Pereira, los carabineros de Narciso López y los diez y seis escuadrones de húsares de Fernando VII y de dragones de la Unión que completan su caballería. En suma, ocho mil quinientos combatientes, bien equipados y aguerridos, con cinco piezas de artillería de campaña, lujoso parque, numerosos caballos de reserva y todo el material de guerra de un cabal ejército europeo.

Para oponerse á la invasión de tan poderoso enemigo, los republicanos apenas cuentan en sus filas dos mil infantes bisoños, pobremente equipados, é igual número de ginetes, de escasa disciplina, pero llenos de arrojo y valentía.

Con todo, era este el ejército más fuerte y numeroso con que contaban los independientes. Enfrentarlo en batalla, á tan formidable contrario, era jugar, con poco acierto, la suerte de la República, las conquistas gloriosas de la revolución.

Páez lo comprende desde el primer instante, y dominando en obsequio de la Patria los ímpetus de su genial temeridad, subordina al consejo de una prudencia hábil y meritoria, los arrebatos de su osadía, las tentaciones á su noble ambición.

Tascando el freno que le impone el deber, retrocede delante de Morillo; primero paso á paso amenazante, como el toro salvaje de nuestras llanuras; luego, inspirado por una idea feliz, se aleja a toda brida, desaparece tras el horizonte de la extendida pampa, pasa el Arauca, se interna al sur buscando el Orinoco, arriba á las orillas del caudaloso río, deposita en una de sus islas el precioso tesoro confiado á su prudencia por el Libertador, y apartando de sus tropas ochocientos ginetes escogidos, se revuelve expedito al encuentro de Morillo. Choca en el Caujaral contra tres mil soldados de Morales, vanguardia del ejército; acomete á La Torre; lo deja por Calzada; desordena la retaguardia de Pereira; se convierte en azote, en la sombra terrible de las legiones españolas, acuchilla escuadrones enteros de dragones y húsares y da principio á aquella sucesión interminable de asaltos, escaramuzas y sorpresas que llevan con la inquietud del campamento y las fatigas de las marchas, violenta exacerbación al ánimo de nuestros enemigos.

Las llanuras, como el cielo, tenían también sus tempestades; tempestades terribles, desastrosas, que parecían brotar de las entrañas de la tierra. Una nube de polvo levantada en el horizonte de la extensa llanura, presagia el huracán á los soldados españoles. Impelida por misteriosa ráfaga se adelanta siniestra; á medida que avanza, acrece y se dilata; el sol la inflama con sus rayos de fuego; relámpagos de acero relucientes brillan deslumbradores en su seno profundo, y como un trueno prolongado, repercusión terrible se deja oír en la sonora pampa, herida por el violento golpe de innúmeros caballos que la cruzan veloces.

El cañón enemigo detiene á veces la nube amenazante; la rechaza, la aleja, la disipa; pero, de nuevo aquella, torna á formarse en otro punto del horizonte: abre sus alas voladoras, acomete otra vez, y porfía con tesón hasta que logra estrellarse contra las bayonetas del ejército, fulmina y desaparece dejando el campo sembrado de cadáveres.

En demanda del ejército republicano á quien no encuentra, Morillo, sin rumbo fijo, marcha escoltado, envuelto por veloces guerrillas de caballería que no le dan vagar, que le inquietan con frecuentes amagos, que le disputan el agua y el ganado, y perturban el sueño de sus cansados batallones.

Tras días de lucha y de fatiga, la noche les reserva horas terribles, escenas desastrosas. Potros salvajes que arrastran de la cola pieles de toro tostadas por el sol, cruzan en la oscuridad el campamento, furiosos como ráfaga infernal. Cunde el espanto, prevalece la confusión sobre la disciplina, regimientos enteros se creen acometidos por una carga de nuestros escuadrones, se agrupan sin concierto y disparan sus armas sobre sus propios compañeros, quienes contestan con nutridas descargas.

Mayor estrago que el de los bueyes lanzados por Aníbal sobre el campo de Fabio, hacen nuestros caballos espantados, en el campo realista.

Con la aurora el ejército español se pone de nuevo en movimiento, y como un león herido, se aleja cauteloso del sitio donde se ha revolcado en noche de agonía, dejando tras el incierto rumbo que persigue la ensangrentada huella de sus pasos.

Fatigado, jadeante, Morillo se detiene al fin á la entrada del desierto de Cariben, reconoce aunque tarde, como temeridad sin fruto, su internación en las llanuras. Contramarcha resuelto á adoptar otro plan menos aventurado, repasa el Arauca, y acosado siempre por la tenacidad de nuestros rápidos lanceros, se guarece en Achaguas donde fija su cuartel general.

Aquí termina la primera parte de aquella campaña memorable en que, á la par de la tenacidad de Páez, pusieron de relieve nuestras armas, hechos extraordinarios que apenas se conciben: la guerrilla acuchillando el ejército, la continua escaramuza haciendo innecesaria la batalla: la temeridad burlando la estrategia: lo pequeño disforme en resultados: el león acosado por la jauría: el boar por las hormigas.

VI.

EN tanto que se efectuaban en Apure sucesos tan extraordinarios, el Libertador remontaba de nuevo el Orinoco, restablecido con los plenos poderes que le ratificara el Congreso de Guayana, y acompañado de quinientos veteranos ingleses, parte de aquellos bravos y generosos extranjeros que, junto con la nuestra, derramaron su sangre por la emancipación de Venezuela.

A mediados de Marzo, toma en la Urbana la división Anzoátegui, la brigada del coronel Salóm, el parque del ejército y el resto de las caballerías que allí dejara Páez, á la apertura de la campaña por el ejército invasor. Y marcha sobre Achaguas, donde aún tiene Morillo su cuartel general.

A inmediaciones del Caujaral se reúne con Páez, aplaude su prudente estrategia, gana la margen izquierda del Arauca y, excitado por el clamor entusiasta de sus tropas que desean la batalla, vá á ofrecerla á Morillo, quien no la excusa en posiciones favorables á su poderosa infantería.

Curadas las heridas, limpias las armas, cepillado el vistoso uniforme, el ejército español sale de Achaguas, despliega sus formidables alas y se adelanta al encuentro de nuestros escuadrones apoyándose cautelosamente en los bosques y palmares que ofrece la llanura.

Nuestra vanguardia comete la imprudencia de atacar sin concierto las fuertes posiciones que ocupan, á la vera de un bosque impenetrable, los carabineros de Narciso López y el 2.º batallón de Valencey al mando de Pereira; y es rechazada con numerosas pérdidas.

Este fracaso unido á la prudente táctica del enemigo, de no comprometer lance ninguno en paraje desventajoso á la seguridad y al buen éxito de su excelente infantería, fuerza al Libertador á buscar á su vez campo adecuado á las maniobras de sus caballerías, arma en que prevalece al formidable ejército español.

Así pues, esquivando el combate en lugares montuosos y ofreciéndolo siempre á campo raso, el ejército republicano retrocede al fin sobre el Arauca; y después de repetidas marchas y contra marchas, de amagos infructuosos, de provocaciones y engaños, para hacer aceptar á su contrario una batalla á descubierto, atraviesa aquel río y acampa fatigado en su margen derecha. Morillo le sigue paso á paso, y al despuntar la aurora del tres de Abril de 1819, aparece sobre la opuesta orilla del Arauca, frente al campo inmortal de las Queseras.

Allí, aquellos dos gigantes, la vieja monarquía con su casco de acero, y la joven República, calado el gorro frigio, de nuevo se contemplan.

Míranse con enojo los legionarios de la fuerza y los soldados de la idea.

Conculca el odio lo que estrechó la sangre. Pero en silencio, el viejo león que ruga enfurecido se estremece orgulloso de haber dado á la América, con la pujanza heroica de su raza, la soberbia altivez de sus mayores.

Allí están con Morillo, aquellos bravos del ejército expedicionario, tenaces en la defensa de su patria contra Bonaparte, vencedores en Baylen, Arapiles, Victoria... heróicos y magníficos en Zagarza y en Gerona. Ejército dominador de la Nueva Granada, triunfador en Venezuela en la anterior campaña; soldados orgullosos, temidos por su crueldad y su bravura, con más sangre sobre sus bayonetas que deslumbrante púrpura en su bandera victo-

riosa. Allí están, como siempre, desdeñosos y amenazantes; divididos en brigadas, regimientos y batallones que llevan con jactancia, nombres gloriosos que recuerdan victorias y arrogantes epítetos no desmentidos ni amenguados; cubiertos de vistosos arreos, armados de fusiles y sables relucientes, y ostentando con arrogancia extrema la empinada cimera de sus dragones impetuosos y los negros morriones de sus terribles granaderos.

La fuerza, la fuerza representada en la expresión más alta de su grandeza y poderío.

Con Bolívar en el opuesto bando, desprovisto de pomposos atavíos, más ya lujoso en títulos á la inmortalidad, está el heroico ejército republicano; es en caso número, inmenso en valentía, exhibiendo en los desnudos pechos cicaces gloriosas, y en sus robustas filas numerosos campeones á los que tantas vertices debiera la victoria.

Allí Soubllette, su Mayor General, espíritu levantado, necesario al concierto de toda empresa capital. Y Cedeño, de merecida fama, denominado por el Libertador, *el bravo de los bravos*. Y Anzoátegui, jamás bien ponderado por su valor é hidalguía, carácter romano de los tiempos de la República, cuyas sienes ostentarán en breve la corona triunfal de Boyacá. Y Torres, prudente y esforzado. Y Ambrosio Plaza, un héroe de romance, digno de ser cantado por Osian, de ser llorado como Eneas. Y Manrique, de denuedo brillante. Y Salóm, la virtud sostenida. Y Páez, en fin, que nuestra historia eleva hasta la fábula, y le disputa á Hércules sus portentosos lauros.

Como dos gladiadores dispuestos al combate, los dos ejércitos se vigilan, se asechan.

La batalla, tanto tiempo deseada, va á librarse al fin; pero el Arauca, extendido entre ambos contendores se esfuerza en aplazarla todavía.

Este inconveniente, por el momento insuperable, mantiene á aquellos dos gigantes en cautelosa expectativa. Pasar el río es lo aventurado; la prudencia aconseja no dar el primer paso; y ambos esperan á la vez castigar rudamente la temeridad del más osado.

Bolívar se impacienta; la inacción enardece la fogocidad de su carácter. Morillo, por el contrario, permanece impassible, y aquella situación, de suyo embarazosa amenazaba con prolongarse indefinidamente, cuando de pronto, un acontecimiento inesperado destruye la perplejidad de ámbos ejércitos.

VII.

A RRASTRADO por su genial temeridad, y en medio de aquella escena muda é imponente, Páez lanza su caballo á las ondas del impetuoso Arauca. Tras él, como un torrente, se precipitan á la vez, presurosos, revueltos, ciento cincuenta ginetes escogidos; la flor de los lanceros del Apure. Cruzan á nado y sin ser vistos, á dos millas del enemigo, el caudaloso río, se alinean en la opuesta ribera, y saludando con un grito de guerra al asombrado ejército republicano, que le contesta con ruidosos aplausos, par-

ten veloces tras las huellas de Páez, sobre la línea formidable de relucientes bayonetas que cubre el horizonte.

¡Osadía sin ejemplo!

¿A dónde va aquel sublime enajenado? ¿Por ventura, se estima superior al destino que así lo desafía? ¿Qué anhela? ¿Qué pretende? ¿Librar él solo una batalla? ¿Destruir él, con su lanza, lo que todo un ejército tiene por alta empresa? ¿Dar á la América, con la medida de su arrojo inaudito, el espectáculo de los juegos olímpicos de la remota antigüedad? ¿Lo que pretende ¿es acaso aceptable? ¿No es un suicidio estrepitoso aquella acometida? ¿Quién lo sabe? ¿Quién lo puede saber? El mismo acaso no podría contestarnos. Los ímpetus heroicos no se explican, ellos se ven, se admiran y producen deslumbramiento y pavor.

En vano la prudencia se fatiga gritando:—Deteneos, insensatos, porque vais á morir. La temeridad contesta enardecida:—Canta, si puedes, que vamos á vencer.

Y aquel atrevimiento no es una quimera de la imaginación: los ojos le ven maravillados, los corazones todos palpitan poseidos de embargante emoción.

Allá va, á la cabeza de sus intrépidos llaneros, el héroe afortunado; todos le ven, todos le reconocen por su marcial denuedo, por aquella figura atlética, imponente, con que plugo á la naturaleza asemejarle al rey de las selvas, al soberano del desierto. Figura prestigiosa que aún vive en la memoria del pueblo americano, exornada de atributos olímpicos, cual de los héroes inmortales cantados por Homero. Quien no le reconoce entre el revuelto polvo que levantan los rápidos bridones, á lo menos le distingue entre sus compañeros, por el caballo blanco y el dormán de púrpura. Oid: en el ejército realista redoblan los tambores, suenan los clarines, los regimientos se alinean en batalla, se cruzan órdenes que transmiten veloces edecanes, relinchan los caballos, se desnudan los sables, la artillería se exhibe amenazante, y, las mechas encendidas, cual serpientes de fuego, ondulan en el aire sobre el cebo de los cañones. Ellos también reconocen á Páez en aquella audaz acometida y tributan al héroe los honores debidos á su fama y renombre.

Entre tanto, los jinetes de Páez avanzan sobre el centro de la línea española cual los antiguos paladines; apuestos, sonreídos, tremolando al compás del movimiento de los caballos, vistosas banderolas colgadas de sus lanzas.

Para ellos, no es aquella la lucha á que se prepara el ánimo con el recogimiento; alegres y comunicativos, cual si se tratara solamente de hacer gala de agilidad y de destreza; disipan con su heroica indolencia, las sombras que acumula el terror sobre las huellas del desastre, hacen fiesta del peligro y transfiguran la muerte en apoteosis.

Semejante acometida, más que de una batalla, guarda las apariencias de un duelo colectivo, de un torneo caballeresco. Ella es el reto inaudito de la unidad á los millares; la insolencia elevada al sublime; el arrojo convertido en guarismo.

Aquella empresa temeraria tenía, en verdad, todo el realce mitológico de los tiempos heroicos de la Grecia.

Era una escena de la tragedia antigua, ejecutada en pleno día, frente á la roca del Acrópolis en el teatro de Baco.

Catorce mil espectadores, dominados por encontradas impresiones, la contemplaban en silencio.

A la izquierda del Arauca, todo el ejército español, banderas desplegadas y alineado en batalla, la espalda protegida por un bosque y haciendo ángulo recto con el río.

En la margen derecha, el ejército republicano, inquieto, anhelante, suspendido entre la admiración y el entusiasmo, cubriendo gran parte de la orilla á lo largo de la corriente, y apoyado en sus armas como en la balaustrada de hierro de un anfiteatro gigantesco.

Frente á entrambos ejércitos, la llanura inmensa, el dilatado horizonte, Páez y sus indómitos llaneros.

Nada faltaba á aquella escena, grandiosa de suyo é imponente, para hacerla interesante; ni la audacia del propósito, ni la gallardía de los actores, ni teatro adecuado á la solemnidad del espectáculo, ni el escogido concurso de las fiestas de Páez, ni un genio para presidirla.

Bolívar á caballo en medio de su Estado Mayor, aplaudía el arrojito de tan aventurada acometida, y con profunda angustia seguía los movimientos atrevidos, las curvas y ondulaciones caprichosas de aquella andaz serpiente, herizada de escamas de acero, cuya lengua vibrante era la lanza formidable de Páez.

Morillo permanece á pie firme; y dominado por la sorpresa y el enojo que produce en su ánimo la audacia de aquel reto insolente; no encuentra explicación satisfactoria al propósito oculto de aventura tan descabellada. Sin perder de vista al escuadrón republicano, vigila el grueso de las tropas de Bolívar, hasta entonces inmóviles; pero de donde espera un movimiento reservado que debe coincidir con la provocación de que es objeto; pues no se le ocurría, ni sospechar siquiera,—como más tarde lo confesó al Libertador en la entrevista de Santa Ana, al hacer la apología del caudillo de Apure—que, aquella inexplicable al par que audaz operación, fuese otra cosa que una prueba más del carácter resuelto y de la heroica temeridad de Páez.

Tales fueron las impresiones que dominaron en el primer momento, á los opuestos bandos.

Entre tanto, ni un grito, ni un disparo, ni otra provocación en las filas de Páez, que la del hecho en sí que ejecutaba. En ámbos ejércitos solemne silencio, perturbado tan sólo por el chasquido metálico de las espadas y de las lanzas, y por el forzado galopar de los caballos que avanzaban sobre las huestes españolas.

VIII.

DADA la rapidez de tan impetuosa acometida, la sorpresa é indecisión de los realistas no duró largo tiempo.

Una vez por todas, era necesario escarmentar á aquellos temerarios que tanta sangre y tantas inquietudes costaban al ejército; al efecto, Morillo se apresura á poner por obra un plan preconcebido, para el caso frecuente, de una de aquellas embestidas de Páez, furiosas como las muchas de que habían sido víctimas los soldados del Rey.

Apenas llegan desenfrenados los llaneros á cien pasos de la línea española, el estruendo de una descarga resuena formidable; mézclase el polvo que levantan los caballos con el humo que arrojan los cañones, y densa nube se extiende presurosa sobre el ensangrentado campo de aquel duelo terrible.

Siete mil fusiles y seis piezas de artillería disparan sin cesar. Los lanceros se esfuerzan por arrojar sobre las bayonetas españolas. Sus caballos cerriles, acometidos de pavor, resisten á los agujones de la espuela, saltan, relinchan, se encabritan y retroceden espantados.

Tras larga lucha, los ginetes se hacen obedecer al fin, de sus corceles, y amagan á la vez con repetidas cargas la inmensa línea de Morillo que les opone un muro erizado de bayonetas. Las balas de los cañones, aradores terribles, surcan la llanura, estrepitosa vocería responde al ruido de las descargas, resplandecen las lanzas en medio del tumulto como rayos siniestros en el seno de aquella nube espesa, purpúrea, desastrosa, que flota á la merced del viento, cual inmenso sudario sobre los ensañados contendores.

Después de la primera acometida, Morillo cree llegado el momento de exterminar al tenaz escuadrón que le resiste con tanta bizarria. Para este objeto, mueve todo el ejército, el cual, como un gigante, extiende sus robustos brazos para oprimir y ahogar en ellos aquel grupo de insolentes que osan combatirlo. Dos regimientos al mando de Calzada vuelan á ocupar la orilla del Arauca, para impedir á Páez ganar de nuevo el campo de los suyos, mientras la 5ª división que dirige Latorre, describe extensa curva con el fin de rodearle por la izquierda.

Desde la margen opuesta, el ejército republicano divisa con ansiedad profunda, aquel puñado de valientes circunvalados de fulminantes enemigos.

Cada vez más furiosos, nuestros intrépidos lanceros embisten sobre el centro que sostiene Morillo, repliegan sobre uno de los flancos, acometen al otro, provocan con insultos la numerosa caballería realista, que principia á moverse, y retroceden al cabo, tratando de escapar de aquel círculo de fuego que los oprime y aniquila.

A la cabeza de cuarenta jinetes, Páez rompe las filas de Calzada. La brecha queda abierta.

Aramendi se lanza como el rayo, atropella los cazadores de Pereira que intentan detenerlo; el resto de los lanceros se escapa por la brecha y aquellos 150 héroes admirables, se fingen derrotados y se alejan veloces.

Morillo los cuenta por perdidos, y como azuza el cazador tras el ciervo que huye, la furiosa jauría, arroja sobre Páez mil doscientos caballos impenitentes, húsares, dragones, carabineros y lanceros, ávidos de vengar aquel día las frecuentes derrotas tantas veces sufridas.

Esquivando los fuegos del ala izquierda, Páez abandona la montuosa ribera del Arauca; divide en siete grupos sus bizarros jinetes: los encabezan Mina, Fernando Figueredo, Muñoz, Rondón, Juan Gómez, Carmona y Aramendi, los cuales se alejan, primero á toda brida y luego á media rienda, llevando en pos la numerosa caballería realista, que los persigue con ahinco.

Nuevo estrépito de pisadas, de sables que se chocan, de arneses sacudidos, de voces que se alientan, de gritos de venganza, de imprecaciones y amenazas, conmueve la llanura; donde aun resuena el eco de los rugidos del cañón, y el trueno de la fusilería.

Los bravos apureños galopan en una sola línea paralela al horizonte que tiene frente á ellos.

A su espalda en medio del espacio que los separa de los regimientos españoles, se ve á Páez, ladeado en la silla hacia el enemigo, á quien provoca y enardece con su actitud y sus sarcasmos.

De esta manera, perseguidos y perseguidores, recorren largo trecho. El ejército realista nuevamente y alineado en batalla, se divisa á dos millas de su caballería.

Los llaneros acortan la carrera; la distancia que los separa de los jinetes enemigos se estrecha más y más; estos aguijan sus bridones, cortan el viento con los inquietos sables, y ciegos, aturdidos, frenéticos, se esfuerzan por acercarse á nuestra línea y acuchillarla por la espalda.

Dos cuerpos de caballo apenas los separa del codiciado instante; los brazos se extienden, los sables se levantan, la sangre vá á correr. Llegó el momento.

Un grito agudo resuena de improviso dominando el estrépito; grito imperioso y breve, que encierra orden terrible. La dá Páez. Todos la oyen, y simultáneamente la obedecen los suyos con la pasmosa rapidez del rayo.

Aquella orden suprema, aquel heroico grito, encerraba esta frase estu-penda: "¡Vuelvan cara."

Lo que entonces pasó no tiene un solo ejemplo en los fastos del heroísmo humano.

La pluma se estremece al describir aquel suceso, la razón se resiste á creerlo; pero ahí está la historia, y la tradición y los contemporáneos, y el testimonio de Bolívar, y medio siglo de incontestables alabanzas, y los mismos enemigos de Páez que no se atreven á negarlo.

Con la velocidad del pensamiento, los llaneros revuelven sus caballos; centellean las enristradas lanzas, y un choque terrible, formidable, como el encuentro de dos rápidas nubes, de dos furiosas tempestades, hace retemblar la tierra.

La primera fila de la caballería española queda en el sitio revolcada; la segunda vacila; nuestros lanceros la acuchillan; el centro embarazado por los caballos de las dos filas destrozadas, se repliega en desorden; gira sin tino buscando reponerse y dá el flanco á la cuchilla de aquellos diestros segadores, que cortan sin piedad.

El crecido número de la caballería enemiga, con su enorme ventaja de ocho á uno sobre los lanceros de Páez, ventaja decisiva en cualquiera otra circunstancia, se convierte en invencible obstáculo para maniobrar con tino y eficacia en medio de la horrible confusión que la domina.

En vano algunos escuadrones intentan resistir el bote de nuestras lanzas impetuosas.

Narciso López, echa pie á tierra con sus carabineros, y apenas tiene tiempo para quemar un cartucho. Rondón los desbarata, con los pechos de sus caballos, degüella cuantos le resisten, pasa por sobre cien cadáveres y vuela á incorporarse con su cuadrilla ensangrentada, á los lanceros de Aramendi, enfrentados á los dragones de la Unión, que mueren como bravos.

Estos y el segundo de husares del Rey que Figueredo y Mina destrozan á porfía, son los últimos que riñen la batalla.

La derrota se declara completa.

Como arrebatado torbellino, aquella numerosa caballería perseguida por un puñado de jinetes, cuyas lanzas ya embotadas hieren difícilmente, corre sobre la infantería realista á guarecerse entre sus filas.

Tras ellos, rastro sangriento dejan en la llanura: despojos repugnantes, caballos reventados, miembros rotos, cadáveres sin cuento, y sillas, y arneses, y sables, y fusiles, y banderas, y desgarrados uniformes; heridos que se quejan y estertores de agonía.

Caballos sin jinetes y jinetes desmontados, van, vienen, y en todas direcciones recorren la llanura.

La derrotada caballería realista, nube de polvo, masa vertiginosa, revuelta confusión de todos los colores, que el sol poiente alumbra con sus postreros rayos, acuchillada, chorreando sangre como un gigante herido huye despavorida.

Lleno de ira y de inquietud Morillo la ve acercarse como una ola amenazante para sus alineados batallones.

Inminente es el peligro para el ejército español. Sobrecogidos de terror, sus propios escuadrones ayudarán á Páez á destruirlo y á vencerlo. El sacrificio de una parte puede salvar el todo. Morillo se decide. Apunta al grupo sus cañones, lo envuelve en una nube de metralla y lo fusila sin misericordia.

Pero nada detiene aquel espanto. Acribillada de frente por las balas y alanceada por la espalda, aquella mole sangrienta y palpitante, persiste en su designio. Sin dejar de darle el frente y de abrasarla con furiosas descargas, el ejército empieza á marchar en retirada buscando el apoyo del tupido bosque que tiene á retaguardia; pero antes de logro tan deseado, la caballería se estrella contra sus bayonetas, rompe las filas y juntos y revueltos, infantes y jinetes ganan la espesura, favorecidos por la noche que extiende su sombra protectora sobre aquella escena de confusión y de desastre.

Nuestros guerreros impetuosos, arrojando estentóreo grito de victoria, clavan sus lanzas en los primeros árboles del bosque.

Luégo en la oscuridad, se cuentan, se organizan y abandonan aquel campo, de muerte para las tropas españolas; de luz radiante y de perpetua gloria para Páez y demás héroes de aquella jornada memorable.

Con la artillería que abandonaron, los realistas 500 muertos quedaron en el campo.

Bolívar concedió la *Cruz de Libertadores*, á los ciento cincuenta héroes que concurrieron á aquel combate insigne; y con fecha de tan clásico día, la siguiente proclama corona la gloriosa jornada.

A los bravos del ejército de Apure.

Soldados! Acabais de ejecutar la proeza más extraordinaria que puede celebrar la historia militar de las naciones. Ciento y cincuenta hombres, mejor diré, ciento y cincuenta héroes, guiados por el impertérrito general Páez, de propósito deliberado han atacado de frente á todo el ejército español de Morillo. Artillería, infantería, caballería; nada ha bastado al enemigo para defenderse de los ciento y cincuenta compañeros del intrepidísimo Páez. Las columnas de caballería han sucumbido al golpe de nuestras lanzas; la infantería ha buscado un asilo en el bosque; los fuegos de sus cañones han cesado delante de los pechos de nuestros caballos. Sólo las tinieblas, habrían preservado á ese ejército de viles tiranos de una completa y absoluta destrucción.

Soldados! Lo que se ha hecho no es más que un preludio de lo podeis hacer. Preparaos al combate, y contad con la victoria que llevais en las puntas de vuestras lanzas y de vuestras bayonetas.

Cuartel general en los Potreritos Marrereños á 3 de Abril de 1819.

BOLÍVAR."

Después de aquel desastre, Morillo desconcertado, aturdido, lleno de asombro y de despecho se retira á Achaguas y luego repliega hacia las montañas de la provincia de Caracas, llevando con la rabia de una empresa frustrada la primera sospecha de su impotencia para dominar la rebelión de Venezuela.

Bolívar, por su parte lo ve alejarse, con pesar de un teatro tan ventajoso á nuestras armas, fluctúa un instante si ha de seguirlo ó no; pero de súbito, iluminado por un rayo de luz que brota de su fecundo ingenio, revuelve su caballo, lo lanza á toda brida, trepa los Andes y corre entre relámpagos hasta detenerlo sobre el puente de Boyacá, sellando allí, con lauro inmarcesible, la independencia del pueblo granadino.

Páez permanece en las llanuras del Apure, cirniéndose como el condor en los espacios conquistados por su atrevido vuelo. Al amparo de sus pujantes alas, la libertad respira; el velo de tres siglos de oscuridad se rasga, y aparece Colombia en el augusto estrado de las naciones.

Después... abrid su historia, y donde más brillantes luzcan los resplandores del heroísmo patrio, encontrareis su nombre.

En vano ciegas pasiones, trataran de amenguar la prestigiosa luz que resplandece en torno á su memoria. Como llama inextinguible, la gloria de Páez fatigará los vientos que se empeñen en apagarla, y cada día más viva y más radiante, flotará sobre las olas tumultuosas del mar inmenso del olvido que quieran sumergirla.

La nube de polvo que el huracán levanta de la tierra, puede un instante velar el sol á nuestros ojos; empañarlo jamás.

Ser héroe es ser águila, y á la altísima serenidad de los espacios en que aquella se cierne, no alcanzan ni zaetas ni dardos.

Si algo en la humanidad puede estimarse de derecho divino, son los atributos del espíritu, que, nadie puede arrebatarse. De todas las aristocracias, la del heroísmo es la más encumbrada: ella es lo exelso. Comprad con oro si podeis, la gloria de ser Régulo, Leonidas, ó Ricaurte. Absurdo: donde no alcanza el oro, principia el sublime.

Nosotros también tuvimos héroes de la talla de Hércules, gigantes mítológicos que escalaron el cielo de la gloria, pero que no dejaron á la tierra descendientes olímpicas. Ellos se fueron todos, tristes los más, por haber sufrido con la muerte, la ingratitud del pueblo por ellos redimido.

Atentar á las glorias de Páez, es atentar á las glorias de Venezuela.

Esos muertos, á quienes maldicen hoy locas pasiones, debieran ser sagrados: sus faltas, si algunas cometieron, desaparecen ante el supremo esfuerzo que hicieron por la patria. Oscurecer el brillo que irradia su memoria es desgarrar nuestra epopeya.

Id á decir al pueblo griego, hoy degenerado y abatido, que es todo fábula cuanto narra Herodoto; que Leonidas fué un mitolisonjero; que los laureles de Maratón no pertenecen á Milcíades; que Aristides en fin, no sintetiza el

patriotismo de todo aquel gran pueblo; y vereis la indignación sobreponerse á la indolencia de los descendientes de Theseo; porque en la abyección en que hoy vegetan, alientan sólo con los recuerdos del pasado, y conculcarle su historia que es su orgullo, es condenarlos á eterna oscuridad.

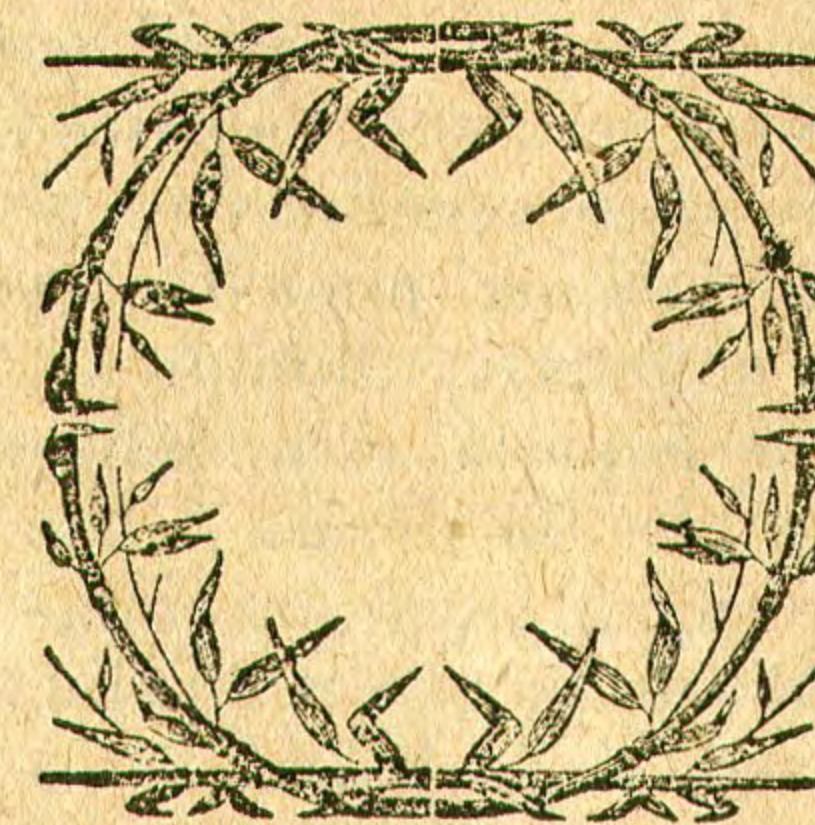
Alta es la ejecutoria con que se impone Páez al respeto del mundo, á la veneración de los venezolanos.

La historia de estos pueblos de América no se ha perdido aún; en ella nuestros hijos deslumbrados admirarán las insignes proezas del vencedor en las Queseras.

Su nombre será timbre de orgullo para la tierra que lo vió nacer.

Cual otro Aquiles, vivirá en la leyenda, y se tendrán por fábula sus hechos prodigiosos.

Entre tanto, como tributo de mi veneración por su memoria permite oh! Patria que esta corona de laureles, mal tegida por mi pluma, pero perfumada con el incienso de un corazón reconocido, ocupe el sitio donde medra el extranjero cespéd, sobre la tumba de aquel héroe olvidado.



EL CORONEL INFANTE.

POR JOSE MARIA QUIJANO OTERO.

I.

CONCLUÍA el año de 1817. La guerra adquiría nuevamente proporciones colosales en Venezuela, luego que Bolívar, con los recursos allegados en las Antillas, había vuelto a poner el prestigio de su nombre y el poder de su genio al servicio de su causa común. Él volvía á ser núcleo, el centro de unión de los esforzados campeones que hasta entonces y durante su ausencia habían renovado las hazañas de los tiempos de Esparta, escandalizando el heroísmo con sus hazañas, que pudieran tomarse por fabulosas. Pero BOLÍVAR, más que todo, era el jefe reconocido y acatado á cuya autoridad se sometían de buen grado las pretensiones de los caudillos, ya que la rivalidad de los jefes no era la menor complicación en la cruzada de la Patria.

Después de un diario pelear, Venezuela, convertida en un inmenso campo de batalla, presentaba perfectamente deslindados los campamentos contrarios: las armas españolas ocupaban la ciudad de la capital, donde eran frecuentemente hostilizadas; los patriotas eran dueños de la llanura, á donde apenas se aventuraban partidas volantes que pronto destruían Cedeño, Monagas, Saraza, ó Páez, el Bayardo de aquella epopeya.

Como resultado de la campaña en aquel año, las fuerzas libertadoras habían ocupado y mantenían en su poder á Margarita, que era el arsenal donde todos los ejércitos se proveían de elementos y de recursos; y eran dueños de la Guayana, cuya posesión permitía al Libertador ponerse en comunicación con Páez y con los jefes que obraban en el Oriente, al mismo tiempo que le quedaba abierto el camino del Océano. Allí Bolívar asentaba las bases de

la organización de la República, cuya existencia algo más que problemática para todos no lo era para él; y con el enemigo al frente, y entre el fragor de dos combates, y discutiendo con sus compañeros el plan de la nueva campaña, con una mano ahogaba la rebelión en la sangre de Piar, al paso que con la otra organizaba el gobierno de la Nación que creaba su genio.

Así nació Colombia en las selváticas márgenes del Orinoco.

II.

Al empezar el año de 1818, Páez continuaba el sitio de San Fernando, y sus guerrillas recorrían las llanuras de San Carlos y avanzaban hasta las de Calabozo. A fines de Enero, las fuerzas de Bolívar y las de Páez se unieron para emprender operaciones decisivas, que tales debían ser las que resultaran del concierto de aquellos dos hombres, que representaban el uno el alma y el otro el brazo de la Patria.

Una vez reunidos, marcharon sobre Calabozo, que querían ocupar de firme; y en su marcha hubo Páez de librar ese fabuloso asalto de Apure, en que con reducido número de jinetes empuñó una batalla naval, lanzándose con sus llaneros, que debían de parecer centauros, á batallar entre las ondas por las embarcaciones que tenía el enemigo y que era forzoso arrebatarse para facilitar el paso del Ejército Libertador.

El triunfo obtenido en aquella ocasión fué el preludio de la victoria alcanzada en Calabozo el 12 de febrero, en la cual consiguieron rechazar á los enemigos hasta el Sombrero, quedando en posibilidad de diseminar otra vez las fuerzas para ensanchar el círculo de hierro en que iban aprisionando á las huestes españolas.

Con tal motivo resolvió BOLÍVAR abandonar con la mayor parte de su fuerza las llanuras, y marchar sobre los valles de Aragua, donde esperaba tomar de Morillo el desquite de la Puerta, ya que aquel jefe había ocupado á Valencia. Entretanto Cedeño debía permanecer adueñado de Calabozo, y Páez regresar á Apure á remontar su caballería para renovar el sitio de San Fernando.

Sin embargo, la suerte de las armas debía ser adversa una vez más á los patriotas, y cuando el Libertador creía asegurado el éxito de su plan de campaña pudiendo batir separadamente las fuerzas que se concentraban para aniquilarle, de repente se encontró entre dos ejércitos igualmente poderosos, comandados por Morillo y por Latorre. Forzoso le fué entonces emprender la retirada; dando en la quebrada de Semén la batalla que, adversa para los patriotas, produjo siquiera el efecto de desconcertar temporalmente á los vencedores, obligados á atender á su jefe que había quedado gravemente herido.

En cambio, Páez había tomado á San Fernando (6 de marzo), y libre de atenciones volvía sobre Calabozo en auxilio de Bolívar. Los españoles, que no esquivaban el combate en la serranía, se mostraban tímidos hasta para la

persecución en el Llano; así fué que repuesto y reorganizado el ejército en Calabozo, los jefes se separaron nuevamente para salir á campaña, dirigiéndose Páez hacia el Pao contra el brigadier Real, Monagas sobre la provincia de Barcelona, y Bolívar permaneció en aquella llanura pronto á auxiliar á cualquiera de sus tenientes, ó á hacer frente á la columna volante que con tanta pericia como arrojo comandaba el coronel Rafael López.

Pronto llegó el primero de estos casos, pues sabedor Bolívar de que marchaban fuerzas numerosas sobre Páez, se dirigió á San Carlos, donde esperaba reunirsele, acampando el 13 de abril en el *Rincón de los Toros*. Dos días después se separó de una gran parte de su gente que envió con Cedeño en solicitud de Páez, quedándose él con 300 infantes y 700 hombres de caballería, con los cuales podía en todo caso hacer frente á la columna volante, que era el único enemigo que existía en las inmediaciones.

III.

El 16 de abril, López logró hacer prisionero en los contornos al sirviente del capellán, quien le dió noticias importantes acerca de la situación del campo contrario, y entregó la llave del campamento, revelando el *santo y seña* de los patriotas.

Quiso López aprovechar aquella oportunidad y halló entre los suyos un oficial suficientemente valeroso para que, con ocho hombres escogidos, se introdujera al campo de Bolívar á darle muerte en su tienda de campaña, cuya situación había revelado el prisionero.

A media noche, el capitán Tomás Renovales se puso en marcha; pasó de las avanzadas sin inconveniente alguno, y al acercarse á la tienda del Libertador, á donde le conducía el prisionero, se encontró con el Sub-jefe del Estado Mayor, coronel Francisco de P. Santander, que recorría el campo en calidad de jefe de día.

Reconocida la partida, que se anunció como patrulla; siguieron juntos hasta la tienda, á donde entró Santander á hablar con Bolívar, que le aguardaba sentado en su hamaca. Los que le acechaban formaron en fila en uno de los costados, y cuando por el ruido de las voces pudieron juzgar de la situación en que se hallaba la víctima designada, tendieron los fusiles y pronto se oyó la detonación que, poniendo en *alarma* y en confusión á los patriotas, fué el anuncio del combate, pues que López empezó en el acto á hostilizarlos, aguardando la luz del día para empeñar la batalla.

En los primeros momentos el Libertador debió temer hasta una traición; y ese temor aumentó el desconcierto, en los instantes decisivos en que tan necesaria era la calma que puede conjurar los grandes peligros.

López aprovechando hábilmente aquella confusión, y estimulando el brío de sus soldados con la noticia de que el Libertador había sucumbido, tan pron-

to como vino el alba empeñó la batalla cargando de firme á una de las alas que, no pudiendo resistir, dejó comprometida la infantería que á su vez se puso en derrota, dejando á la caballería restante en absoluta imposibilidad para resistir.

En balde Bolívar, Santander y otros valerosos jefes hacían esfuerzos desesperados para rehacer el combate. Una vez dado el funesto grito de "sálvese el que pueda," el pánico se apoderó de los combatientes, y cada cual buscó la salvación en la fuga.

Perseguido de cerca por la caballería, Bolívar lanzó su caballo á un bosquecillo, pensando poder atravesarle y salir al Llano en la misma dirección que seguían los más de los derrotados; pero su caballo se inutilizó clavándose una mano, y hubo de salir á pie cuando ya huían á escape los últimos caballeros que tenían á raya á los vencedores, protegiendo la fuga de sus compañeros.

—Un caballo! gritaba Bolívar, parado á la vera del bosquecillo, cada vez que pasaba algún jinete; un caballo! pero nadie se detenía, ya porque no le reconociesen, ó ya porque ante la salvación propia no era raro que se olvidaran la disciplina y el cariño.

A largos intervalos pasaban algunos caballeros que, más atrasados que los otros, se cuidaban menos de reconocer á quien daba la voz de auxilio, ó reconociéndole no se sentían con abnegación suficiente para inmolarse á trueque de salvarle.

Se divisaba ya á lo lejos el polvo que levantaba un grupo de caballería en el camino trillado por los fugitivos, y le precedía un jinete que los desafiaba, seguro como estaba de la ligereza de su caballo. Ese jinete era la única esperanza para Bolívar.

—Un caballo! gritó cuando estuvo á distancia de poder ser oído. Un caballo!

El jinete le reconoció, y haciendo doblar al generoso bruto sobre los cuartos traseros, con la agilidad propia del hijo de los Llanos saltó á tierra, y teniendo con una mano la brida y con la otra el estribo, dijo al Libertador estas lacónicas pero elocuentes palabras:

—Ese es el caballo del coronel López, que ha muerto.....sálvese V. El!

El caballo, al sentirse con su nuevo jinete, partió como una flecha; y el soldado patriota se internó en el bosquecillo, á donde alcanzó á llegarle una de las balas disparadas por los enemigos.

El nombre de este valeroso oficial no consta en la mayor parte de las historias, y no ha sido sino últimamente que el señor Larrazábal lo ha revelado, corrigiendo así la injusticia ó el olvido de los historiadores.

Quien tal hacía, quien á riesgo de su vida salvaba la del Libertador, que en aquella época personificaba á la Patria, era uno de esos soldados llaneros que, sin precedentes, sin educación ni posición social, habían ganado á grado por hazaña. Compañero de Rondón en todos los combates en donde el escuadrón del Alto Llano se había cubierto de glorias, tenía ya las charreteras, y se llamaba el *Capitán* LEONARDO INFANTE.

V.

A guerra continuó mostrándose adversa á la causa de los patriotas que, vencedores en los Llanos, siempre sucumbían al empeñar batalla con la infantería realista, cuya disciplina la hacía muy superior á las masas con que se le atacaba.

Bolívar tuvo que retirarse á San Fernando, mientras Cedeño ocupaba los Llanos de Calabozo y Páez se dirigía sobre San Carlos; pero las derrotas de Cojedes, Cerro de los Patos y Nutrias hicieron frustránea toda la campaña, y del país que habían libertado los patriotas sólo pudieron conservar á San Fernando. Vargas Reyes ocupaba á San Miguel, llave del Apure, sobre el cual marchaba Calzada; Morales era dueño de Calabozo, teatro de tantos y tan reñidos combates; y Morillo, manteniéndose entre Carácas y Valencia, imprimía el movimiento á todos los ejércitos que á su vez estrechaban á los patriotas en un círculo de acero.

No por eso desmayaba Bolívar, que repuesto ya de sus dolencias, se separaba de sus mejores jefes para organizar nuevos ejércitos, enviando á Urdaneta á la provincia de Barcelona, á Valdés á la de Cumaná, á Anzoátegui á Caroní, á Bermúdez al bajo Orinoco, y se dirigía en persona á la Guayana, en donde esperaba al Almirante Brion con los elementos necesarios para reponer los que habían perdido en la última campaña.

Entre tanto las fuerzas ligeras debían hostilizar al enemigo, para mantenerle en perpetuo alarma continuando la guerra de partidas. El alma en esta difícil campaña era el valeroso general Saraza, que al mismo tiempo que en Orituco batía una fuerte guerrilla de Morales, destacaba á varios de sus tenientes en persecución del enemigo.

Uno de ellos logró batir por completo en el sitio de Beatriz á dos cuerpos volantes que frustraban todos los planes y hostilizaban sin descanso á los patriotas. Los vencidos eran los capitanes realistas Oramas y Machuca; el vencedor se llamaba el *Teniente Coronel* LEONARDO INFANTE.

V.

BOLÍVAR, situado nuevamente en Angostura, reunía recursos de todo género, y hallaba en su alma la resolución bastante para no plegar ante el cúmulo de contrariedades y de desastres sufridos en los últimos tiempos; y ya que la suerte de las armas le era adversa, reorganizaba el gobierno civil, y en su propia fe cobraba fuerzas para dar vida á la República, que vivía en su alma y se personificaba en él.

Al empezar el año de 1819, la situación de los patriotas tenía poco de halagadora. Los realistas habían logrado desalojarlos del Apure, y adelantarse hasta el Arauca. Ciertamente es que nuevas divisiones patriotas se formaban; que los Llanos de Casanare con sus columnas de llaneros, organizadas por Nolato Pérez y comandadas por Santander, eran el baluarte y el refugio de los patriotas; que Cedeño, Monagas y Saraza mantenían el fuego de los patriotas, y que Páez, atleta poderoso de una gran causa, no se daba cuenta del desaliento que á las veces notaba entre los suyos cuando él empuñaba todavía el arma poderosa del Apure.

Forzoso, indispensable era para los patriotas sostener la línea del Arauca. Más de una vez intentaron vencer al ejército español, pero los esfuerzos fueron inútiles, y la derrota sufrida en Gamarra convenció á Bolívar y á Páez de que no estaban en aptitud de luchar con la infantería española, disciplinada y aguerrida.

El 2 de abril las fuerzas patriotas ocupan la derecha del Arauca que debían defender á todo trance; Morillo con todo su ejército acampó en la orilla izquierda al frente de las Cocuisas.

La situación de los contendores era difícil: el éxito de la campaña decisivo. Necesario era uno de esos actos de arrojo, en que no se sabe qué obra más, si el valor ó el despecho, para infundir el terror en las filas contrarias, y que el pánico hiciera lo que se juzgaba imposible para las armas.

Páez escogiendo entonces 151 jinetes del ejército, pasó á nado el Arauca, protegido por una columna de tiradores, y avanzó sobre el ejército realista que movió su caballería y preparó sus cañones para ametrallarlos. Hubo un momento de indecisión: Páez y los suyos veían las filas compactas de 4,000 enemigos. Morillo á fuer de valiente, debió de sentir respeto y entusiasmo por los que así galanteaban la muerte.

La gran masa de caballería española se precipita sobre el heroico grupo, que emprende la retirada hacia el Arauca. A la espalda tienen el gran río; al frente y uno de los lados 4,000 enemigos que los rodean; por el otro el bosque impenetrable: su pérdida es segura, y creyéndola así, los enemigos se precipitaron sobre ellos, sin conseguir darles alcance, hasta que separados imprudentemente de la infantería, y cuando ésta no puede ya protegerlos, Páez y los suyos vuelven cara á los 1.000 jinetes que los persiguen, forman grupos de á veinte hombres, y sin aguardar el ataque se precipitan sobre ellos.

Aquello no es un combate humano; es una tromba que arrasa cuanto toca; es un huracán que troncha cuanto roza; es una tempestad desencadenada, contra la cual es inútil la resistencia é imposible el abrigo. La caballería enemiga se pone en derrota y es acuchillada sin misericordia y perseguida sin descanso. Al llegar al amparo de la infantería, ésta se cree atacada por todo el ejército patriota, la confusión se introduce en las filas, y los hijos del Llano se aprovechan de ella para tomar el desquite de las victorias que habían obtenido sobre la bisoña infantería de los patriotas.

Ah! si Páez, como Josué, hubiera podido prolongar el día!

Las primeras sombras de la noche pusieron término al combate. Páez á la cabeza de 148 hombres, tomó el camino del Arauca, festejando el triunfo, pero lamentando la pérdida de los TRES HÉROES que había perdido.

La mayor ansiedad reinaba entre tanto en el campamento patriota, en donde, con el arma al brazo, aguardaban el ataque de los realistas, temerosos

de que las fuerzas de Morillo hubieran triunfado del puñado que empeñaba el combate.

La noche había entrado cuando el tropel llegó á la margen izquierda del río.

—Quién vive! gritó el centinela de la avanzada.

—La Patria! contestó Páez en el lado opuesto; y su voz en aquella ocasión debía tener algo revelador de los destinos de América.

Los valerosos llaneros no aguardaron; y pasando el Arauca á nado, pronto dieron en su campo el aviso de lo sucedido, que se comunicó á todos los destacamentos con el grito de ¡viva la Republica! que dilataron las soledades del Arauca.

Al día siguiente el Libertador comunicaba en la orden general la noticia del triunfo obtenido, dictaba la proclama que lo conmemora, y expedía el decreto ascendiendo á los que en él habían tenido parte, y dándoles el título de Libertadores de Venezuela, con derecho á usar la venera de la Orden patriótica.

La lista de los 151 bravos que libraron aquella maravillosa batalla, que es el escándalo del heroísmo en nuestra historia, ha sido cuidadosamente conservada en sus páginas, y en ella hallamos el nombre del *Teniente Coronel* LEONARDO INFANTE.

Ellos, libraron un combate nunca visto, triunfaron invocando el nombre de la Patria. La Patria!...Entonces, y hoy, y siempre, Dios sea con los que invoquen tan augusto nombre....!

VI.

LOS dos ejércitos contendores se respetaban, y á fe que debían hacerlo, no obstante la superioridad numérica de los realistas sobre los patriotas. Llegada la estación de las lluvias, Morillo se retiró sobre el Apure, y luego dividió sus fuerzas acantonándolas convenientemente para atender á la defensa de los Llanos. El sistema de estar á la defensiva era también el que habían adoptado Bolívar y sus tenientes, limitando las operaciones á destacar partidas de caballería que hostilizaran al enemigo y llamaran su atención en puntos distantes para proteger la invasión de la provincia de Barinas, que debía efectuar la infantería protegida por los escuadrones que comandaban los *tenientes coroneles* Juan José Rondón y LEONARDO INFANTE. Al mismo tiempo la expedición británica del coronel English debía maniobrar sobre el litoral de la provincia de Caracas.

Todas las fuerzas de caballería estaban ya reunidas cerca del pueblo de Setenta y la infantería acampaba en sus inmediaciones y sólo les detenía para emprender el ataque, el mal estado de las caballerías, que era la fuerza privilegiada de los republicanos. En consecuencia, Páez se dirigió á Guadualito

en busca de las que había reunido Nonato Pérez.

Durante su ausencia, el Libertador había variado completamente el plan de campaña. El coronel Lara le informaba del buen estado de la división que Santander había organizado en Casanare; de la pérdida de la expedición que contra él había movido el coronel Barreiro, y por último de la exacerbación de los ánimos en las provincias granadinas. Sabía al mismo tiempo que, por causas insuperables, la expedición británica no podría obrar en las costas como lo habían concertado, lo que disminuía las probabilidades de buen éxito.

Por una parte el enemigo compacto, la opinión indecisa ó avasallada por los vencedores, el éxito muy incierto; por la otra, el enemigo desconcertado é imposibilitado para obrar en los Llanos durante el invierno, la opinión pujante, un ejército organizado; casi no había lugar á la vacilación.

Quiso sin embargo tener el apoyo moral de sus compañeros, y reunidos en junta de guerra éstos aceptaron con entusiasmo el plan de obrar sobre los Andes granadinos. Los postas marchan á comunicar á Páez la resolución adoptada y la orden de proteger los valles de Cúcuta, y á Santander la de alistar la división que debiera llamarse de vanguardia.

Esto pasaba el 24 de mayo de 1819. Con muy corta diferencia de días hacia seis años que Bolívar, á la cabeza de 800 reclutas, invadía á Venezuela para libertarla en nombre de la Nueva Granada, desafiando á los 6,000 veteranos que comandaba Monteverde; justo era pagar la deuda de gratitud; é invocando como en aquella ocasión el nombre de la Patria, emprendieron la gloriosa expedición.

VII.

HA Y en la historia nombres propios y fechas que son como las piedras miliare que señalan la marcha del vencedor. Ellos nos excusan largas narraciones, nos permiten compendiar los sucesos y á las veces resumirlos en un nombre.

El ejército tomó el 25 de mayo la vuelta de Guadualito, en donde Páez había reunido todos los elementos necesarios, y en donde se separó del Libertador para cumplir por su parte el plan acordado.

El 11 de Junio las fuerzas de Bolívar y las de Santander se reunieron en Tame, vencidos ya todos los obstáculos que la naturaleza oponía á su marcha por aquellos desiertos, que las lluvias habían convertido en lagunas.

El 22 de Junio emprendieron travesar la cordillera, escalando esas cimas frigidísimas cuando salían de las pampas abrasadoras de Casanare, casi desnudos y careciendo de toda clase de recursos; el 27 atropellaron á los enemigos forzando la posición de Paya, y vencedores de los realistas y de los obstáculos de la naturaleza, el 6 de Julio acamparon en Siocha, á la entrada del fértil valle de Sogamoso, donde Barreiro había establecido sus reales.

Fué aquí donde Bolívar desplegó toda su actividad, encargándose de centuplicar su energía para suplir la de aquellos de sus compañeros en quienes el cansancio físico obraba sobre la parte moral.

Concediendo apenas un día de descanso á sus tropas, destacó al siguiente varias partidas que hostilizaran al enemigo y que reunieran los recursos de todo género que los patriotas boyacenses les suministraban, al saber la buena nueva de que un ejército patriota abría campaña sobre los sanguinarios enemigos que habían sabido hacer víctimas, ya que no granjearse prosélitos.

El 11 de Julio libraron el combate de Gámeza, en donde forzando el paso del río sobre el cual cruzaban los fuegos de los realistas situados en la peña de Tópaga, lograron rechazarlos hasta el molino de Gámeza, con harta sorpresa del jefe español que no comprendía cómo su lucido ejército plegaba ante las bayonetas y las lanzas de un puñado de hombres hambrientos, cada- véricos, casi desnudos.

Este combate puso á raya á los realistas y permitió al Libertador aguardar que se incorporaran las fuerzas que habían quedado atrasadas. Conseguido esto, desistió de invadir el valle de Sogamoso, y en una marcha rápida ocupó con todas sus fuerzas la entrada del valle de Cerinza, cuyo paso quiso defender Barreiro situándose en los molinos de Bonza.

Allí, adivinando el triunfo con esa intuición exclusiva del genio, destacó á dos de sus jefes, los coroneles Antonio Morales y Pedro Fortoul, para que en calidad de Gobernadores de las provincias del Socorro y Pamplona, las ocuparan y sublevaran.

El 25 de Julio los patriotas se vieron obligados á empeñar la batalla de Pantano de Vargas, en donde repentinamente se hallaron en una profundidad rodeados por todo el ejército realista y sin más salida que un estrecho desfiladero. La derrota, ó mejor dicho, la destrucción parecía inevitable. En ese momento supremo los jefes de los escuadrones del Alto Llano, intentan salvar á sus compañeros, escalan con la caballería los cerros desde donde se les fusila á mansalva, á tiempo que el coronel Carvajal dirige el ataque por el camino real. La lucha fué horrorosa, y una vez rehecho el combate, sólo la noche pudo ponerle término evitando la derrota completa de la división española. Allí más que en cualquiera otra parte el triunfo se debió á Carvajal, Rondón é INFANTE.

VIII.

Las once de la mañana del 5 de agosto el Libertador ocupaba la ciudad de Tunja, habiendo logrado burlar al enemigo que á todo trance quería cubrir el camino de la capital. En el botín tomado allí, menos le importaba el parque que los almacenes de vestuario, pues que con ellos le era posible atender á las más urgentes necesidades de su ejército.

No nos detenemos á referir los movimientos ejecutados por los contendores disputándose el camino que conduce á Bogotá.

A las dos de la tarde del 7 de agosto la descubierta de la caballería independiente se dejó ver sobre las alturas de la izquierda de Boyacá, y pronto se trabó ese inolvidable combate en que se hundió para siempre la dominación española en nuestro país, y en que la patria recibió algo como el bautismo de los pueblos libres representado en la sangre generosa de sus hijos.

El parte de la batalla narrando los actos del heroísmo de todos los jefes, se detiene en el momento solemne en que, atacado de firme el centro enemigo por la división de Anzoátegui, al mismo tiempo que Santander rechazaba la izquierda, los escuadrones del Alto Llano se lanzaron envolviendo y acuchillando á los soldados de Barreiro que morían como bravos, pero que doblegados ante el huracán de hierro que los envolvía, buscaban en la fuga la salvación que ni el valor ni la pericia podían darles.

Allí en donde todos cumplían su deber, en donde las recomendaciones especiales eran difíciles porque corrían el riesgo de encerrar una injusticia para los que no fueran recomendados; los escuadrones del Alto Llano merecieron los honores del triunfo, y con ellos sus jefes Rondón, y el Coronel LEONARDO INFANTE.

IX.

Las cinco de la tarde del 10 de Agosto el Libertador hizo su entrada triunfal á Bogotá. Sabedor de la fuga de Sámano y de la numerosa emigración que le seguía, se adelantó al ejército escogiendo 50 hombres que debían acompañarle en calidad de *guardia de honor*.

Desde el amanecer del 9 el sanguinario Virey había tomado el camino de Honda, y era preciso perseguirle á todo trance. Careciendo de fuerzas con qué hacerlo, dió esta difícil comisión á su guardia, que inmediatamente se puso en marcha, tomando en la sabana de Bogotá las caballerías necesarias. El jefe montaba un famoso caballo oriundo de Casa Blanca, en Serrezuela, al cual habían dado por nombre *Chamelote*.

En poco más de un día y una noche llegaron á Pescaderías y, como debían esperarlo, se hallaron sin embarcaciones, que todas habían sido tomadas por los emigrados. En la orilla opuesta las veían balancearse sobre las aguas, al propio tiempo que todo lo que pasaba en las riberas les hacía creer que estaban en los momentos de emprender marcha.

Aguardarse á conseguir embarcaciones era asegurar la fuga de los emigrados, entre los cuales podía ir Sámano. Precipitarse al río, era lanzarse á una muerte casi segura. Entre los dos extremos el jefe no vaciló, y escogiendo cuatro compañeros dispuestos á seguir su suerte, linca las espuelas al brioso animal, que se precipita en las aguas. No pudiendo vencer la corriente,

es arrastrado al Salto de Honda, en donde bruto y jinete ruedan en el abismo, se hunden entre las ondas, y cien varas más abajo jinete y bruto reaparecen, el primero con la lanza en ristre y dos rayos en los ojos; el segundo, brotando de la nariz plumas de humo y la cola erguida entre las aguas.

Al hacer pie, *Chamelote* no aguarda un nuevo golpe de acicate, sino que redoblando sus esfuerzos llega á la playa en donde su jinete tiende á sus pies á los pocos que quieran resistir, y los otros aterrorizados más por lo que han visto que por el temor que pudiera infundir un hombre, huyen abandonando las embarcaciones, de las cuales se apodera el vencedor, que pudo tenerlas prontas dos días después para emprender con Anzoátegui la persecución de los enemigos.

Ese jefe escogido por Bolívar para comandar su guardia de honor, elegido por él para dar alcance á los que huían, y que en un instante de entusiasmo y de arrojo se precipitaba por el Salto de Honda, se llamaba el *Coronel* LEONARDO INFANTE.

X.

ERA el sábado 26 de mayo de 1825. Las tropas que hacían la guarnición de Bogotá formaban un cuadro en la plaza principal. En uno de los costados, siniestro y amenazador; se alzaba un patíbulo. ¿Quién no adivina el nombre de la víctima?

A las once de la mañana el toque de plegaria anunció la llegada del reo que, precedido por el Cristo de los ajusticiados, entró al cuadro marcando el paso con la escolta que le conducía.

Vestía uniforme y llevaba las insignias de coronel, y se apollaba en un fuerte bastón para corregir la cojera ganada en la guerra.

Al llegar al patíbulo rehusó perentoriamente dejar que se le vendara y mucho más que se le atara al poste, y reclamó los fueros de su grado para mandar la escolta que debía darle muerte.

Entre tanto los soldados, sus antiguos subordinados y testigos de sus glorias, con el arma al brazo y los semblantes sombríos, permanecían en silencio y taciturnos.

Preparada la escolta, el reo colocándose el bastón debajo del brazo para que le sirviera de apoyo, rompió el silencio solemne que reinaba:

—Compañeros! dijo, no soy culpable del delito de que se me acusa.... ahora, preparen!.... apunten!.... fuego!

La impresión de las balas hizo que el bastón rodara, y entonces incorporándose sobre el brazo, gritó segunda vez: fuego!

La descarga de la segunda fila se hizo oír, y en el lugar del suplicio quedó horriblemente mutilado el cadáver del coronel LEONARDO INFANTE.

XI.

EN el momento en que sonó la detonación el Vicepresidente, vestido de grande uniforme y acompañado del Estado mayor, salió del palacio, y recorriendo y saludando las filas al escape de su caballo, ocupó el centro de la plaza antes de que cesara el redoble de los tambores.

Las tropas presentaron las armas, y el Encargado del Poder Ejecutivo les dirigió estas lacónicas pero expresivas palabras:

“Soldados! teneis al frente el cadáver del coronel Infante, uno de los héroes de la guerra de la independencia, que ganó todos sus grados á fuerza de valor y de abnegación: quebrantó la ley, y la ley inexorable lo castiga. La misma suerte correrá cualquiera que la quebrante!” Y marchó para palacio.

En las filas resonó firme y sonoro el grito de “viva la República!” y pronto se conmovieron y desfilaron.

Así la ley civil se sobrepuso á la gerarquía militar, que para algunos era sinónimo de impunidad; y la salutación á la República en aquel momento solemne, fué algo como un sudario á la memoria de INFANTE.

XII.

AHORA, si el lector quisiera saber nuestra opinión respecto del hombre cuya hoja de servicios hemos extractado á grandes rasgos, sólo podremos plagiar al historiador francés que al narrar la muerte de uno de los jefes de la revolución del 93, dice que pertenece á aquellos: “á quienes no se puede admirar y defender sin que el rubor colore las mejillas; pero á quienes no se puede despreciar sin que las lágrimas asomen á los ojos.”

¿El valor y los merecimientos de INFANTE alcanzan á hacer olvidar el instante de locura que le arrastró al crimen? Su crimen fué probado? ¿Su muerte fué legalmente justa? la historia lo dirá.

Pero al menos, que la historia de sus hazañas sea salvaguardia de su memoria; y que lo mismo que la tierra fué ligera para su cuerpo, la historia sea benéfica para su nombre.

BOLIVAR.

RECUERDOS DE MI INFANCIA.

POR JOSE JOAQUÍN ORTÍZ.

MI niñez fué la de un huérfano. Muchos años hacía que mi padre agonizaba en las fortalezas de Portocabello, cuando yo, mal comido y peor vestido, vivía con mi madre en la hacienda, en la época más aciaga de la guerra de la independencia.

Crecía allí como hijo verdadero de la naturaleza, libre como el viento de mis sabanas, y alegre como lasavecillas de nuestros bosques. Ya! no conocía más mundo que la casa de mi padre, las labranzas y las vacadas; ni sabía que era guerra, ni se había despertado en mi alma el sagrado amor de la Patria, ni el mortificante fuego de la Gloria. Así, al rededor del árbol coposo del bosque truenan la tempestad de los desiertos, sin que el ave implume interrumpa su pacífico sueño, gustado bajo las alas de la Providencia.

Atravesar las llamas sobre ligerísimo caballo, imprudente jinete; armar lazos á las golondrinas y á los pericos maiceros; quedarme largas horas contemplando la corriente del río, y jugar con otros niños en el pórtico de la capilla de la hacienda, fueron ocupaciones de mi afortunada niñez. Este tiempo no podía durar, y no duró realmente.

Las huestes republicanas avanzaban: el llamado después Libertador de Colombia estaba en Paya, y poco después, perdiendo gente, superando obstáculos á la manera de Aníbal, cruzó el Llano, atravesó las cordilleras y acampó en Bonza. Corría entonces el mes de julio de 1819.

Cruzó el Llano, dijimos, esto es, pasó con su ejército esas sabanas que se tienden inmensas á semejanza de océanos; pajonales eternos que hacen horizonte, en los cuales sale y se pone recto, sin roca ni interpuesto monte, el ardiente sol del trópico; y en los cuales fuera indispensable la brújula, pues no hay otra senda que la que dejan los designales saltos de los jaguares, ó el paso de las enormes serpientes entre la maleza quebradiza; soledades sin eco,

barridas ora por vientos impetuosos, y cubiertas después por las lluvias y por los ríos salidos de sus álveos.

“Es milagroso, dice un Boletín de la época, haber tenido la fortuna de venir de tan lejos sin ningún accidente, á pesar de haber atravesado una multitud de ríos navegables, que inundaban gran parte del camino.... Luego hallamos nuevos obstáculos, que sin una perseverancia á toda prueba era imposible superar. Es increíble lo escarpado de las montañas que cruzábamos para los que no las hayan visto. La inclemencia del tiempo aumentó las dificultades del camino: llovió de día y de noche.”

Las penalidades del ejército atravesando el Llano y subiendo las cordilleras no tienen comparación. Aníbal y Napoleón cruzaron los nevados Alpes, es cierto, para caer á Italia; pero sus soldados tenían víveres y vestidos. Los de Bolívar, después de un día de marcha trabajosa por el eterno Llano, vivaqueaban al escampado teniendo por tienda de campaña el, en verdad, resplandeciente firmamento del Ecuador, á orillas de un invadable caño, como llaman allí á los ríos caudalosos.

Cuando después del toque de Diana dado en aquel campamento de héroes, el sol se alzaba á tumbos de su encendido oriente para lanzar vivas llamas en un cielo en que no hacía mancha durante todo el día la más pequeña nube; el soldado cabalgaba sin silla, y recorría la inmensidad de la sabana en pos del toro salvaje para empeñar con él una lucha de destreza y valor conquistando así el único alimento que, mal usado sobre el rescoldo, tenía que comer sin un grano de sal!

Pero no era de hoy que llevaba esta vida. Cinco años habían corrido ya desde que los patriotas, perdidas las esperanzas de la independencia del nuevo Reino de Granada; penetraron el Llano; y por cinco años merodearon en aquellas haciendas, entre otras la de Tosaira y Cravo, esta última de mi familia, hasta dejarle sin una res combatiendo en guerrillas incesantemente, conservando el foco en donde había de brotar la libertad de la República. Aquí no hay la más ligera exageración: la historia publica en altas voces otros hechos.

El 25 de julio de 1819, el ejército republicano marchó por el camino del Salitre de Paipa, en busca del enemigo; á las diez del día pasó el Segamoso y á las doce se halló en frente de los españoles.

Nosotros habíamos desocupado las casas de la hacienda huyendo de ser testigos de la acción, y acabábamos de llegar á una casita en el Pantano de Vargas, lugar de la batalla, á tiempo que se avistaron los dos ejércitos.

Este campo es una hoya extendida capaz de contener muchos combatientes. Toda ella está circundada por colinas, y uno de sus ángulos cubierto del pantano, á que debe su nombre, rodeado de espeso juncal. La posición que tomó el ejército de la República era mala por razón de las circunstancias. Barreiro estaba allí al frente de los españoles. Bolívar acá con los patriotas; y á pocos momentos de avistarse se abrió el fuego.

Cual sería la situación de nuestra familia compuesta sólo de mujeres, de niños y de un doméstico fiel, es fácil de concebir. Veníamos huyendo del espectáculo de una batalla, y nos hallábamos casi en el centro de ella, y nuestra habitación cruzada por los fuegos de los combatientes. Mi pobre madre agonizó aquel día: á nosotros nos libró de zozobras nuestra corta edad.

Mi hermano y yo nos pasamos la tarde subidos en la cerca de un maizal, viendo las idas y venidas, los pliegues y repliegues, las maniobras de los com-

batientes. A las dos después del medio día un tío nuestro, capitán de los republicanos, por nombre Fernando Vargas, y dueño por su familia de aquel teatro de la acción, avanzó con una partida á la casa donde estábamos, noticioso, Dios sabe el cómo, de que nos hallábamos allí, para persuadir á mi madre á que atravesando el campo por entre el fuego fuera á ponerse á retaguardia del ejército de Bolívar; lo que no tuvo efecto, y creo yo ahora que con sobra de razón, por la denegación formal de mi madre.

A intervalos reinaba en el llano un silencio medroso, que era interrumpido por las mortíferas descargas de la infantería; y se oía á nuestro lado el traquido de las cañas del maíz rotas por las valas, ó en el campo el relincho de los caballos vagando sin jinetes, los ayes de los moribundos alternados con el toque de carga de los altísimos clarines.

Veíamos, cuando se alzaba el humo y se aclaraba el campo, pasar sobre un caballo rucio vestido con ruana azul y lanza en ristre á un jinete, arrojando sólo todas las fuerzas enemigas. El valiente Coronel de la caballería Juan José Rondón, natural de la provincia de Caracas, hombre sencillo y sin instrucción que había sostenido las armas del Rey hasta 1817, y que ahora, convencido de la justicia de la causa americana, era su más acendrado defensor.

Hubo un momento solemne en que los patriotas se vieron completamente desesperanzados de conseguir el triunfo, y un testigo ocular nos ha contado que en él, el mismo Bolívar amartilló sus pistolas para dar fin desacordadamente á su gloriosa carrera.

Se había puesto el sol y continuaba todavía la batalla. Los españoles perdieron aquel día 100 hombres y los patriotas como 104. El campo quedó por estos. Nosotros con la noche emprendimos la vuelta al Salitre, espeditas como habían quedado las vías con la memorable batalla del Pantano de Vargas.

No puedo dejar de referir aquí una vista lastimosa. Dos días después de la acción, ya con la noche, llegaron á la hacienda unos oficiales ingleses de regreso del campo de batalla, pidiendo una guía para reunirse al ejército. Es de saberse que las compañías inglesas habían combatido por primera vez en Vargas; que resistieron valerosamente el cheque de las cargas enemigas; que habían quedado diezmadas y, en fin, que Bolívar les había concedido en el campo la cruz de Libertadores. El espacioso salón á donde fueron conducidos no tenía ni esteras ni asientos. En la mitad de él había encendido una hoguera, y calentaban agua para que los huéspedes se lavaran los pies, por que toda la tarde había llovido. Estaban ellos al rededor del fuego, mustias y ensimismados, acomodando algunas preciosas reliquias de sus compatriotas y amigos, muertos en la acción, y á quienes venían de dar sepultura. Gruesas y ardientes lágrimas brotaban de cuando en cuando de sus ojos, que chorreaban hasta sus largos mostachos, cuyo color amarillo se anmentaba con la vislumbre rojiza de la hoguera. Yo no me cansaba de mirar sus esveltos talles y sus vestidos, de admirar la blancura de su tez, y no podía darme cuenta de cómo hombres barbados lloraban tan desesperadamente. Esta escena ha quedado gravada en mi alma con toda su frescura, á pesar del trascurso de los años.

La acción de Boyacá siguió después. Afianzada con ella la libertad de la Nueva Granada, Bolívar volvió al norte. Nosotros estábamos ya en Paipa.

Es preciso figurarse el entusiasmo sincero, loco, ardiente que despertaba Bolívar. La noticia de que el Libertador debía pasar por algún pueblo, ponía en movimiento á todas las gentes. Oh, era tan grande su glorioso nombre tan vivo el brillo de su espada fulminante, terror de los enemigos de la Patria; tan grande el beneficio de la libertad que había concedido al pueblo!

Arcos triunfales, músicas, convites, arengas, Tedeum.... cuanto tenían las pobres aldeas aniquiladas por el hierro y el fuego de la guerra, venía á ofrecerse en homenaje al Padre de la Patria. Ingratos, á fuer de celosos, los colombianos incensamos al ídolo en su oriente, y lo vimos descender á su ocaso, petrificados de estupor ciertamente con lamentable espectáculo; sin llorar sobre su suerte! Pero el tiempo acrisola los nombres y los hechos, disipa las nubes de la calumnia, y hace por fin justicia á los grandes bienhechores de la humanidad.

En mi pueblo se supo que el Libertador pasaba y hubo el movimiento de costumbre.

De repente, una tarde, al ponerse el sol, sin ser esperado todavía, á golpe tendido y dejando atrás su comitiva, se presentó Bolívar en la plaza de Paipa. Los arcos estaban á medio alzar todavía! Es conocido el modo de viajar el Libertador: cuando él daba el grito de *á caballo!* era preciso tender al galope para alcanzarlo.

¡Que bella figura hacía en la plaza desierta del pueblo, montado sobre su brioso caballo ijadeando por la carrera, visto á la encendida luz del sol casi moribundo de la tarde!

Esa noche hubo baile en la casa del Cura. En la sala no había sino cuatro malas bancas y una mesa. La música consistía en un violin, una pandereeta y un tambor. Las personas concurrentes eran pocas; en el pueblo casi no había gente.

El Libertador apareció en la sala con su sencillo vestido de paño azul, y como siempre ágil y activo, sin sociego y bullicioso. Rompió entonces la música, que oída apenas por él, se dirigió al Párroco diciéndole: señor cura, por amor del cielo, haga U. cesar ese tambor que viene sonando en mis oídos desde una eternidad en las ciudades y en los campos de batalla! Es fácil figurarse después de callado el tambor, lo mal que sonarían solos la pandereeta y el violin.

Bolívar quiso bailar. Había muchas personas, atraídas de la curiosidad al umbral de la puerta; y aquél dirigiéndose al grupo, empezó á porfiar por bailar con una india. Es conocido el carácter de esta raza, reacio y tenaz. Bolívar con todo su genio indomable, tuvo que ceder ante la dura tenacidad de aquella descendiente de Sugamuxi ó de Tundama.

Luégo empenó conversación, ya con uno, ya con otro, mientras que algunas pocas parejas bailaban. A la sazón estaba yo sentado en un escaño, ocupado en revolver todos sentidos el pequeño morrión del Libertador. Tan pronto limpiaba el charol reluciente y las placas de plata, como sacaba un pañuelo blanco que había en la copa! Por fin el Libertador notó el daño que el advenedizo muchacho hacía en su propiedad, y dirigiéndose á mí me dijo: Ola! traviesillo! qué haces ahí? quien eres tú?

Yo, encendido ó no encendido de vergüenza, di mi nombre poniendo respetuosamente el morrión en manos del Libertador.—¿Con que este es el otro de los hijos de mi amigo***?

Y diciendo esto se sentó, y me puso sobre sus rodillas. Lo que él me dijo de mi padre, lo que yo le contesté, lo doy aquí como borrado de mi memoria: hablaré sólo de la impresión que me causaron el fuego de sus miradas y la excesiva blancura de sus manos.

Al otro día el Libertador había partido, y yo no volví á pensar en él por entonces.

¿Qué verdadero colombiano no seguía con alelada atención la marcha gloriosa del héroe de América, cuando echando al mar con su espada de fuego á los enemigos de la Patria, subía á la diamantina cumbre del Chimborazo, y desde allí, flameando la bandera tricolor que había llevado desde Orinoco, proclamaba al mundo la independencia de tres Repúblicas? ¿Qué colombiano no erigía altares en su corazón; según su expresión ardiente, al grande hombre que nos daba gloria, paz y libertad?

Yo de mí sé decir que devoraba sus arengas y mensajes, y me aprendía de memoria sus proclamas: que oía con religioso recogimiento la relación de sus campañas, y que ansiaba por el momento de volverlo á contemplar. Esto no tardó mucho.

Bolívar volvió del Perú á Bogotá. Los preparativos de su recepción fueron magníficos. El Congreso colombiano, reunido en la iglesia de Santo Domingo, se levantó respetuoso cuando entró el héroe y pasó á dar cuenta á los padres de la Patria de las victorias obtenidas, y de las glorias de las armas colombianas. ¿Qué nobleza de expresión, qué aureola de gloria la que rodeaba á aquel hombre...! ¿No hubiera valido más para su reposo que el Ángel de la muerte lo hubiera arrebatado aquel glorioso día de sobre la tierra?

Y ahora, porqué tanta tenacidad de las Legislaturas á no aceptar la dimisión del mando hecha por el Libertador hasta por vigésima vez? De dos cosas una: ó las renunciaciones eran sinceras ó falsas; si lo primero ¿porqué no concederle el reposo que pedía como un favor, y de que él sólo carecía entre todos los colombianos? si lo segundo ¿porqué no ponerlo en el predicamento de demostrar al mundo clara, paladinamente, sin disfraz de ninguna clase, que no había trabajado sino por su propio engrandecimiento? La negativa hipócrita de las Cámaras, acarreó á Colombia el azote de la guerra en el interior y el descrédito en el exterior; puso en duda para muchos la lealtad de los sentimientos de Bolívar, y condujo á este á una muerte temprana. ¿Pero el hecho no manifestó después que Bolívar era incapaz de manchar su alta fama, cuando al fin tomó el camino del extranjero, haciendo únicamente votos por la felicidad de Colombia?

El Libertador instaló en persona el Congreso en 20 de enero de 1830. ¿Cuánto habían mudado las circunstancias de la Patria y del héroe! ¿Qué sobrió silencio en la procesión que hubo de hacerse de la Catedral al hoy Salón de grados de la Universidad! Era ese el mismo Bolívar? Viejo ahora antes de tiempo, melancólico y sombrío, caminaba lentamente, como presagiando ya su próxima ruina. Es creíble que no le acompañaba ya el recuerdo de sus buenos días, ó que este era amargado por la ingratitud de sus conciudadanos. Sus ojos lánguidos erraban en sus órbitas, sus mejillas habían

perdido su frescura y estaban hundidas; sus labios se contraían con amargura, y toda su figura tenía no sé qué señal de víctima destinada á la tumba. La flacura de su cuerpo era tal, que los pantalones de casimir cortos y las medias blancas de seda flotaban en sus piernas á un lado y á otro, á cada paso que daba. ¿Quién hubiera reconocido el volcán, apagado ahora por permission del Cielo?

¿Con qué desgarrador acento se dirigió á los miembros del último Congreso Colombiano!.....“Todos, todos mis conciudadanos gozan de la inestimable fortuna de parecer inocentes á los ojos de la sospecha: sólo yo estoy tildado de aspirar á la tiranía.....¡El pueblo quiere saber si dejaré ya de mandarlo.....Oid mis súplicas: salvad la República; salvad mi gloria que es de Colombia.....¡Desde hoy no soy más que un simple ciudadano armado para defender la Patria y obedecer al Gobierno.” Y en una proclama de esa fecha añadía: “Veinte años ha que os he servido en calidad de soldado y magistrado. En este largo período hemos reconquistado la Patria, libertado tres Repúblicas, conjurado muchas guerras civiles, y cuatro veces he devuelto al pueblo su omnipotencia reuniendo espontáneamente cuatro Congresos constituyentes..... Temiendo que se me considere como un obstáculo para asentar la República sobre la verdadera basa de su felicidad, yo mismo me he precipitado de la alta magistratura á que vuestra bondad me había elevado. He sido víctima de sospechas ignominiosas, sin que haya podido defenderme la fuerza de mis principios. Nunca, nunca, os lo juro, ha manchado mi mente la ambición de un reino que forjaron artificiosamente mis enemigos para perderme en vuestra opinión.”

El Congreso no admitió la renuncia; y no fué sino después de algunos meses cuando Bolívar descendió por fin, al cabo de veinte años, á la condición de simple ciudadano con intención de separarse para siempre del suelo que le dió la vida.

* *

Cuando después de un día caluroso de verano, guía el labrador sus bueyes á la majada, se detiene de repente en algún alto collado y mira:—el viento no susurra: la naturaleza está atenta: el sol acaba de ponerse detrás de las distantes montañas.

¡Bolívar había muerto en Santamarta el 17 de Diciembre de 1830.



PAN, QUESO Y RASPADURA.

EPISODIOS DE LA BATALLA DE AYACUCHO.

Por Ricardo Palma.

I.

El mes de Diciembre de 1824 principiaba tomando el ejército español, mandado personalmente por el virey La—Serna, la ofensiva sobre el ejército patriota, á órdenes del bravo general Sucre, ese Balyardo de la América.

Ambos ejércitos marchaban paralelamente y casi á la vista separados por el caudaloso río Pampas, cambiándose, de vez en cuando, algunos tiros. El Jefe español se proponía ante todo, cortar la comunicacion de los patriotas con Lima, á la vez que forzar á estos á descender al llano abandonando las crestas de Matará.

Sucre comprendiendo el propósito del enemigo, se apresuró á ganar el día 3 la quebrada de Corpahuaico; y habian avanzado camino en ella las divisiones de vanguardia y centro, cuando la retaguardia fué bruscamente atacada por las tropas de Valdés, el más inteligente y prestigioso de los generales españoles. Los patriotas perdieron en esta jornada todo el parque, uno de los dos cañones que formaban su artillería, y cerca de trescientos hombres. El desastre habria sido para ellos más trascendental si el batallon Vargas, mandado por el comandante Trinidad Moran, no hubiera desplegado heroica bizarría, dando con su resistencia tiempo para que el ejército acabase de pasar el peligroso desfiladero.

¡Triste burla de la suerte! Treinta años despues, el 3 de Diciembre de 1854, el general don Trinidad Moran era fusilado en la plaza de Arequipa, en el mismo día aniversario de aquel en que salvó al ejército patriota, y con él acaso la Independencia de América.

El ocho las tropas realistas, ocupando las alturas de Pacaicasa y del Cundureunca (cuello de condor) tenian cortada para los patriotas la comunicacion con el valle de Jauja. Los independientes tomaban posiciones primero en Tambo Cangallo, despues en el pueblecito de Quinua, á cua-

tro leguas de Guamanga, y finalmente á la falda del Cundureunca. Retirarse sobre Ica ó retroceder camino del Cuzco era sino imposible, un plan absurdo.

El ejército del virey se componia de doce batallones de infantería, cinco cuerpos de caballería y catorce cañones. Su fuerza efectiva era de nueve mil novecientos hombres.

Los patriotas contaban sólo con diez batallones, cuatro regimientos de caballería y un cañon que como recuerdo glorioso, se conserva hoy en el museo del cuartel de artillería de Lima. Total, cinco mil ochocientos hombres.

Inmensa, como se ve, era la superioridad de los españoles; pero cada hora que corria sin combatir hacia más aflictiva la situacion del reducido ejército patriota en el que, para mayor conflicto, sólo habia carne para racionar á la tropa por uno ó dos días más.

El general La—Mar se dirigió á una choza de pastores que servia de alojamiento á Sucre. Este le tendió afectuosamente la mano, y le dijo:

—Y bien, compañero! ¿Qué haría Ud. en mi condicion?

—Dar mañana la batalla, y vencer ó morir—contestó La—Mar.

—Pienso lo mismo, y me alegro de que no haya discrepancia en nuestra manera de apreciar la situacion.

Y Sucre á la puerta de la choza, llamó á un ayudante, y le dió orden de convocar inmediatamente para una junta de guerra á los principales Jefes del ejército.

Una hora despues, los generales Sucre, La—Mar, Córdoba, Miller y Lara, el Coronel Gamarra jefe de Estado Mayor, y los comandantes de cuerpos se encontraban congregados á la puerta de la choza, sentados sobre tambores é improvisados taburetes de campaña.

II.

Una ligera noticia biográfica de los principales miembros de la junta de guerra, paréceme que viene aquí como anillo al dedo.

Antonio José de Sucre nació en Cumará en 1793, y desde la edad de diez y seis años se enroló en las filas patriotas. En 1813 mandaba ya un batallon. Desde la batalla de Pichincha, empezó á figurar como general en jefe. Siendo en 1828, Presidente de Bolivia, envió su poder á un amigo para contraer matrimonio en Quito, con la marquesa de Solonda y curiosa coincidencia! el mismo día, 18 de Abril, en que se realizaba la ceremonia nupcial, era Sucre herido, en Chuquisaca, al sofocar un movimiento revolucionario. El Gran Mariscal de Ayacucho fué villanamente asesinado el 4 de Junio de 1830, en la montaña de Berruecos.

Don José de La—Mar nació en Guayaquil en 1777, y fué llevado por uno de sus deudos á un colegio de Madrid. En 1794 entró en la carrera militar é hizo la campaña del Rosello, al lado del limeño conde de la Union que mandaba en jefe el ejército español. En el sitio de Zaragoza, era ya coronel y muy querido de Palafox. Defendiendo un fuerte cayó mortalmente herido, y su curacion fué penosísima. En Valencia, mandó despues un cuerpo de cuatro mil hombres y tomado prisionero, el mariscal

Soult lo remitió al depósito de Dijon. En 1814, Fernando VII lo ascendió á general y lo envió al Perú con alto destino militar. En 1823 elevó su renuncia ante el virey La—Serna, y aceptada por éste y desligado de todo compromiso con España, tomó servicio en favor de la causa americana. Presidente Constitucional del Perú, en 1828, fué derrocado por la más injustificable revolucion, y murió desterrado, en San José de Costa—Rica, en 1830.

El granadino José María Córdoba nació en 1800, y en 1822 era general de brigada, en premio de su bravura en Boyacá y otros combates. En el mismo campo de Ayacucho fué ascendido á general de division; y cuando, acompañando á Bolívar en su paseo triunfal hasta Potosí, el vecindario del Cuzco obsequió al Libertador una corona de oro y piedras preciosas, éste no la aceptó y la puso sobre la cabeza de Córdoba. La guerra civil se enseñoreó de Colombia en 1829 y Córdoba fué asesinado despues de una derrota.

Agustin Gamarra nació en Cuzco en 1775 y aunque sus padres pretendieron hacer de él un teólogo, se huyó del colegio y sentó plaza de cadete en el ejército español, alcanzando en él hasta el grado de comandante. Proclamada en 1821, la independencia, tomó servicio con los patriotas, que lo reputaban, despues de Sucre y La—Mar, como el militar más competente en materia de organizacion, disciplina y estrategia. Ascendió á general en Ayacucho, y entrado ya el Perú en el régimen constitucional, fué perenne perturbador del orden, y vivió siendo siempre ó Presidente ó conspirador. Tuvo gloriosa muerte en el campo de batalla de Inagavi, en 1840.

III.

La junta de guerra decidió, por unanimidad de votos dar batalla en la mañana del siguiente dia.

Terminada la sesion, Sucre llamó á su asistente, y le dijo:

—Sirve las “once” á estos caballeros.

Y, volviéndose á los compañeros de junta, añadió:

—Conténtense ustedes con mis pobrezaas que, para festines, tiempo queda si Dios nos da mañana la victoria y una bala no nos corta el resuello.

Y el asistente puso sobre un tambor una botella de aguardiente, un trozo de queso, varios panes y una chancaca.

—Banquete de príncipes golosos!—exclamó Córdoba.

—No moriremos de indigestion—dijo La—Mar, poniendo una rebanada de queso dentro de un pan y cortando con el cuchillo un trocito de chancaca.

A este tiempo el coronel O’ Connor, primer ayudante de Estado Mayor, se acercó á Sucre preguntándole:

—Mi general ¿quiere Usía dictarme el santo y seña que se ha de comunicar al ejército?

Ahí tate, gloton! Pan, queso y raspadura! (1)—continuó diciendo La—Mar, y pasando á Miller la racion que acababa de arreglar.

—Pan, queso y raspadura!—repitió el bizarro ingles aceptando el agasajo—“Very well!” Muchas gracias!

Sucre se volvió hácia Miller, y le dijo sonriendo:

—¿Qué ha dicho usted general?

—“Nothing!” Nada! Nada! Pan, queso y raspadura.....

—Coronel O’ Connor, ahí tiene usted el santo, seña y contraseña, precursores del triunfo.

Y sacando Sucre del bolsillo su librito de memorias arrancó una página y escribió sobre ella con lápiz.

PAN—QUESO—Y RASPADURA.

Tal fué el santo, seña y contraseña del ejército patriota al romperse los fuegos en el campo de Ayacucho.

IV.

A poco más de las nueve de la mañana del 9 de Diciembre de 1824, la division Monet, compuesta de los batallones “Búrgos”, “Guías” y “Victoria”, á la vez que la division Villalobos formada por los batallones “Gerona”, “Imperial” y “Fernandinos”, empezaron á descender de las alturas sobre la derecha y centro de los patriotas. La division Valdez, organizada con los batallones “Cantabria”, “Centro” y “Castro”, había dado un largo rodeo y aparecia ya por la izquierda. La caballería al mando de Ferraz, constaba de los “Húsares” de Fernando VII, “Dragones de la Union”, “Granaderos de la Guardia” y escuadrones de “San Carlos” y de “Alabarderos”. Las catorce piezas de artillería estaban tambien convenientemente colocadas.

Los patriotas esperaban el ataque en línea de batalla. El ala derecha era mandada por Córdoba, y se componia de los batallones “Bogotá”, “Voltígeros”, “Caracas” y “Pichincha”. La division del general Lara con los batallones “Vargas”, “Rifles” y “Vencedores”, ocupaba el centro. La—Mar, con los cuatro cuerpos peruanos, sostenia la izquierda. La caballería á órdenes de Miller, se componia de los “Húsares de Junin” de “Colombia” y de los “Granaderos” de Buenos Aires.

Cada batallon de la infantería española constaba de ochocientas plazas, por lo menos; y entre los patriotas, raro el cuerpo que excedia de la mitad de esa cifra.

Sucre, en su brioso caballo de batalla, recorrió la línea y deteniéndose en el centro de ella, dijo con entonacion de voz que alcanzó á repercutir en los extremos:

—¡Soldados! De los esfuerzos de hoy depende la suerte de la Améri-

(1) *Raspadura*, segun el Diccionario de la lengua, es lo que se quita de alguna superficie raspándola. Se usa más en plural, así se dice raspaduras de uñas, raspaduras de chancaca, &c. La voz *chancaca* es provincialismo de Méjico y del Perú, y se designa con este nombre al pan ó bollo hecho con la mezcla ó keces de la miel de caña.

ca del Sur. Que otro día de gloria corone vuestra admirable constancia! Y, espoloneando su fogozo corcel, se dirigió hacia el ala que ocupaban los peruanos.

La—Mar, el adalid sin miedo y sin mancilla, alentó á sus tropas con una proclama culta, á la vez que entusiasta y breve, y que ni la historia ni la tradición han cuidado de conservar. Los batallones contestaron con un estruendoso ¡Viva el Perú! y rompieron el fuego sobre la división Valdez. Era en esa ala donde la victoria debía disputarse más reñidamente.

Entre tanto la división Monet avanzaba sobre la de Córdoba.

Sucre, que acudía con oportunidad allí donde la presencia era necesaria, le gritó á Córdoba.

—General, tome usted la altura y está ganada la batalla.

El valiente Córdoba ese gallardo paladin de veinticuatro años, por toda respuesta se apeó del caballo y, alzando su sombrero de picos galoneado de oro en la punta de su espada, dió esta original voz de mando:

—Armas á discreción y paso de vencedores!

Y dando una irresistible carga á la bayoneta, sostenida por la caballería de Miller que acuchillaba sin piedad á los “Húsares de Fernando VII,” sembró pronto el pánico en la división de Monet.

Sospecho que también la historia tiene sus pudores de niña melindrosa. Ella no ha querido conservar la proclama del general Lara á la división del centro, proclama eminentemente “cambrónica;” pero la tradición no la ha olvidado; y yo, tradicionalista de oficio, quiero consignarla. Si pecho en ello, pecaré como Víctor Hugo: es decir en buena compañía.

La malicia del lector adivinará los vocablos que debe sustituir á los que yo estampo entre comillas. Téngase en cuenta que la división Lara se componía de llaneros y gente cruda, á la que no era posible entusiasmar con palabritas de salón.

—Zambos del “espantajo!” (les gritó). Al frente están los godos “puchueleros.” El que manda la batalla es Antonio José de Sucre que, como saben ustedes, no es ningún “cangrejo.” Con que así, apretarse los “calzones” y.....¡á ellos!

Y no dijo más, ni Mirabeau habría sido más elocuente.

Y tan furiosa fué la arremetida sobre la división Villalobos, en la cual venía el virey, que el batallón “Vargas” no sólo alcanzó á derrotar el centro enemigo sino que tuvo tiempo para acudir en auxilio de La—Mar, cuyos cuerpos empezaban á ceder terreno ante el bien disciplinado coraje de los soldados de Valdez.

Secundó á Vargas el regimiento “Húsares de Colombia,” cuyo jefe, el coronel venezolano Laurencio Silva, cayó herido. Llevado al hospital de sangre, y puesto un vendaje á la herida, preguntó al cirujano:

—Dígame socio ¿cree usted que me moriré de ésta?

—Lo que es morir me parece que nó; pero tiene usted lo preciso para pasar algunos meses bien “divertido.”

—¡Ah! Pues sino muerdo de esta, venga mi caballo; que todavía hay jarana para un cuarto de hora, y quiero estar en ella hasta el “conchito.”

Y con agilidad suma, sin escuchar las reflexiones de su amigo el cirujano, saltó sobre el caballo y volvió á meterse en lo recio del fuego.

Qué hombres, Cristo mío! Qué hombres!

Setenta minutos de batalla, casi todo cuerpo á cuerpo, empleando los patriotas el sable, la bayoneta, más que el fusil, pues desde Corpahuaico, donde perdieron el parque, se encontraban escasos de pólvora, bastaron para consumir la independencia de América.

V.

A las doce del día el virey La—Serna, ligeramente herido en la cabeza, se encontraba prisionero de los patriotas y ¡lo que son las ironías del destino! en ese mismo día, á esa misma hora, en Madrid, el rey don Fernando VII, firmaba para La—Serna el título de Conde de los Andes.

La rivalidad entre Canterac, favorito del virey y jefe de estado mayor de los españoles, y Valdez el más valiente, honrado y entendido de los generales realistas, influyó algo para la derrota. El plan de batalla fué acordado entre La—Serna y Canterac, y al ponerlo en conocimiento de Valdez, tres horas, antes de inclinarse el combate, éste murmuró al oído del coronel de Cantabria, que era íntimo amigo:

—Nos arreglaron los insurgentes! Ese plan de batalla han podido ardirlo dos frailes gilitos; pero no dos militares. Los enemigos nos harán fleco antes de que lleguemos á la falda del cerro; y aun, superando este inconveniente, no nos dejarán formar línea ordenada de batalla. En fin, soldado soy, y mi obligación es ir sin chistar al Matadero y cumplir como Dios me ayude, con mi rey y con mi patria.

—Que hacer mi general!—contestó el jefe del Cantabria estrechando la mano de su superior—Creo vamos á pagar las “francesadas” de Canterac!

Desbandada su división que, en justicia sea dicho, se batió admirablemente, Valdez descabalgó y, sentándose sobre una piedra, dijo con estoicismo:

—De aquí no me muevo y aquí me matan.

Un grupo de sus soldados, de quienes era muy querido, le tomó en peso y consiguió transportarlo algunas cuerdas fuera del campamento.

A la caída del sol, Canterac firmaba la capitulación de Ayacucho, y tres días más tarde, dirigía á Bolívar esta carta que acaso, medio siglo después, trajo á la memoria Napoleón III, al rendirse prisionero en Sedan.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR LIBERTADOR DON SIMON BOLÍVAR.

Como amante de la gloria, aunque vencido, no puedo ménos que felicitar á Vuestre Excelencia por haber terminado su empresa en el Perú, con la jornada de Ayacucho.—Con este motivo tiene el honor de ofrecerse á sus órdenes y saludarle, en nombre de los generales españoles, su afectísimo y obsecuente servidor que sus manos besa,

JOSE DE CANTERAC,

Guamanga, á 12 de Diciembre de 1824.

VI.

A las dos de la tarde, fatigado por la sangrienta, al par que gloriosa faena del día, llegó el general Miller á la puerta de la tienda de Sucre, donde sólo encontró al leal asistente.

—Pancho,—le dijo al alegre inglés—dame un traguito de algo que refresque y un bocado para comer.

El asistente contestó:

—Mi general, dispense Usía si no le ofrezco otra cosa que lo mismo de ayer: un sorbo de aguardiente, pan, queso y raspadura.

—Hombre, guárdate la raspadura y tráeme lo demás que, para raspadura, basta con la que hemos dado á los chapetones.



JOSE ACEVEDO Y GOMEZ.

POR JOSEFA ACEVEDO DE G.

I.

SANTAFÉ.

SANTAFÉ! Este nombre es muy querido, encierra muchos recuerdos para los habitantes ancianos de la antigua capital del virreinato de la Nueva Granada. Santafé! ¡Cuántos viejos darian el resto amado de su achacosa vida y por añadidura la de tres ó cuatro de sus hijos y nietos, porque existiera Santafé tal como era ántes del año de 1810! Acaso tendrían razón, y yo por mi parte no quiero que se olvide lo que fué en otro tiempo el país de mi nacimiento.

Esta ciudad, fundada hace más de tres siglos por Gonzalo Jiménez de Quesada, se asegura que tenía cerca de 40 000 habitantes en el año de 1810. Sus casas, sólidamente construidas, ofrecían espacio y comodidad á los que moraban en ellas, lo que segun la opinion de muchos puede valer tanto como lo que se llama elegancia y buen gusto moderno. Macizos balcones, en cuya formación no se habia economizado la madera; gruesas ventanas guarnecidas con espesas celosías que daban escasa entrada á la luz y al aire que circulaba por espaciosas salas colgadas de un papel lustroso en donde ordinariamente se representaban paisajes y flores; altos y duros canapes con cerco dorado forrados en filipichin ó damasco de lana ó seda, cuyas patas figuraban la mano de un león empuñando una bola; cuadros de santos con anchos marcos labrados y sobre dorados y algunos retratos de familia, al oleo, ejecutados por Figueroa y colocados lo más cerca del techo que era posible; enormes arañas de cristal, mesas pesadas con caprichosos recortes, cómodas barnizadas de negro con tiraderas doradas, escritorios con cien cajones embutidos de carey y concha de perla, enormes camas con espesas cortinas de lana ó algodón, que corrian sobre

varillas de hierro produciendo un ruido agudo y metálico, espejos ovalados colgados oblicuamente sobre las paredes, y sillas de brazos altos, forradas en terciopelo ó damasco, cuya clavazon hacia comunmente un dibujo poco variado. Tales eran los adornos comunes de la mayor parte de las casas de los nobles santafereños. No es esto decir que no hubiera habitaciones invadidas por modas más modernas, paredes adornadas con láminas de esquisito gusto, muebles más elegantes y ligeros, y balcones y ventanas de hierro con delgados balaústres que daban entrada libre al aire y á la luz; asientos ménos altos y más blandos, camas de diversas formas con blancas colgaduras de muselina recogidas con grandes y vistosos lazos de cinta encarnada ó celeste. Pero aquí no se trata de las excepciones, porque en tal caso este cuadro no tendria fin. En cuanto á las costumbres, eran cristianas, pacíficas y decorosas, salvo tambien las excepciones que no dejan de ser abundantes en la grande poblacion de una ciudad que es capital de un extenso y rico vireinato, que encierra, aunque en menor escala, los mismos elementos para el mal que se encuentra en Roma, en Paris, en Londres, en Madrid y en todas las viejas capitales de la civilizada Europa. Los santafereños oían misa todos los dias y despues se ocupaban de su almuerzo y de sus negocios. Comían de las doce á la una de la tarde, y durante las horas de sus comidas hacían cerrar cuidadosamente las puertas de sus casas. Por la tarde paseaban por la Alameda ó el Aserrío, y á la oracion se retiraban á sus casas á “refrescar” dulce y chocolate (orden en que se servia entónces este refresco y que despues se ha invertido con escándalo de los amantes de los antiguos usos). Luego se rezaba el rosario, se hacia ó recibia algunas visitas ó se conversaba en familia hasta las nueve ó diez de la noche, hora ordinaria de la cena. Despachada ésta, que era siempre abundante, se acostaban los buenos santafereños á dormir con tranquilidad para recorrer al dia siguiente un círculo igual de quehaceres, paseos, comidas y conversaciones.

El domingo era otra cosa; aquel dia se almorzaba precisamente “ta-males”. El padre de familia visitaba y era visitado; la madre se adornaba para ir donde las señoras de la alta aristocracia española, es decir, las esposas de los empleados públicos.

Los criados y los niños iban por la tarde al Guarrus de las Aguas ó de Fucha, y casi todo lo mejor de la poblacion pascaba por San Victorino, donde se veían pasar los tres únicos coches que habia en la ciudad, á saber: el del virey, el del arzobispo y el de la familia Lozano, llamado comunmente el de las Jerezanas. Algunas piezas dramáticas, casi siempre mal ejecutadas, uno que otro baile en que figuraban la acompasada contradanza, el grave minuet, la fría alemanda, el elegante y gracioso bolero, y por remate, en casos de buen humor, el alegre semipianito; una que otra reunion de amigos en que se jugaba ropilla y las anuales fiestas de Egipto y San Diego, en que se cenaba abundantemente y se jugaba con escándalo al pasadiez y al bisbis, tales eran las diversiones ordinarias de los hijos de la capital. Más, en circunstancias notables, en los dias grandes y de largos recuerdos, habia fiestas reales, es decir, una misa solemne con TE-DEUM con asistencia del virey y los tribunales, cuadrillas ecuestres á imitacion de los juegos árabes, carreras de sortija, corridas de toros, salvas de artillería, besamanos ó visita de ceremonia en casa del virey y dos ó tres bailes de “tono” en que no dejaban de ostentarse lujosos trajes bor-

dados con oro y magníficos uniformes de oficiales reales y de coroneles en guarnicion, bailes, en verdad, más á propósito que los de ahora para lucir las damas su agilidad, airosos movimientos, fino oído, paso acompasado y gracioso, que el perpetuo brincadito á la indígena y en los trotes y carreras fatigantes de nuestros dias.

Pero sigamos. Todas estas funciones nocturnas se terminaban con un suntuoso y abundante ambigú, en que lucia sus habilidades de repostero algun liberto de CASA GRANDE que vestia tambien en estas ocasiones una gran casaca azul forrada con tafetan blanco. Pero ¿cuáles eran estas ocasiones singulares solemnizadas con tales fiestas? Voy á decirlo: cuando llegaba un nuevo virey, cuando se publicaba la Bula de la Santa Cruzada, cuando nacia un príncipe ó se casaba una infanta en España.

Habia tambien solemne funcion religiosa y lúgubre cuando moria un Pontífice ó algun individuo de la real casa de Borbon. Así todas nuestras esperanzas y alegrías, todos nuestros duelos y regocijos nos venían del otro lado del Océano. ¡Nada era nacional para nosotros! Hasta las telas y alimentos se llamaban de CASTILLA cuando tenían alguna superioridad. De allá nos venían los vireyes, los oidores, los empleados de hacienda, los canónigos, los alcaldes y los soldados. De allá recibíamos las ropas y tambien los víveres que no produce el pais. De allá nos venían las indulgencias, las reliquias, la salvacion del alma. ¡Pobres colonos! Nada teníamos! ¡Ni aun el sentimiento del amor patrio que habia dormido trescientos años en nuestros frios y esclavizados corazones!

II.

LOS VERDADEROS PATRIOTAS Y DON JOSÉ ACEVEDO.

HABIA en la capital algunos establecimientos públicos, un observatorio astronómico, un jardín botánico, varios conventos de hombres, cinco de mujeres, un hospital de caridad muy bien dotado, hospicio y casa de expósitos. Tenia tambien una Universidad y dos Colegios donde se enseñaba latin y algunos otros ramos de instruccion, siempre dirigidos segun el sistema colonial, siempre bajo la vigilancia de la santa Inquisicion que, como era natural, mantenía algunos empleados suyos en la capital del vireinato. Varios hombres dotados de talento y virtudes, hijos de Santafé y de las provincias, habian hecho sus estudios en estos colegios y recibido sus grados en la Universidad. El espíritu de paisanaje, la identidad de suertes, la semejanza de educacion, hacían que estos granadinos estuviesen ligados con lazos de amistad mas ó ménos estrechos.

Entre ellos se hablaba frecuentemente de la asombrosa revolucion de Francia, de este acontecimiento extraordinario cuyas consecuencias debían abarcar el mundo entero. Mas, para discutir sobre tales asuntos, los amigos se reunían con sigilo, evitaban la presencia de un español y temían un denuncio que infaliblemente habría dado origen á una persecucion. Admiraban en secreto los discursos de Mirabeau y las hazañas de los ejércitos de la gran República venciendo la formidable coalicion de todos los déspotas europeos. Condenaban á solas los abusos del poder, y en voz baja pronunciaban la dulce palabra LIBERTAD. Lozano, Herrera, Caicedo, Gutiérrez, Moráles y otros hijos de la capital; Tórres, Restrepo, Cálidas, Benítez, Castillo y otros muchos provincianos de un mérito sobresaliente, se penetraban en estas conversaciones del amor sagrado de la Patria y bullían en sus nobles pechos el deseo más ardiente de la independencia y la gloria de la América. El ejemplo de los Estados Unidos del Norte excitaba su entusiasmo, y el nombre inmortal de Jorge Washington, despertando su admiracion, daba á sus almas un temple heroico capaz de arrostrar los mayores peligros y de encargarse de las más arduas empresas.

Había entre estos ilustres granadinos un hombre de 35 años de edad, de noble sangre, bella presencia, modales insinuantes y una imaginacion viva y ardiente. Su fortuna era considerable y su instruccion bastante, apesar de no haber recibido la educacion de los colegios. Sus amigos lo amaban por su generoso carácter, por su genial franqueza, su despejado talento, su ánimo arrojado y su natural é impetuosa elocuencia. Este era don JOSE ACEVEDO Y GÓMEZ: incansable cuando se trataba de arreglar un plan grandioso de libertad, los más distinguidos y sabios entre sus paisanos no desdenaban oír sus opiniones, atender sus avisos y seguir muchas veces los consejos del patriota ciudadano.

Poco á poco esas frecuentes reuniones produjeron una resolucion firme y unánime de sacudir el yugo extranjero, y entónces el elocuente y virtuoso Tórres elevó á las Cortes españolas un manifiesto lleno de verdad y energía, en que pintaba la abyeccion de su patria y hacia presentes los derechos de los americanos. Mas, esto no bastaba. Los déspotas oyen rara vez las reclamaciones de aquellos que miran como á esclavos, y los pueblos de este inmenso continente parecían condenados á perpetua servidumbre por el arbitrio y decrépito gobierno peninsular.

Acevedo tenía una esposa digna de él y era padre de una numerosa familia. Una noche, despues de que sus hijos y criados estuvieron sepultados en el más profundo sueño, este exaltado patriota llamó aparte á su esposa y tuvo con ella, poco mas ó ménos, la siguiente conversacion:

—Amiga mia, un suceso importante se acerca. Mi vida, mi fortuna, el porvenir de mis hijos, todo va á exponerse. ¿Tendrás valor para soportar el infortunio, si la suerte me es contraria?

—No te entiendo, replicó ella, y deseo saber de qué se trata. En cuanto á mi valor y consagracion á tu persona, no debes tener dudas.

Bien, continuó Acevedo, yo cuento contigo para mi consuelo y con la buena estrella de la América para el éxito feliz de nuestros planes. Se trata de romper nuestras cadenas y dar libertad á la patria.

—He comprendido esto, replicó la esposa, por lo poco que he oido de tus conversaciones con tus amigos. Pero ¿con qué medios cuentan ustedes para llevar á cabo tan grande empresa? Los americanos no tienen

ejército, armas, ni dinero. Los empleados son todos españoles; los pueblos aman esta servidumbre á que están habituados y nada mejor conocen ni desean; el clero en general es monarquista, gusta de sus pacíficas ocupaciones y aborrecera las ideas revolucionarias que en Francia le quitaron su riqueza y su influjo; y yo no podré creer que una trasformacion tan grandiosa se llegue á efectuar con tales elementos.

Te engañas, amiga mia, dijo el caballero. Cuando los pueblos llegan á comprender que son esclavos y que se les quiere hacer libres, su entusiasmo suple á las armas y á los ejércitos. El dinero que se necesita lo daremos nosotros sacrificando toda nuestra fortuna en el altar de la patria. Los empleados españoles serán ménos respetados cuando levante-mos el velo que cubre sus abusos é iniquidades. El pueblo bajo es siempre un instrumento que nosotros manejaremos en bien y provecho de la causa de la libertad, y el clero realista callará cuando se persuada de su impotencia, cuando vea que aquí no se trata del culto de la razon, ni del ateismo, ni de los desbarros de la revolucion francesa. Además, contamos con eminentes apoyos entre los sacerdotes; Caicedo, Rosillo, Estéves, Padilla y otros muchos eclesiásticos respetables é ilustrados están de acuerdo con nosotros. La opinion pública no podrá contenerse dentro de poco tiempo. Esa Francia que tanto se ha extraviado y sobre cuyo suelo ha corrido por arroyos la sangre de sus hijos, esa Francia hoy esclavizada de nuevo bajo el yugo militar del más atrevido, feliz y valiente de los déspotas, esa nacion que se nos manda odiar por impía y revolucionaria y que es sin embargo la más magnánima é ilustrada del orbe, es la que nos ha enviado una luz brillante, que iluminando el abismo de nuestra ignominiosa servidumbre nos ha dejado ver ya minados y vacilantes los cimientos de la dominacion española. Y el Norte—América proclamando su libertad, desconociendo despues de siglos de servidumbre al Gobierno británico, asegurando su independencia, lidiando con tezon hasta obtener el triunfo y constituyéndose desputes á la faz de las naciones, con regularidad y brio, nos ha ofrecido un digno modelo y nos ha comunicado este soplo de libertad que agita nuestros pechos, alienta nuestro espíritu y vivifica todo nuestro sér.

No lo dudes, esposa mia, seremos libres ó sabremos morir. Pero en este caso, á nuestras viudas toca conservar en el alma de nuestros hijos este germen de libertad que nosotros vamos á sembrar. ¿Me prometes inculcar estas ideas en nuestros hijos y enseñarlos á preferir la dignidad de hombres á cuantas ventajas y conveniencias pudieran prometerse bajo el yugo colonial?

—Sí, te lo ofrezco, contestó la noble granadina. Pero, dime ¿cuándo será el día en que estalla esta asombrosa revolucion!

—Nada sabemos, sepuso Acevedo. La mina está próxima á reventar, pero se ignora quién y cuándo le acercará la mecha encendida. Muchas conferencias hemos tenido los patriotas y mil pareceres contradictorios se han emitido en nuestras juntas. El fogoso Carbonell queria un golpe atrevido; Lozano ha aconsejado proposiciones al virey; Tórres quiere que se pidan terminantes y prontas explicaciones al Gobierno español; Herrera aconsejaba una asonada ruidosa que intimidase á los gobernantes y que en caso de correr la sangre de estos, se mirase este hecho como un castigo ejemplar y una justa venganza; Benítez quiere que se indague

con más atención la opinión pública, y no falta quien aconseje un sangriento atentado. En fin, casi todos hemos discordado en los medios, pero nuestro objeto es el mismo.

—¿Y tú crees, le dijo su esposa, que el Gobierno no oponga resistencia?

—¡Imposible! ¡Duermen tranquilos confiados en la abyección americana! Al decir esto, la blanca frente de Acevedo se arrugó, sus cejas se arquearon y sus ojos despidieron una luz amenazante. Sí, continuó, confían en nuestra imbecil sumisión y apenas piensan en afilar las tijeras para esquilarnos.

—Y son muchos los conspiradores? preguntó la señora.

—¡No les des ese nombre! exclamó Acevedo. Los patriotas somos muchísimos; todo hombre de la capital ó de las provincias que tienen algún talento, la más superficial instrucción ó valor en su pecho, está pronto á colocarse bajo el estandarte de la libertad. Tenemos ganado mucho pueblo con nuestras prodigalidades, y los venerables eclesiásticos nos ayudan con eficacia y buen suceso.

—¿Y qué hacer, preguntó la señora, si entre tantos iniciados resulta algún traidor?

—Qué niñería! replicó el caballero. Cuando se trata de recobrar la dignidad de los hombres, la libertad nacional, los derechos naturales, la gloria y el honor de que nos han privado codiciosos y altivos extranjeros, todos son leales, porque esta causa es bella y gloriosa y porque cada uno combate en ella por reconquistar un derecho individual. Por otra parte, cada uno sabe solamente lo que debe saber del gran secreto; y porque, añadió con un gesto indefinible de burla y seguridad, contamos también, según dice Lozano, con el carácter frívolo, novelero é insustancial que se atribuye á los santafereños. Cualquiera novedad los enamora, atrae y entusiasma y una mudanza de gobierno es una novedad. Aprovechando con habilidad estos primeros momentos de exaltación patriótica, se logra el éxito en la capital, y los demás pueblos asombrados ó arrastrados por el acontecimiento, siguen sin vacilar el ejemplo que se les presenta.

Vargas teme que se irrite al pueblo de esta ciudad, porque dice él, que cuanto más ligero parece un pueblo, más ardiente es para arrojarse á la lid, y que el populacho de las grandes ciudades es furioso cuando desencadenado una vez se resuelve á romper por sí mismo los ídolos que antes adoraba. Mas, Camacho, Tórres, Caicedo y Gutiérrez responden por el pueblo de Santafé y aseguran que este pueblo no ensangrentará su triunfo. Después de hecho aquí el pronunciamiento, de nada les servirá á los cobardes ó serviles suspirar por las antiguas cadenas.

Si, amiga mía, vuelvo á repetirlo, seremos libres ó pereceremos para ser algún día vengados por nuestros hijos, porque una vez prendida esta chispa en los corazones americanos, nadie podrá extinguirla.

—Bien, replicó la matrona, yo lo creo todo, y oraré por el buen resultado de tan hermosa empresa. Pero, mira, José..... procura que no se derrame sangre.

Acevedo hizo una caricia á su esposa, la encargó varias cosas relativas al gran proyecto y recomendándole el secreto, fue á unirse con sus amigos en la casa de uno de ellos.

III.

LA REVOLUCION Y EL VETERANO.

DOS días después de la conversacion que acabamos de referir, entró Acevedo muy agitado y dijo á su mujer: se ha trabado ya la refriega. En la calle real hay un tumulto espantoso de resultas de un insulto hecho por un español á uno de nuestros paisanos. De una y otra parte se han proferido expresiones fuertes, injurias y amenazas. El pueblo se conmueve y ya brama la borrasca que parece inevitable. He venido á echar algunas onzas en el bolsillo, porque el dinero es una palanca poderosa en cualquier caso. Te advierto también que hagas ensillar mi caballo y que haya en la casa abundantemente qué comer, por si los amigos de fuera llegan y lo necesitan.

—Sí, dijo la señora, y en cuarto á lo del caballo me parece importante; pues tendrás modo de escapar en caso de mal éxito.

—No, yo no huiré! ya tenemos todos nosotros señalado el lugar á donde hemos de ir si encalla aquí el proyecto. Volaremos á las provincias y allí exaltaremos los ánimos, despertaremos el amor de la libertad y encenderemos la centella inextinguible del entusiasmo nacional. Como las provincias no tienen á la vista al virey, la audiencia y los uniformes, se arrojarán á la empresa sin temor y con más denuedo. Una vez pronunciadas ellas, no podremos retroceder, y la capital tendrá que seguir el impulso general. No dudes, esposa mía, que estos servidores de un poder tiránico son cobardes y no harán resistencia. Ya nos han dado muestras de su valor en una ocasión solemne. Todo esto lo decía Acevedo con rapidez, mientras llenaba sus bolsillos de oro y plata y echaba sobre sus hombros una gran capa bajo la cual ocultaba sus armas. No perdamos tiempo, añadió, dame un vaso de vino y ruega á Dios por el suceso favorable de esta empresa.

Luégo que él se retiró, su esposa hizo ensillar el caballo, preparó una muda de ropa y guardó en lugar seguro los papeles importantes de Acevedo y las alhajas de más valor que poseía.

Agitada estuvo la capital mientras se consumió aquella grandiosa é imponente revolución que debía hacer independientes tantos pueblos heroicos y dar en espectáculo al mundo las gloriosas hazañas que inmortalizaron la guerra de la independencia.

No es de nuestro intento relatar aquí aquel noble pronunciamiento, ni bosquejar siquiera las acciones, los discursos y los sacrificios hechos por los ilustres caudillos del 20 de julio de 1810. Magnífico es este cuadro, pero ya está trazado con vivos y verídicos colores por el sabio y malogrado Cálidas, escritor contemporáneo y patriota distinguido. Otras plumas igualmente capaces han continuado y habrán de detallar y esclarecer mas y mas la relación histórica de un hecho que nos ha dado la independencia y nacionalidad y que marca el punto de partida para lograr el progreso y felicidad de estas ricas comarcas.

La relacion fiel é imparcial de la revolucion del 20 de julio y de la guerra de la independencia, deberia ponerse en manos de nuestros hijos y ser su primer estudio despues de la religion y la moral; porque ciertamente, despues del conocimiento de Dios y de nuestros deberes hacia él y hacia el prójimo; qué cosa hay más bella, más interesante, más capaz de engrandecer el alma que el amor de la patria y de la libertad?

Pero volvamos á nuestra historia.

Acevedo no durmió, no reposó durante aquellos cuatro memorables dias. Las facultades de su alma, su elocuencia * y su salud parecían á cada instante más vigorosas. El visitaba los cuarteles, las casas de sus amigos, la plaza principal y las tiendas de los artesanos, sin desamparar en los momentos criticos la Junta donde se disentan las más graves cuestiones y el balcon que daba á la plaza desde el cual arengaba con brio y aplauso general al inmenso concurso que allí estaba permanente. Amable, insinuante, generoso hasta la prodigalidad, no daba paso alguno que no fuera coronado del más feliz suceso.

Por fin se consumó sin efusion de sangre esta memorable transformacion, en que cada uno de los americanos comprometidos llevó á un grado sublime las virtudes republicanas, y en que, salvo muy cortas excepciones, todos llenaron sus deberes con pureza, desinterés y valor. Acevedo se consagró al sostenimiento de la santa causa que habia abrazado, al alivio y socorro de los infelices y á la educacion de su tierna familia. El mayor de sus hijos llamado Pedro, contaba apenas once años en aquella época gloriosa. Mas, superior á su edad por sus talentos, su aprovechamiento y sus virtudes, era el orgullo y la delicia de sus padres.

La mengua que sufrieron los intereses de Acevedo á causa de la revolucion y de sus tristes acontecimientos políticos que se sucedieron, obligaron á este buen padre á separar á su hijo del colegio en que hacia sus estudios de una manera distinguida y provechosa.

—Hijo mio, le dijo un dia, debes renunciar á la carrera literaria á que te llamaban tu capacidad y genio pacífico, porque la voz de la patria te señala otro puesto en que podrás serle útil. La discordia ha soplado entre nosotros, y difícilmente podremos ahogarla y cimentar un gobierno republicano, justo y bien constituido, sino destruimos, ántes las huésteres formidables de los opresores de nuestro suelo. Tu eres aún muy niño, pero las lecciones del valor se reciben en tu edad como todas las demas. Los espartanos eran soldados desde la cuna, los demas griegos y el ilustre pueblo romano miraban los ejercicios militares como deberes imprescindibles de todo buen ciudadano, y en los casos de peligro bastaba tener la fuerza física necesaria para llevar las armas, para ser reputados soldados natos de la patria. ¿Te sientes capaz de presentar tu pecho al enemigo? ¿Podrás sufrir las penalidades de una campaña?

—Oh! papá, exclamó el niño, yo seré uno de los defensores de la patria como lo son ya tantos de mis compañeros de estudios, y aprenderé á soportar las fatigas de la guerra, puesto que se trata de conservar la libertad. He estudiado las historias de Grecia y Roma, he leído detenidamente

(1) Cálidas, en su diario, atribuye á este ilustre tribuno una gran parte del éxito de aquella gloriosa revolucion.

te á Plutarco, he aprendido de memoria casi enteras las bellas tragedias de Mitrídates, Bruto y Catón, y no puedo negar á usted que sacrificaría con gusto mi vida por parecerme á alguno de los grandes hombres cuyos retratos están en esos libros.

Acevedo abrazó con ternura á su hijo, y en seguida le hizo un elocuente discurso sobre el amor de la patria, los encantos de la libertad, las glorias militares y la gratitud nacional. El alma de Acevedo no respiraba sino patriotismo, magnanimidad y desinterés. Se acaloraba naturalmente hablando de los derechos del hombre, de los abusos de la tiranía y de los deberes de un buen ciudadano. Todo lo habia inmolado con placer en las aras de la patria y hoy le ofrecia con orgullo y complacencia el primogénito de su familia, que apenas podía manejar una espada. Creia en la libertad y en las virtudes republicanas, tales como las pintaban sus sabios amigos en las juntas preparatorias de la revolucion.

Esperaba la prosperidad de la patria con una fe inalterable, no dudaba de la gratitud de la nacion y pensaba con embeleso en la gloria que coronaria los nombres de los defensores de la independencia americana. El amaba á su pais y á sus conciudadanos como un buen hijo ama á su padre, como una tierna madre á sus hijos. No podia imaginarse que despues de 45 años de luchas, sacrificios, sangre derramada y tremendas conmociones políticas, estaria aun vacilante el edificio social que él y sus amigos con tan patriótica abnegacion, quisieron establecer sobre bases sólidas desde el memorable y glorioso 20 de julio.

Quedó satisfecho Acevedo de los sentimientos republicanos de su hijo, y bien pronto lo hizo partir para el ejército, encargándole que imitase en su nueva carrera las virtudes de Temístocles, Aristides, Epaminondas y tantos héroes antiguos cuyas historias habían admirado juntos.

Largo tiempo militó Pedro bajo los estandartes de la libertad y participó de los triunfos y reveses que tuvieron los patriotas en aquella desigual y gloriosa contienda. Los generales Baraya, Cabal, Montufar y Serviez fueron testigos de la actividad, subordinacion y denuedo del amable adolescente; y el segundo de estos jefes escribió á Acevedo una carta llena de elogios al jóven soldado, en la cual habia estas lisongeras palabras: "Tengo envidia de usted: quisiera ser padre de Pedro."

A fines del año de 1815 volvió Pedro al seno de su familia. Seria imposible describir la alegría de los padres y hermanos al abrazar sano y salvo al veterano de la patria, que tantas veces habia arrostrado la muerte para cumplir con sus deberes. La madre sobre todo, no se cansaba de ver y oír á su predilecto. Este habia crecido; su cutis un poco ennegrecido con la intemperie, no afeaba en manera alguna su amable é inteligente fisonomía. Cuando se quitaba el sombrero, una ancha faja blanca marcada en su espaciosa frente, hacia conocer cual era su color natural. Habia perdido el aire tímido que tenia al partir; pero, no por eso, habia adquirido el descaro y audacia del soldado. Sus miradas eran más firmes; y su sonrisa amable, la expresion habitual de su rostro inspiraba interés y afecto hacia él. Hablaba de la campaña con verdad y sencillez, elogiaba el valor de sus compañeros y sus contrarios con candor y buena fe, y jamas mencionaba sus propios hechos, ni se jactaba de las distinciones que habia logrado, porque todas las atribuia á la benevolencia de sus jefes.

Cuando sus hermanos, locos de contento por su regreso, le hacían ponerse sus vestidos é insignias militares y le ponderaban la gentileza y gracia de su persona, él les hacía algunas caricias, y les decía:

Es muy grato y honroso pelear por la patria: estos vestidos son bellos porque pertenecen á una profesion noble y recuerdan sagrados deberes.

IV.

LA EMIGRACION.

POCO tiempo duró la placentera embriaguez de aquella familia. El horizonte político se nublaba rápidamente y los pueblos intimados con la invasión española, retiraban ya su apoyo á los patriotas y recibían humildes el yugo que poco ántes arrojaron con tanta valentía. Se habían sufrido terribles descalabros, y la funesta derrota de Cachirí puso el colmo á la consternación y desaliento.

En consecuencia, Acevedo reunió á algunos amigos y parientes, á su esposa y á su hijo, y les expuso sin rodeos el cuadro espantoso de la reconquista de la Nueva Granada, con el objeto de deliberar con ellos sobre lo que deberían hacer en tan apuradas circunstancias. Los expedicionarios, les dijo, vienen animados del deseo del pillaje y devorados por la sed de la venganza, y todos nosotros seremos víctimas de los serviles soldados del ingrato y estúpido Fernando.

Sólo dos partidos podríamos abrazar para sustraernos al cadalso que nos espera. Una desesperada resistencia á fin de vender caras nuestras vidas, ó la huida con el fin de preparar una ocasión oportuna para caer sobre nuestros enemigos y aniquilarlos.

¿Qué os parece?

Cada uno de los presentes opinó de diverso modo. Este contaba con la clemencia de los pacificadores; aquel con su propia astucia y viveza para evitar el castigo; tal con la facilidad de ocultar la parte que había tenido en la revolución hecha contra el gobierno español; cual, con la esperanza de hallar protectores entre los que había protegido, ó con recursos de varias especies para ablandar á sus jueces.

El jóven Pedro opinó por la resistencia hasta el último trance.

—Que nos reprenda la patria, dijo él, un abandono cobarde; sacrificaremos todas nuestras vidas en el altar de la libertad, para que no se nos crea capaces de amar alguna cosa más que la dignidad de hombres libres. Tal vez un esfuerzo heroico de nuestra parte acobardará á los invasores y dará aliento á los patriotas. El ilustre Serviez debe tener consigo los restos de las tropas vencidas en Cachirí. Reunámonos con él llevando con

nosotros á cuantos patriotas podamos animar, y buscando una posición ventajosa, probemos la suerte de las armas que acaso dará á nuestros soldados la gloria que cupo en otros tiempos á los griegos en las Termópilas. ¿Será el ejército de Morillo más numeroso y aguerrido que lo era el de los antiguos persas? ¿Seremos nosotros menos patriotas, menos valientes que aquellos inmortales griegos? Por otra parte, yo creo que si sucumbimos, es para nosotros más glorioso morir defendiendo nuestra libertad y nuestro suelo que morir sobre un cadalso como criminales, ó vegetar llenos de angustias y temores, en un escondite que á cada instante puede ser descubierto. Generosidad no debemos esperar de los crueles hijos de la Iberia, y así creo que la confianza es un delirio. Combatamos, pues, por la patria, y las nuevas generaciones que á su turno traten de sacudir el yugo, tendrán en nosotros un heroico modelo que seguir, levantarán un monumento á nuestra memoria y cubrirán nuestros sepulcros con coronas de laurel entonando himnos á la gloria y á la libertad.

—Hijo querido! exclamó Acevedo, ¡cuánto me complace tu patriótico entusiasmo! Mas, tu valor y tu juventud te extravían. El esfuerzo que unos pocos patriotas pudiéramos hacer, no alcanzaria a detener sino por unos cortos instantes la marcha victoriosa de esos expedicionarios alentados por sus triunfos y excitados por la esperanza de repartirse nuestros despojos. Nosotros no tenemos armas; los soldados de Serviez están ya desmoralizados con la derrota que han sufrido y un terror pánico se ha apoderado de ellos; nuestro Congreso ha enviado á solicitar humillantes capitulaciones y ya su voz, que acaso habrá sido oída y respetada por los pueblos, no inspira confianza. Nosotros no estamos en la Grecia, donde el espíritu público era uniforme, donde todos se unían para arrojar al extranjero, donde la libertad de la patria era la vida, el alma, la felicidad de todos sus moradores. En los primeros meses de la revolución nosotros habríamos hecho prodigios y opuesto con nuestro valor y entusiasmo un muro inexpugnable á los soldados españoles; pero la ambición desacordada de unos pocos y nuestras desgraciadas discordias civiles han resfriado el amor nacional y hecho desear al bajo pueblo la paz y el reposo de la servidumbre.

Abrigamos en nuestro seno centenares de españoles que perdonó nuestra generosidad, é innumerables realistas que nos traicionan ya y tienden una mano protectora á los peninsulares. Una empresa de armas es imposible por ahora; mas no es esto decir que desistamos del proyecto de ser libres.

Yo he pensado que podemos reunirnos y emigrar llevando con nosotros el dinero, armas y hombres que podamos juntar. Atravesemos las selvas inmensas del Caquetá, procurémonos guías para lo interior del país entre los indígenas de aquellas tribus salvajes y busquemos un asilo en el Brasil. Seguros allí, esperaremos los resultados de los sucesos que se acercan.

Yo no dudo que los pacificadores se harán odiosos á los pueblos así que estos vuelvan á gemir bajo el yugo que será pronto. Infaliblemente les parecerá ahora más insostenible y pesado, porque una soldadesca insolente, sanguinaria y codiciosa será la que viene á ejercer el poder. Entonces la necesidad de ser libres despertará á los indolentes y animará á los cobardes. Entonces las enfermedades habrán diezmando ya á los solda-

dos europeos y será tiempo de que nosotros con mayor experiencia y concierto volvamos á la lid. Entretanto, no habremos estado ociosos; compraremos armas, escribiremos proclamas, solicitaremos auxilios y tal vez lograremos la proteccion del gobierno del Brasil. De esta manera no expondremos inútilmente las vidas de nuestros conciudadanos en una empresa heroica pero temeraria. Por lo que hace á mi, declaro que no contando con la clemencia española y no hallándome con deseo de entregarme á su tremenea cuchilla, estoy resuelto á emigrar.

Tú, mi amado Pedro, como jóven, quedarás al lado de tu madre y hermanos tanto para servirlos de amparo y consuelo y para procurarme noticias de cuánto ocurra, como para vengarme si sucumbo en mi marcha, ó si soy al fin sacrificado por alguno de los servidores del rey.

—Papa, dijo timidamente Pedro, yo debo irme tambien porque estoy comprometido; he peleado contra ellos y me matarán.

—No, hijo querido, replicó Acevedo, no temas. Los servicios militares de un subalterno apenas son conocidos y ademas tu edad y tu semblante hacen posible persuadir á los invasores de que no has podido tomar las armas todavía.

El semblante de Pedro se cubrió de un vivo encarnado. Pasó su mano con despecho por su rostro imberbe y fresco, y dijo á su padre con mal disimulada impaciencia:

—Si, papá, usted tiene razon. Soy todavía muy jóven y no debí combatir ántes de haber alcanzado á la edad en que ordinariamente se va á la guerra. No obstante, usted piensa que pueda ser ya el apoyo de mi familia aunque para esto se necesita tambien, segun creo, ser hombre como el que va á campaña.

—Si, replicó el padre, fingiéndose no advertir el enojo de Pedro; pero, puesto que supiste desempeñar tus deberes hácia la patria, espero que sabrás llenar los que tienes hácia tu madre y hermanos. Tu inteligencia y juicio me hacen esperar que llenarás dignamente mis encargos. Por lo que hace á tus peligros, no los creo graves. Repito que tu juventud te favorece, y te queda el recurso de ocultarte al principio.

Pedro miró á su padre con una mezcla de fiereza y dolor y dijo á media voz:

—En verdad que no tengo miedo, Dios lo sabe.

—Mira, continuó Acevedo, si dentro de seis meses no has tenido noticia de mi paradero.....

—No prosiga usted, exclamó Pedro prorrumpiendo en llanto y abrazando á su padre. No, señor, no me quedará. Creo á usted bastante justo para no atribuir á temor ó á un deseo egoista de conservar mi vida, el empeño que tengo en partir. Mas, usted no se irá solo. Si la Providencia me ha preservado de las balas y sables enemigos, ha sido para conservar á usted un compañero en su triste destino.

¿Piensa usted, papá, que yo no sé lo que es una emigracion? ¿Supone usted que yo no comprendo los riesgos que se corren al atravesar esos bosques inmensos de nuestras cordilleras, en donde la fiebre, los tigres, las serpientes y otros mil enemigos amenazan á cada momento la vida del hombre? ¿Y quién no sabe cuánto se arriesga fiándose de esos salvajes á quienes la perfidia europea ha hecho crueles, desconfiados y vengativos? ¿Y espera usted persuadirme de que debo dejarlo arrostrar solo tantos pe-

ligros? No, mi buen papá, yo seré el apoyo de sus pasos por medio de esas selvas intransitables, yo lo cargaré sobre mis espaldas cuando usted esté cansado, mi mano preparará sus alimentos y haré la guerra á los animales feroces que puedan presentarse á nuestro paso, y cuando usted esté triste yo lo consolaré hablándole de los objetos que amamos, haciéndole vaticinios sobre la futura gloria de nuestra patria y recordándole las acciones heroicas que la historia nos refiere.

—Mi querido hijo, dijo Acevedo estrechando á Pedro contra su corazón; tu resolucion es digna de tu alma grande, amante y agradecida; pero, yo prefiero que te quedes con tu pobre madre.

—No, papá, usted no puede preferir eso; mamá no necesita de mí, puesto que queda en su casa, rodeada de amigos y parientes y en medio de todos los recursos. Si la persecucion de los expedicionarios ha de ser tan terrible como se teme, yo no haré sino aumentar los embarazos y congojas de mi madre que temblará á cada instante por mi vida, al paso que á usted puedo servirle de mucho. Usted siempre ha vivido cercado de comodidades y no sabe lo penoso que es marchar á pié, dormir á campo raso, comer mal ó acaso no comer y carecer de todo lo que hasta hoy ha disfrutado. Solamente yo puedo servirle á usted con un amor inmenso, una consagracion infatigable y una felicidad de que mi corazón quede satisfecho. Así pues, usted no me rehusará la gracia de llevarme en su compañía.

—Tu madre llora y calla, replicó Acevedo, que sea ella quien decida entre nosotros.

—Dura decisión! exclamó la señora ahogando sus sollozos, pero la voz de mi conciencia es más fuerte que la del amor maternal. Mi hijo querido: tal vez voy á decirte el último adiós, pero tu deber y el mio es no dejar ir solo á tu padre.

Pedro dió á su madre las más rendidas gracias por su fallo, pero Acevedo insistia en su negativa apoyado por sus amigos que ofrecian acompañarlo.

—Y bien, dijo Pedro, yo regresaré si pasado el primer mes juzga usted que debo volver. A esto añadió mil caricias, súplicas y razones. Su cariño filial triunfó de todos los obstáculos y quedó resuelto que partirian con sus amigos dentro de tres dias; es decir, el 2 de Mayo de 1816.

No es fácil describir la triste escena que pasaba en casa de Acevedo la mañana de aquel funesto dia. La madre que habia pasado casi toda la noche conferenciando con su esposo y su hijo, tenia los ojos hinchados y enrojecidos por lo mucho que habia llorado, pero se ocupaba con calma aparente en dar sus últimas órdenes á los criados que habian de acompañar á los emigrados, y en hacer servir el almuerzo de los viajeros.

Pedro, lloroso tambien, se acercaba cada instante á su madre, quien le hacia una caricia, y luego corria á abrazar alternativamente á cada uno de sus hermanos, deteniéndose al lado de los mayores, para recomendarles que cuidasen de su mamá mientras él y su padre regresaban de un largo viaje. Acevedo sentado en una silla frente á la mesa en donde siempre escribía, con el rostro oculto entre sus dos manos parecia entregado á la más profunda y triste meditacion; hondos suspiros salian de su pecho, pero no levantaba la cabeza aunque su esposa y su hijo entrasen frecuentemente con motivo de los aprestos de marcha.

A las seis de la mañana uno de los chicos se dirigió al cuarto llamando á su papá. Este se estremeció y volviéndose á su esposa con voz turbada y miradas suplicantes, la dijo:

—No me los dejes entrar aquí: si los veo no podré partir. Que los encierren en una pieza distante donde yo no los oiga.

La orden fué al punto ejecutada y pocos instantes despues la señora avisó que estaba pronto el desayuno.

Acevedo no se movia, pero ella lo tomó del brazo y lo condujo hasta el comedor. El se sentó maquinalmente, tomó una cuchara en sus manos y al propio tiempo echó una mirada al rededor de sí.

—Mi mesa está solitaria, exclamó dolorosamente. Dónde están mis hijos? Por qué no vienen?

—Ahora no pueden, respondió la madre con firmeza.

—Y he de almorzar solo? Imposible!

—Es preciso, papa, respondió Pedro, cuya voz estaba casi cortada por el llanto. Nos vamos dentro de una hora.

—Yo! replicó Acevedo ¿Me voy sin mis hijos? No puede ser..... siempre he estado con ellos. ¿Por qué me los quitan hoy?

—Acevedo, le dijo la señora con tono solemne y decidido, tu mismo lo has dispuesto así porque si los vieras no tendrías ánimo para partir, y si te quedas, ellos serán huérfanos dentro de pocos dias.

—Tienes razon; marchó al momento sin verlos ni acariciarlos.... Ah! que Dios les bendiga, y á ti tambien mi amada y excelente compañera.

Al decir esto las lágrimas brotaron como dos arroyos de los ojos del triste padre, y su esposa y su hijo se alegraron de verlo llorar pues ya les causaba inquietud su silencio, su indiferencia y sus miradas extraviadas. Pasados algunos momentos, ya fué posible hacerlo tomar algun alimento y casi al punto el criado de confianza que debia acompañarlos entró á avisar que estaban prontos los caballos y que en la puerta los esperaban ya varios amigos.

Acevedo echó los brazos al cuello de su esposa y la dijo con ternura el el más triste y doloroso adios.

—Te recomiendo mis hijos añadió, cuida de sus corazones como de plantas tiernas y delicadas que sólo tú podrás cultivar en mi ausencia. Que sean honrados y patriotas....que....pero, yo volveré á educarlos. Adios amada mia. Mis pobres hijos van á preguntarte por mí ¿qué les dirás? ¿Para qué época podrás anunciarles mi vuelta? Despues guardó un rato de silencio y arrancándose con esfuerzo de los brazos de su esposa exclamó:

—Oh patria! oh libertad! ¡cuánto vais á costar á los fieles servidores que levantaron vuestras banderas en tierra de esclavos!

Entonces tocó á Pedro el turno de sus amargos adioses. Tierna y lastimosa fué esta escena. El hijo no se cansaba de encargar á su madre que se cuidara y conservara hasta su regreso su preciosa existencia. Enjugaba las lágrimas que ella vertia por él, la rogaba encarecidamente que se consolase y la prometia con voz cortada que pronto estaria de vuelta; ella repetia mil veces á su amado hijo que no se expusiera sin necesidad á los peligros y que velara por la conservación y salud de su padre como ángel encargado por Dios para protegerlo y cuidarlo.

V.

LOS SALVAJES.

Por fin marcharon. El movimiento, la variedad de objetos, la compañía de los amigos y las alarmantes noticias que recogian en el camino sobre la proximidad de los pacificadores, sacaron á Acevedo, no de su tristeza, porque esto no era posible, sino de aquel sombrío dolor que hacia temer el trastorno de su razon.

Cuando llegaron á Neiva ya los habian abandonado algunos de sus amigos, desalentados con la idea del largo y peligroso viaje que iban á emprender ó lisonjeados con la vaga esperanza de obtener clemencia de los vencedores. En aquella ciudad resolvieron todos volverse ó tomar otras direcciones, y Acevedo viéndose solo con su hijo determinó dejar allí á guardar en casa de un amigo que no le fué fiel, varias alhajas, dinero, plata labrada, ropa y otras cosas, conviniendo en que en caso de necesidad enviaria por todo, ó que si no mandaba ni volvia, el amigo le mandaria todo á su familia residente en Santafé.

Aunque sintió la poca constancia de sus compañeros de viaje con cuya separacion se aniquilaba casi todo su plan y á pesar del temor que tuvo por las vidas de los que incautamente se volvian á ofrecer sus cuellos á la cuchilla expedicionaria, halló sinembargo, en su separacion la ventaja de poder andar con más celeridad, y esto no era poco porque sus pesares y profundas cavilaciones hacian sobre su alma una impresion que solo el movimiento y la agitacion fisica podian debilitar.

Al llegar á Timaná confió á un hombre virtuoso en cuya casa se alojó, otro poco de dinero, y allí tuvo noticia de que el negro venezolano que lo acompañaba proyectaba robarle y denunciarlo. En el último lugar de la provincia ántes de internarse en las montañas, llamó al negro, le dió una gruesa cantidad, le dijo que allí lo esperaria ó que regresaria á esperarlo en Neiva bajo un nombre supuesto y lo despachó con una carta para su esposa. El negro aprovechó con gusto esta ocasion para separarse del amo, pues era cobarde y temia el viaje por las selvas, y se vió con placer dueño de una suma que le ahorra el remordimiento de cometer un crimen y que ciertamente no habia merecido. Desde luego hizo resolucion de no volver ni entregar la carta. Pero en esto nada habia perdido, pues Acevedo, que estaba impuesto de que el negro no sabia leer, fingió escribir con él solo por separarlo de su persona sin ofenderlo puesto que lo encargaba de una mision de confianza.

Tenemos ya solos á nuestros dos viajeros. En aquel pobre lugar concertaron su plan de partida. Cada uno hizo un lio con su muda de ropa, pocas provisiones, algunos objetos curiosos para encariñar á los indios, algunas armas y bastante oro.

Tomaron de los naturales todas las noticias que fué posible adquirir y confiando en la Divina misericordia se internaron en las inmensas sole-

dades, en los bosques gigantescos de los Andaquíes. El cansancio, el hambre, los bichos de varias clases que abundan en aquellas montañas, y las penas de espíritu, tenían muy abatidos á nuestros viajeros. No obstante, Pedro parecía infatigable; tomaba la maleta de su padre, le prestaba su brazo para ayudarlo á trepar por aquellos caminos escabrosos y no dejaba de hacerle notar las bellezas de aquella naturaleza virgen y de hablarle de cuantos objetos podían distraerlo.

Después de tres días de marchas penosas, llegaron al punto que les habían designado como el más inmediato al que solían frecuentar los indios. En efecto, á poco rato descubrieron una rústica choza y un poco más lejos dos hermosos árboles de los cuales pendía una hamaca de cuerda, en la cual estaba tendido un indio. Dieron un silbo según se lo habían aconsejado, y al punto se puso en pie el indio, preparó una flecha y tendió sus penetrantes miradas por los bosques del contorno. Bien pronto divisó á los emigrados que con una rama verde en la mano le hacían señas de que se acercase. El indio se encaminó á ellos con paso lento, lo cual permitió que pudiesen observarlo atentamente. Era hombre bien formado, tenía ojos pequeños y negros, hermosa cabellera de azabache, talle delgado y flexible, frente espaciosa, y el ademán grave y pensativo que distingue á casi todos los habitantes indígenas de la Nueva Granada y otras comarcas de la América meridional, cuando no han degenerado de la antigua raza con la mezcla de las sangres europea y africana. Ceñía la cintura del indio un ancho delantal de plumas y su cabeza estaba adornada con una hermosa gorra de la misma materia. Pero, estas plumas de varios colores estaban con mucho arte y simetría, y presentaban á la vista un todo sumamente bello y agradable. Sartas de cuentas azules y amarillas lucían en sus brazos, muñecas y pies. Un ancho tahalí de corteza de árbol sustentaba su carcax. En su mano izquierda llevaba una flecha con punta de hierro y en la derecha el arco y un ramo que cogió para acercarse á los extranjeros. Estos se inclinaron respetuosamente delante del indio é iban á informarlo por señas del objeto de su venida; pero el les interrumpió diciendo:

—Yo sé hablar el español y el portugués y soy el intérprete entre mis hermanos y los hombres de carne blanca. Decid ¿qué buscáis en nuestras montañas? ¿No es bastante espaciosa la tierra que habitáis para conteneros?

Acevedo le dijo que eran comerciantes, que traían cosas útiles y hermosas para venderles á los indios, y que su intento era pasar al territorio del Brasil, donde esperaban hallar nuevos objetos para continuar su comercio.

El indio movió lentamente la cabeza, y dijo:

—Nada puedes traerme más bello que mis plumas, ni más útil que mi arco, mi hamaca y mis redes. El paso hasta el Brasil es largo y peligroso: puedes volverte á tu tierra.

Embarazado Acevedo con esta respuesta y no pudiendo contener la impetuosidad de su genio, dijo:

—Mirá, yo soy más degradado que comerciante, necesito pasar al Brasil y si me conduces allí te doy cuanto poseo sin pedirte nada en cambio.

—Vas huyendo? preguntó el indio.

—Sí, respondió Acevedo.

—Entonces, dijo el indio, eres cobarde ó criminal.

—Ni uno, ni otro, exclamó Pedro con energía. Mi padre es incapaz de cometer un crimen y en cuanto al valor, tú puedes ponerlo á prueba y entonces verás hasta dónde puede llegar.

El indio se encogió de hombros con desden, y Pedro continuó:

—Tú sabes que en el mundo hay hombres buenos y hombres malos y cuando el Ser Supremo permite que estos sean en mayor número, los buenos se esconden en las montañas esperando la hora que Dios les señale para castigar á los malos.

Bien sea que la voz dulce, la interesante fisonomía y la vivacidad de Pedro hubiesen tocado al indio en su favor, ó bien que creyese en sus palabras, le contestó:

—Jóven, has dicho la verdad. No obstante, no podéis internaros en los ocultos senderos de estos bosques hasta que yo regrese de un viaje de tres ó cuatro semanas que debo emprender hoy mismo.

Soy jefe de una tribu numerosa. Mi nombre es Tonavirí y á mi voz muchos guerreros asestan sus flechas y tiemblan todos nuestros enemigos. Esta choza que veis es mía y hoy no habitan en ella sino mi hermana, su esposo y su recién nacido. Os tomo bajo la protección del Espíritu que vela sobre mi familia.

Aquí podéis esperar mi regreso.

Sabían, Acevedo y Pedro, que no era fácil hacer mudar de dictámen á un salvaje y así, aunque la demora contrariaba sus planes, resolvieron aceptar la hospitalidad del jefe esperando que durante su ausencia podrían adquirir algunos conocimientos sobre el carácter, costumbres y lenguaje de aquellos naturales. Siguiéron, pues, en silencio á su conductor que los introdujo en la choza.

Dos hamacas de cuerda, varias esteras de corteza y paja y dos bancos de raíz de palma, eran los únicos muebles de la cabaña. Por las paredes y en el rincón estaban distribuidos algunos cuchillos de monte, dos hachas y las redes, anzuelos, flechas y arpones de que se servían para la caza y pesca. Veíase también atravesada sobre las vigas de la choza una hermosa escopeta que manifestaba bien que para aquellos salvajes no era desconocido el tráfico con los europeos. La hermana de Tonavirí que era una jóven hermosa y fresca estaba sentada sobre una estera cerca de la puerta dando el pecho á su hijo, y con un manojo de hojas de palma ahuyentaba los innumerables mosquitos que venían á picar la piel delicada del niño. Su esposo, recostado en una de las hamacas, hacía con sus manos cierto ruido acompasado é igual como para acompañar el suave vaiven de su movable cama. Ni él ni la india manifestaron extrañar la presencia de los extranjeros, pero correspondieron á sus saluciones, el indio cruzando sudos manos sobre el pecho, y la joven inclinando su cabeza. El jefe les habló breve rato en su idioma y después se ocupó en reunir sus armas para la marcha. Cifó á su cintura con una correa de cuero de tigre un cuchillo de monte, puso mayor número de flechas en su carcax, colgó de su hombro izquierdo un zurrón con algunos cartuchos y bajó su escopeta sobre la cual frotó un rato con un puñado de cortezas majadas que presentaban la apariencia y tenían la blandura de la esponja. Después encendió un cigarro y se puso á esperar en su hamaca la comida del día. A poco rato la india que había salido, presentó á sus huéspedes, á su hermano y esposo un tro-

zo de carne asada y dos grandes pescados cocidos con algunas yucas y plátanos. Una vasija llena de *casiri* que los viajeros no pudieron tomar por parecerles muy fuerte, completó aquella rústica comida que para ellos fué deliciosa porque habían pasado tres días sin comer nada caliente y porque la sazónaba una hambre devoradora. Al terminar les dijo el jefe:

—Mi hermano se llama Ultaro y mi hermana Ayacuná; podeis contar con ellos, puesto que habeis comido bajo el mismo techo. Antes de que pase la nueva luna estaré de regreso.

Diciendo esto se despidió de los huéspedes y de su familia y se alejó lentamente internándose en lo más espeso de aquellas montañas.

Acevedo y su hijo que conocían su penosa situación, trataron de hacerse agradables á los indios á fuerza de cariño, atenciones y servicios.

Pedro salía todas las mañanas á cazar y siempre traía algunos animales, ya aves, ya cuadrúpedos que eran presentados por él á los dos indios y servidos en sus comidas, ayudaba á la madre á dormir al niño, aseaba los utensilios de la cocina, arreglaba las armas de Ultaro y lo acompañaba en sus correrías, y los divertía haciendo algunos experimentos sencillos de física, ó cantándoles por la noche las canciones de su país. Acevedo procuraba inspirarles ideas religiosas y valiéndose de toda la viveza de su imaginación les hacía por señas explicaciones y discursos que ellos casi no entendían pero á los cuales prestaban la más dócil atención.

Los salvajes estaban contentos y Ayacuna especialmente se distinguía por el afecto y benevolencia con que trataban á los extranjeros. Solamente notaron que manifestaba suma repugnancia de que ellos se sentasen en la hamaca, y muchas veces cuando al volver de sus quehaceres los hallaba en este lugar, les hacía un gesto imperativo mezclado de horror ó impaciencia para indicarles que se levantasen luego. Pero por lo demás, es cierto que los desgraciados fugitivos hallaron en medio de aquellas selvas inmensas y al lado de dos salvajes, consuelos, ocupaciones y aun placeres.

El más activo y ocupado era Pedro. Temiendo que su amado padre tuviese mucho que sufrir, le preparaba algunos alimentos, lavaba con frecuencia su camisa que se ponía amarilla con el sudor, y pasaba largas horas sentado junto á la hamaca espantando los mosquitos, á fin de que su padre pudiese disfrutar un largo y pacífico sueño. Este, sin embargo, estaba melancólico.

Un día se hallaban todos cuatro detras de un tronco derribado, observando los juegos que á bastante distancia de su habitación tenían tres pequeños tigres sobre las playas del río Caquetá.

Ultaro se preparaba á salir por un sendero en que era práctico, á fin de matarlos, á tiempo que dos hermosos tigres salieron de la selva como para contemplar los juegos de sus compañeros. Parecían complacidos con este espectáculo cuando el dardo del indio atravesó el costado del tigre, quien dando un espantoso rugido cayó revolcándose en su sangre. Toda la manada huyó llena de espanto y Ultaro miró con satisfacción á sus compañeros. Pero Acevedo se había precipitado hácia él para detener su brazo gritando: ¡Desgraciado, desgraciado! ¡no prives á los hijos de su padre, ni á éste de contemplar sus graciosos juegos! ¡Esto es cruel, yo lo sé, lo siento en mi corazón!

Esta exclamación y este movimiento fueron rápidos como un relámpago y así fué que cuando el cazador se volvió triunfante hácia sus amigos,

quedó admirado de la acción, el gesto y los gritos de Acevedo, cuyas palabras é intención no comprendía. Pedro sí penetró el sentido de aquellas frases y su alma se empapó en la amagura que encerraban.

Otra vez sentados padre é hijo á la sombra de un magestuoso algarrobo, se complacían oyendo los cantos de Ayacuná que procuraba dormir á su hijo. Aquellos acentos monótonos y quejosos como el arrullo de la tórtola solitaria, penetraron el corazón de Acevedo.

—Hijo mío, dijo mirando tristemente á Pedro, cuando yo era feliz oía los dulces cantos con que tu madre te dormía á tí y á tus hermanos. Yo he contemplado á todos mis hijos dormidos sobre el regazo materno y... ya jamás veré ese espectáculo encantador!

Por qué no? replicó Pedro enternecido. Lo que está pasando en Santafé no debe durar siempre, y nosotros volveremos al lado de mamá.

—Lo crees tú?

—Sí, papá querido, esto me parece indudable.

—Ah! dijo Acevedo, yo también espero que tú volverás allá!...

Al decir esto ocultó su rostro entre sus manos. Las arrugas que se formaban sobre su bella y blanca frente y la contracción y movimiento de sus cejas, hicieron conocer á Pedro que su padre lloraba, pero no se atrevió á interrumpir su dolor considerando que el llanto era preferible á esas meditaciones sombrías que como una mano de hierro comprimían aquel corazón sensible y que secaban su cerebro como los vientos abrazadores del desierto. Contempló con respeto aquel pesar profundo causado por los recuerdos que se retrataban en su propio corazón y conmovido se dirigió á la cabaña en busca de la escopeta para distraer á su padre convidándolo á hacer una cacería por el monte. Desde aquel día no lo dejaba un momento y agotaba su ingenio imaginando arbitrios para divertir la melancolía del que tanto amaba.

Así se pasaron más de tres semanas hasta que, según lo había ofrecido, regresó Tonavirí. Manifestóse complacido por la buena armonía que reinaba entre sus hermanos y sus huéspedes, y les regaló con profusión los frutos de la abundante caza que había hecho al atravesar los bosques. Al anoecer entabló una conversación particular con Acevedo y su hijo. Díjoles que era imposible que se internasen en las montañas, ni mucho menos que pensasen en atravesar hasta el Brasil; que el Consejo de su tribu acababa de prohibir toda comunicación con los hombres de carne blanca, porque se sabía que pocos meses antes habían desembarcado en ciertos puntos de las costas, poderosos ejércitos venidos del otro lado de los mares, y que los indios temían que el intento de estos soldados fuese posesionarse de los últimos refugios que en medio de los bosques les habían dejado los primeros conquistadores. Así, pues, añadió el jefe, debeis volver á vuestro país porque aquí no podreis subsistir solos rodeados de fieras cuando mi familia y yo nos retiremos, lo que será bien pronto, y pensar en seguir con nosotros es imposible.

En vano trató Acevedo de hacerle comprender que aquellos mismos soldados europeos que alarmaban á sus hermanos, eran los perseguidores de quien él iba huyendo.

—No lo creerían mis hermanos, respondió Tonavirí; las frecuentes astucias de que han usado los hombres de carne blanca para destruirnos ó

esclavizarnos han hecho á nuestra nacion muy desconfiada. No puedes permanecer entre nosotros.

Cuando acababa el jefe de decir estas palabras entró en la choza Ayacuná á quien él habló algo. Al punto la jóven hizo un ademan de espanto y volviéndose á los emigrados les instó por señas que partiesen inmediatamente.

Acevedo preguntó al indio por qué estaba su hermana tan afanada en despedirlos, y él respondió:

—Es porque os estima y va á venir mi padre.

—Y esto en que se opone á nuestra permanencia aquí? Por qué manifiesta Ayacuná un aire espantado y multiplica sus ruegos á fin de que nos vamos? Mírala, llora delante de mi hijo, instándole para que verifiquemos nuestra partida.

—Yo deseo que me expliques esto.

—Voy á explicártelo, replicó el jefe.

Hará un año que teníamos en esta misma choza á un portugues que vino á comprar pieles de tigre. Miétras se reunia el número convenido, él era nuestro huésped y mi hermana, recién casada entónces, le hacia compañía casi todo el día. Sucedió que los otros portugueses que comerciaban con nosotros en el Aduar de que ahora soy jefe y que gobernaba entónces mi padre, cometieron una perfidia atroz. No solamente partieron en oculto sin pagar los efectos que les habíamos entregado, sino que llevaron cautivos dos muchachos de nuestra tribu que ya sabian algo de su idioma y que les habíamos dado por guías é intérpretes. Esta traicion irritó á mis hermanos. Todos juraron venganza y con mi padre á la cabeza, partieron en busca de los fugitivos. Fué imposible alcanzarlos y nuestros guerreros regresaron burlados en sus esperanzas, pero protestando venganza inexorable.

Mi padre se encaminó á esta choza, y llegó en una hora en que el portugues estaba tomando fresco en su hamaca. Mi padre traia en su mano una hacha terrible cuyo filo era semejante al de esas navajas con que vosotros quitais de vuestro rostro la barba espesa que sólo os sirve para ocultar la vergüenza que debe causaros el faltar á vuestra palabra y cometer malas acciones.

Mi padre se presentó en la puerta en el momento en que el portugues se inclinaba para dar impulso á su hamaca, y descargó tan furioso golpe sobre el cuello de aquel desdichado que la cabeza rodó sobre el piso como el coco derribado del palmero. Mas el cuerpo, lleno de vida por un esfuerzo de vigor increíble, se levantó de la hamaca, dió dos pasos, extendió los brazos hácia delante y encontró con Ayacuná que se habia levantado horrorizada. Aquellos brazos se enlazaron estrechamente á su cuerpo y la sangre que salia como un torrente de aquel tronco mutilado bañaba á mi hermana, cegaba sus ojos y llenaba su boca que ella habia abierto para pedir socorro. Costó trabajo á mi padre desprender los brazos nervudos y contraídos del cadáver, de la cintura de Ayacuná; pero al fin lo consiguió y ésta sufrió tanto con aquella terrible impresión, que desde entónces no puede ver sin espanto á un hombre de carne blanca meciéndose en una hamaca. Partid, pues, amigos; mi hermana tiene razon, la hacha de mi padre no ha perdido su filo, su brazo es vigoroso, y está fresca en su pensamiento la memoria de las traiciones y crueldades cometidas por los euro-

peos sobre nuestros inocentes hermanos. Marchaos, no sea que mi padre haya hecho un voto sangriento para vengar á las madres cuyos hijos nos fueron robados por los portugueses.

Es imponderable la dolorosa impresion que hizo en el ánimo de Acevedo el discurso de Tonavirí. Un abatimiento mortal le hubiera impedido tomar una resolucion cualquiera si el amable Pedro no le hubiera dicho:

—Y bien, papá mio, abandonemos este peligroso asilo y volvamos de noche al último pueblo que pasamos para venir aquí; con el cura del lugar, que será probablemente caritativo y bueno, indaguemos el giro que han tomado las cosas públicas con motivo de la entrada de los pacificadores en la capital. De las noticias que logremos dependerán nuestras ultteriores resoluciones. Tal vez encontraremos ya un término á nuestros sufrimientos. Tal vez el monarca español habrá adoptado un sistema de clemencia que es el único que puede asegurarle por algunos años el dominio de estas comarcas y entónces no teniendo nosotros que temer, se hace innecesario que arriesguemos nuestras vidas entre salvajes ofendidos y sedientos de venganza.

Acevedo sacudió tristemente la cabeza y dijo:

—Iremos donde tú quieras, mi amado hijo; pero no te lisonjees esperando algo de los expedicionarios. Aun cuando el rey sea generoso y les haya dicho expresamente PERDONAD, los jefes de la expedicion no lo harán. La codicia, la venganza, el placer de ser déspotas, el orgullo del triunfo, la cruel complacencia de humillar y de verse implorados y mil otras causas los harán inexorables. Tú no sabes lo que son los miserables subalternos, los hombres sin virtudes, los aventureros de todas clases cuando se ven revestidos del poder y con grandes facultades. La peor suerte que puede caberle á un pueblo, es verse entregado al despotismo militar de un puñado de soldados inmorales y codiciosos. Ya lo verás, mi amado Pedro, nuestra nacion no será libre hasta que la más ilustre sangre americana haya corrido por torrentes sobre el suelo de la Patria.

Pedro trató durante todo el día de distraer á su padre y de hacerle concebir algunas esperanzas, y al amanecer del día siguiente se pusieron en marcha despues de haberse despedido con tierna gratitud del jefe y su familia. Mas estos quisieron acompañarlos una media legua y despues regresaron á su habitacion, dejando solos en medio del bosque á los dos emigrados.

VI.

SOLEDAD, HAMBRE Y DEMENCIA.

Al tercer día, ya muy entrada la noche, tocaban con precaucion á la puerta del cura del lugar á donde se habian dirigido. Recibiéndolos con cariñosa y cristiana hospitalidad, les dió cena y cama, y procuró que pasasen tranquilos aquella noche.

Al amanecer del día siguiente entró en su aposento con el objeto de

darles las recientes noticias que había recibido de Neiva. Los pacificadores habían levantado cadalzos por todas partes; la muerte, las confiscaciones, el destierro de las familias tenían el país sumido en el más profundo terror. Acevedo era buscado del mismo modo que los demás patriotas que habían logrado sustraerse de las pesquisas de los verdugos.

Dentro de tres ó cuatro días se esperaba en aquel mismo pueblo una partida de soldados que venía en busca de los que (según las noticias dadas por los delatores) debían haberse internado en las montañas solicitando una vía para trasladarse al Brasil. Se arrancaban revelaciones á los patriotas tímidos y ya no había seguridades.

El cura, Acevedo y Pedro, entraron en una larga conferencia sobre lo que convendría hacer y por último se fijaron en el siguiente plan.

El cura conocía á un hombre de confianza y práctico en todos los bosques del contorno, que podía conducirlos á un punto de las montañas que no era transitado ni por los salvajes, ni por los habitantes del pueblo, y allí podrían ocultarse durante tres ó cuatro meses. El conductor fijaría un sitio á donde le fuese fácil trasladarse cada tres ó cuatro días para dejarles los víveres necesarios para su sustento, que serían provistos por el cura con el dinero que los emigrados dejaron para este efecto, y uno de ellos vendría en los plazos convenidos á tomar sus provisiones para conducir las al lugar, un poco más retirado, donde fijarían su mansión. El cura se comprometía á transmitirles todas las noticias que pudiera adquirir sobre el estado de los negocios públicos, y á proporcionarles los medios de internarse más en los bosques en caso de alguna alarma imprevista; pero era necesario partir aquella misma noche y que nadie en el pueblo sospechase que habían venido forasteros al lugar, pues esto podría dar ocasión á alguna imprudencia que los comprometiese con la tropa que iba á llegar.

Acevedo y su hijo aprovecharon el día para cumplir con todas las obligaciones de católicos y para fortalecer sus almas con el plan de vida.

Escribieron allí para su amada familia y confiaron al cura esta carta, que fué fielmente remitida y llegó á manos de la triste madre.

Consolados por la religión, la caridad y la esperanza, se volvieron aquella noche á las montañas despidiéndose con afecto del buen párroco que les ofreció cordialmente sus servicios y oraciones.

Era largo el tránsito y como iban cargados y no querían caminar de día para no ser observados si por casualidad había algún cazador en aquellas selvas, tardaron dos días en llegar al punto deseado.

Una gran cueva oculta entre la maleza, fué el sitio que eligió el conductor para depositar en él las provisiones, y allí se despidió de sus dos compañeros deseándoles resignación y pronto regreso.

Un cuarto de legua más adentro, en medio de una espesa y corpulenta arboleda, determinaron fijar su mansión.

Había en aquel paraje un ángulo de roca saliente que presentaba la forma de una pared á cuyo respaldo podían construir una choza de ramas de regular tamaño. En ocho días quedó concluida, amueblada con una hamaca y entapizada con un cuero de res que le envió el cura.

A distancia de dos ó tres cuerdas, pero teniendo que bajar un trecho bastante pendiente, corría un abundante y cristalino arroyo.

El fiel guía les había llevado una olla, una vasija para cargar agua y

dos escudillas con sus correspondientes cucharas, y era muy puntual en llevarles, en los días convenidos, arroz, plátanos, sal, carne, panela, tabaco y alguna otra cosa que el párroco proporcionaba. Pero, el consuelo de recibir algunas provisiones era casi siempre acibarado con las funestas noticias que les participaba el cura y que les hacía ver muy distante el término de su penoso destierro.

Ya casi todos los compañeros y amigos de Acevedo habían perecido en el cadalso y otros atravesaban el Atlántico para ir á dar en España cuenta de su conducta; y como resonaba aun en algunos puntos distantes el grito de libertad, los expedicionarios lejos de aplacar su furor eran cada día más severos y vigilantes.

Estas nuevas llenaban de amargura á los tristes emigrados, pero el instinto de la conservación y una débil esperanza siempre burlada y siempre aplazada para la semana siguiente, sostenían su valor y sus fuerzas.

Pedro se levantaba al amanecer á preparar el almuerzo, teniendo cuidado de encender muy poca leña, según el concepto del cura, á fin de que el humo no diese indicios de su retiro.

Cuando Acevedo se levantaba de su hamaca tomaban juntos su desayuno y después trabajaban con ardor en limpiar é igualar una senda estrecha de cincuenta ó setenta pasos para que sirviese de paseo á Acevedo que era muy afecto á esta distracción.

Cuando estuvo concluido el camino se paseaba dos ó tres horas seguidas sin cansarse. Después daban una vuelta por el monte armados para cazar y para defenderse en caso de ser atacados por alguna fiera y armaban trampas y lazos para coger algunos animales silvestres con los que aumentaban sus provisiones.

Pedro hacía la comida que tomaban al anochecer para encerrarse luego en su choza cuya entrada tapaban con gruesos maderos.

El rezo y la conversación llenaban sus veladas, y luego se acostaban el uno en su hamaca, y el otro en su cuero, á esperar otro día igualmente triste en que el sol que regocija al mundo alumbraría en aquel desierto su soledad, su miseria, sus privaciones y su profunda é inconsolable aflicción.

Jamas se acostaba Pedro sin besar la mano de su padre deseándole buena noche; nunca se dormía Acevedo sin bendecir á su hijo y derramar una lágrima encomendando á su Padre celestial la esposa y los hijos de quienes, á su pesar, se veía separado.

Pedro era el que lavaba la ropa, quien ocurría á la cueva á buscar sus provisiones, quien traía el agua para su choza y preparaba los alimentos ayudado á veces en estos últimos quehaceres, por su buen padre.

Esta vida en verdad era triste, y los días se pasaban entre la incertidumbre y el temor.

Cinco meses habían corrido sin alteración alguna, cuando Pedro empezó á notar que la profunda melancolía de su padre tomaba un carácter alarmante. Ya casi no hablaba con su hijo, pasaba horas enteras sentado sobre un tronco ó una piedra con la frente apoyada entre sus manos y solamente por sus suspiros podía conocerse que aquel era un cuerpo animado y no la estatua de la melancolía. Pedro le rogaba con dulzura que no se entregase así á sus reflexiones; pero Acevedo sonreía un instante con él, le decía dos ó tres frases afectuosas y volvía á caer en su melancólica distracción.

Un pequeño incidente acabó de hacer comprender á Pedro que el pesar principiaba á turbar el cerebro de su padre.

Un día se le rompió el calabazo en que cargaba el agua. Esto hizo que se dilatara mas en volver, pues tuvo que llevar su única olla, y como el terreno estaba resbaladizo á causa de las lluvias y era indispensable cuidar mucho aquella vasija tan necesaria, se tardó más de media hora en volver. Encontró á Acevedo con su machete en la cintura, la escopeta en la mano y próximo á salir de su habitación, cosa que no hacia jamas solo. Pedro le preguntó:

—¿A dónde iba usted, papá?

—A castigarlos ó á morir.

—A castigar á quiénes?

—Me dijeron, continuo Acevedo, que tú no volvías porque ellos te habian llevado y yo corria á arrancarte de sus manos ó perecer. Cómo te has escapado? Al decir esto las miradas de Acevedo eran sombrías y un poco extraviadas.

El triste hijo tembló al pensar en la desventura que le amenazaba, pero queriendo distraer á su padre, le habló del accidente del calabazo, y le propuso que por medio de su mensajero de la cueva, encargasen otras vasijas al cura.

Algunos días despues, Acevedo dió en salir en las primeras horas de la mañana y entraba tarde á almorzar.

Pedro inquieto por estos misteriosos viajes lo siguió y lo halló sentado sobre una piedra á la orilla del arroyo hablando, al parecer, con alguna persona. Pedro se acercó, pero luégo que su padre lo vió le hizo señas de que esperase y guardase silencio.

Al cabo de media hora Acevedo se levantó, tendió los brazos hácia la ribera opuesta y se separó de aquel sitio, enjugando algunas lágrimas que corrian de sus ojos.

Al llegar á su hijo le dijo:

—Por poco la haces desaparecer.

—A quién, papá? replicó éste.

—Escucha, continuó Acevedo, hablando muy pasito. Es tu madre que viene del otro lado del arroyo, detras de la piedra grande que está al frente. Desde allí me habla; me refiere el estado en que está cada uno de tus hermanos; me cuenta las calamidades que llueven sobre nuestra patria, se informa de tu situación y de nuestro género de vida, me da consejos, consuelos y esperanzas; pero, me ha dicho que no puede hablar contigo y que á la menor interrupcion que haya en nuestras conversaciones diarias, se irá y no volverá jamas. La he rogado con lágrimas que se deje ver, que me permita pasar donde está, pero me responde que Dios no consiente esto y que si intento oponerme á su voluntad desaparecerá para siempre. Así, todo mi consuelo es oírla, saber que está buena y preguntarle sin fin por cada uno de mis hijos.

Qué deliciosas son estas conversaciones! Conozco que sin ellas ya me habria desesperado ó habria perdido la razon.

Pedro prorrumpió en llanto al conocer por este discurso la completa demencia de su padre; pero éste atribuyendo sns lágrimas al pesar que le causaba no ver ni oír á su madre estando tan cerca de ella, le prometió para consolarlo, que la rogaria que lo admitiese en sus conversaciones y

ademas le dió con complacencia circunstanciada noticia de cada uno de sus hermanos como si realmente estuviese instruido de cuanto les habia pasado desde el día en que se separaron.

El infeliz jóven no pudo ya dudar de su desgracia; pero como su padre se mostraba más tranquilo y contento desde que alimentaba la idea de estas conferencias, resolvió no contrariar su manía, y ántes bien dejarle toda libertad para salir, contentándose con vigilar de léjos los tristes paseos de su amado é infortunado padre. ¡Cuántas veces se oprimió su corazon y vertió amargo llanto al verlo alejarse precipitadamente y volver luégo con semblante risueño, como si hubiese recibido alguna alegre nueva!

Ah! cuánto hubiera preferido Pedro su triste silencio, sus ahogados suspiros, y á esta sonrisa de placer debido al trastorno mental y á las ilusiones de su demente imaginacion!

Una mañana regresó Acevedo muy turbado y con cierto aire de terror que inquietó vivamente á Pedro.

Ya principiaba á preguntarle la causa, cuando Acevedo lo tomó por el brazo y conduciéndolo á lo interior de la choza le dijo:

—Ya no es ella! La descubrieron y ha venido otra á tomar su lugar para conversar conmigo.

—Quién ha venido, papá?

—Oyeme, Pedro; ayer desconocí la voz, no me habló de mis hijos, pero me ofreció que hoy mismo treparia sobre la piedra para que yo la viese y que seria mas larga su visita. Con esta dulce esperanza fuí esta mañana más temprano; pero tardó mucho en venir. Cuando la oí llegar la recordé su promesa y al punto subió sobre la piedra. Estaba envuelta en una grande mantilla y yo no podia distinguirla. Más valiera no haberla visto!

—Pero quién era ó que tenia de extraño? preguntó Pedro.

—Espérate, contestó el padre haciendo un ademan misterioso y con el semblante asombrado. Temo que me haya seguido aunque subí muy aprisa y por senda extraviada; pues tiene plegadas sobre las espaldas dos grandes alas de murciélago que yo he visto.

Al decir esto salió y examinó cuidadosamente las cercanías de la choza y volviendo tranquilo donde su hijo, continuó:

—No ha venido, ya se ve, la ofrecí volver mañana.

Yo no sé si ella quiere que yo te reserve su venida, pero no me encargó el secreto. Ademas, me convida á que haga un largo viaje con ella mientras duran las calamidades de la patria, y ya vez que esto es largo.

Yo la he dicho que no iré ó que irás con nosotros.

Pedro preguntó con angustia:

—Pero, quién es papá?

Acevedo le respondió al oído:

—Es la muerte!

Pedro se estremeció con horror.

—Oh, papá! dijo, deseche usted esa vana idea. Su imaginacion se extravía. La muerte no tiene cuerpo, ni voz, ni figura; la muerte.....

—Calla, Pedro, dijo con calma Acevedo, tú no la has visto, ni oído y yo sí. Es espantosa y le tengo miedo. Puesto que no me ha seguido, mudemos de domicilio sin que ella lo sepa. No quiero que ella veas porque su aspecto es horrible y te intimidaria.

Pedro guardó silencio; algunos instantes despues convidó á su padre á tomar algun alimento y luégo se retiró á solas á llorar tristemente pidiéndole á Dios que lo libertase del dolor inmenso de ver loco á su amado padre.

Muchos dias bajó Acevedo á la fuente, pero siempre manifestaba terror y repugnancia al emprender esta correría á que parecia arrastrado por una invencible necesidad. Unas veces regresaba abatido y decia que la muerte habia venido á renovar su convite y otras con el semblante alegre contaba á su hijo que no habia encontrado al terrible espectro.

Todo esto llenaba de amargura á Pedro; pero el colmo de sus infortunios ocurrió poco despues. Fué, como de costumbre, á recoger sus provisiones, pero no halló nada. Refirió á su padre aquel contratiempo, y ambos se consolaron esperando que al dia siguiente llegaria el mensajero. Pero en vano repitió sus viajes durante muchos dias; el hombre no pareció. Entónces fué necesario ponerse á una escasa racion para hacer mas larga la duracion de sus escasos víveres. Al fin estos se agotaron casi enteramente, y el proveedor no parecia. ¿Quién podrá pintar la situacion de aquellos desgraciados? Veian acercarse el hambre con todos sus horrores, y para mayor desconsuelo los pocos animales silvestres de que ántes cazaban se habian auyentado de las inmediaciones de su choza, por temor de los lazos en que tan frecuentemente caian.

Pedro vagaba tres ó cuatro horas seguidas por los montes del contorno, y volvia lleno de pesar y desconsuelo, sin traer una ave, ni un conejo ni el menor alimento para su padre. Entónces bajaba al arrollo y alguna vez acaso sacaba un pescadito ó un cangrejo, y esta era toda la comida del infeliz Acevedo quien jamas se resolvió á comer solo el escaso alimento que su virtuoso hijo le presentaba. Desde que el hambre comenzó á affligir á Acevedo, ya no salia de la choza, "porque temo," decia, "hacer ejercicio y despertar el apetito."

Sus ojos hundidos, su color pálido, la excesiva flacura de sus manos manifestaban su extrema necesidad; pero ni una queja salia de sus labios, ni un leve signo de impaciencia oscurecia su interesante y triste fisonomía.

Una mañana convidó á su hijo, diciéndole:

Pedro, quiero que busquemos juntos algo qué comer, y si hoy no hallamos, mañana partiremos para el pueblo y esperaremos allí la suerte que Dios nos mande.

En efecto, salieron y á las ocho ó diez cuadras de su morada vieron un gran mono que trepaba alegremente sobre un árbol. Acevedo le echó una mirada satisfecha y codiciosa, y con trémula mano le dirigió un tiro. El animal cayó muerto al pié del árbol y Acevedo se apresuró á cogerlo.

—Este es para tí, dijo con emocion, presentándolo á su hijo.

Este besó con respeto y amor la mano que se lo daba y juntos volvieron á su choza á regalarse con aquella pobre carne.

Al dia siguiente, Acevedo volvió á salir con el jóven porque temia que agotada aquella mezquina vianda volviese el hambre de nuevo, pero en vano caminaron aquel dia; ningun animal se presentó á su vista. Cuando regresaban tristes y desconsolados á su humilde albergue, descubrieron un aguacate silvestre cargado de frutas; mas no estaba en sazón todavía. Sin embargo, cogieron las más grandes esperando que madurarian en la choza; pues temian que al dejarlas en el árbol, algunas aves nocturnas las

robasen aquella provision. Como era preciso economizar la carne del mono, Pedro no estaba enteramente libre de hambre pues tomaba apénas lo necesario para sustentar su cuerpo y así no pudo resistir á la tentacion y comió algunos aguacates. Bien pronto se sintió atacado de fiebres tercianas; mas el deseo de servirle á su padre y la esperanza de hallar algo que comer en el bosque ó provisiones en la cueva, le daban fuerzas bastantes para bajar hasta aquel punto; pero cada vez volvia más afligido y estenuado.

Una mañana al entrar en la choza halló á su padre tendido en el suelo revolcándose con los más horribles dolores. Su frente estaba helada y sus miembros se retorcian con convulsiones espantosas.

—Qué es esto, mi amado papá? exclamó Pedro, corriendo á tomarlo en sus brazos.

—Hijo, respondió el moribundo padre, yo tenia hambre. la carne del mono se nos acaba ya, y por no disminuir la racion de mañana comí aguacates á pesar de tus súplicas y encargos para que no probara esta fruta. Un dolor violento de estómago va á terminar mis dias. Me parece que estoy envenenado.

Pedro, lleno de terror, puso á entibiar agua y obligó á su desfallecido padre á que tomase una dosis muy considerable de ella, lo que provocó vómito y el infeliz Acevedo se sintió aliviado y durmió un rato sobre las rodillas de su hijo. Este cuidaba de separar los mosquitos, acariciaba aquella hermosa y venerada cabeza, y de cuando en cuando sus lágrimas mojaban los negros rizos que caian en desórden sobre el cuello de su padre.

Por fin se despertó y dijo á Pedro:

—Es preciso partir, hijo mio; la muerte recibida en un cadalso no puede ser más cruel que esta lenta agonía del dolor y el hambre que aquí nos consume y devora. Por otra parte, no tenemos víveres; el cielo ha retirado de nuestro alcance los animales que pudieran servirnos de sustento; tú estás malo y yo he sufrido hoy un ataque terrible que me ha hecho comprender todo lo que tu alma debe haber padecido. Abandonemos estas montañas y poniéndonos en manos de la Providencia busquemos de otro modo los medios de conservar esta triste existencia. ¡Oh mi amado Pedro! yo conozco que no puedo vivir sin mi familia y cuando no nos aquejaba el hambre, fué tanto lo que me aquejó aquel recuerdo dulce y querido, que he llegado á temer en algunos ratos el trastorno total de mi razon. Pero yo le pedia á Dios con fervor todas las noches que nos librase á tí y á mi de tamaño infortunio. Dime, mi amado Pedro ¿no has notado que los dolores mentales principiaban á trastornar mi cabeza? ¿adivinaste cuán punzantes eran las agudas espinas que desgarraban mi triste corazon? Mucho he padecido y padezco, pero hoy que ya estoy resuelto á arrojarme en los brazos de Dios sin buscar la prolongacion de unos dias que él tiene contados, me siento más tranquilo. Marchemos, mi hijo, y no luchemos contra la voluntad divina.

Pedro respondió sólo con un diluvio de lágrimas. El tono sosegado, la triste resignacion de su padre, los vagos recuerdos que conservaba de su demencia, el ataque atroz que acababa de sufrir, su aspecto macilento y estenuado, todo esto formaba en el corazon de aquel tierno hijo un cúmulo de penas desgarrador, cruel, inexplicable.

Se conformó, pues, con la determinacion de su padre y aquel mismo

dia despues de haber comido el último resto de la carne del mono, abandonaron su triste y solitario albergue y tomaron lentamente y en silencio el camino del pueblo, temiendo no tener fuerza necesaria para llegar á él.

VII.

LA HOSPITALIDAD Y EL ÚLTIMO ADIOS.

HABIAN andado como tres cuartos de legua y ya principiaba á faltarles el alimento, cuando vieron un hombre agobiado por una pesada maleta, que caminaba con dificultad por entre unos troncos derribados. El primer movimiento de Pedro fué ocultar á su padre; pero éste lleno de alegría con el hallazgo, levantó la voz gritando: Acá amigo. El desconocido levantó la cabeza y al ver á los emigrados apuró el paso con un semblante en que se pintaba á la vez la alegría y la compasion.

Al estar algo cerca les dijo:

—En busca de ustedes venia.

—Cómo? preguntó Acevedo tendiendo la mano con cordialidad.

Iba á responder el hombre, pero el bondadoso Acevedo no le permitió hablar hasta que le hubo ayudado á descargar su fardo y que todos tres se sentaron cómodamente sobre un tronco.

Entónces el desconocido dijo:

—Yo me llamo Jaramillo. Mi compadre el cura de la aldea más próxima, ha llegado anoche de regreso de una prision á donde fué conducido por un denuncia que se dió contra él, como insurgente y protector de insurgentes. Ha tenido que sufrir todas las formalidades minuciosas de purificacion establecida por los pacificadores, y que no es otra cosa sino un nuevo tribunal organizado con el fin de hallar más culpados y por consiguiente más víctimas. Apénas llegó el cura, anoche, me hizo llamar. Compadre, me dijo, acabo de saber que el día mismo que me arrebataron de mi curato, sacaron tambien del lugar é incorporaron en las filas del ejército al honrado y fiel Ávila.....

Al decir esto se interrumpió Jaramillo, y metiendo la mano en su bolsillo añadió:

—Ya olvidaba yo el encargo principal de mi compadre. Entónces presentó á los emigrados un pan y un frasquito de vino agnado. Cruzó por los ojos de estos un rayo de alegría al ver aquel refrigerio de que tanto necesitaban.

Acevedo tomó lo que le daba el mensajero y lo pasó á su hijo; pero este dijo, tome usted primero. En efecto, tomó un trago de vino y luego dijo con voz enternecida:

—¡Dios salve á usted y al buen cura! Despues partió el pan con Pedro y ambos comian en silencio mientras Jaramillo conmovido continuaba en estos términos su relacion:

—Ávila, me dijo mi compadre, no ha vuelto del ejército y él era quien llevaba el sustento á dos infelices caballeros emigrados que están ocultos en estas montañas. Mi edad y mis enfermedades me impiden ir á buscarlos, y aquellos desgraciados hace ya 23 dias que no reciben socorro alguno. Es posible que hayan podido economizar hasta hoy sus provisiones, pero tambien es creíble que esten sufriendo todos los horrores del hambre.

Vaya usted, búsquelos por la ribera del grande arroyo, luego que los halle deles pan y vino, y en seguida entrégueles ese tercio de provisiones y póngase de acuerdo con ellos sobre el modo de suministrarles en adelante lo necesario.

Yo le dije á mi compadre que conozco un punto más retirado y seguro y que no está deshabitado.

Una familia de negros esclavos de Popayan, habiendo huído hace algunos años de sus crueles amos, ha formado á orillas del rio de Jesus una pequeña colonia; viven allí tranquilos, con algunas conveniencias y son hospitalarios. Ellos recibirán á los emigrados. Mi compadre aprobó este plan y yo vengo á ser el guía de ustedes hasta la habitacion de Lorenzo y Luisa, que son los negros de quienes he hablado, y con los cuales mantengo muy buenas relaciones, porque soy quien los provee de cuanto necesitan.

—Qué! dijo Acevedo ¿no podremos salir de aquí todavía?

—Ah! respondió Jaramillo; usted no sabe lo que es su patria bajo la dominacion de los expedicionarios españoles; pero es cierto que usted no viviria cuatro dias si llegase á caer en manos de estos sanguinarios pacificadores. Le traigo á usted una larga carta de mi compadre el cura, que escribió durante toda la noche. En ella instruye á usted de cuantos pormenores quiera saber; aquí está.

Acevedo la tomó, pero no pudo leer. El pan y el vino habian hecho tal efecto sobre su estómago debilitado, que cayó en brazos de su hijo casi desmayado. Jaramillo frotó sus sienes con vino, le hizo tomar un poco de agua y logró restablecerlo, y entónces el desfallecido padre ordenó á su hijo que leyese en voz alta.

Era esta carta una relacion funesta y detallada de las atroces venganzas ejercidas por los bárbaros pacificadores. El número y los nombres de las victimas hicieron estremecer á los infelices emigrados. El cura les daba noticia de su familia hasta diciembre del año de 1816; pero de ahí para adelante nada habia podido averiguar, y aunque esta noticia aseguraba á Acevedo que su esposa é hijos gozaban de salud, su corazon se oprimia al considerar cuánto podria haber mudado su suerte, en los tres meses corridos desde Enero hasta fines de marzo en que estaban.

En fin, despues de haber comido algo y de haber discurrido mucho sobre su triste situacion y sobre la poquísima esperanza que conservaba de mejorarla, resolvieron seguir á su guía hasta la habitacion de Lorenzo.

Caminaron el resto de aquel día, y durmieron debajo de unos árboles. Al apuntar el alba continuaron su marcha y despues de medio día llegaron á las márgenes del rio Jesus. Allí descansaron un rato y dió Acevedo algunas instrucciones á Jaramillo sobre el modo de adquirir noticias de su

familia y de comunicar à ésta en dónde y cómo se hallaban, escribiendo bajo un nombre supuesto, segun habia convenido con su esposa el día de su triste separacion.

Despues remontaron por la orilla derecha del rio, como tres cuartos de legua, hasta que descubrieron la ranchería de Lorenzo. Se adelantó Jaramillo á prevenir á los negros, y poco despues volvió con éstos á recibir y conducir á sus huéspedes. La habitacion de aquellos esposos y de seis hijos pequeños que tenian, se componia de tres ranchos: uno servia de cocina, otro de habitacion y dormitorio, y el tercero, más grande, era donde guardaba sus víveres, herramientas, redes, varios utensilios de caza, algunos libros devotos (porque Lorenzo sabia leer) y otros efectos que manifestaban que aquella familia habia proyectado despacio su fuga y habia llevado consigo las comodidades posibles en su clase, contando de antemano con un asilo retirado y seguro.

Esta tercera habitacion fué el alojamiento de los emigrados. Jaramillo permaneció dos dias con ellos, los recomendó eficazmente á la caridad de Lorenzo y Luisa, y ofreciendo volver á verlos dentro de dos meses, á lo más tarde, se ausentó de sus amigos cargado de bendiciones de los caballeros, y de mil agradecimientos y afectuosos recados para el buen cura.

Parece que la naturaleza habia estado sometida al amor filial; ó más bien, que Dios habia sostenido las fuerzas de Pedro, que no dejó de ser el apoyo, el consolador y el oficioso sirviente de su padre, hasta su llegada al rio de Jesus. Mas, apénas halló seres benéficos que le ayudasen á cuidar á Acevedo, ya no resistió al violento efecto de la fiebre y quedó postrado en una cama durante mucho dias.

Indecible dolor se apoderó del corazon de Acevedo, quien velaba dia y noche á la cabecera de su adorado enfermo. Luisa le prodigó los cuidados más tiernos, y á fuerza de remedios que ella sabia y habia experimentado en su propia familia, logró mejorar á su jóven enfermo. Acevedo observaba cuidadosamente el estado de su hijo y cuidaba con esmero aquella preciosa vida por cuya conservacion habria dado mil veces la suya.

Mas apénas se repuso Pedro cuando Acevedo, minado por el dolor moral, estenuado por el hambre y las fatigas pasadas, atormentado por la incertidumbre y oprimido por tantas penas de todas clases, cayó gravemente enfermo.

Tocaba á Pedro su turno de inquietudes, cuidados y vigiliias, y su alma noble y sensible padecia atrozmente viendo los sufrimientos de su buen padre. Un dia le dijo éste:

—Pídale un espejo á Luisa, quiero examinar mi lengua.

La negra dió el espejo en que se afeitaba su marido. Triste debió ser la impresion que experimentó Acevedo al ver su imágen retratada en aquel espejo, pues retiró la cabeza, cerró los ojos, y dos gruesas lágrimas surcaron sus enjutas y pálidas mejillas. Pero pronto, dominando su emocion, se contempló largo rato y dando un suspiro dijo:

—¿Piensas tú, que me reconoceria tu madre si me viera ahora?

Mas, notando que su pregunta contristaba á su hijo, se puso á examinar la lengua, y añadió:

—Estoy muy malo; estas manchas negras indican el peligro. Es preciso darme una sangría. En mi cartera tengo una lanceta, tómala, Pedro, y haz este servicio á tu padre.

El jóven se acercó vacilando, desnudó con pena el brazo de su padre y lloró al ver su excesivo enflaquecimiento. Despues, profundamente agitado, lleno de temor, con sus ojos oscurecidos por el llanto, hizo vanos esfuerzos por romper la vena. Tres veces tomó la lanceta, y otras tantas una involuntaria convulsion la hizo caer de su mano.

Por fin la dejó, y apoyando su frente sobre la cabeza de su padre dijo:

—No puedo, es imposible!

—Pues bien, hijo mio, replicó Acevedo, yo mismo lo haré.

—Y si usted se da muerte?

—No, Pedro, no temas, yo he practicado ya otras veces esta sencilla operacion, y creo que la haré con destreza; es lo único que puede salvarme.

Entónces, teniendo Luisa una vasija para recibir la sangre, Acevedo picó la vena de su brazo derecho, y se puso á mirar su sangre que corria, con una sonrisa melancólica. Pedro sufría un accidente que no le era posible dominar, pero se le dispó para dar lugar al profundo terror que le causó ver caer desmayado á su amado padre. Entónces corrió á sostener su cabeza, y ayudó á Luisa á contener la sangre y á poner un vendaje. Un cuarto de hora despues volvió en sí el enfermo, y su primer cuidado fué tomar entre sus manos la cabeza de su hijo, que estaba reclinado sobre su pecho, y dándole un beso en la frente, le preguntó:

—Por qué lloras?

—He temido perderlo á usted, papá, respondió el jóven enjugando su ojos.

—Ah! sí, yo he podido morir, dijo Acevedo, pero este es el término de toda existencia. Un dia se acaba; pero en ese dia, confiando en Dios, principia una dichosa inmortalidad. ¿Y tú, mi Pedro, habias pensado que tu padre estaba exento de la ley comun?

—No, señor, pero aun es usted muy jóven para morir, y yo jamas podré acostumbrarme á la idea de este golpe atroz, por más que usted me hable de esto todos los dias.

—Pobre hijo mio! exclamó Acevedo acariciándolo, ¡cuánto has sufrido ya por mi amor! ¡Cuánto te queda aún por sufrir! Más, ármate de valor, tú que has mostrado tanto en otras circunstancias. Yo debo fallecer en estas selvas, y tú abrirás entónces mi pecho, sacarás de él mi corazon y lo llevarás á tu madre. Creo que ella, al verlo, podrá conocer el inmenso amor que he tenido por ella y por mis hijos, y los tremendos é inexplicables dolores que hace ya once meses lo despedazan diariamente. ¿Me das tu palabra, Pedro, de que cumplirás este encargo?

—¡Oh, no, mi amado papá! Yo no tendré valor para desempeñar tan cruel comision? No lo tengo actualmente para oir estos tristes discursos de usted.

—Pobre niño! continuó con amargura Acevedo, yo te amo mucho y sin embargo, te estoy afligiendo. Perdóname; pero es necesario que te acostumbres á la idea de perderme, de dejarme en estas soledades, de volver huérfano y abatido por la enfermedad y los pesares, á consolar á mi triste familia.

Muchas escenas de esta clase pasaron entre Acevedo y su hijo durante algunos dias en que la enfermedad iba haciendo rápidos progresos. Ha-

bia ratos en que el enfermo no hablaba por debilidad, y entónces Lorenzo leía algo en sus libros devotos, y los dos emigrados escuchaban con recogimiento y atención.

En la mañana del 2 de mayo de 1817, Acevedo llamó á Pedro, quien á pesar de estar con el frío de las tercianas se le acercó.

—Hoy hace un año, le dijo, di el último abrazo á tu madre, y ella, sin duda, recordará este funesto aniversario y rezará por mí con todos mis hijos. ¿No te parece, Pedro, que las oraciones de los inocentes son un buen viático; á falta del que destina la iglesia á los agonizantes? Hoy me separo también de tí, mi amado hijo, mi fiel compañero, mi dulce consolador. No llores; pídele á Dios que me perdone y que se digne ser el padre de esa crecida familia de huérfanos que dejo hoy abandonados sobre este valle de miserias. El lo ha dispuesto y yo me resigno.....

—¡Oh, papá! mi buen papá! no hable usted de muerte! Tal vez una crisis favorable salvará sus preciosos días.

—Mi Pedro, no te alucines. Yo te hablo lo que te aflige, porque es preciso. Hoy me voi del mundo, y tú quedas encargado de obligaciones muy importantes y sagradas. Adios, mi hijo, yo te bendigo, añadió con tono solemne y voz entera y calmada: te bendigo en nombre de la Santísima Trinidad; te recomiendo que seas siempre virtuoso, que cuides de tu madre, que ames y eduques á tus hermanos.

—Mi amado papá! exclamó Pedro con angustia ¿se irá usted sin mí?

—Si, mi buen hijo, y esta cruel despedida me hace conocer cuánto es lo que se ofrenda en el altar de la Patria cuando se pronuncia el juramento de ser libre ó morir. Hijo querido, no olvides nunca mis consejos; no abandones la santa causa que he servido, y persuádate que después del conocimiento de Dios, de la virtud y de un nombre honrado y sin mancha entre sus conciudadanos, el bien más precioso para el hombre es la LIBERTAD.

La voz de Acevedo empezó á debilitarse y llamó á Lorenzo.

—Ven, amigo, le dijo, ayuda á mi alma, que lucha con pena para separarse de este cuerpo ya casi destruido.

Entónces tomó el venerable negro el libro piadoso en que leía frecuentemente. Con voz clara y pausada decía el *miserere* y Acevedo repetía en voz baja las palabras del salmo sagrado. Entretanto Pedro, puesto de rodillas, temblando con el frío violento de las tercianas y con la cabeza inclinada, cubría de besos y lágrimas la mano casi helada de su padre. Cuando Lorenzo concluyó su lectura, hacia ya algunos instantes que el alma de Acevedo reposaba en el seno de Dios. El negro puso su mano sobre la frente helada, y dijo:

—Descansa en paz con los justos.

Después, cerrando su libro, se arrodilló para orar en silencio, y su llanto silencioso caía gota á gota sobre el suelo de su choza. Después llamó á Luisa. Ya la fiebre ardiente se había apoderado de Pedro, y los dos esposos lo trasladaron sin dificultad á su cama. Cinco horas estuvo agobiado con el fuego de la calentura y durante ellas Pedro hablaba con su padre y le rogaba tiernamente que no lo dejara. Cuando se disiparon las fiebres y el delirio, el joven voló á la cabecera de su padre, pero estaba el lecho vacío.

—Dónde se ha ido? exclamó con amargura. ¿Por qué me encuentro sin mi buen padre, en medio de los bosques?

—Sin padre? respondió Lorenzo presentándose. No, amo mio, todos tenemos nuestro padre que está en el cielo.

Pedro suspiró, permaneció un instante en silencio estrechando su frente con sus manos, y después cruzándolas sobre su pecho, con dolorosa expresión, dijo:

—¡Ya sé lo que ha pasado! Quiero verlo, Lorenzo, llévame donde está, quiero darle el último abrazo y tal vez espirar de dolor sobre ese corazón que tanto me amó!

El negro le entregó entónces un papel hallado bajo la cabecera del enfermo. Pedro lo tomó con mano trémula y lo leyó ansiosamente. Era una esquela de su padre en que le daba sus últimos consejos, le rogaba que tuviese valor y resignación cristiana para soportar el supremo dolor que iba á desgarrar su corazón; le encomendaba el cuidado y consuelos de su madre y hermanos, y le ordenaba que después de haber dado sepultura á sus restos mortales, abandonase aquellas soledades para volver al seno de su familia.

Esta triste lectura hizo prorrumpir en un diluvio de lágrimas al infortunado huérfano. Cuando su dolor se desahogó un poco, dijo á Lorenzo:

—Bien, yo obedeceré su voz respetable, pero vamos á verle.

Entónces Lorenzo lo condujo á su rancho. En la mitad de él sobre una estera de paja estaba colocado el cuerpo blanco como el marfil, con una pequeña cruz sobre su pecho, alumbrado con cuatro velas, y al pie Luisa y sus tres hijos mayores que rezaban con devoción y recogimiento por el alma de su huésped. Aquel espectáculo hizo estremecer de dolor el estenuado cuerpo de Pedro. Corrió á abrazar el helado cadáver gritando: Dios mio! esto es cuanto me queda de mi amado papá! Mas de un cuarto de hora permaneció con el rostro apoyado sobre la hermosa frente de su padre, más de cuando en cuando se apartaba y ponía en ella su mano diciéndole con profunda tristeza:

—Está helado! la fiebre que me devora no alcanza á comunicarle ni un átomo de calor!

Los compasivos negros lloraban largo rato con él, pero Lorenzo le dijo:

—Cumplamos, amo mio, la voluntad de Dios y la del difunto. Demos sepultura á este cuerpo.

—Sea, respondió Pedro levantándose, y enjugando sus ojos, después de haber aplicado un beso respetuoso sobre los pálidos labios de su padre.

Entónces Luisa y su esposo colocaron los restos de Acevedo sobre unos maderos y lo cargaron sobre sus hombros. Sus hijos y Pedro tomaron las velas y todos se encaminaron á una colina inmediata. Allí, debajo de unos árboles elevados y frondosos había cavado Lorenzo la sepultura del caballero. El buen negro regó con algunas flores silvestres el fondo de la fosa y ayudado por su mujer, colocó en ella el cuerpo, más, antes de cubrirlo con tierra dirigióse á Pedro y le dijo:

—Amo mio, ahora vuelva su merced una mirada postrera sobre este rostro donde está pintada la paz de los ángeles, ofrézcale su pena á nuestro Señor Jesucristo y todos repitan conmigo las oraciones que nuestra santa madre Iglesia reza por los difuntos.

Pedro dió un doloroso gemido y se dejó caer de rodillas. Luisa y los

niños se arrodillaron también y todos rezaron con voz trémula y cortada de sollozos las oraciones que leía Lorenzo en pié, con acento piadoso y conmovido. Al fin la tierra cubrió el cuerpo del mártir de la patria, y los hijos de Luisa desgajaron ramas que arrojaron sobre aquella tumba solitaria y humilde. Lorenzo cavó un hoyo hacia la cabecera para colocar una tosca cruz de madera que había labrado desde que previó aquel lamentable suceso, y ayudado por su mujer, sus niños y el infeliz huérfano, la puso en el sitio designado. Pedro permaneció largo rato apoyado sobre el brazo de la cruz, exhalando tristes suspiros y dejando correr su llanto sobre aquella tierra que robaba á sus ojos el objeto más amado de su corazón. Sus ahogados sollozos hacían conocer que su alma estaba traspasada de uno de aquellos dolores que aniquilarían la existencia si Dios no sostuviera á sus criaturas, para que, conociendo su extrema miseria y la inmensa suma de dolores que encierra la vida, se acuerden de que tienen un padre y una patria en cielo.

El sol se había puesto cuando Pedro regresó á la habitación. ¡Cuán triste y solitaria le pareció! Recordaba con amargura las escenas de aquel día en que su padre había visto por la vez postrera la luz del sol, y no comprendía cómo había podido sobrevivir á tan acerbos pesares. Aquella pompa fúnebre del desierto no se borraba de su mente; una inocente familia de esclavos prófugos había llorado y orado sobre las frías cenizas del defensor de la libertad.

Un anciano negro había servido de sacerdote en este entierro cristiana y salvaje á la vez, y él, el hijo primogénito, la esperanza de una noble familia, había ayudado á colocar la cruz, símbolo de la divina misericordia, sobre esa tumba solitaria hasta la cual no penetrará tal vez en muchos siglos la sociedad civilizada.

El huérfano de un patriota ilustre, rico, amado de sus conciudadanos, se encontraba pobre, enfermo, solo y desgarrado su corazón por el dolor en medio de las magestuosas selvas de los Andaquíes, en donde, sin embargo, había hallado la hospitalidad de los hermanos, la caridad cristiana y las dulces simpatías que unen á todos los cautivos que desean romper sus cadenas, á todos los infelices que quieren comunicarse sus dolores. ¡Qué manantial tan fecundo en tristes reflexiones! Pedro pasó la noche meditando sobre estas vicisitudes extrañas de su fortuna, llorando y rezando por el descanso eterno de aquel á quien había ayudado á llevar su cruz de dolores durante un año entero y á quien no volvería á ver ya sobre la tierra.

Al amanecer del siguiente día visitó por la última vez la tumba solitaria de su padre y al separarse de aquel lugar sagrado besó la cruz diciendo:

—¡Cúbrela con tus alas, madero de salvación! Después recompensó con prodigalidad á toda la familia, estrechó en sus brazos á los niños, se despidió con lágrimas de la buena y hospitalaria Luisa y, guiado por Lorenzo, se alejó á paso lento de aquellas montañas gigantescas en donde quedaba sepultado todo el porvenir de una familia que había sido dichosa porque tenía un buen padre. Al tercer día avistaron el pueblo, y allí el negro se despidió con verdadero pesar del triste huérfano, prometiéndole orar siempre con su familia sobre el sepulcro de Acevedo.

Algunos días después Pedro se halló en la cárcel de la ciudad de Neiva oprimido con el peso de unos enormes grillos, devorado por la fiebre y agobiado por el pesar. El bárbaro esbirro de Fernando VII no supo tener piedad del tierno adolescente que acababa de llenar con tan sublime heroísmo todos los deberes del amor filial.

Pero, Dios protegió un día á la gran COLOMBIA, sus opresores huyeron para siempre de su suelo, y en aquella época de prosperidad y de gloria para la patria, fué Pedro * el ídolo, el consuelo y el más bello ornato de su familia.

NOTA—Los sucesos aquí referidos son exactamente históricos y tomados de las relaciones repetidas por Pedro á su familia y de las minuciosas noticias recogidas en los mismos lugares, por nuestro amigo el estimable coronel Anselmo Pineda cuando fué Prefecto del Caquetá. Él visitó á Luisa Cuéllar que aún existía, y recogió de ella misma los detalles sobre los últimos momentos de Acevedo. Hemos sentido particularmente haber olvidado el nombre del respetable y virtuoso cura de Suesa.

* El coronel Pedro Acevedo Tejada.



BOYACA.

(7 DE AGOSTO DE 1819).

Por Eduardo Blanco.

I.

COMO extiende el condor las poderosas alas y rápido se encumbra, movido por el ardiente anhelo de abarcar en la extendida curva que describe los sucesivos horizontes, límites imaginarios del espacio; y luego en el alta cima se cierne soberano, y con sus plumas osa velar el sol y ser á un tiempo árbitro de las tinieblas y la luz; así descoge el vuelo aquel Númen que aspira á realizar cuanto de noble encierra su acendrada virtud, y audaz se lanza hácia los fines que persigue, sin cuidarse del rumbo que le ofrece el acaso, pues todo el horizonte donde reposa la mirada lo ve inflamado con el fuego de su constante aspiracion.

De las llanuras del Arauca, donde los clarines de la fama repiten los hechos fabulosos del vencedor en "Las Queseras", Bolívar se lanza á conquistar más alta gloria.

Un pueblo hermano, aliado generoso, cuya sangre por nuestra libertad se ha derramado en Venezuela en más de un campo de batalla, gime abatido, despues del más completo vencimiento, bajo la planta de nuestros comunes opresores. Prestarle auxilio para que rompa sus cadenas es un deber sagrado: los manes de Girardot y de Ricaurte nos recuerdan sus heroicas proezas y con gesto imperioso nos señalan su patria de nuevo esclavizada; y ellos, sus defensores ínclitos, yacen, por nuestra gloria, inertes, el brazo desmayado sobre el sangriento polvo, la espada sin relámpagos y sin latido el corazón.

Justo reclamo. Pero ¿cómo extender su débil brazo Venezuela para alcanzar tan léjos y sacudir y levantar de tan completa postracion aquel pueblo cadáver, decapitado por Morillo y ahogado en la sangre de sus varones más ilustres; cuando ella misma apenas tiene aliento para luchar en

su propia defensa contra un enemigo poderoso, á quien protege la Fortuna, á quien exhibe incontrastable su fuerza numérica y su pujanza? Ni ¿cómo, sin grave riesgo para su libertad echar sobre los hombros del agobiado ejército patriota el peso formidable de una empresa capaz de avasallar mayores fuerzas que las que en propio beneficio no alcanza á poseer?

Concluyente era el fallo de la inflexible lógica sin contar con Bolívar y su genio fecundo: éste, se muestra en la ocasion en toda la plenitud de su grandeza, y triunfa y pasma y acomete la temeraria empresa, incentivo constante de su alma, de unir bajo la sombra de una misma bandera su propia patria y el Nuevo Reino de Granada.

"Seguidme, que es noble nuestro intento", dice el Libertador á sus soldados, mostrándoles las nevadas cumbres de los Andes: "libremos de la esclavitud á nuestros generosos hermanos, y más fuertes volveremos despues en demanda de nuestra propia libertad": y la más alta de sus aspiraciones, aquella, la que en la noche aciaga de Casacoima fué tenida por delirio fantástico de su exaltado espíritu, va á realizarse al solo impulso de su perseverante y decidida voluntad.

II.

INTENTAR solamente aquella empresa, cuando apenas para defender nuestras conquistas bastaba el recio empuje de nuestras bayonetas, era audacia que rayaba en locura: pretencion gigantesca que no podia caber sino en el cerebro de aquel sublime visionario á quien sin duda iluminaba un rayo de misteriosa luz. Llevarla á término, por sobre todos los obstáculos que se ofrecían insuperables, y dar cima con ella, á la más trascendental de las transformaciones políticas de la Revolucion, fué realmente un prodigio: prodigio de osadía, como los muchos que nuestra historia cuenta de aquel predestinado á tan altos designios.

La época era cruda, gloriosa la contienda. En casi todas las provincias de Venezuela se libraban ardorosos combates; España nos disputaba palmo á palmo el suelo donde fijábamos la planta, é iracunda se empeñaba en romper entre sus brazos y con el corazón, la espada que la hería, y, que no tarde, consiguió arrebatárle el continente americano. A la cabeza de 8 000 veteranos pugnaba el generalísimo español en llanuras del Arauca, por exterminar el atrevido ejército que le oponía Bolívar: ejército dos veces inferior en disciplina y número al de tan duro y pertinaz contrario; sin repuesto de municiones y armamento, flaco, desnudo, sin recursos para atender á sus necesidades, fatigado por las rápidas y repetidas evoluciones de una campaña larga y trabajosa, en que la astucia y la estrategia suplían á la inferioridad, y en la que sólo alentábamos al amparo de la caballería á quien los regimientos castellanos habian aprendido á respetar en aquellas abiertas y dilatadas pampas.

Con suma habilidad rehuía el Libertador aventurar una batalla campal contra la poderosa infantería realista; baluarte inexpugnable para nuestros bisoños y escasos infantes, y en acecho de una oportunidad propicia para empeñarla con ventaja, se entretenía en desgarrar aquel sober-

bio ejército con las agudas picas de nuestros llaneros impetuosos, rápidos como el viento, carniceros y audaces como el jaguar de sus llanuras.

No ménos avisado que su experto contrario, mostrábase Morillo. A la mira de evitar decisivos encuentros en posiciones favorables al arma en que le aventajábamos, maniobraba con prudente sagacidad y, mal su grado, replegaba constreñido por el bote de nuestras lanzas pertinaces. No obstante, á cada nuevo descalabro que padecían sus tropas, revolviase iracundo, ponía en juego toda su habilidad y ardimiento, y no escusaba ocasion ni favorecida coyuntura, para llegar á punto de descargar su hercúlea diestra sobre los ligeros escuadrones, que le acosaran sin descanso y que, despues de herirle, desaparecían como nubes de polvo.

De esta suerte, siempre perseguido y siempre amenazante, alcanza el generalísimo español las montuosas riberas del Apure, lo esguaza, y va á situar en Calabozo su cuartel general, dejando enrojecida la llanura con la sangre de sus alcanceados batallones.

III.

PROLONGABASE entre tanto aquella lucha, sin término visible, contra un ejército lleno de cautela que no nos daba el flanco y sobre el cual Bolívar, sin notable provecho, mellaba el filo de su espada y la energía de sus soldados; cuando vinieron los rigores de la estación lluviosa, insoportable en tan desamparadas regiones, á acrecentar cuantas dificultades se oponía á la prosecución de una campaña, de suyo abrumadora para quien carecía, como el ejército patriota, de todo lo indispensable al sostenimiento de la disciplina y de la vida. Con aquel nuevo inconveniente nuestro ejército se encontró colocado entre dos amenazas á la cual más poderosas: la infantería realista que, replegándose, persistía sin embargo en cerrarnos la entrada á la provincia de Caracas, y la inundación de las llanuras que embarazaba nuestras evoluciones y oponía serias dificultades al abastecimiento de las tropas.

De hecho la situación de los independientes era comprometida y enojosa; pero en prevision de tales contingencias, el Libertador había avanzado algunos cuerpos hácia la provincia de Barinas, con ánimo de sorprender la división realista que la guarnecía, proporcionarse recursos y abrirse campo por aquellas comarcas, ménos expuestas á los desbordamientos de los ríos. Los primeros amagos de la cruda estación le deciden á obrar con rapidez; á mediados de Mayo repasa el Arauca, invade el Bajo Apure, y, despues de concertar con Páez las operaciones que deben practicarse en la nueva campaña, reincorpora la división de infantería acantonada en Rincon Hondo y en dirección del arruinado pueblo de Setenta, se dispone á cruzar el Apure, cuando acierta á llegar al campamento del Coronel Jacinto Lara, portador de plausibles noticias, referentes á las ventajas adquiridas por Santander en Casanare y á la favorable disposición que se manifestaba en algunos pueblos de la Nueva Granada por sacudir los hierros de la cautividad.

Una luz prestigiosa, visible sólo para el Libertador, brilla al traves de tan felices nuevas; su espíritu se inflama, nuevos proyectos afluyen á su mente, y como siempre rápido en la ejecución de sus designios, cambia de propósito, tuerce el rumbo que lleva hácia Barinas, y á tiempo que Morillo, desesperanzado de someter á la Corona las codiciadas pampas, repliega á Calabozo en busca de seguros parajes para acantonamiento de su ejército durante la estación de las lluvias, Bolívar revuelve su caballo, sigue el camino que le traza la luz radiante de su inspiración y de su estrella, en demanda de más alta y de mejor fortuna, se interna al Sur hacia la andina cordillera.

IV.

A DONDE va? Su ejército lo ignora, nadie es capaz de sospecharlo. En la completa oscuridad en que encierra Bolívar sus ocultos designios, todos marchan á tientas, sólo él penetra lo porvenir y ve factible lo que á los más audaces habría de aparecer descabellado.

No obstante, ¿qué pretensión más singular ni más aventurada? ¿No poder avasallar lo ménos y pretender sobrepujar lo más! Explicaos, si podéis, contrasentido semejante.....

Seguidle, sin embargo, que va en su espada la libertad de un mundo y abrasando su mente la creación más grande de su fecundo ingenio.

Con aquella resolución audaz é inesperada, Bolívar parecía decir á su contrario, el pertinaz Morillo: “espera, yo he de vencer tu espíritu, acaso mejor templado que el acero de tus numerosas bayonetas, porque á tu alma llevaré el asombro; alejándose de tí completo el desprestigio de tu causa, cavo tu sepultura. Mis triunfos, indudables, allá lejos, serán crueles heridas que habrás de recibir sin poder evitarlas: tu ruina empezará donde creíste comenzar tu gloria.....”

Y sólo fía el secreto de la atrevida empresa que vuela á acometer, á Soubllette y á Anzoátegui y á pocos más de sus tenientes principales; y deja á Páez frente á Morillo, para ocultar su marcha: y galopa resuelto por la inundada pampa y cruza apenas escoltado por un grupo de bravos, con el agua á la cincha de los caballos, la inmensa charca que toca el horizonte; y devora veloz leguas y leguas de anegadas praderas: y atraviesa caños desbordados y pantanos profundos y caudalosos ríos: y aparenta seguir un rumbo dado y lo tuerce de súbito, y confunde hasta sus propios compañeros no iniciados en el audaz propósito; y se apresura á dar cima á su intento ántes que se trasluzca el fin de su aventura, y á su espalda deja á Venezuela sin refrenar el ímpetu que le lleva adelante; y las llanuras de Casanare le ven pasar cual un meteoro; y se interna hacia el Sur, y gana el pie montuoso de la empinada cordillera, y sólo en Tame detiene su caballo para esperar las tropas que le siguen y organizar la expedición que ha de invadir el suelo granadino.

V.

DE todas las provincias del Virreinato de Santa Fe, Casanare es la única que se mantiene en armas contra el poder denominador de España; en sus llanuras, siguiendo las instrucciones de Bolívar, ha organizado Santander algunos cuerpos regulares, conseguido considerables ventajas y creado con el esfuerzo de su brazo y la lucidez de su talento, un centro de acción para la lucha y un refugio donde pueden guarecerse sus compatriotas perseguidos por la crueldad de Sámano y por el odio que sembrara Morillo en aquellas comarcas desde la ocupación de Cartagena.

Aquel núcleo de pueblo y de soldados es el que atrae á Casanare la espada de Bolívar, y en el que cuenta hallar un decidido apoyo para llevar á cabo la aventurada empresa á que se entrega con toda la energía de su carácter.

En Tame se avista el Libertador con Santander, á quien oportunamente dió aviso de su resolución; comunica á su experto teniente el plan de la campaña que se propone realizar, y espera la llegada de las tropas venezolanas, que no tardan en reunirse en Pore á las fuerzas levantadas en Casanare.

Allí reorganiza el ejército; forma dos divisiones á las que da los nombres de vanguardia y retaguardia. La primera á las órdenes de Santander, la componen las tropas granadinas y, como jefes de cuerpo, figuran en sus filas los coroneles Fortul, Cancino, Obando y Arredondo, los mayores Guerra y París y otros bravos de merecida fama. De la segunda división obtiene el mando, sin que nadie se atreva á disputárselo, el General Anzoátegui, y entran en ella todos los cuerpos venezolanos que siguen á Bolívar desde las llanuras del Apure: los batallones Rifles, Bravos de Páez, Barcelona y Albion, mandados por Sandes, Cruz Carrillo, Ambrosio Plaza y Rook. El regimiento de caballería denominado "Guías de Apure" regido por Mujica, dos escuadrones del Alto-lano de Caracas, á las órdenes de Infante y de Rondon, y los carabineros de la Guardia mandados por Mellados.

Como más práctico del terreno que van á recorrer, Bolívar cede la vanguardia á la primera división.

Todo el ejército patriota reconcentrado en Pore alcanza apenas á 2 500 combatientes, llenos de brío, pero en el estado mas deplorable de miseria. Desconsolador es el conjunto que ofrecen por el escaso número y la extrema pobreza aquellas tropas reunidas; sin embargo, Bolívar, no fluctúa en dar comienzo á su arriesgado intento; fija la planta audaz en la montaña casi inaccesible, que le opone sus escarpados flancos, y emprende la atrevida campaña, cuyos peligros no se le ocultan un instante, pero cuya gloria le deslumbra y alienta.

VI.

EL trece de Junio el ejército invasor sale de Pore, deja á su espalda las llanuras y da principio á la trabajosa ascension de la montaña. Santander, con la division de Casanare abre la marcha, Bolívar con Soublotte y el Estado Mayor siguen á Santander: Anzoátegui con la segunda division forma la retaguardia. Estos dos jefes de ya notoria nombradía, son las columnas en que se apoyarán cuantos esfuerzos juzgue el Libertador indispensables para dar cima á aquella empresa gigantesca. La eleccion no era desacertada.

Entre las figuras prominentes de la Revolucion americana, la Historia da un alto puesto á Santander, y puesto merecido hasta quedar sellada la independencia de Colombia. Hombre de claro ingenio, de probada energia, de convicciones propias, su opinion y consejo pesaron con ventaja en los negocios públicos, y eficazmente contribuyó con su talento á los grandes designios de Bolívar, y al afianzamiento de la incipiente nacionalidad cuyos destinos presidió largo tiempo, al amparo del genio poderoso y de la espada rayo, que en medio á cien batallas surcaba de relámpagos todo el continente.

Ménos afortunado Anzoátegui, no alcanzó á las alturas á que sus dotes militares y la nobleza de su carácter le hicieran acreedor: pasó cual un meteoro. Sin el fin prematuro que le sustrajo de los halagos de una envidiable gloria, habria sido en el Sur, muy digno émulo de Sucre; y la grandeza de alma y la probada lealtad que le distinguió siempre, habrian servido de poderoso estímulo y de seguro apoyo á la estabilidad futura de Colombia, á la fijeza de sus instituciones.

Los cuerpos que en la ocasion comandan estos jefes, les son fieles; pero la firmeza y el arrojo que sostuvieran al ejército, cuando lidiaba en las nativas llanuras bajo aquel sol de fuego protector de todas sus miserias y testigo radiante de los más crueles sacrificios, desmaya en el momento en que las tropas republicanas caen en cuenta del rumbo por donde se las lleva, y palpan los obstáculos que preven, con fundada razon, como insuperables. Muéstranse, no obstante, resignados, y trepan la agria cuesta con el vigor y la energía que en toda circunstancia extrema comunicó el Libertador á cuantos le rodeaban.

Si grande habian sido hasta allí las penalidades sufridas por aquellos tenaces lidiadores, mayores eran, y aún más arduas, las que se les ofrecian en perspectiva en aquella campaña al traves de los Andes, desnudos y descalzos como la emprendian, en un clima cuyos rigores contrastaban con el cálido soplo de las pampas y en la dura necesidad de resistir y dominar cuantos esfuerzos pudiera hacer para vencerlos, un enemigo poderoso, práctico del terreno y bien abastecido, como aquel que les cerraba el paso de la montuosa via, difícil de vencer y aun más difícil de recorrerla combatiendo; lo cual era de presumirse que sucediera desde luego, puesto que

las avanzadas del ejército español, regido por Barreiro y acantonado en Tunja, cubrían todas las avenidas por donde los republicanos pudieran penetrar en aquella provincia.

VII.

DADA la mala situación de los libertadores y las muy ventajosas circunstancias que favorecían á sus contrarios, el éxito feliz de la campaña estribaba mayormente en la rapidez de nuestros movimientos, para ver de conseguir sorprender á Barreiro; pues confiado este jefe en la superioridad de sus fuerzas, respecto al grupo de oposición que se organizaba en Casanare, no era de suponer temiese de parte de Santander un serio ataque, ni mucho menos una invasión acaudillada por Bolívar, de quien tenía noticias de encontrarse á la sazón acometido por Morillo en las llanuras del Apure, y por consiguiente imposibilitado de encontrarse á nada más urgente que á la propia defensa y á la del territorio que sostenían sus armas. Si á estas razones, que de seguro debían privar en el ánimo de Barreiro, se agrega la circunstancia no menos tranquilizadora para él, de hallarse inundadas las sabanas por las crecientes de los ríos y lo copioso de las lluvias, toda sospecha debía desvanecerse; y eran estos los motivos que asistían á Bolívar para creer descuidado á su contrario respecto de una invasión por Casanare.

Estas razonables conjeturas que militaban en abono del plan trazado por el Libertador, vigorizaron el propósito de dar á nuestros movimientos la mayor rapidez y sigilo posibles, pues así se evitaban los riesgos que pudiera correr nuestra aventura por efecto de publicidad ó de retardo, si Morillo llegaba á sosprender nuestros designios y, como era de esperarse, daba oportuno aviso á su teniente ó dirigía eficaces auxilios á la capital del Vireinato.

Penetrado, pues, de la necesidad de atacar á Barreiro sin darle tiempo de que se apercibiera á la defensa, decide el Libertador la marcha del ejército por el camino de Marcote y obliga á sus soldados á aventurarse por aquella vía, que si bien más corta y menos sospechosa para el enemigo que las otras que se le ofrecían, presentaban serias dificultades por lo escarpado del terreno y lo que es más, por ser indispensable cruzar por ella el páramo de Pisba, fantasma aterrador que se empinaba delante de aquel desnudo ejército, como la imagen amenazadora de la muerte.

Forzoso era, con todo, aceptar tan peligrosa ruta y escalar por ella la montaña y sus heladas cumbres.

VIII.

A suerte estaba echada; retroceder era sufrir una derrota sin haber combatido, y lo que es más, declararse Bolívar ante su propio ejército, reo sin excusa de flagrante locura.

El ejército se interna en las tortuosas fragosidades de la sierra, lucha con las asperezas del terreno, y momentáneamente recobra su constancia, su decisión y brio; pero apenas vencidas las primeras dificultades, torna á languidecer; la fatiga lo abruma, los pies vacilan, marcha con lentitud, y el ascenso difícil para los mismos prácticos de la región andina, parece insuperable á la generalidad de aquellos hombres no habituados al escabroso suelo que pretenden dominar, ni á los rigores peculiares al clima de las elevadas cordilleras. En aquel áspero sendero, especie de gigantesca lima que todo cuanto roza lo destruye, va dejando junto con los jirones de su mísero equipo, la huella ensangrentada de su paso y el resto de energía que le sostiene. Pocos días de penosa excursión bastan para agotar sus fuerzas; alarmantes proporciones cobran su desnudez y su miseria, de sus filas deserta la esperanza y en ellas cunde el desaliento.

Una circunstancia inesperada conforta una vez más los abatidos ánimos. En toda empresa humana, las primicias de la victoria por efímeras que sean, son manjar deleitoso que hace olvidar las penas y vigoriza el corazón.

Al cuarto día de marcha, nuestra vanguardia tropieza en Paya con un cuerpo de observación del enemigo, en número de trescientos infantes, acantonadas en las formidables posiciones que ofrece en aquel sitio la montaña. Santander, sin vacilar lo ataca de improviso, empeña vigoroso combate que dura algunas horas, y que Arredondo decide al fin con los fogosos cazadores de vanguardia; y el enemigo declárase en derrota y huye á la desbandada á incorporarse al grueso del ejército español situado en Sogamoso.

Con aquel encuentro ineludible, se revela el secreto de nuestra expedición; cunde el alarma en toda la provincia y el enemigo sobre aviso se apresta á rechazarnos.

Reagrávase con esta circunstancia nuestra arriesgada situación: tras el primer arranque de entusiasmo nuestros soldados reflexionan y aprecian en toda su magnitud los resultados inevitables de aquel triunfo pasajero, que si bien los halaga por el momento, los expone en lo sucesivo á mayores peligros y más serios conflictos. El descontento hasta entonces latente, estalla y amenaza violar la disciplina. Pocos son los que no se exasperan, pocos los que se manifiestan perseverantes ó resignados; los más se agitan y murmuran y terminan al fin por no ocultar sus quejas y escarnecerse con la propia miseria. Sin tocar en la rebelión, el desaliento llegó á ser

extremado, hubo quienes desamparasen sus banderas, quienes prefiriesen una muerte oscura y vergonzosa á arrostrar el peligro y á perecer con gloria. Felizmente fueron muy escasos los que se doblegaron á tan funesta debilidad.

IX.

ALARMADO por el visible desaliento que se apodera de las tropas, y la tibieza manifiesta de algunos oficiales de merecido renombre, trata el Libertador de conjurar el pernicioso ejemplo que, así como amenaza frustrar todos los sacrificios hasta allí consumados, pone en grave riesgo la campaña, la vida del ejército y la suerte futura de la Patria. Con tal propósito llama á consejo á sus primeros tenientes, cuya decision quiere probar de nuevo ántes de proseguir en una empresa que así amedrenta hasta los más osados; les expone sin vacilar los riesgos inherentes á la situacion en que se hallan; no les oculta los obstáculos que les será forzoso superar; los sacrificios que á todos esperan, ni los peligros consiguientes á una inculta retirada en las condiciones nada favorables de un ejército, al que sólo mantiene en la obediencia la energía de sus jefes y la imperiosa necesidad de hacerle frente al enemigo. Y á la vez que no rehuye poner de manifiesto el estado conflictivo en que se encuentran, procura con habilidad inculcar en todos la fe que lo sostiene y patentizarles el éxito feliz de la campaña; luego les deja en libertad para deliberar.

Satisfactorio es recordarlo y repetirlo con orgullo.

La duda no mancilló un instante la firme decision de aquellos bravos. Los generales Anzoátegui, Soublette y Santander, que junto con los coroneles Lara y Salom componian el Consejo, no vacilan en apoyar las altas miras de Bolívar, y de comun acuerdo deciden la continuacion de la campaña, respondiendo cada cual por su parte de la cooperacion y disciplina de los cuerpos que les están encomendados.

Con lisonjeras frases encarece el Libertador la firme resolution de sus perseverantes compañeros; vigoriza los ánimos medrosos con discursos inspirados en su fe inquebrantable, é indicando de nuevo á cada uno sus respectivos puestos, exclama con profético acento: "En marcha, pues. Venciendo nuestra propia flaqueza hemos ganado ya la primera y más cruda batalla; Barreiro es incapaz de disputarnos la victoria; le haremos prisionero."

Y el ejército á pesar de sus vacilaciones se pone en movimiento.

X.

NNA favorable reaccion debida al poderoso ascendiente de Bolívar, se opera en la generalidad de nuestros regimientos: la primera jornada despues de la estacion de Paya, la rinden con firmeza; pero á medida, que vencen los empinados montes y se acercan al páramo, acrecen las dificultades, se multiplican los peligros y nuevos y más terribles sufrimientos padecen á despecho del celo desplegado por Bolívar y de la solicitud de algunos jefes. El terreno, por todo extremo escarpado, se hace intransitable: un frío inclemente, que cobra á cada paso mayor intensidad, sobrecoge al ejército en lo más arduo de su forzada peregrinacion, y el cierzo que impetuosamente desciende de las cumbres, lo entumece congelando sus mezquinos harapos. A dias crueles suceden noches angustiosas; á las penalidades de la jornada la agitacion febril, el sueño inquieto, la desesperacion, el letargo, la muerte.....

Los más robustos ceden á la fatiga; las expansiones del ánimo se amortecen, las pláticas dejan de ser frecuentes, la respiracion degenera en ronquido, la palabra en cavernosa resonancia. A la proximidad del espantoso ventisquero todos los labios enmudecen, nadie profiere ni una queja; el silencio es profundo y lúgubre la marcha.

El Píspa amenazante, se divisa sombrío entre revueltos torbellinos de niebla infundiendo en los ánimos insólito pavor; ante él nuestros soldados inclinan la cabeza y con la vista fija en la escabrosa ruta que desgarran sus pies, avanzan entristecidos como reos arrastrados al último suplicio.

Tan dura peregrinacion, de suyo desastrosa para todo el ejército, lo es mayormente para nuestros llaneros que, habituados á los extensos horizontes, al sol abrasador y á la completa libertad de las llanuras, mal resisten los rigores del frío y las penalidades peculiares á la escarpada travesía de las montañas. Para ellos toda dificultad adquiere exageradas proporciones; todo se les presenta insuperable. En las montuosas gargantas de la sierra se sienten como entre lóbregas prisiones y se consideran incapaces, siquiera para escapar de ellas. A entristecerles y á postrarles contribuye no poco la tenue luz del sol, la espesura de las nieblas y lo limitado del espacio que abarcan sus miradas; aquellos formidables jinetes, tan briosos en las abiertas pampas, pierden allí su prestigiosa gallardía é inclinan con abatimiento la arrogante cerviz.

A sus caballos, como á ellos, los postra la fatiga, ceden al peso del jinete, se abaten, perecen, y escuadrones enteros quedan desmontados.

XI.

IGUAL suerte sufre el ganado que el ejército lleva para su mantención en tan despobladas regiones. Mal hallados los bravíos animales en aquellos parajes, con la helada ventisca y las desigualdades del terreno, se resisten á descender á las profundas hondonadas ó á trepar los ásperos repechos, y espantados al mismo tiempo por el estrépito de los violentos huracanes que cruzan la montaña, huyen veloces por ríscos y zarzales sin lograr evadirse; se revuelven furiosos, los ojos como ascuas, los cascos ensangrentados; se arremolinan, caen y se atropellan, levántanse de nuevo, chocan contra las bayonetas que para defenderse y reducirlos les oponen nuestros batallones; mughen despavoridos, y aquí diez, y más allá doscientos, saltan y se despeñan por barrancos profundos y copioso festín dan á los buitres que á caza de despojos persiguen al ejército. Los picadores encargados de custodiar y conducir estos bravíos rebaños, se fatigan sin fruto y terminan por abandonarlos, junto con las acémilas que trasportan las municiones y el parque, pues no se encuentra quien de grado acepte conducirlos, dada la lentitud de su dificultosa marcha y el anhelo que todos ponen en salir lo más presto de aquellos desamparados montes donde una muerte cruel los amenaza.

Sembrado de despojos deja el ejército el camino por donde guía sus pasos. Al traves de la opaca neblina que el viento desparrama por las lomas ó acumula en el lóbrego sendero, se divisan bajo el ramaje desmayado de los árboles, entre las altas breñas ó sobre la agria tierra desprovista de zarzas, aislados grupos de soldados en actitudes varias; pero cuya inmovilidad revela que han sentido el beso de la muerte. Acá y allá, caballos reventados, cajas de municiones rotas, armas de toda especie abandonadas, lívidos cadáveres, jirones de vestidos, entrañas de animales, esqueletos roídos por las fieras, bandas de buitres en acecho, y soñolientos moribundos.

Un sepulcral silencio reina en torno de aquel inmenso cuadro de profunda desolación, silencio pavoroso que interrumpen tan sólo los graznidos de las aves de presa y el metálico timbre de una voz varonil y alentadora que repiten los ecos de la sierra con la sonoridad vibrante del clarín.

Aquella voz, que no se puede confundir con otra alguna, que nuestros soldados reconocen y escuchan con espantable admiración, es la voz de Bolívar que dice y torna á repetir constantemente, *adelante!... adelante!... Ella estimula á los que desfallecen con el doble acicate de la promesa y el reproche, reanima y causa espanto, y el ejército la sigue, aunque arrastrándose, por las huellas de aquel hombre invulnerable que por todos alienta y en quien se reconcentra la energía que todos han perdido.*

XII.

Al pie marcha el Libertador entre las filas de sus tropas, compartiendo con ellas la fatiga y la comun miseria: el mismo pan le sirve de alimento, la misma dura tierra de lecho de reposo. Su caballo alivia del cansancio á los más abatidos, su capa, dividida por él en dos partes iguales, cubre la una las desnudas espaldas de un tamborcillo á quien el frío entumece, en la otra se rebusa un soldado. Aquel cuerpo de acero, delgado como la espada en que se apoya y como ella inflexible, domina las fatigas; cuando los más robustos se doblegan él se yergue, presta auxilio á los que desfallecen, y á todos vigoriza con el sin par ejemplo de su virilidad y su entereza.

El ejército le mira con asombro; y el soldado que yace moribundo, le ve pasar cual un fantasma luminoso, y se descubre y le saluda con profundo respeto ántes de abandonarse en los abiertos brazos de la muerte.

De manera tan lastimosa como heroica, rindió el ejército patriota, internado en la rebelde Cordillera, aquella marcha desastroza, que ménos se asemejaba á una invasión audaz que á una derrota; derrota empero, singular, que no retrocedía adelante del peligro, sino que por el contrario avanzaba hácia él y le buscaba con desesperación.

El instante supremo, tan temido, llega al cabo: el ejército se encuentra á la entrada del Pisba, Bolívar lo empuja hácia adelante y, como Cortes, quema las naves, pues á tal equivalía penetrar en el páramo.

Y el páramo lo envuelve en sus glaciales ráfagas, bate sobre él sus alas borrascosas, hiere con furia aquel desnudo ejército, lo diezma, lo rechaza, lo atrae de nuevo, lo aniquila y perdura en su labor terrible, hasta que avasallado por la perseverancia de aquel atleta indómito, cede á su empeño y le deja pasar. A nuestra espalda queda el Pisba vencido, pero doscientos cadáveres blanquean en la cima del espantoso ventisquero, como prueba de la funesta lucha empeñada á la sombra de sus traidoras nieblas.

Huyó la tentación de volver hácia atrás; los que han sobrevivido á la tremenda prueba no tienen retirada: en lo adelante para salvar la vida es necesario combatir y vencer.

Conflictiva es la situación en que se encuentran los patriotas después de trasmontar la Cordillera; no obstante, no los conturba la cercanía del enemigo, ántes bien, acogen las noticias que obtienen de su proximidad con el contentamiento con que damos cabida á una esperanza halagadora: muerte por muerte, el soldado prefiere la más pronta por ser la ménos cruel; empero, para hacerse matar como desea, es indispensable todavía arrostrar los rigores del clima y las asperezas del suelo.

XIII.

DESPUES de quince días de una marcha sin descanso, en la que apuraron nuestras tropas todo el vigor que las fortaleciera, el ejército patriota reducido casi á la mitad, y en el estado más triste y deplorable de postracion y de miseria, llegó á Socha, pueblo situado sobre la falda occidental de la cadena de los Andes, en la hermosa provincia de Tunja.

La generalidad de nuestros jinetes habian perdido sus caballos, la infantería llegaba sin municiones y sin repuesto de armas; todos hambrientos, destrozados y enfermos. Cuando de Socha pasó á Tasco, el ejército era un cuerpo endeble y moribundo; las cuatro quintas partes llenaban los improvisados hospitales; apenas habia jefe ú oficial que pudiera emplearse en el servicio, que no inspirase una profunda compasion. A tal miseria estaban reducidos, que nadie, salvo el Libertador abrigaba la menor esperanza de escapar al degüello con que los amenazaban sus contrarios.

¡Y eran aquellas las legiones con que Bolívar pretendia arrebatár á España el Nuevo Reino de Granada!

¡Audacia sin ejemplo!

¿Qué poder misterioso, qué virtud sobrehumana vigoriza aquella alma hasta ostentarla omnipotente? ¿Qué extraño auxilio espera para realizar tamaño intento? ¿Dónde están los recursos que ha menester tan formidable empresa? ¿Por ventura, confia en el solo esfuerzo de su númen fecundo para combatir y vencer? ¿Qué garantía puede ofrecerle el puñado de hombres que le siguen, postrados como se hallan los más, y casi exánimes, que, para no caer, se apoyan en sus armas como en pesados báculos y que, faltos de aliento, las abandonan sin pesar, junto con los arreos de su mísero equipo? ¿Cree posible con ellos apoderarse de una presa que guarda la codicia, que encadena el temor y defienden, resueltos, 8 000 veteranos provistos de cuantiosos recursos y, por sobre todo encarecimiento, valerosos y audaces?

¡Espantaos! Ese ejército de sombras, fantasmas macilentos roídos por la miseria, rechazados con violencia por la naturaleza, cogidos entre las redes de su propia aventura; esos mendigos, que inspirarian piedad si no ostentaran en la frente el sello de la predestinacion y el heroísmo: todo lo alcanzarán; por todos ellos palpita un corazon que no puede avasallar el infortunio, á todos les comunica su ardimiento un poderoso espíritu templado, cual ninguno, en el fuego generador de las grandes hazañas.

En aquella ocasion, como en otras muchas en que la suerte pareció abandonarle, Bolívar se muestra omnipotente; realiza verdaderos prodigios y lleva á la victoria su desmedrado ejército como arrastrara Hércules los inertes despojos del leon numida, vencido por su esfuerzo.

XIV.

APENAS se reunen en Tasco la mayor parte de los cuerpos que han tramontado la montaña, apura el Libertador cuantos medios le sugiere su ingenio para reorganizarlos y proveerlos de recursos. Su actividad se multiplica. Secundado eficazmente por Soublette, Santander y Anzoátegui, arma y remonta en pocos días, una gran parte de la caballería, reúne el parque, acopia vituallas y regenera en lo posible las condiciones del ejército. Por toda ruta por donde puede penetrar en el corazón de las provincias granadinas, dirige comisiones con el expreso encargo de popularizar su arriesgada aventura; excita el entusiasmo de los pueblos por la Revolución; exagera el número de tropas que trae á combatir, apela al patriotismo de los hijos de aquel heroico suelo; llama á las armas á cuantos perseveran en la idea de ser libres y fían en las promesas que jura realizar y que realiza para su propia gloria y la de Venezuela; no excusa sacrificios; se empeña en convencer y levantar los apocados ánimos; hace prodigios de habilidad y de firmeza; sacude la postración en que le deja la marcha desastrosa por la rebelde Cordillera; asombra á los suyos é intimida á sus contrarios con su actitud resuelta y las amenazas de su cólera y amaga simultáneamente acometer al enemigo por todos sus guarnecidos flancos.

El incendio que atiza, cunde rápidamente, y Tunja, la provincia invadida, se conflagra.

Un trozo de su caballería pelea en Corrales, aunque con éxito dudoso, con la más cercana de las avanzadas realistas. En dirección opuesta, lanza nuevos exploradores, mas con igual fortuna; persevera no obstante, y, noticioso al quinto día de su llegada á Tasco, de la aproximación del cuerpo principal del enemigo que se mueve hácia él, levanta su desmedrado ejército y sale al encuentro.

En las orillas del Gameza se chocan con esfuerzo los contrarios ejércitos y, con recíproco ardimiento, principia aquella sucesión no interrumpida de rudos y sangrientos combates que sirven como de preludio á Boyacá.

Aunque de escasa práctica en el mando supremo de un ejército, era Barreiro un jefe de clara inteligencia y de ya notoria distinción entre los más brillantes adalides del poderoso ejército español. Soldado pundonoroso, enérgico, valiente y observador severo de la más estricta disciplina, abundaba en conocimientos militares basados en la propia experiencia y en la de aquellos sus compañeros de armas, más que él probados en la afanosa lucha que sostenía la España contra la rebeldía de sus colonias. Bajo sus órdenes tenía frente á Bolívar, la tercera división del aguerrido ejército realista, fuerte de 3 000 peones y 500 caballos; sin contar el batallón tercero de "Numancia," la artillería volante y las milicias de la provincia de Tunja, con que su Gobernador, Don Juan de Loño, le cubría

las espaldas, ni los "Voluntarios de Aragón," que guarnecían la capital del Vireinato, ni otros cuerpos no menos aguerridos que habían fijado sus estancias en las otras provincias y mayormente en la de Pamplona y del Socorro.

Con tan crecido y bien provisto ejército, Barreiro se consideraba invencible; la inferioridad numérica de sus contrarios justificaba en parte la arrogancia que demostrara el joven Brigadier en la iniciación de la campaña y la seguridad que diera el Virey Sámano de escarmentar, en primera ocasión, la audacia mal encaminada de sus pertinaces contendores.

Con todo, menguando su altivez, sintió al chocarse con Bolívar la superior fascinación que impone el genio; fluctúa entre arrojarle sobre él ó esperarle, varía dos veces de propósito respecto al plan premeditado que le moviera á la ofensiva, cede el ataque á su contrario y con inexplicable desacierto, opta por la defensa, abandonando así cuantas ventajas ofrecía tan favorecida situación, á quien más hábil y más emprendedor se había empeñado en obtenerlas á costa de los mayores sacrificios.

XV.

TRAS el combate de Gameza, donde perecen como bravos Arredondo y Guerrero, de la división de Casanare, donde pierden los realistas cosa de cuatrocientos hombres, el Brigadier Barreiro, encastillado en su sistema de defensa y á favor de las inexpugnables posiciones que había ocupado en la jornada, permanece en los Molinos de Tópoga, mientras Bolívar acampa en el poblado y gana luego sus posiciones de Tasco, con el doble propósito de colocar su ejército al abrigo de un ataque imprevisto y de esperar, para proseguir con más vigor la ya iniciada lucha, la reincorporación de la Legión Británica y de no escasa parte de su caballería atrasada en la marcha al través de la sierra y aun no á salvo de los peligros consiguientes á aquella travesía.

Los cuerpos esperados no tardan en arribar á Tasco, y aunque del solo regimiento inglés hubieran perecido en la afanosa marcha al tramontar el páramo, más de ochenta soldados, y todo él ofreciera el aspecto de un muro asaz desmantelado, el Libertador vuelve de nuevo en solicitud del enemigo, le busca, le provoca á que descienda de la altura que ocupa, no realiza su objeto, y apreciando inabordable la posición en que tan decididamente se mantiene Barreiro, desiste de penetrar como desea en el florido valle de Sogamoso; flanquea con rapidez los acantonamientos españoles, cruza el río Chicamecha é invade el poblado y fértil valle de Serinza.

Por obra de tan inesperado movimiento, Barreiro se encuentra mal situado para impedir la internación de los republicanos en el corazón de la provincia, y temeroso al mismo tiempo de dejar á descubierto el camino

de la capital, abandona las alturas de Tópoga y va á fortificarse en los molinos de Bonza, donde á la vez que guarecido cubre á Tunja, y, en caso dado, puede á su arbitrio moverse sin tropiezo en todas direcciones.

El Libertador fija sus reales frente al campo español en el lugar denominado los Corrales de Bonza, posición no menos ventajosa y prevalido de la inmovilidad del enemigo, se apodera de los villorios y campos comarcanos, cuyos moradores á trueque de ser libres, le ofrecen con espontaneidad cuanto poseen. Esfuérase en completar el abastecimiento del ejército y la remonta de su caballería, arma en que apoya, con entera confianza, los proyectos más aventurados y á la cual fía, en todas ocasiones, las más arduas de sus arriesgadas empresas.

XVI.

EN tan socorrida situación que no se atreve el enemigo á disputarle y en la cual domina al mismo tiempo, los abundantes valles de Sogamoso y Serinza; el Libertador se hace sentir en toda la comarca: expide proclamas, publica la ley marcial en las poblaciones invadidas por el ejército patriota, dirige pequeños destacamentos con los coroneles Morales y Fortoul á sublevar las provincias limítrofes del Socorro y Pamplona, disciplina bajo los fuegos de frecuentes combates los voluntarios que acorren á sus filas, y provoca con maña é insistencia á su apercibido contendor á una batalla campal que ponga punto á las diarias escaramuzas con que recíprocamente se fatigan los contrapuestos campos. Pero en vano se esfuerza en proponer una batalla que, el general realista no cree prudente aventurar en el terreno en que Bolívar se la ofrece, ni éste, á su turno, puede aceptarla en el atrincherado campamento en que Barreiro con doble número de tropas la desea.

Mejoradas, no obstante, las condiciones del ejército y persuadido el Libertador de lo ineficaz de cuantas tentativas pudiera realizar en lo adelante para comprometer á su contrario en una lucha temeraria fuera de sus inexpugnables posiciones, al par que temeroso de darle tiempo para acrecer sus fuerzas y recibir auxilios de Morillo, resuelve tomar de nuevo la ofensiva, adelantando sus operaciones y ensanchando la órbita de sus movimientos estratégicos. Al efecto, mueve todo el ejército por el camino del Salitre de Paipa con intención no oculta de atacar por la espalda al enemigo ó de obligarle á abandonar el campo atrincherado en que se encierra; pero iniciada apenas aquella operación, Barreiro, siempre advertido la comprende y trata de frustrarla, saliendo inopinadamente al encuentro de los republicanos cuando estos al practicar el atrevido movimiento que había de colocarlos á retaguardia de las tropas del Rey se hallaban sumergidos en las profundidades de un valle estrecho y cenagoso conocido con el nombre, hoy histórico, de "Pantano de Vargas."

XVII.

SIN dar tiempo á nuestros batallones para mejorar de situación, Barreiro los carga con viveza, y con notable ventaja de su parte, traba, en aquel sitio memorable, desigual y reñidísima batalla.

Superiores los realistas, no sólo en posiciones, sino en número, creen llegado el momento de acabar con Bolívar; y resueltos se empeñan en darle sepultura en el funesto campo donde le ha conducido su osadía.

Sangrienta fué la lucha, el ataque violento, la resistencia heroica: simultáneamente toman parte en la brega todos los cuerpos españoles y lo gran encerrar á sus contrarios en un circo de fuego sin más salida practicable que la excusada por inútil de un estrecho desfiladero.

En vano, con desesperación, lidian nuestros infantes: en vano resisten por nueve horas un fuego desastroso: la batalla amenaza perderse.

El batallón Británico que combate por primera vez en presencia del Libertador, hace prodigios de bravura: pero no obstante su denuedo y los constantes esfuerzos de Rook, su coronel, por mantenerle firme, retrocede; y burla la fortuna la serena tenacidad de Santander, y el arrojo temerario de Anzoátegui, y la enérgica decisión de todos nuestros Jefes por conjurar la espantosa catástrofe próxima á estallar. Los más osados tiemblan sin flaquear en la lucha; el vigor de nuestros regimientos se amengua con alarmante rapidez y ya á nadie se ocultaba el término fatal de la batalla; cuando Bolívar, sobreponiéndose al destino, desata el rayo, hiere y del revuelto torbellino del desastre arrebató á Barreiro la victoria, al bote formidable de la pujante lanza de Rondón y de sus ínclitos llaneros.

Roto el ejército español por la caballería, nuestros infantes se rehacen, cargan con nuevo esfuerzo y despedazan y ponen en derrota al enemigo.

La noche pone término á la reñida lid. Barreiro retrocede asombrado, gana la altura opuesta á la que luego ocupan los republicanos, y por trofeos de nuestra fúlgida victoria deja en el campo, con las banderas del regimiento de Granada, cuantioso parque y seiscientos cadáveres.

XVIII.

EN cambio, pérdidas dolorosas cuesta al ejército patriota tan sangrienta jornada. Entre las más sensibles para el Libertador, la tradición señala la de Rook, el bravo Coronel de la "Legión Británica." Casi al principio del combate, este soldado intrépido recibe, uno tras otro, dos balazos que le fracturan uno de los brazos; y sigue no obstante

acometiendo con el mismo ardimiento hasta quedar vencido el enemigo. En la noche no fué posible practicar la amputación que requería el miembro fracturado, hubo que aplazarla para el siguiente día.

El nuevo sol visita la espantosa hondonada, teatro de la batalla; ilumina el estrago y deja ver los contrapuestos campamentos que á la par se vigilan, mudos é inmóviles. Un cirujano se apresta á hacer á Rook la amputación en presencia del ejército, sopórtala impávido el Coronel inglés; sigue, sin alterarse, los movimientos del cortante instrumento que divide sus huesos, y al desprenderse el inerte despojo, le toma con la mano que aún le queda, pónese en pie con marcial arrogancia y levantando en alto el mutilado miembro, exclama con pasmosa entereza: *¡Así los pierda todos; viva la libertad!*

La muerte paralizó, dos días después, les arrebatos de entusiasmo de aquel valiente y noble corazón.....

En aquella jornada memorable, Barreiro experimentó aquel deslumbramiento en que toda extrema situación produjo el Libertador en sus contrarios; y desconcertado por el inconcebible desenlace de una batalla en que ya vencedor se le escapara la victoria, recela de la futura moralidad de sus soldados en quienes grave espanto impone la intrepidez de los llaneros. No flaquea, sin embargo, en el propósito de cerrar á Bolívar el camino de Tunja, y á tiempo que el ejército patriota, tan destrozados como los veteranos españoles, torna á ocupar de nuevo los Corrales de Bonza, Barreiro abandona á su turno las alturas de Vargas y va á situarse en Paipa. De allí pide refuerzos á los gobernadores y jefes militares de las provincias comarcanas; repara las numerosas pérdidas que le ocasiona la batalla; abastece su ejército, lo regala con oro y con promesas por demás halagüeñas, se esfuerza en revivir el entusiasmo de sus tropas, haciendo aparecer á los independientes perdidosos á par que perseguidos por Morillo y restablece para resguardo de su autoridad la más severa disciplina.

Menos favorecido que el General realista, Bolívar apenas puede disponer de contados y escasos recursos: los voluntarios del Socorro y Pamplona no alcanzan, ni con mucho, á reparar los estragos que ha sufrido el ejército patriota en los repetidos combates, y sobre todo, en la ruda labor de la campaña; no obstante, persiste en abatir cuantos obstáculos se oponen á su atrevida empresa, y mientras sus destrozados batallones cobran aliento para aventurar otra batalla, ejercita en el manejo del fusil á los reclutas que ingresan á sus filas, é inquieta al enemigo con escaramuzas y sorpresas en que hacen gala de temeridad y gallardía los pujantes ginetes del Apure.

Apesar de su enflaquecimiento, el ejército patriota, como el grifo de la fábula, tenía cabeza de águila y garras de león.

Doce días emplea el Libertador en rehacerse, y el 3 de Agosto se arroja una vez más sobre el ejército español.

Con algunos ginetes arrolla en Bonza las avanzadas del enemigo; y muestran en la acción nuestros llaneros tal vigor y denuedo que, no juzgándose Barreiro resguardado en las posiciones que mantiene, desocupa con precipitación el caserío de Paipa y se acoge á las alturas que dominan los caminos de Tunja y del Socorro.

Bolívar le sigue al pasitrote, atraviesa el Sogamoso por el puente de Paipa y con la noche acampa frente al enemigo en la margen derecha de aquel río; luego al lucir la aurora, revuelve el campamento, evoluciona como para posesionarse del terreno y con ostensible aparato simula disponerse á librar una batalla, que Barreiro no esquivo en las fuertes posiciones que ocupa. A pesar de la manifiesta decisión que demuestran los independientes, corren sin embargo las horas en preparativos y amagos; y el sol declina y nada de cuanto se prometen se realiza.

Los realistas suponen aplazada la batalla para el siguiente día y permanecen inmóviles en sus resguardadas posiciones.

XIX.

A más completa calma sucede imprevisto al movimiento y á las prolongadas amenazas de la jornada. Principia á oscurecer; los clarines del ejército patriota resuenan en las quiebras de los montes con repetidos toques de silencio: todo enmudece en nuestro campo; las nieblas apiñadas en las crestas de las montañas descienden é invaden la llanura que desaparece lentamente bajo el espeso velo de móviles vapores. Nuestros soldados deponen su arrogancia y ya los menos diligentes se preparan á disfrutar de algunas horas de reposo, cuando de súbito el Libertador levanta el campamento, finge ocultar sus movimientos á la activa vigilancia del enemigo y con afectado disimulo, abandona el valle del Salitre donde parecía dispuesto á combatir, repasa el puente y marcha en retirada aparentando retroceder á Bonza.

Tan inesperada determinación no se escapa á Barreiro, pero mal encaminado en sus apreciaciones, atribuye á reconocida debilidad de nuestra parte lo que sólo es obra de la astucia. Persuadido más que nunca de su pretensa superioridad, cree llegado el momento de tomar la ofensiva y cae en la asechanza que se oculta en aquella aparente retirada. Halagado con la idea de exterminarnos en el primer encuentro, aplaza para el nuevo día la ejecución de su proyecto y permanece descuidado en sus inaccesibles posiciones; en tanto que Bolívar, ya protegido por la profunda oscuridad, contramarcha en silencio, vuelve á cruzar el Sogamoso, deja á la espalda los acantonamientos del ejército español, sin que su avisado General llegue siquiera á sospecharlo, y por la vía de Toca marcha rápidamente sobre Tunja.

Después de andar toda la noche, el ejército patriota atraviesa en las primeras horas del día 5 el caserío de Cibatá, cuyos moradores sorprendidos no vuelven del asombro que les produce su presencia, y á las once de la misma mañana adelantándose á las divisiones de Santander y Anzoátegui, el Libertador ocupa á Tunja escoltado únicamente por los ginetes de su guardia.

Sin disparar un tiro hace prisionera la pequeña guarnición que dejara en la plaza el Gobernador Don Juan de Loño al salir, horas antes, con

el batallón 3.º de "Numancia" á incorporársele á Barreiro, y juntamente se apodera del numeroso parque, y de los almacenes de pólvora y vestuario destinados al abastecimiento de las tropas del Rey.

XX.

A presencia inesperada de Bolívar á las puertas de la ciudad que resguardaba desde Paipa todo el ejército español, conmueve la comarca, y Tunja, la antigua capital del poderoso reino vecino y rival de los Zipas; la ciudad blasonada á quien por armas concedió Carlos V las de los reinos unidos de Castilla y de León, y por timbre de tan preciado escudo una águila negra de doble cabeza coronada, de cuyas alas pendía la regia orden de Toisón: Tunja la noble: la patriótica Tunja, recibe alborozada á sus libertadores y poseída de admiración y reconocimiento ofrece á Bolívar los tesoros que encierra, la sangre de sus hijos y cuanto puede ser sacrificado en aras de la Patria, por alcanzar la libertad é independencia del pueblo granadino.

Audaz como ninguna de las operaciones practicadas en aquella admirable campaña, era la que el Libertador ejecutaba apoderándose de Tunja é interponiéndose entre Barreiro y el Virey: entre los dos ejércitos más fuertes y mejor acondicionados del enemigo; cortando entre ellos toda comunicación y obligándolos, vista la distancia á que se hallaban, á combatir aisladamente. Aquel atrevimiento, apresura el término feliz de la empeñada lucha y nos da la victoria. Sin él, dada la táctica empleada por Barreiro, el ejército patriota menoscabado ya y enflaquecido por los sucesivos combates y los rudos trabajos de la campaña, habría ido desmedrándose si no en tesón y en bravura, sí en fortaleza material, hasta quedar reducido en poco tiempo á un puñado de héroes desesperados y sin más refugio que la muerte; mientras que en la nueva situación en que habían logrado colocarse, si bien, comprometida y arriesgada, desvirtuaban la maliciosa táctica del enemigo y le obligaban á combatir abiertamente.

"Una batalla, decía el Libertador á sus enardecidos compañeros, una batalla más, y habremos dado cima á nuestras esperanzas."

Y desde Tunja, la mirada de águila de aquel hombre inspirado, se fijaba con extraña insistencia en el campo, hasta entonces oscuro, de Boyacá.

XXI.

CUANDO era de todo punto irreparable el engaño sufrido por Barreiro, fué que advirtieron los realistas la desaparición de nuestro ejército, y que obtuvieron pormenores de la audaz estratagema de

Bolívar y de la dirección que había seguido con sus tropas. Conturbados les deja tan atrevido movimiento; pero repónese bien presto y corren á subsanar su imprevisión esforzándose, sobre todos Barreiro, en dar alcance á su contrario antes de que el asombro que domina su ejército se cambie en desaliento.

Pundonoroso, como lo era en extremo el joven General de las cohortes españolas, se ve perdido y deshonrado, si no logra detener á Bolívar. Dominado por este pensamiento, se lanza á toda prisa por el camino principal de Paipa, atraviesa sin detenerse el páramo de Cómbita, y un día después de nuestra entrada á Tunja llega al pueblo de Motavita, distante cuatro millas de nuestro campamento: allí se detiene para cobrar aliento y elegir con acierto, en vista del ejército patriota, la vía que ha de seguir para ponerse delante, y restablecer la interrumpida comunicación con el Virey.

Del sitio donde acampa momentáneamente el ejército español, dos caminos se ofrecían á Barreiro para efectuar su intento: el de Samacá, exento de tropiezos, pero largo y pesado que le obligaba á hacer un gran rodeo, alejándose mucho de la capital del Vireinato; y el que directamente atraviesa el puente de Boyacá, más corto que el primero, aunque menos seguro por su proximidad al Cuartel General de los independientes.

Para quien pretendía, como el jefe realista, no sólo interponerse nuevamente entre los invasores y las tropas que guarnecían á Santa Fe, sino acrecer con éstas su numeroso ejército y obligarnos luego á que aceptásemos una batalla decisiva, en la cual todas las probabilidades de un éxito completo estuviesen de su parte, no era de despreciarse la inseguridad que presentaba á tal propósito, el más directo de aquellos dos caminos. Y no obstante, Barreiro después de algunas fluctuaciones se decide por él; y ya resuelto se prepara, pasa la noche en Motavita, y espera el nuevo día para ponerse en marcha, sin sospechar siquiera que aquel camino le llevaba al cadalso.

Propicia, hasta entonces, la fortuna á los dominadores de la América, les dió de súbito la espalda: vencía al fin nuestra perseverancia los desdenes de la inconstante diosa. En el largo trascurso de la revolución sólo obtuvimos sus favores cuando audazmente se los arrebatamos. De nuestra entrada á Tunja data aquel vencimiento: allí asalta Bolívar el refulgente carro de la diosa, descoge osado la brida que refrena los alados corceles, chasca el terrible látigo y vuela entre huracanes y relámpagos, sembrando de pasmosas victorias todo un continente.

El sol glorioso que había de iluminar la centellante cuna de Colombia resplandece en las nevadas crestas de los Andes y brilla amenazador en el acero de nuestras bayonetas.

XXII.

El siete de Agosto de 1819: día de eclipse para las armas españolas en sus colonias de ultramar, de luz y de esplendor para tierra americana.

Todo el ejército patriota, en pie desde la madrugada, hallábase formado al despuntar el día en la plaza mayor de la entusiasta y conmovida Tunja; y lleno de impaciencia aguardaba la orden de acometer al enemigo.

Los movimientos que se advertían en el opuesto campo, revelaban la determinación tomada por Barreiro de ponerse en camino. Nuestros exploradores habían dado el aviso antes de amanecer, y el Libertador ya prevenido, sólo aguardaba para poner en práctica el plan que había premeditado, saber á punto fijo y sin demora, la ruta porque se decidieran los realistas y el instante preciso en que resueltamente se pusieran en marcha.

Con tal objeto, á más de los jinetes destacados para vigilar al enemigo, casi todos los oficiales del Estado Mayor habían sido apostados en lo alto de las torres y campanarios de la ciudad, desde donde pudiera divisarse el campamento de las tropas del Rey. No satisfecho, sin embargo, con el espionaje establecido, Bolívar, de suyo inquieto y más que todos anhelante por conocer la determinación de su contrario, monta á caballo y va á situarse en una altura que le permite dominar los movimientos de Barreiro; y allí permanece largo tiempo hasta cerciorarse por sus ojos de lo que tanto le preocupa.

El ejército español se mueve al fin resueltamente por el camino que le conduce á Boyacá: y estrepitosos vítores y ardorosas explosiones de júbilo estremecen á Tunja.

“¡Es nuestro, es nuestro!”, exclama el Libertador con expansivo júbilo, viendo desfilar al enemigo: “ahora ó forzamos á Barreiro á admitir la batalla y le pulverizamos, ó le impedimos ponerse en contacto con Sámano, y la desmoralización de sus tropas le hará rendirse.”

Y aceleradamente el ejército patriota deja á Tunja, toma el camino, principal que lleva á Santa Fe y corre á apoderarse del codiciado puente de Boyacá, con ánimo de cerrar el paso á los realistas y forzarlos á que acepten la batalla.

Larga de algunas horas era, contodo, la distancia que debían recorrer nuestros infantes para llegar al mencionado puente y detener al enemigo: no obstante, llenos de brío, marchan á paso redoblado tras las huellas del trozo de caballería que le sirve de descubierta y que al galope les precede; y en pocas horas se encuentra al alcance de realizar su intento.

Mediaba entre los dos caminos que seguían los contrarios ejércitos una vasta extensión de terreno abertal, cubierto en parte de estériles colinas de varia elevación, que así impedía á los opuestos bandos aproximarse

para trabar combate, como les ocultaba sus respectivos movimientos. Sólo á una milla del puente de Boyacá juntábanse aquellos dos caminos que venían de Tunja y Motavita; lo cual tenía lugar en el sitio conocido hasta hoy con el nombre de "la Casa de teja"; nombre debido a un antiguo edificio de explotación rural situado casi en la encrucijada de ambas vías y cuyos largos paredones de tierra sirvieron un instante de apoyo á los realistas, en aquella memorable jornada.

XXIII.

EL cielo nebuloso de Tunja, sereno y despejado durante las primeras horas de la mañana, había tornado á oscurecerse; densas nubes ocultaban el sol, y una espesa neblina, tras la cual desaparecían las lejanas montañas, flotaba pesadamente sobre las vecinas alturas y en las quebras y hondonadas del camino que seguían nuestras tropas.

Envueltos en el impenetrable velo que se extendía por sobre toda la comarca, apenas si podían divisar nuestros soldados el lienzo tricolor de sus banderas plegado perezosamente á lo largo de las enhiestas astas y el acero sin brillo de las armadas bayonetas.

A las dos de la tarde, próxima la división de Santander, vanguardia de los independientes, á la encrucijada del camino que traían los realistas, presienten nuestros soldados la inmediatez del enemigo; temen chocar sin advertirlo contra las bayonetas de Barreiro y á todo evento se previenen; prosiguen sin embargo su acelerada marcha con no menos ardor y diligencia, y ya su descubierta hollaba el suelo donde se aplanaba el cerro que venía interponiéndose entre los dos ejércitos, cuando un grito de alarma resuena de repente.

El enemigo! el enemigo! repiten á la par los encontrados bandos y aquella voz de prevención y aviso recorre prontamente las filas de uno y otro ejército.

Súbito sopla el viento, flamean nuestras banderas, disípanse las nieblas, luce el sol su disco refulgente como presagio de ventura, y amagan nuestros intrépidos jinetes desordenar los batallones de vanguardia del confiado ejército español.

Creendo los realistas en el primer momento, que sólo tenían que hárselas con un cuerpo de observación de sus contrarios, no se preocupan, antes bien con tono desdeñoso, el Coronel Tolrá, manda sus cazadores á que despejen el camino mientras los otros cuerpos continuaban la marcha. Parapetados entre breñas y matorrales los cazadores realistas rompen el fuego contra nuestros jinetes y toca á aquellos que habían de ser vencidos disparar los primeros sus armas en la inmortal jornada.

XXIV.

APENAS advertido el Libertador de la presencia del enemigo, precipita la marcha de sus tropas y con profunda sorpresa de su desapercibido contendor, aparece de pronto en columna cerrada sobre la altura interpuesta entre los dos caminos.

Parte de la vanguardia de Barreiro subía en aquel momento la opuesta falda en persecución de nuestra descubierta, mientras que el grueso del ejército español se hallaba á la sazón en la parte baja del recuesto, á un cuarto de legua más ó menos del puente que cruza el Boyacá. Su fuerza total ascendía á tres mil quinientos combatientes. Bolívar contaba solamente mil seiscientos infantes y cuatrocientos caballos.

Tocó á la primera división republicana repeler la columna enemiga que se aventuraba á perseguir nuestros exploradores; con los *Cazadores de vanguardia* acomete sobre ella el Teniente Coronel París, la encuentra, la rechaza, y la obliga á retroceder con precipitación hácia los muros de la casa de teja donde se apoyan y se sostienen los realistas, y de donde París los desaloja luego tras reñido combate.

Perdida tan favorable posición, la vanguardia del enemigo pasa el puente y gana las alturas que demoran en la margen derecha de Boyacá.

Entretanto, como bajasen el recuesto nuestros batallones para atacar el cuerpo principal del ejército español y corriera nuestra caballería por el camino á ocupar la cabeza del puente, Barreiro se apresura á llegar al río antes de ser cortado; pero no logra su propósito: los batallones *Rifles* y *Albión*, se le interponen y le cierran el paso, á tiempo que Ambrosio Plaza y Cruz Carrillo con los *Bravos de Paez* y *Barcelona*, y el escuadrón de Infante, lo cargan por el centro. Barreiro se detiene, cambia de intento, se revuelve, sube con rapidez á la meseta de una altura que tiene á su derecha y se forma en batalla: la artillería en el centro y á cada extremo de su línea algunos cuerpos de su caballería.

Simultáneamente despliega el Libertador sus tropas en batalla en el camino principal, al pie de la pendiente cuya cima había ganado el enemigo. Formaban nuestra izquierda, á las órdenes de Santander, el batallón de línea de la Nueva Granada y los *Guías* y *Cazadores de vanguardia*: los otros cuerpos disciplinados del ejército patriota componían el centro y la derecha, regidos por Anzoátegui; mientras que las columnas de Tunja y del Socorro, compuestas de reclutas, formaban la reserva, situada á retaguardia de nuestra línea de ataque.

XXV.

ASI dispuestos y preparados, la batalla no tarda en comenzar. Bolívar la preside desde una altura opuesta á la que ocupa el enemigo. Con él está Soublette y el Estado Mayor: á su izquierda se divisa, á la entrada del puente, á Santander; al pie de la colina y al alcance de su voz, piafan inquietos los caballos de Rondón y Mellados: delante tiene á Anzoátegui con sus columnas dispuestas al ataque: y más allá á Barreiro y las airadas huestes españolas.

Aquellos dos ejércitos rebozando de zafia y de ardimiento, prestos á destrozarse y á morir matando por dar satisfacción á exaltadas pasiones, á contrapuestos intereses y á viejos rencores; apenas si perciben, ofuscados por la nube sangrienta que vela sus pupilas, aquella inexplicable vaguedad, misteriosa gestación de los grandes sucesos, que conturba los ánimos, cuando sobre ellos se cierne con sus alas de bronce el dios de los presagios.

Pero mal puede prever lo porvenir aquel á quien ciega la ira.

Cuando el reto del odio contesta el odio mismo, ¿quién puede imaginar, que así los que han de ser vencidos en la lucha, como también los triunfadores, todos cooperan á un mismo propósito? propósito superior en los unos, á la voluntad que toma á empeño combatirlo; en los otros, á la tendencia impulsiva que los arrastra; en todos, á las contrarias fuerzas que se repelen con fracaso y á los fines porque se sacrifican. ¿Quién les haría creer, que agentes inconscientes los más, ceden sin advertirlo, á extraña voluntad, y eficazmente sirven á los designios del Sér que oculto en las tinieblas de lo infinito, dirige como de presente, el desenvolvimiento de los pueblos en el progreso humano; y á su arbitrio, cambia las elevadas cumbres en profundos abismos, transforma el polvo donde se abaten los imperios, en regueros de luz, y del antro sombrío donde esgrimen sus armas los gladiadores del sofisma, hace surgir el sol de la verdad puro y resplandeciente?

Entre todos aquellos, los que el acero insano blandían amenazante, á dar comienzo á una batalla que había de ser de trascendentales resultados para la América española, sólo Bolívar siente á su rededor extraña conmoción, percibe vagamente algo como el lejano estruendo que produjeran al caer las gigantescas torres y bastiones de fortaleza secular; y con los ojos del espíritu mira surgir radiante, del polvo aún no revuelto por el recio huracán de la batalla, la creación grandiosa de su genio inmortal.

XXVI.

RAPIDO y sin vacilaciones fué el instante de calma que precedió al combate. Ruge el cañón y asordante estrépito retumba con prolongados ecos en toda la comarca. Simultáneamente disparan y acometen nuestros batallones, crúzanse los fuegos cual relámpagos, multiplicándose á porfía; el humo que exhala á bocanadas el ardiente incensario de las batallas, sube y anubla el sol; lucen ensangrentadas las bayonetas y las lanzas; el suelo se estremece, vacila el pie de los heridos por la muerte; sobre la negra nube que presagia un desastre se divisa una aurora, y Bolívar agrega á nuestra historia una página más, donde su espada escribe: ¡Boyacá!.....

Entretanto, con denodado empeño combate Santander la derecha enemiga, situada en las alturas que dominan el puente, mientras que Anzoátegui, siempre ardoroso, se arroja sobre el centro de la línea española, con dos pujantes batallones y ordena á Plaza forzar la extrema izquierda que sostiene el Coronel Jiménez, segundo jefe de las tropas realistas.

Rápidamente se extiende la batalla por toda nuestra línea y alcanza en breve tiempo la mayor intensidad.

Barreiro se sostiene á pie firme; su artillería bien dirigida, y el fuego incesante de su veterana infantería, barren y abrazan la prolongada falda de la meseta á donde intentan subir los batallones Rifles y Albión, empujados con furia por Anzoátegui.

La metralla abre claros en los cuerpos patriotas, los corta, los revuelca y detiene algún tiempo el pertinaz empuje de nuestros batallones: empero, no se desalientan nuestros bravos soldados, antes bien, se enardecen; y en el revuelto torbellino del combate aumenta su osadía la presencia de Anzoátegui que, impávido y magnífico, en medio de la lluvia de proyectiles que rebotan bajo los pies de su caballo, cautiva y estimula con su intrepidez incomparable.

Con visible satisfacción sigue el Libertador los movimientos progresivos de aquellos cuerpos de la segunda división republicana que combaten el centro del ejército español: y al mismo tiempo que ordena reforzarlos con los *Bravos de Páez*, refrena la impaciencia de los escuadrones de su guardia que ansían á todo trance tomar parte en la lucha.

“Quietos! no es tiempo aún, contesta á las insinuaciones repetidas de los jefes de su caballería: dejad que Anzoátegui quebrante el enemigo y se cubra de una gloria tan merecida como gallardamente solicitada.”

Acrece el fuego y el fragor de la contienda: como sordo bramido, se dilata entre las quiebras de los Andes la inmensa respiración de la batalla: vibra en las altas crestas de los montes; fragorosa descende como el alud á los profundos valles; penetra en lo recóndito de las cavernas y los bosques y va de tumbo en tumbo recorriendo la vasta cordillera, á llevar á la

América el anuncio del día, por siempre memorable, del nacimiento de Colombia.

XXVII.

REFORZADO Anzoátegui con los *Bravos de Páez*, carga á la bayoneta al batallón *Cazadores del Rey* que ocupa á nuestra derecha una cañada, y cuyos fuegos cruzados y certeros nos hacían grave daño; después de un duro choque, los *Cazadores* ceden el terreno, repliegan sin concierto, y, atropelladamente, van á buscar amparo en las columnas de infantería con que personalmente nos disputa Barreiro el recuesto de la meseta, y donde tan vigorosamente se sostiene. Anzoátegui aprovecha el momento de confusión producido en la línea española por sus repelidos *Cazadores*, acomete resueltamente por el flanco que desampara el enemigo y trata de envolverlo. En aquella emergencia, el Libertador juzga oportuna intervención de la caballería, y ordena á sus llaneros cargar al enemigo.

Eran las tres y media de la tarde, cuando con la primera muestra de flaqueza de las tropas castellanas, sonó para ellas la hora aciaga de la catástrofe.

Los clarines de nuestros escuadrones dan al viento sus vibradoras voces. Barreiro las oye y se estremece: eran aquellas las mismas notas, especiales y terribles que precedieran á la esqantosa acometida de "Pantano de Vargas."

A par se lanzan impetuosos á la cabeza de sus tremendos escuadrones, Mellados, Mujica, Infante y el ya ilustre Rondón, por la empinada falda, sobre los tercios españoles que defiende la altura.

"Firmes y viva España!" grita Barreiro á sus soldados; y en nubes de metralla envuelve los trozos de jinetes que le acometen por el frente. Azuza sobre los que le atacan por la izquierda los granaderos, de á caballo y ordena á los dragones de Gonzáles acuchillarlos por el flanco. Empero, no resisten los unos ni los otros el choque de Rondón: á rienda suelta huyen los primeros, los segundos caen y ruedan revolcados por la pendiente. Sólo un cuerpo de reserva espera briosamente á nuestros escuadrones y perece alanceado; el resto de la caballería realista, mandada por el coronel don Víctor Sierra, abandona el campo de batalla.

Barreiro se ve envuelto. A la cabeza de un regimiento corre en persona á reparar el daño que le causan nuestros batallones tras el fracaso de su caballería; pero Anzoátegui ataca y desordena el regimiento. Partida en varios trozos la línea de batalla del ejército realista, sus veteranos luchan todavía con bravura, pero sin concierto. Los infantes españoles retroceden empujados con violencia por nuestras bayonetas y por el bote de las lanzas. Barreiro desesperado trata de ganar otra altura que le queda á la espalda y restablecer en ella la batalla. Inútil es su empeño: nuestros caballos le impiden todo movimiento, rompen y pisotean á tan bravos solda-

dos, el ejército se abate y la derrota, contenida un instante, se declara violenta, estrepitosa.

Espada en mano, defiéndose frenético Barreiro, con un puñado de valientes, en medio al huracán de la derrota: es aquella su última protesta; su ejército vencido, roto y acuchillado rinde las armas y se entrega sumiso á la clemencia del vencedor. Cuando acontece la catástrofe, cien manos codiciosas de gloria se extienden sobre el brioso Brigadier que ardentemente busca la muerte, sin que la muerte acceda á su solicitud: todos ansían rendirle. Un soldado del *Rifles* (*) le arrebató la espada, y Barreiro, jadeante y cubierto de sangre, queda prisionero.

Había perdido la batalla, no la honra... Le esperaba el patíbulo!

A tiempo que la segunda división republicana vencía completamente el centro y retaguardia del ejército español, Santander á su turno, después de repetidos y de recios combates contra los cuerpos de vanguardia, logra forzar el puente que atraviesa bajo los fuegos del enemigo, primero que ningún otro de los jefes republicanos, un edecán del Libertador: el siempre fiel y denodado Diego Ibarra, á la cabeza de cuarenta jinetes; nuestras tropas ganan la repelente altura que ocupan los realistas, los arrojan con estrago de tan favorecida posición, los cortan, los atropellan, les arrebatan banderas y caballos, los rinden á su pujanza y completan la espléndida victoria.

XXVIII.

CON Barreiro y Jiménez quedaron prisioneros 1600 soldados y casi todos los coroneles, mayores y oficiales, del destrozado ejército español. Y todo el armamento, las municiones, los caballos, así como los cañones y banderas quedaron en el campo. Y el escudo roto, y en pedazos el cetro colonial.

Bolívar se descubre y saluda á Colombia. Boyacá coronaba la más rápida á la par que más gloriosa de todas sus campañas. El sueño de Cascoima estaba realizado en su primera parte. Era libre el pueblo granadino.

Tres días después de aquella gran victoria, Bolívar entra á Bogotá, abandonada con precipitación por Sámano y sus tropas; pone las bases que habían de sustentar la gran República; altera el mapa de la América y marca con su espada de fuego los límites inmensos de Colombia.

(*) Pedro Martínez.



SITIO Y TOMA DE CARTAGENA.

Por Juan García del Río.

NO fué la Europa la única región que se conmovió con la caída de Napoleón en 1814: la América también fué sacudida, y la causa de su libertad hizo una gran crisis cuando volvió Fernando VII á ocupar el trono español.

La conducta de este monarca debía ser de suma importancia para el Nuevo Mundo, y aun puede decirse que debía decidir de sus futuros destinos. Por más que cueste á nuestro amor propio, es necesario confesar que eran tales los desaciertos cometidos en el discurso de la revolución; tal la ignorancia que prevalecía acerca de lo que demandaban nuestros derechos é intereses; tanta las calamidades producidas por la guerra; y tan general el descontento con que los males y los sacrificios eran sobrellevados por unos pueblos habituados á un reposo profundo y sepulcral, que quizá algunos de ellos habrían entrado gustosos en un acomodamiento con Fernando, á la época en que la Península se vió libre de invasores.

No tenían, por cierto, semejante intención los que se hallaban á la cabeza de los diversos gobiernos de América. Aquellos individuos, infinitamente más ilustrados que la masa de sus conciudadanos, ni podían negociar con el despotismo, ni querían volver á la dependencia de España: conocían que la emancipación era lo que convenía al continente americano; y como por otra parte, su ambición y su compromiso personal les hacían mirar con repugnancia una composición, todos ellos trataron de entusiasmar á los pueblos á favor de la independencia, y de persuadirles que la restitución del monarca español al trono de sus mayores no debía desviarles de la senda por donde habían comenzado á marchar.

Por fortuna, quizo el dios del bien que ese mismo Fernando, cuyo nombre tenía todavía en América un gran poder mágico, se condujese de tal modo que evitase muchos esfuerzos á los nuevos gobiernos. Destruyó con su célebre decreto de 4 de Mayo de 1814 todo cuanto habían hecho las cortes generales y extraordinarias, que le habían librado del poder de Napoleón; mas entre su gobierno y el de aquel congreso hubo un punto de semejanza, que fué la prosecución de las medidas hostiles contra la inocente América.

Fernando procedió como si se hubiese propuesto justificar la causa del Nuevo Mundo, y convencer de una vez á todos sus hijos de que su opresión y servidumbre constituían las bases de la dominación española, no menos bajo el despotismo monárquico que bajo la administración más democrática. En vez de reparar los agravios inferidos de tiempo atrás por los peninsulares á los americanos; en vez de escuchar los recientes motivos de queja de estos últimos, y de satisfacerlos, exigió la sumisión más humillante, y sancionó todos los atentados de las cortes contra los pueblos que habían levantado el estandarte de la independencia. Por una parte, envía adelante las promesas, las recompensas, las cruces y canonjías, para tratar de influir en los ánimos, de lisonjear las preocupaciones y halagar la credulidad de los americanos; por otra, habla el lenguaje de un amo ofendido, y comienza á hacer los preparativos necesarios para sojuzgar la América.

La elección de la persona que había de mandar la primera y más formidable de las expediciones proyectadas recayó en don Pablo Morillo, que en el corto espacio de cuatro años se había elevado desde la clase de sargento á la de mariscal de campo. Graves fueron las dificultades que se presentaron al Gabinete de Madrid para el apresto de aquella fuerza; mas á pesar de lo exhausto del erario, de la nulidad del crédito del Gobierno y del estado miserable de la marina española, se vencieron todos los obstáculos, y zarpó de Cádiz el 24 de Enero de 1815 la expedición de Morillo.

Constaba esta de 10,000 individuos de todas clases, á saber: los regimientos de infantería de León, Victoria, Extremadura, Barbastro, Unión y Cazadores de Castilla, con la fuerza de 1,200 hombres cada uno, y divididos en dos brigadas: una columna de 600 cazadores escogidos; un escuadrón completo de artillería volante con diez y ocho piezas; dos compañías de artillería de plaza; tres de zapadores; el regimiento de caballería de Fernando VII, y cuatro escuadrones de húsares expedicionarios, compuestos de destacamentos procedentes de varios cuerpos. Llevaba además un parque con toda la dotación correspondiente para atacar una plaza de segundo orden, y fortificar puntos en la costa y en lo interior; un hospital ambulante y otro estacional para 1,200 hombres; el estado mayor correspondiente, y las secciones que con proporción á aquella fuerza debían ser empleadas con individuos de cuenta y razón, y facultativos. En suma, jamás había salido de los puertos de la Península una expedición mejor organizada. (*)

La fuerza naval se componía del navío de guerra *San Pedro Alcántara*, de 74; de tres fragatas y de 25 á 30 buques menores que llevaban artillería de 18 á 24.

Pocos días antes de la salida, manifestó el General Morillo, en una proclama á sus tropas, cuáles eran las intenciones que llevaba al Nuevo Mundo; y desde entonces pudo calcularse, por su lenguaje, que se renovarían allí los horrores de los Corteses, Valdivias y Pizarros, por poco que la fortuna favoreciese sus armas.

(*) Véase el oficio del mariscal de campo don Francisco Javier Abadía, encargado de la remisión de tropas á América, al Virrey del Perú, inserto en la Gaceta extraordinaria del Gobierno de Lima, 21 de Febrero de 1815.

Los vientos contrarios obligaron á la expedición á volver inmediatamente al puerto, y la detuvieron en él hasta mediados de Febrero, en que se hizo á la vela para las islas Canarias, y de allí para las playas americanas.

El Gabinete de Madrid había destinado en su origen esta fuerza para el Río de la Plata, y así, se creyó generalmente que allá era á donde iba á descargar la tempestad. Tan universal era esta persuasión, que de antemano había tomado el gobierno de las Provincias Unidas las medidas oportunas para repeler la agresión. Desmanteláronse por orden suya las fortificaciones de Montevideo; se trasladó á Buenos-Aires la artillería de aquéllas, y se mandó retirar á Tucumán la de grueso calibre, los almacenes y cuanto fuese necesario para formar en aquel punto un depósito militar. Mas estas preocupaciones no tuvieron objeto al fin, porque habiendo recibido el Gobierno español, mientras se aprontaba la expedición, la noticia de haberse rendido Montevideo á las armas argentinas, esta circunstancia, junto con el estado de Venezuela y Cundinamarca, y la importancia de conservar el istmo de Panamá, le hicieron variar el destino de las tropas de Morillo, quien recibió órdenes de dirigirse á las costas de Venezuela.

La situación de aquel Estado y del de Cundinamarca, amenazados ambos por esta expedición, no era entonces nada favorable: la del primero especialmente tenía bastante de melancólico. No obstante que allí cada paso había costado á la tiranía una batalla; en medio de la intrepidez y la consagración de los venezolanos; á pesar de los esfuerzos del General Bolívar, que con un puñado de cundinamarqueses libertó en una brillante y rápida campaña todo el país hasta Caracas; como los ejércitos de asesinos, se renovaban con frecuencia de la Península, se hallaban triunfantes los españoles, auxiliados por nuestros celos y divisiones intestinas, y también por la naturaleza, que pareció declararse por ellos en el espantoso terremoto del 26 de Marzo de 1812. A consecuencia de las acciones de la Puerta, Urica, Guiría y Maturín, casi toda Venezuela fué sojuzgada por el feroz Boves y por su digno sucesor Morales, y ofreció un vasto campo á aquellos monstruos para ejercer su venganza y sus furiosos.

En Cundinamarca la guerra civil había producido graves males. Todas las cabezas habían estado ocupadas allí en resolver el problema de la forma de gobierno que convenía adoptar: ciertas provincias querían mantenerse en independencia unas de otras; las había que aspiraban á la federación; otras deseaban unirse bajo un gobierno central; y entre tanto, ó no se había pensado en organizar una fuerza respetable que expeliese al enemigo y diese la posesión del territorio en donde había de plantarse el gobierno, ó se consumían en mutua destrucción las pocas tropas levantadas para la común defensa. Así es que, cuando Fernando volvió á España, sin embargo de que se contaban cuatro años de guerra, y de que sólo habían pasado de la Península 300 hombres á Cundinamarca, los españoles eran dueños, por el norte, de las provincias de Santander y Panamá; hacia el sur, Popayán estaba amenazado por las tropas de Quito, después de la prisión del General Nariño en Pasto, y de la retirada del resto de sus tropas; y las fronteras del E. y del N. E., por Cúcuta, por Maracaibo y Casanare, estaban expuestas á las incursiones de los realistas de Venezuela. La ocu-

pación de Bogotá en Diciembre de 1814 por las tropas del Congreso al mando del General Bolívar había puesto, no obstante, un término á la guerra civil; la provincia de Cundinamarca entró á consecuencia de esto, en el número de las federadas; el Gobierno general se instaló en la capital el 21 de Enero de 1815; y se determinó proseguir la guerra con vigor. Al efecto se enviaron refuerzos al General Cabal á Popayán para contener los progresos de los realistas; al General Urdaneta para proteger la provincia de Pamplona; y se ordenó á Bolívar que pasase á atacar á Santamarta, y procediese luego á libertar segunda vez á Venezuela. Yá parecía que Cundinamarca iba á poner sólidamente las bases de su independencia y prosperidad futuras, cuando la venenosa discordia volvió á sacudir sus teas sobre aquella región, y sopló su ruina y su esclavitud.

La fuerza que el Gobierno general confió á Bolívar ascendía á 3,000 hombres; pero la mayor parte estaban desarmados, y por esto traía orden aquel jefe para que el Gobernador de Cartagena auxiliase á la expedición con el armamento y demás que pudiera necesitar. Estaba á la sazón de Comandante de armas en aquella plaza el Brigadier don Manuel del Castillo, que en una de las anteriores campañas de Venezuela se había malquistado con Bolívar por motivos que honran al último. Temeroso éste, pues, de que la enemistad entre ambos pudiera producir consecuencias fatales á la causa común, y deseando manifestar á Castillo que, lejos de abrigar resentimiento alguno contra él, estaba dispuesto á olvidar lo pasado, envió desde Mompox á su primer edecán á cumplimentar á aquel jefe, á notificarle su llegada dentro de los límites de la provincia y comunicarle las órdenes que traía del Gobierno general.

No se satisfizo con esto y sabiendo al mismo tiempo que el Gobernador de Cartagena, don Pedro Gual, había sido removido de su empleo por las sospechas que inspiraban su amistad y su relación de paisanaje con el General Bolívar, y que el sucesor de aquel había revocado la orden en que se dió á conocer á Bolívar como Comandante de la línea del Magdalena; determinó éste enviar á Cartagena á su amigo don José Rafael Revenga, con encargo de asegurar al General Castillo de sus sinceros deseos de reconciliación, y evitar, si posible era, los males que amenazaban. El mensajero de la concordia, después de haber recibido del Gobernador de la plaza una contestación nada satisfactoria por lo tocante al auxilio de armas que Bolívar solicitaba, tuvo una entrevista con Castillo, en que le manifestó la buena disposición de aquél hacia su persona; le expuso los graves perjuicios que su desunión originaría, y tuvo la fortuna de obtener que Castillo le ofreciese, no sólo dar el armamento y demás que se necesitase, sino también ir á encontrarse con Bolívar en Sambrano, para combinar entre ambos el plan de campaña.

Lleno de gozo Bolívar con este favorable resultado, envió otro edecán á recibir á Castillo; y en seguida se puso él mismo en marcha para el lugar destinado á la conferencia. ¡Cuál fué su sorpresa, cuando al cabo de tres días de expectativa encontró no sólo que el General Castillo no parecía, sino que el Gobierno de Cartagena, había mandado llevar á la ciudad el armamento que existía en las riberas del bajo Magdalena (parte del cual se perdió en la conducción) y había ordenado á las autoridades de la provincia que le tratasen como enemigo en todos los pueblos de su tránsito!

Semejante conducta aparecería increíble si no conociésemos de cuánto son capaces las pasiones. La enemistad y los celos de Castillo, junto con la rivalidad que reinaba entre cartageneros y caraqueños, fueron causa de que se desobedeciesen las órdenes del Gobierno general, y se faltase á lo que exigían la buena fe y el servicio público.

En tan embarazosa situación, convocó Bolívar una junta de guerra, compuesta de los primeros oficiales de la división de su mando, para determinar acerca de lo que debía hacerse; y teniéndose en consideración que no se podía abrir la campaña contra Santamarta por carecerse de los elementos necesarios para ello; indignados también de que no se diese cumplimiento á las resoluciones del Supremo Gobierno, y de que por el contrario se insultase al jefe y al ejército de la Unión, y se expusiesen las fronteras á las incursiones del enemigo, se decidieron unánimemente á marchar sobre Cartagena, á fin de obtener, de grado ó por fuerza, los auxilios y el armamento pedido.

Sólo un error de cálculo, obra de la pasión del momento, pudo impelel á aquel digno jefe á ceder á la resolución de la junta de oficiales superiores, y poner sitio á Cartagena. No teniendo más de 400 hombres armados, nada era capaz de hacer contra los españoles; mas tampoco podía prometerse que se apoderaría de la plaza á viva fuerza; ni esperar que la rendiría por hambre, cuando no tenía un solo buque para bloquearla, y cortarle los recursos. Comoquiera que sea, él marchó; y situándose en el cerro de la Popa, comenzó las hostilidades el 27 de Marzo de 1815.

A favor de esta división cobra ánimo don Francisco Montalvo, que, aunque reducido á la provincia de Santamarta, tenía el título y las pretensiones de Virrey de la Nueva Granada; y emprende operaciones en el Magdalena. Barranquilla fué tomada por el Capitán don Vicente Capmani el 25 de Abril; y en sus tres baterías, y en los eatorce bongos (*) y lanchas que defendían aquella villa, perdieron los independientes 43 piezas de artillería, el parque, mucha jarcia y efectos de marina de que absolutamente carecían los españoles. El Capitán don Ignacio La Rus se apoderó también el 29 del mismo mes de la importante posición de Mompox, de las lanchas cañoneras y de cuanto allí había; con lo cual perdieron los patriotas la superioridad y el dominio del río Magdalena, que por cuatro años habían conservado; quedó privada Cartagena de los auxilios de las provincias interiores, y éstas de las comunicaciones y recursos que debían recibir por medio de aquella plaza.

Entre tanto proseguía el sitio de ésta sin suceso alguno memorable. Las tropas de Bolívar, situadas en la Popa, no podían impedir que la ciudad se socorriese de víveres: no los recibían de los pueblos de la provincia, porque el Gobierno de Cartagena había prohibido se les diesen; y toda la correspondencia de aquel jefe al Gobierno supremo era interceptada por sus adversarios, quienes, por su parte, experimentaban pocos ó ningunos inconvenientes de las hostilidades.

En estas circunstancias, se supo á principio de Mayo que Morillo había llegado á Carúpano, y subyugado en seguida la isla de Margarita; y esta noticia, haciendo despertar á Bolívar; le inspiró una de aquellas re-

(*) Este nombre se daba en Venezuela y Cundinamarca á los botes armados.

soluciones dignas de su alma. Previó en el instante que la expedición había de invadir muy pronto á Cundinamarca, empezando por su antemural Cartagena, calculó las dificultades que su permanencia en el país opondría para la defensa; pasó un oficio al Gobierno de aquella plaza exhortándole á prepararse para resistir á la agresión que amenazaba, é instándole para que emplease las tropas de su mando contra el común enemigo, y el 3 de Mayo se embarcó solo para Jamaica, confiando la dirección momentánea de aquéllas á su segundo el Brigadier don Florentino Palacio.

El primer cuidado del nuevo jefe fué informar al Gobierno de Cartagena de lo ocurrido, solicitando al mismo tiempo que se le diesen los auxilios de que tanto necesitaba la división, para cumplir las órdenes de la suprema autoridad. Las de Cartagena se negaron á darle el menor socorro, hasta el extremo de rehusarle víveres; y exigieron que se pusiese aquella tropa á las órdenes de un jefe nombrado por ellas, y que tenía menos graduación que Palacio. De estas resultas, y persuadido además este oficial de que su parentesco con el General Bolívar era un obstáculo para el restablecimiento de la buena armonía con los jefes de Cartagena, dejó encargado del mando de la división al Teniente coronel don Domingo Mesa, é hizo ánimo de retirarse á Bogotá. No tardó en aparecer el acierto de sus medidas, porque luégo que el Gobierno de Cartagena tuvo noticia de su separación, socorrió á las tropas con víveres; mas éstas, que eran muy afectas á Palacio, se opusieron á su partida, y se negaron á admitir por Comandante al que había sido nombrado por los de Cartagena. En semejante compromiso, viendo aquel General que no era fácil restablecer allí la moral del soldado, ni efectuar una reconciliación saludable, propuso á las tropas que regresaran con él á Bogotá. Accedieron á su propuesta, no sin asombro del mismo Palacio; como que estando cortada la comunicación por el río, era preciso hacer el viaje por tierra en distancia de más de trescientas leguas, y por caminos casi intransitables. Pero apenas habían comenzado la marcha, cuando entró en ellas el desaliento. Escandalosamente se iba disolviendo la fuerza en aquel penoso viaje; y así por esta razón, como por haber sabido entre tanto el Brigadier Palacio que Morillo estaba en Santamarta, les propuso volver á Cartagena para defender la plaza, como en efecto lo hizo con el resto miserable de su división, según observaremos más adelante. Sigamos por ahora los pasos de Morillo.

Luégo que éste aportó á Margarita, la guarnición de la isla al mando del General Bermúdez, que no llegaba á 400 hombres, se vió obligada á evacuarla precipitadamente, y toda aquélla fué ocupada por los españoles sin efusión de sangre. Al salir de allí la expedición, se voló el navío *San Pedro Alcántara* con cerca de 1,000 hombres; y se perdieron en él, además, 460,000 pesos que componían la caja del ejército y marina, 700 quintales de pólvora, 7,000 fusiles, muchos pertrechos de guerra y vestuarios. No obstante la magnitud de este contratiempo, prosiguió Morillo sus operaciones con actividad. Después de haber guarnecido á Margarita con 800 hombres, reforzó con 1,000 á la Guaira y á Caracas; á Cumaná y á Barcelona con 800; destacó 800 á los Llanos, y siguió con el resto de sus fuerzas á Puerto-Cabello. Dejó allí 300 hombres, y destacó 3,000 para Nueva España. Bien podía hacer todo esto, porque además de las guarniciones encontró en Venezuela un ejército de operaciones de 7,000 hom-

bres al mando de Morales; mas, cuidaba, sin embargo, de llenar con venezolanos el vacío que aquellas desmembraciones causaban en su fuerza; y arrancaba de sus hogares á aquellos infelices, haciendo fusilar á los que rehusaban seguirle.

Por último, después de haber descargado su brazo de hierro sobre aquella desgraciada región, y afligidola con levass, exacciones, impuestos y asesinatos horribles, pasó á Santamarta, á donde llegó el 21 de Julio; é inmediatamente envió de jefe de vanguardia al feroz Morales, para que con 2,000 hombres se internase en la provincia hasta llegar enfrente de Cartagena.

Aquí comenzamos á observar los graves perjuicios que se siguieron á la causa de la América de las desavenencias referidas. No hay duda de que los independientes habrían tomado á Santamarta si se hubiesen dado á Bolívar los auxilios necesarios; y en semejante caso, Morillo no hubiera tenido aquel punto de desembarco, y habría tenido que sacrificar alguna gente y tiempo para obtenerlo, y en seguida para posesionarse de los puntos fortificados del Magdalena, y hacerse dueño de las dos provincias. Entonces Cartagena habría podido surtir de víveres; reponer el depósito consumido durante el sitio que le puso el Brigadier Castillo en Enero de 1815, y que tuvo por resultado libertarla de la tiranía de los Piñeres, y resistir un largo asedio. Mas, nuestras fatales divisiones lo dispusieron de otro modo; y al fin se presentó Morillo delante de la plaza, el 18 de Agosto, con el grueso de su fuerza, en número de cincuenta y seis buques de guerra y trasportes, y más de 8,000 hombres; y antes de anochecer fondeó en Corralitos, en donde permaneció hasta el 19.

La plaza de Cartagena, la más fuerte tal vez de la América meridional, ha sido el blanco de los ataques de las potencias extranjeras en sus guerras con España. Está situada á los 10° 25' 48" latitud N., y 282° 28' 36" longitud O. de París, en una Península arenosa que, formando un paño estrecho al S. O., abre comunicación con aquella parte llamada Tierra Bomba hasta Bocachica. Está dividida en dos partes: la ciudad propiamente dicha, y el grande arrabal de Jimaní. Una muralla gruesa y elevada circunvala la ciudad: Jimaní, construido en forma de semicírculo, está fortificado enfrente por otra muralla, y por la parte del E. de la plaza está unido á ella por medio de un puente de madera, que se halla sobre un foso: ambos lados de éste están guarnecidos de estacadas que unen los muros de Jimaní con los de la ciudad. Por el lado de Jimaní, y á poca distancia de él, está en un cerro el fuerte de San Lázaro, que domina la ciudad y el arrabal: tiene de altura de 20 á 21 toesas geométricamente medidas, y está unido á varios montes más altos que corren en dirección oriental. Estos terminan en otro más elevado, el cerro de la Popa, que tiene de altura 84 toesas, y en cuya cima hay un convento de Agustinos descalzos, una vigía y un fuerte, cuyas baterías dominan el cerro de San Lázaro, y protegen las inmediaciones de Cartagena, distante como 150 varas. Al norte de la Popa está una laguna, que tiene cerca de una legua de circunferencia, llamada de Tesca, la cual comunica con el foso de Cartagena, y con el mar por el N: abunda en pescado malsano y en gansos silvestres. La bahía, formada por la costa de Bocagrande, la de Bocachica, la isla de Barú y la costa de Pasacaballos, es de las mejores que se conocen: tiene dos leguas y media de N. á S., bastante profundidad, buen anclaje, exce-

lente pescado y es muy tranquila. Comunica con el mar por Bocagrande, que está defendida por un fuerte abandonado ahora, porque sólo pueden entrar por ella buques pequeños: defendiéndola por Bocachica los castillos de San Fernando, San José y el Angel; y comunica también con el mar por el caño del Estero, y por la laguna de Tesca. El clima de Cartagena es con exceso cálido, llueve mucho, y el vómito prieto ataca á los forasteros.

Desde que hubo noticia de haber llegado Morillo á Santamarta, comenzó á tomar el Gobierno de Cartagena las medidas que estaban á su alcance para la defensa. Diéronse órdenes repetidas para que se surtiese la plaza de víveres; se montaron sesenta y seis piezas más de artillería en la muralla de Santo Domingo y de Santa Catalina; se abrieron nuevos fosos; se proclamó la ley marcial, obligando á tomar las armas á toda persona de edad de 15 á 45 años; se nombró una comisión militar; y el Gobierno exhortó al pueblo á hacer una resistencia vigorosa. "Los españoles (dice una proclama del 1° de Agosto) no perdonarán, si triunfan, las vidas de aquellos que han tenido parte en nuestros gobiernos, de los que hubieren tomado las armas en la más justa guerra sostenida hasta aquí, ó de los que en manera alguna nos hayan auxiliado." ¡Cuán cierto fué que los que sobrevivieron á la subyugación vieron morir á centenares (como allí se anunció) á sus compatriotas; ahorcados ó arcabuceados, á sus padres, hermanos y amigos!

El 19 de Agosto se proveyó de víveres y fortificó la Popa, y se envió una división de bongos bien armados á cubrir el paso de la laguna de Tesca; y habiendo el Gobierno dado orden para que se replegasen las tropas, entró en la ciudad el día 20 la división del Coronel don Juan Narváez, que cubría el bajo Magdalena. El 23 á las once de la noche entró, por las razones ya expresadas, la del Brigadier Palacio, que vino á marchas forzadas desde Magangué, echando adelante todo el ganado que encontraba por los caminos. Estos refuerzos, aunque cortos, dieron ánimo á los habitantes de Cartagena.

El General Morillo comenzó á desembarcar sus tropas en Guayepo el 22, y concluyó en los días inmediatos. Una división española fué destinada en seguida á Santa Catalina, con cuyo motivo el Gobierno, de acuerdo con los moradores de Santa Rosa, Ternera, Turbaco y Santa Ana, mandó poner fuego á estas poblaciones para privar al enemigo de alojamiento y abrigo, obligándose á remunerar por esta pérdida á los propietarios, cuando mejorase el estado de las cosas. Sometiéronse gustosos aquellos ciudadanos al sacrificio que la patria exigía de ellos; y en breve tiempo, en el espacio de muchas leguas, se destruyeron todas las haciendas y caseríos; se cegaron los caminos, y los habitantes se retiraron al bosque con sus ganados. Merecen particular elogio los habitantes de Triana, que espontáneamente prendieron fuego á sus habitaciones, y don Antonio Villanueva, que practicó otro tanto con todas sus haciendas situadas en el Coco.

No fueron estos los únicos rasgos de patriotismo que distinguieron á los habitantes de la provincia de Cartagena. El pueblecito de Malambo resistió por tres horas el vivo fuego de una división enemiga, y la rechazó de pronto; mas luego fué tomado por fuerzas superiores. El de Usiacurí formó partidas de guerrilla, y los de Barranca, Soledad, Baranoa, Galapa

y las Sabanas hostilizaban al ejército español de cuantos modos estaban á su alcance. En todas estas escaramuzas sufrió alguna cosa la tropa de Morillo, y en Copila se apoderaron los independientes de una pieza de artillería.

Entre tanto, los habitantes de la ciudad, llenos de entusiasmo, ofrecieron todo cuanto tenían para pagar y animar á la tropa. Las mujeres se desprendieron de sus joyas, y hasta se echó mano de la plata de las iglesias presentada voluntariamente por las distintas comunidades religiosas.

Ansioso el Gobierno de proporcionarse víveres envió á las Antillas y á los Estados Unidos comisionados al efecto; y otorgó á los introductores privilegios capaces de incitarlos á correr los riesgos con que amenazaba la superioridad de las fuerzas navales españolas, mandadas por don Pascual Enrile. También se fortificaron todos los puntos de la plaza, confiando el mando de ellos á oficiales de conocido valor é inteligencia. El General Bermúdez estaba en el cerro de la Popa; en el de San Felipe el Coronel Rieux. El Coronel Cortés Campomanes estaba encargado de la muralla y puerta de Santa Catalina; de las de Santo Domingo el Coronel Narváez, y el Coronel Herrera en la parte que mira á la bahía. Los castillos de Bocachica estaban defendidos por los venezolanos y los franceses, que á la sazón se hallaban en Cartagena; Pasacaballos lo estaba por los bongos armados; Bocagrande por un buque de porte, bien asegurado y tripulado. El Brigadier don Juan Nepomuceno Eslaba tenía el mando de las fuerzas marítimas, que consistían en dos corbetas de guerra, doce bergantines y goletas, en su mayor parte corsarios, y algunos bongos y lanchas cañoneras. Era Comandante General de armas el Brigadier Castillo, y servía á sus órdenes el Coronel don Mariano Montilla, como Mayor general.

El Gobernador político de la plaza era don Juan de Dios Amador.

Morillo, aunque luchando desde temprano con el rigor del clima, con lo malo de la estación, y con la escasez, fijó su cuartel general en Torrecilla, cerca de cuatro leguas distante de la plaza; y puso sus hospitales en Sabanalarga y en Turbaco; viéndose en la necesidad de construir chozas en este último pueblo, delicia poco antes de los moradores de Cartagena, y entonces convertido en un desierto. Acompañábanle los inquisidores para fulminar excomuniones contra los independientes, y acobardar con ellas á los supersticiosos y á los tímidos.

El 25 de Agosto envió varios piquetes á reconocer el cerro de la Popa; y se presentaron en la laguna de Tesca algunas de sus lanchas cañoneras. El 26 llegó á Pasacaballos el sanguinario Morales con su división, y tomó por sorpresa una lancha y dos bongos. Al mismo tiempo la escuadra española se situó, parte enfrente de Bocachica, y parte en Punta-Canoa; impidiendo así que la plaza recibiese víveres por mar.

Desde principio de Septiembre sabía muy bien Morillo cuál era la miserable situación de los defensores de Cartagena; y por esto no se apresuraba á atacarla. El había interceptado un oficio que el General Castillo dirigía con fecha 7 del mismo mes al Gobierno Supremo, en el cual se decía que “No obstante los grandes sacrificios y las erogaciones voluntarias de los habitantes, ya no había recursos para pagar las tropas. En cuanto á víveres era peor su situación. No existía depósito alguno, ni menos almacenes generales; ni había más que algunos barriles de harina de particulares; no se encontraba un grano de maíz, ni había en la ciudad más

que quinientas reses; de suerte que, aun contando con los pocos caballos, mulas y perros, apenas podían prometerse víveres para cuarenta días. Y aun cuando se enviaron buques á las Antillas á buscar provisiones, como no había crédito ni dinero, y como por otra parte se corría gran riesgo en penetrar por medio de la escuadra bloqueadora, era muy difícil recibir socorros. El número de las tropas de línea disponibles no pasaba de 1,000 hombres; y las fuerzas sutiles eran muy inferiores á las españolas.”

A pesar del denuedo con que combatieron los de Cartagena, así por mar como por tierra, nada pudieron contra la superioridad del enemigo; y á fines de Septiembre se había posesionado éste de la isla de Barú. Logró además establecerse en Pasacaballos, y conducir por el canal del Estero su parque de artillería; quedando así formada una línea entre la costa de la Boquilla y la de Pasacaballos.

Entre tanto, había sumo descontento en la ciudad, porque se creía que el general Castillo no conducía la defensa con todo el vigor y la actividad necesaria, y bajo este pretexto se le depuso del mando de las armas, que fué confiado al general Bermúdez. En consecuencia, se encargó de la defensa del cerro de la Popa el coronel Soublette.

No por esto mejoró la situación de los sitiados, la cual era tan angustiada, que el 13 de Octubre convocó el Gobernador una junta extraordinaria de la Legislatura de la provincia. En una enérgica arenga manifestó que al cabo de sesenta días de asedio, no podía sostenerse la plaza á pesar de la rigurosa economía con que se habían consumido los víveres. Indicó que el estado de insanidad de la misma no permitía á la guarnición hacer salidas felices; y al cabo propuso que, para salvar á los habitantes de los horrores con que amenazaba un enemigo cruel é irritado, se pusiese la provincia bajo la protección y dirección del Rey de la Gran Bretaña. Determinose consultar á los principales Jefes reunidos en junta de guerra; y considerando en ella la absoluta falta de comestibles, la poca probabilidad que había de recibirlos por mar ó por tierra, y la imposibilidad de desalojar al enemigo de sus posiciones, se resolvió á autorizar al Gobernador, y se le autorizó en efecto, para tomar cuantas medidas juzgase convenientes á la salvación de la ciudad, excepto el *capitular con los españoles, ó volver á su dominación*. En consecuencia, se enviaron comisionados á Jamaica para proponer á su Gobernador el duque de Manchester que tomase posesión de la ciudad y provincia de Cartagena á nombre de S. M. B.; mas aquel jefe se negó á ello, por carecer de instrucciones de su Gobierno para esta operación.

En vano dice el hipócrita Morillo que, “atento siempre á su plan de concordia, prefirió las fatigas en la dilación de un largo sitio, y los males que por ella iban á seguirse á sus soldados, á la cruel certidumbre de la pronta destrucción de Cartagena y de sus más queridas esperanzas.” (*) Si no tomó antes la ciudad fué porque no pudo; las tentativas que para ello hizo demuestran la falsedad de su lenguaje. El 25 de Octubre bombardeó largo tiempo la plaza, pero sin fruto; y el ONCE DE NOVIEMBRE mandó al Mayor general Villavicencio que atacase á la Popa. En efecto,

(*) Véase el manifiesto hecho á la Nación Española por el Teniente general don Pablo Morillo, &c. Madrid, 1821, p. 15.

Este trató de escalar aquella noche el cerro con 800 hombres escogidos; mas sin embargo de la desproporción de las fuerzas, fué valerosamente rechazado, en tres ataques consecutivos, por Soublotte, y obligado al fin á retirarse con pérdida de tres oficiales y 30 soldados muertos, 25 heridos, 50 fusiles y 8 escalas. En seguida atacó Morillo el Castillo del Angel, uno de los Bocachica; y fué rechazado con pérdida de 120 hombres.

Mejor fortuna tuvo en Tesca y en aquella parte de la bahía, llamada Costa-grande. Habiendo mandado el general Bermúdez á los bongos de Cartagena que atacasen á las fuerzas sutiles enemigas que estaban en la laguna, fueron batidos, después de una acción reñidísima; al cabo de la cual, el oficial Sanarusia se mató de un pistoletazo por no caer en manos de los españoles.

Desalojados los patriotas de Costa-grande, que estaba defendida por un destacamento, pudo Morillo poner baterías en Albornoz y Pastelillo: por medio de bongos, que introdujo por el caño del Estero, interceptó la comunicación entre la ciudad y los castillos de Bocachica; y siendo así completamente dueño de la bahía, privó á los sitiados de los medios de continuar recibiendo algunos víveres por Bocagrande, y aun del recurso que hasta entonces habían tenido en la pesca.

Así, no sabían ya los defensores de Cartagena cómo resistir á los estragos del hambre. Los alimentos de toda especie se habían acabado. Durante el sitio se vendió el barril de harina á ciento cincuenta pesos; los huevos llegaron á valer á cuatro pesos cada uno, y cada gallina diez y seis; mas ya se había consumido *todo*, y ni aun el rico podía obtener con qué mitigar el hambre. Todo parecía haberse conjurado contra aquella infeliz ciudad. Nunca fueron los vientos y las olas más furiosas que en tiempo del asedio; y combinándose hasta la tempestad con el enemigo, se perdió en el mes de Octubre un convoy de nueve velas, que conducía víveres de Jamaica. Para que se viesen renovados en Cartagena todos los horrores del sitio de Jerusalém, sólo faltó que se comiese carne humana: á excepción de este manjar repugnante aun á la misma necesidad, todos los demás, por inmundos é insalubres que fuesen, se sirvieron allí en la mesa del pobre y en la del rico. Perros y caballos muertos, ratas y cueros cocidos, todo cuanto se podía haber á las manos para prolongar la vida algunos días, ó algunas horas siquiera, otro tanto lo devoraban los habitantes. Con semejantes alimentos, no quedó persona alguna en pie; toda la población se enfermó: por las calles no se veían más que cadáveres y espectros ambulantes, que frecuentemente exhalaban el último aliento al lado de aquéllos. ¡Y con todo no se alzó una sola voz para **proponer capitulación!**

Este lastimoso estado, que no podemos describir sin estremecernos de horror y sin admirar al mismo tiempo tanta constancia, se empeoraba por momentos. Toda la ciudad estaba dividida por mitad en un miserable hospital, y en un horrendo cementerio. El 4 de Diciembre llegó á 300 el número de las personas que de hambre quedaron tendidas en las calles; y en semejante situación, perdida ya toda esperanza de que viniese de lo interior alguna fuerza en auxilio de la plaza, y de recibir provisiones de las Antillas; ocupado por las tropas enemigas todo el país comprendido entre el Magdalena, el Sinú, el Cauca y el mar, creyó el Gobierno que había llegado el caso de tomar su partido.

Declaró al efecto su intención de no capitular con las fuerzas españolas, sino de evacuar la plaza el día siguiente; y manifestó que había prontos once buques, entre bergantines y goletas, para recibir á todos los que pudieran embarcarse y quisiesen correr el riesgo de abrirse paso por en medio de la escuadra y de las baterías enemigas. Todo el que pudo levantarse de su lecho acudió á bordo de aquellas embarcaciones, última esperanza de su valor; claváronse los cañones de las murallas, de la Popa y de San Lázaro; y á ejemplo de los de Tiro, de Teos y de Focea, se embarcan el 5 de Diciembre más de 2,000 cartageneros. Fondean los buques en Bocachica, en medio del vivo fuego que hacía el enemigo; recogen á los que de aquella guarnición se hallaban capaces de moverse; rompen por entre la escuadra española, y con sus mujeres, sus hijos y sus más preciosos efectos, se van en busca de un asilo que los preserve de la dominación peninsular. Magnanimidad notable de aquel pueblo, que hasta en su caída nos admira é infunde respeto!

Al siguiente día ocupó el ejército español la ciudad y los castillos. Morales que fué destinado á tomar posesión de estos últimos, encontró en el de San Fernando sesenta soldados y dos oficiales que, á pesar de hallarse tan desfallecidos, trataron de defenderse. Todos fueron pasados á cuchillo; pero murieron todos como hombres. "*Viva la América libre*", fué la última palabra que pronunciaron sus labios ya al espirar. En los otros castillos y en la ciudad sacrificaron aquellas fieras el 6 de Diciembre más de 600 personas.

Así cayó la desdichada Cartagena. Jamás se ha visto en defensa alguna mayor heroicidad, mayor constancia. En los ciento diez y seis días que duró el sitio, perecieron á manos del hambre seis mil seiscientos trece individuos, es decir, la tercera parte de la población. El mismo Morillo, el mismo Montalvo, en los partes que dan á las cortes de Madrid de la toma de la plaza, al paso que nos horrorizan con sus pormenores, nos inspiran sentimientos de profunda admiración hácia aquellos hombres magnánimos, que hicieron por la conservación de su libertad cuanto les era dado en su posición. El primero confiesa que durante todo el tiempo que estuvo atrincherado delante de Cartagena, no pudo hacer la menor impresión, ni en sus puestos avanzados, ni en las murallas de la plaza; que había sido rechazado en cada ataque, y sus mejores tropas sacrificadas. A la verdad, tal era su deplorable situación, que nos consta había espedido ya sus órdenes para levantar el sitio, cuando la ciudad fué evacuada. Tanto él como Montalvo instruyen á su Gobierno de que, cuando entraron en Cartagena, perecían á centenares las mujeres y niños: la ciudad presentaba el más horrendo espectáculo. No era sino un vasto cementerio, en que se veían algunos esqueletos aun animados, cadáveres hacinados en las casas y por las calles, despidiendo un olor pestilente que aumentaba lo pavoroso de su recinto. Por todas partes sólo se veía horror, desolación y muerte.

Mas si las privaciones que sufrió Cartagena son superiores á las de los sitiados de Ismail, y á las de Leida cuando resistía al duque de Alba, las crueldades con que se señaló Morillo desde que estuvo en posesión de la plaza han justificado cuantas comparaciones se han hecho entre él y el devastador de Holanda. Sería apartarnos de nuestro propósito el manifestar aquí sus atrocidades: en otra ocasión haremos ver que bajo aquel bár-

baro (que acaba de añadir un eslabón á la cadena de sus crímenes traicionando del modo más infame la causa de su patria) se han violado en Cundinamarca las más santas leyes; se ha asesinado á las poblaciones casi en masa; se ha perturbado el reposo de todas las familias; insultado el pudor y el infortunio; saqueado sin misericordia á los pueblos; por último, se ha cometido toda especie de crímenes impunemente. Baste decir ahora por lo que respecta á Cartagena que, habiendo dejado tremolar en los fuertes el pabellón independiente, se apoderó de varios buques que á los pocos días entraron engañados conduciendo víveres; y así, á los extranjeros que de este modo cayeron en sus garras, como á los que encontró en la ciudad, los trató con la mayor inhumanidad, sepultándolos en los calabozos de la inquisición, que en el momento fué restablecida en Cartagena con todos sus horrores. Semejante conducta llamó la atención del Gobierno de los Estados Unidos y del Gobernador de Jamaica, los cuales, para proteger los súbditos de sus respectivos países, destinaron comisionados que los reclamasen enérgicamente; y Morillo hubo de ponerlos en libertad, mal de su grado.

Mas se vengó en los hijos del país, que no tenían quién abogase por ellos. Los navegantes de la goleta *La Popa*, una de las que se escaparon de Cartagena, estando incapaces de marinarla por inanición, no pudieron impedir que cayese sobre Portobelo, en donde fué apresada por los españoles. Iban en ella varios de los más distinguidos patriotas, y en consecuencia fueron arcabuceados el 24 de Febrero los siguientes sujetos:

Don José María García de Toledo, don Miguel Díaz Granados y don Antonio José de Ayo, hijos de Cartagena, abogados de luces y de probidad, á cuyo patriotismo y esfuerzos se debió la deposición del Gobernador de la ciudad, don Francisco Montes, en 1810, y quienes tuvieron una gran parte en promover la independencia; don Manuel Anguiano, español ilustrado, comandante de ingenieros en aquella plaza, que desde el principio se decidió por la justa causa, á la cual prestó cuantos servicios estuvieron á su alcance; don Santiago Stuart, que amaba la libertad con todo el entusiasmo de un hijo de la Gran Bretaña, y la defendía con ardor en el continente americano: de Buenos-Aires había pasado á Cundinamarca, y tenía el grado de Teniente coronel, don Martín Amador, hijo de Cartagena, y don Pantaleón Germán Ribón, de Mompox, que debiendo atacar por la espalda al ejército sitiador, fueron batidos en el Chimá el 20 de Septiembre de 1814 por don Julián Bayer, Comandante de la columna volante del Sinú, y hechos prisioneros en las Sabanas; don José María Portocarrero, que conducía fusiles de Cartagena para Bogotá, y fué tomado junto con Ribón y Amador; y por último, el Brigadier don Manuel Castillo, á quien, con una crueldad imperdonable, se negaron á admitir á su bordo todos los capitanes de los buques que había en el puerto, por la persuasión en que estaban de que él era la causa de la pérdida de Cartagena; y el cual, obligado á ocultarse á la entrada de los españoles en la ciudad, fué aprehendido en el convento de Santa Teresa.

Los fugitivos sufrieron entre tanto en su peregrinación trabajos y contratiempos indecibles. Apiñados doscientos y aun trescientos individuos en cada uno de aquellos buques pequeños, sin alimentos, escasos de agua, bajo el cielo abrasador de los trópicos, perecían á centenares los infelices.

Llegaron al fin, aunque muy disminuídos en número, unos á los Cayos, y otros á Jamaica, excitando la compasión de las almas sensibles: otros, entre los cuales estaba el distinguido patriota don Manuel Rebollo, fueron abandonados en una isla desierta por la cruel avaricia del capitán Michell, quien los saqueó y despojó de todo cuanto habían podido salvar. Fieles siempre á la causa de la libertad, la mayor parte de ellos empuñaron á poco tiempo las armas cuando el general Bolívar emprendió en 1816 la memorable campaña en donde comenzó la restauración de Venezuela, y cuyos admirables resultados fueron la formación de la República de Colombia, y el estado brillante á que pudo llegar.

Morillo encontró en Cartagena 45 cañones de bronce de diversos calibres, desde 24 hasta de á 2, y 321 de hierro; 92,570 balas rasas de distinto calibre; 3,381 botes, racimos y saquillos de metralla; 9,476 bombas, desde 14 á 7 pulgadas; 3,388 fusiles; 991 bayonetas sueltas; 12 esmeriles; 680 sables; 100 carabinas; 42 pistolas; 384 lanzas; 3,440 quintales de pólvora en barriles; 5,727 cartuchos de cañón de varios calibres; 135,800 de fusil, y 200,000 piedras de chispa.

Habiéndose detenido Morillo poco más de un mes en Cartagena, prosiguió la campaña de Cundinamarca. Los pormenores de ésta son ajenos de nuestro asunto; y por tanto, nos contentaremos con observar que, interceptados por las fuerzas enemigas, durante el sitio de Cartagena los fusiles que conducía Portocarrero á las provincias interiores, y que á fuerza de celo y sacrificios habían facilitado en Inglaterra los distinguidos patriotas don Agustín Gutiérrez Moreno, don José María Durán, y don Luis Brion, y batidos los independientes en distintos puntos, fué sojuzgada toda Cundinamarca; millares de víctimas sacrificadas en el altar de la venganza; y vistieron luto todas las familias. Así pagó aquel país el abandono de su gobierno en la organización de una respetable fuerza armada, y sus divisiones intestinas. Tales fueron las consecuencias de la pérdida de Cartagena; de esta plaza, cuyos habitantes han dado á los pueblos que aman su libertad un ejemplo raro de heroicidad y constancia, que será admirado de las generaciones venideras.

LOS GUTIERREZ.

Por José María Quijano Otero.

I

DICEN, y acaso con sobrada razón, que todo lo borra el tiempo; que nada hay en lo humano que resista á su influjo, que nada hay en lo moral que respete su ala, que llaman el olvido. Esto es cierto en general, pero no lo es menos que los recuerdos de la infancia se graban en la memoria de tal manera, que el tiempo pierde su poder y su influencia el olvido. El corazón los guarda religiosamente, y conservan tal encanto, que cuando un nombre propio, cuando una circunstancia cualquiera los aviva en la memoria, vuelve á nuestra alma junto con el recuerdo evocado, algo como un perfume de esa edad de inocentes ilusiones, en que las esperanzas, que se ven á través de un prisma engañador y que uno toma por realidades, lo hacen ansiar el entrar de lleno en el mar de la vida, donde demasiado pronto encontramos olas embravecidas y cielo opaco.

En los momentos de borrasca uno busca un puerto, una enseada, dónde escampar la tormenta. . . . Hoy, que se ha desatado sobre mí, ocuro al puerto donde me he refugiado siempre: me concentro en mí mismo, me abrigo en la tranquilidad de mi conciencia, y olvidado del presente y confiado en Dios para el porvenir, me entrego á mis recuerdos de niño.

II

EN TRE aquellas gratísimas memorias hay más de una que para que vuelvan á la mía con todos sus pormenores, con sus más pequeños incidentes, me basta evocar un nombre propio, y al punto pasa ante mi vista toda una historia, y pronto aquel nombre se enlaza con otro y otro, y desfilan ante mí como sombras de personas que hubiera conocido y hubiera amado en tiempos anteriores.

Tal vez esta ilusión de mi imaginación dependa de que aquellas tradiciones se fueron grabando en mi alma en las dulces veladas del hogar, en que las oí á testigos presenciales, y recogí más de una de ellas de los labios de aquella santa señora que fué para mí una segunda madre, y que, al sa-

tisfacer mi curiosidad infantil, iba formando mi corazón, al mismo tiempo que aumentaba mi provisión de recuerdos de la niñez para las malas horas de la juventud.

Entre los nombres que sonaban en mis oídos, recuerdo que muchas veces se pronunció el de don PANTALEÓN GUTIERREZ, que *ella*, que era una santa, pronunciaba siempre con respeto. Ese mismo respeto movió mi curiosidad, y muchas veces me hice contar quién era don Pantaleón Gutiérrez.

—Era el patriarca de Bogotá y de la Sabana, me contestaban; y en apoyo de esto me referían sus innumerables obras de caridad, su constante labor en la práctica del bien, el auxilio que recibió siempre todo el que se acercaba á él alegando el único título que él aceptaba: la necesidad ó la desgracia.

III

ERA una noche de lluvia de aquel Santafé de fines del siglo pasado y una gran parte del presente, en que á las ocho de la noche las calles estaban desiertas, oscuras, y si se veía tal cuál luz era la de algún farol que iluminaba la imagen de algún santo incrustada en la pared, ó la de la linterna de algún raizal que aceleradamente se dirigía á su habitación, donde debían estar aguardándole para empezar el rosario, que presidía siempre el jefe de la familia.

A pesar de la oscuridad y de la lluvia, un caballero se dirigía apresuradamente á la casa de habitación del señor Gutiérrez. Tocó, é inmediatamente fué introducido al gabinete de estudio, donde le aguardaba don Pantaleón.

Mientras que el visitante deja en el corredor los consabidos zuecos (porque los zapatones son invención moderna), mientras que apaga cuidadosamente la linterna, abre el paraguas para que se orée, y sacude el monumental capote santafereño, echemos una mirada sobre don Pantaleón. Es un hombre de edad avanzada, pocas carnes, fisonomía distinguida, conjunto en que se lee la nobleza más que en un pergamino. Forman un singular contraste su cabeza plateada por las canas y su fisonomía que conserva la lozanía de la edad madura. Aun aquel que lo viera por la primera vez habría leído fácilmente la hidalguía de su sangre en su apostura, la nobleza de su corazón en su mirada, la tranquilidad de su conciencia en la apacible sonrisa de sus labios.

En el momento en que el visitante fué introducido, don Pantaleón cerró el libro que estaba leyendo, y se levantó á recibir al recién llegado. Pocos minutos después se entabló el siguiente diálogo:

—Malas nuevas, señor don Pantaleón, no ha sido posible conseguir el fiador, y comprendo que usted no puede hacer por mí más de lo que me ofreció anoche. Yo he venido á casa de usted sin más derecho que el que da su reconocida bondad; he venido á pintarle mi dolorosa situación: mi honra comprometida, mi esposa enferma, mis hijos desnudos, y al lado

de este cuadro, la suerte que por primera vez me sonríe, pudiendo mejorar toda mi vida..... pero para eso necesito quinientos pesos en calidad de préstamo.

—Y yo se los he ofrecido, por el tiempo que usted me diga que los necesita; y se los doy sin interés ninguno; pero en cambio le he pedido un fiador, el que usted pueda conseguir.

—Pues bien, señor don Pantaleón, cansado de buscar la firma de un amigo que poder ofrecerle, sin haber logrado que ninguno de los que me conocen me fíe, porque ante la miseria muchos olvidan la honradez de los años anteriores, no me ha ocurrido sino presentarle á uno que me conoce, que sabe lo que soy, pero que no sé si tenga las condiciones que usted desea.

—Oh! yo no exijo mucho, contestó el señor Gutiérrez; quiero prestarle á usted un servicio, pero deseo que haya responsables dos personas en vez de una; más claro, quiero no tanto un fiador como un testigo, pero traído por usted.

—Aquí tiene usted el único que puedo presentarle, dijo el solicitante con voz medio ahogada por las lágrimas, y al decirlo sacó de debajo de la capa un Cristo de madera, y dándolo al señor Gutiérrez agregó: como testigo es el mejor que puedo presentar, como fiador es el único que puede responder por mí, porque es el único que ve mi corazón, no mi miseria.

—Oh! es mucho más de lo que yo pedía, dijo don Pantaleón enterrecido.

Un momento después le entregó en oro la suma que solicitaba, y quiso devolverle el Cristo.

—No, guarde usted el fiador: yo lo rescataré cumplidamente, lo mismo que él me permite hoy rescatar mi honra y el pan de mis hijos.

Algunos meses más tarde, el mismo individuo volvía á casa del señor Gutiérrez, no cabizbajo y meditabundo como la primera vez, sino con aire contento, dejando adivinar en su fisonomía la dicha que rebotaba en su corazón. Al verlo, don Pantaleón quedó pagado con usura de su buena obra, porque él encontraba en el bien que hacía la recompensa de haberlo hecho.

Después de manifestarle todo el agradecimiento que positivamente sentía, devolvió la suma que había recibido en préstamo, aumentada no con intereses sino con todas las bendiciones de una familia honorable salvada á tiempo. Inmediatamente el señor Gutiérrez descolgó el Cristo del lugar donde lo había colocado desde la noche en que lo recibió como fiador, y devolviéndolo al dueño, le dijo:

—Estamos en paz; con fiadores como los que usted tiene, raro será que la suerte no le sea propicia, y que él no lo redima á usted en cualquiera aflicción, tan puntualmente como usted lo rescata hoy.

—Así lo espero, señor don Pantaleón; mi suerte ha variado ya: una obra de caridad como la que usted hizo, ha sido para mí la salvación; pero complete usted su servicio y mi alegría no devolviéndome el único fiador que tuve el día de la desgracia; consérvelo usted como el recuerdo de la gratitud de una familia y como un talismán para sus hijos.....

Los nietos de don Pantaleón conservan con veneración el Cristo que entró á su casa como fiador aceptado por un patriarca; y que la desgracia consolada dejó en ella como un recuerdo y como talismán.

IV

DIOS premió á don Pantaleón, como premiaba él á los patriarcas: con una larga y lucida descendencia; pero lo mismo que á sus escogidos, los sometió á terribles pruebas. El había abrazado la causa de la independencia con ardor, como la abrazaron todos los que llevaban su apellido; y cuando llegaron los malos días para la naciente República; cuando triunfantes Morillo y Enríle volvió á quedar el país sojuzgado por los godos, tuvo que sufrir la persecución ejercida contra su familia, la prisión á que fué conducido con su hijo don José Gregorio.... ¡hé aquí un nombre propio que despierta en mi memoria mil episodios!... pero sigo con don Pantaleón: pronto se confundirán el padre y el hijo en un solo recuerdo que ahogará todos los otros.

Don Pantaleón fué sentenciado por el Consejo de pacificadores á seis años de presidio en Omoa. ¿Los nietos habrán podido conseguir la carlanca del patriota para unirla en un solo trofeo con el Cristo del benefactor cristiano?

Algunos años después don Pantaleón se apagaba, porque el paso de la existencia á la eternidad fué para él tan sencillo, tan dulce, que no debería decirse que era la muerte. Rendido el viaje de la vida volvía á su casa paterna, donde no había sino brazos abiertos para recibirle.

Después de su muerte se supo una cosa curiosa en Santafé. Don Pantaleón había dejado los mismos bienes de fortuna que todos le conocían desde muchos años antes: sin haberlos aumentado en nada, y sin que en nada hubieran disminuido. Registrando sus libros de cuentas, que llevaba con escrupulosa exactitud, se encontró este dato curioso: había dado en limosnas la suma de \$ 352,000. Pero, cómo? preguntaban unos; un capital como el que él tenía no puede dar utilidades semejantes para repartir, decían otros; y los demás contestaban: todos esos cálculos pueden ser ciertos, pero el hecho es que ahí están los libros con sus partidas comprobadas que dicen cómo y cuándo, sin decir á quién dió cada limosna. Sí, pero.... ¡insensatos, que pensais que la caridad puede sujetarse á números como una cuenta de liquidación de intereses!.... ¡Ciegos, que no veis que la caja de la beneficencia la lleva Dios, y que su contenido es inagotable como es infinita la misericordia de quien la inspira!

V

UNO de los hijos de don Pantaleón Gutiérrez era don José Gregorio, abogado de nota en el foro de Bogotá, suficientemente aventajado no sólo para haber litigado varias veces con don Camilo Torres, con don Crisanto Valenzuela &c., sino para que todos ellos lo llamaran y fueran sus amigos.

Las reuniones de amistad pronto se convirtieron en la junta revolucionaria que iba minando lentamente la dominación española, y que esperaba la ocasión propicia para dar el grito de la redención, cuya hora parecía más cercana desde que se tuvo noticia de la guerra que la Francia hacía á nuestra metrópoli. En aquellas circunstancias (1809), don José Gregorio Gutiérrez era procurador del Cabildo, y don Camilo Torres era asesor: tocó al segundo redactar la gran representación á la Suprema Junta de regencia, documento que vivirá más tiempo que la ciudad de Quesada; tocó al primero redactar las instituciones que debían llevar los diputados que iban á representar en las cortes españolas al Nuevo Reino.

En estas instrucciones se les ordena, entre otras cosas, que reclamen para las provincias de América la misma representación que tenían las de España, es decir, igualdad de derechos en vez de la tutela á que estaban sujetas; y que juren fidelidad al Rey en tanto cuanto el monarca la jure á la constitución dictada por las cortes.

En ejercicio del mismo empleo dió su voto pidiendo la instalación de juntas provinciales, en la que convocó el virrey Amar cuando se tuvo noticia en Santafé de la sublevación de Quito.

Los ánimos se iban exaltando; sin embargo, todavía se dudaba de que fuera llegada la hora de la emancipación, cuando un incidente inesperado ocasionó el memorable 20 DE JULIO DE 1810. El bofetón que don Antonio Morales... ¡otro nombre propio! Despacio, recuerdos, despacio! Id desfilando en mi memoria, pero no os amontonéis con vuestro séquito de grandezas y de heroísmo; con vuestros episodios tan bellos, tan grandes, tanto, que con razón no cupieron en la historia de nuestra Patria!

VI

NO entra en mi plan narrar los servicios que Gutiérrez prestó á la causa de la Independencia en los años de 1810 á 1816; y por otra parte, yo no tengo en cuenta al borrar estas páginas lo que haya aprendido cuando ya he sido hombre, sino lo que oí cuando era niño sobre aquel año fatal (1816) en que Morillo ocupó á Santafé, vencidos ya los patriotas y dominada la República.

Uno de los primeros á quienes aprehendieron fué á don José Gregorio Gutiérrez, quien conducido á la cárcel de corte y de allí á la Tercera, fué llevado siete días después al colegio de Santo Tomás, convertido en prisión, donde él y otros no menos nobles compañeros aguardaban que el Consejo de Pacificación decidiera de su suerte. Estaba encerrado en uno de los calabozos que habían formado en el piso bajo del edificio.

Separado apenas por el techo del calabozo, había en el piso alto otro hombre que sufría todos los tormentos de aquella espantosa situación, pero duplicados con todo lo que debe tener de horrible el saber que un hijo está bajo la misma cuchilla que amenaza la propia existencia: era don Pantaleón Gutiérrez.

Un día, el 5 de julio de aquel año de oprobiosa memoria, el Fiscal, acompañado de numerosa escolta y dejando formada ya la doble fila de clérigos y frailes que iban á cumplir su terrible misión, abrió la puerta de uno de los calabozos é hizo salir á todos los que había allí, excepto el doctor Emigdio Benítez, á quien notificó la sentencia de muerte pronunciada contra él; y luego lo hizo salir para formar con los que debían cambiar el calabozo por la capilla. Lo mismo hicieron en cinco calabozos más, dejando siempre á la víctima sola para notificarle la sentencia, y haciendo que luego se incorporara á los otros mártires.

Entre tanto los presos que habían sacado de los calabozos para aislar á las respectivas víctimas, daban la vuelta á los claustros, seguidos por los centinelas y por algunos soldados de la escolta.

De la pieza donde había quedado Benítez mientras le hacían la terrible intimación, había salido don Pantaleón Gutiérrez y daba la vuelta al claustro cogido del brazo de don José María Arrubla. Empezaban ya la segunda vuelta cuando del último calabozo salió don José Gregorio Gutiérrez, quien reunido á Benítez, García Evia, el marqués de San Jorge, don Miguel Pombo y el doctor Crisanto Valenzuela, marchaba á la capilla. Al atravesar el patio alcanzó á ver á su padre que ya doblaba el claustro, y con el acento que debe tener en aquellos instantes nó la voz sino el corazón, le gritó: "Adiós, padre mío, hasta la eternidad!" El anciano reconoció la voz, pero no distinguió las palabras hasta que su hijo las repitió, y entonces, recostándose en la baranda, le contestó con la voz solemne con que el profeta debió dar su grito de muerte el sétimo día del sitio de Jerusalem: "Adiós, hijo amado, te seguiré bien pronto;" y es fama que el hijo dobló la rodilla en el mismo lugar en que hoy se eleva un sauce, y que el padre le dió su bendición, que Dios sin duda ratificó en el cielo.

Un minuto después don José Gregorio seguía para la capilla con sus compañeros de martirio, sin que nada revelara en él la violenta emoción de aquel instante supremo; y el anciano volvía á su calabozo sin que sus guardianes hubieran podido descubrir una lágrima en sus mejillas, ni una gota de sudor entre sus plateados cabellos.

VII

AL día siguiente, el 6 de julio, salieron los condenados á muerte entre las filas de una compañía del Regimiento de Barbastro, precedida de un piquete de artillería que llevaba un cañón. El fúnebre cortejo salió del colegio del Rosario y tomó por la calle del comercio para dirigirse luego por la de San Juan de Dios á la Huerta de Jaime.

Al llegar á la esquina de la tercera calle real, el señor Gutiérrez alzó los ojos para dar la última mirada á aquel asilo de sus mejores días, donde quedaban su adorada esposa y los cuatro hijos con que Dios había coronado su amor. Dicen que al alzar los ojos vió en el balcón á su esposa, doña Antonia Vergara, quien tenía á sus cuatro hijos de la mano, vesti-

dos todos de riguroso duelo porque llevaban ya el luto de la viudez y de la orfandad; habían salido á dar el largo adiós al que había hecho la felicidad de la madre y á quien ella recomendaba velar por sus hijos desde el cielo. Todos estaban arrodillados, y Gutiérrez con la entereza que su padre le había enseñado el día anterior, extendió la mano y dejó caer sobre ellos la bendición sagrada del que va á morir.

Mientras el cortejo llegaba al término fatal ¿qué pasaba en el corazón de la infeliz *viuda* que veía á su esposo joven, robusto, lleno de talento y de virtud, y que en aquel momento no esperaba sino el estallido de la descarga que debía suprimirlo del número de los vivientes? ¿Qué pasaba en el alma de aquel anciano que 24 horas antes se había despedido de su hijo, que lo había visto sacar de la prisión, que iba midiendo las distancias en la imaginación para calcular cuándo llegará al patíbulo, cuándo formará la escolta, cuándo.....? ¿Qué pasaba en el alma de don José Gregorio, habiendo dejado en la prisión, de donde hasta entonces nadie había salido sino para la plaza de las ejecuciones, á su adorado padre, á quien tal vez esperaba la misma suerte; viendo por última vez á su esposa amable, virtuosa, bella, joven, y llevando ya el luto por él que se sentía lleno de vida; y sus hijos!.... sus tiernos hijos á quienes acababa de bendecir con el corazón y con el alma.....?

Al acercarse al lugar del suplicio ¿no pasó por su mente la imagen de la Patria, pero ya libre, grande, magnánima, como él la había soñado? Oh! sí; pasó indudablemente, y esa visión debió ser para él un lenitivo, porque para ese entonces algo debía valer en beneficio de sus hijos y de su nombre aquella doble bendición recibida y dada en el momento supremo del martirio; algo deberá valer su muerte, cuando al que los verdugos llamen reo, la República lo aclame mártir.

Pero llegan al lugar de la ejecución: cada uno ocupa su banquillo; las armas están preparadas; las tienden.... Ah! y la esposa! y los hijos! y el noble anciano!.... Silencio! ya la esposa es viuda! ya los hijos son huérfanos! y el anciano, como movido por un resorte, al estallido de la descarga que más que en su oído sonó en su corazón, en pie, con la mirada perdida en el vacío, con los brazos extendidos como para buscar á su hijo que le arrebatában, los cabellos levantados por la emoción, cayó de rodillas en medio de sus compañeros aterrados, pronunciando por toda queja esta única palabra: "Dios santo, cúmplase en todo tu santísima voluntad!"

VIII

DOS horas después don Pantaleón Gutiérrez se aprovechaba del lapiz que uno de sus compañeros le había prestado, para dirigirle á su infortunada esposa el siguiente billete, que más de una vez oí recitar vertiendo lágrimas:

"Sea hecha en todas las cosas, alabada y para siempre ensalzada la justísima, altísima y amabilísima voluntad de Dios. Este es el tiempo en que podemos aprovechar mucho: no perdamos el cielo, que José Gre-

gorio, nos fué á esperar allá. Otro golpe nos falta: en estos días me sacan para el presidio con Castillo y Mutis; creo será para Bocachica. Valer, constancia y resignación á la voluntad de Dios."

Pocos meses más tarde marchaba una remesa de sentenciados para los presidios de Omca; uno de los presidiarios era don Pantaleón Gutiérrez, el patriarca de Bogotá y de la sabana. Detenido en el presidio de Cartagena, empezó allí á sufrir su condena, y la sufrió hasta que en atención á su edad y al estado de su salud, la autoridad le conmutó la pena de la carlanca por prisión en el convento de San Francisco. Allí lo halló el año de 1820 cuando llegó hasta Calamar el eco de Boyacá, y al grito de "Viva la Patria!" dado por Rondón y Anzoátegui, cuando al toque de carga decidían la victoria, rebelde en aquel día, los nobles presidiarios volvieron á sentir el brío de la juventud para devolver el grito desde las playas del Atlántico!.....

IX

ESTOS episodios los aprendí en mi infancia; quien los narraba era una buena y santa señora, y lo hacía con el mismo entusiasmo que debía tener el 20 de julio de 1810, cuando acompañada de otras varias señoras de las primeras familias de Bogotá, y armada con un farol y un palo, la sorprendió la media noche victoreando en la plaza á los miembros del Cabildo, que en aquel momento acababan de firmar el acta de la Independencia. El carácter de quien lo refería, la sencillez y el entusiasmo con que lo contaba, sus lágrimas, que yo veía correr; todo esto hizo que se grabaran en mi memoria de una manera indeleble; y como es indudable que las primeras impresiones tienen una influencia decisiva sobre el carácter y sobre el modo de pensar del individuo, desde entonces fui idólatra de la memoria de nuestros mártires, y desde entonces odié á sus verdugos con una cordialidad que hoy todavía me dura.

Yo ansiaba ser hombre: conocer la historia nacional en todos sus pormenores; quería saber todas las grandezas de la República; ansiaba conocer el fin de todos sus episodios, porque evidentemente faltaba el fin. El epílogo debía ser la apoteosis de los mártires, la expresión de gratitud de la Nación á los que se sacrificaron por fundarla, pero una expresión grande, magnánima como la Patria que ellos soñaron, y que yo soñaba también que ya se había realizado.

.... Ah! ¿porqué no me contenté con mis impresiones de niño?

X

HE aquí algo de lo que he visto, luego que realizado mi deseo pude conocer la historia nacional y sus grandezas.

El país estaba sumido en la anarquía: una larga revolución había ensangrentado el territorio, cubierto de nobles víctimas. La legiti-

dad había sucumbido; y el vencedor, que "no tenía derecho para juzgar á los vencidos," según decía él mismo, si había creído tenerlo para asesinar al día siguiente de su triunfo á... ¡Aparte, fantasmas, ya llegará vuestro turno!

El último representante de la legitimidad estaba obligado á vivir en los subterráneos, como no ha tenido que hacerlo aquí ninguno de nuestros famosos bandoleros. No había medio á que los vencedores no hubieran apelado para obligarlo á presentarse, inclusive el de perseguir á su tierna hija, y á su hijo de 12 años de edad, pensando que el amor paterno fuera superior á la conciencia del deber. Una desgracia imprevista y una cobarde delación lo entregaron inválido, maniatado, en poder de los vencedores.

El partido legitimista, aunque vencido, diezmado, habiendo visto caer á sus más queridos jefes, luchaba todavía con decisión, con heroísmo. Las guerrillas rodeaban la capital, burlando las fuerzas que el dictador mandaba en su persecución. La bandera de la Confederación flameaba todavía, hecha jirones es cierto, pero flameaba sostenida por manos leales; y la legitimidad, aunque herida, y herida diariamente, se debatía en los últimos trances, pero no había de exhalar el último aliento hasta que el más fuerte de sus defensores no cayera, como cayó al fin, en las breñas de Berruecos, ¡breñas malditas como las montañas de Gelboe!

XI

ERA el 3 de febrero de 1862. Hacía seis días que el dictador había salido en persona con numeroso ejército, á batir una de las guerrillas que siempre habían vencido ó burlado á todos sus tenientes. En esta vez la guerrilla, hábilmente dirigida, hizo lo que había hecho tantas otras: burló al Supremo Director; lo dejó buscándola en los páramos y tomó la vuelta de la capital.

Sabedor el general Mosquera de este movimiento y conociendo que no era posible evitarlo, lo comunicó inmediatamente á las autoridades civiles y militares, dándoles al mismo tiempo órdenes reservadas. En la comunicación les decía que á marchas forzadas regresaba con el ejército á proteger la ciudad, la cual ordenaba defender hasta su llegada.

Esta comunicación fué recibida por el comandante general de la plaza á las once de la mañana, y en el instante cundió el alarma en toda la ciudad, empezando á acuartelar gente y á hacer grandes preparativos para una defensa que anunciaban que habría de ser desesperada.

Durante todo el día la población entera examinaba las alturas que dominan la ciudad, temiendo unos, esperando otros ver ondear una bandera ú oír el sonido de un clarín; y hubo muchas personas que creían ver grupos, que distinguían hasta el escudo del estandarte, que oían el toque de diana, cuando no había otra cosa que la niebla que de costumbre envuelve aquellas alturas, hasta que el más ligero viento la deshace; tan cierto así es que el temor ó el deseo hacen que la imaginación vea y oiga lo que no existe.

A las tres y media de la tarde llegaron nuevos postas y espías anunciando que la guerrilla se dirigía de la Calera á la capital por detrás de la cordillera; la noticia era indudable, y los liberales más conspicuos resolvieron acuartelarse desde aquella hora temiendo un asalto nocturno, y la autoridad militar juzgó que era llegado el instante de dar cumplimiento á las órdenes reservadas del supremo Director.

—En una de las celdas del antiguo convento de Santo Domingo, reclinado en una mala cama, se encuentra un caballero enfermo, inválido por la fractura reciente de una pierna, á quien habían trasladado en su cama de dolor á aquel recinto, convertido en prisión y en cuartel. Al aprehenderlo el dictador juzgaba haber tomado buena presa, y lo mantenía lo más cerca posible de su palacio, para tenerlo más á la mano.

Serían las cuatro de la tarde cuando el jefe de la plaza se presentó en el calabozo, y le dijo al enfermo:

—Sabrá usted que la guerrilla de Guasca amenaza la ciudad....

—Lo sé ahora porque usted lo dice, pues hasta aquí no llegan noticias.

—Y debo avisar á usted que en caso de que la guerrilla consume el atentado de atacar la capital, he recibido orden del Supremo Director para pasar á usted por las armas; en consecuencia queda usted en capilla.

—Quedo enterado, contestó el prisionero con voz serena.

El que hacía la notificación era el Comandante general; el que daba la lacónica respuesta era don Ignacio Gutiérrez Vergara, legítimo Presidente de la Confederación Granadina, hijo y nieto de los dos mártires del 6 de julio de 1816!

XII

AL lado del enfermo se hallaban sus dos hijos mayores, que lo habían acompañado durante su prisión y que en aquel instante veían la muerte alzarse amenazadora, cuando ellos se veían impotentes: tal parece que fuera costumbre en esa raza, que el padre y los hijos estén juntos en los momentos supremos, para que los hijos no olviden nunca la senda que les traza el padre. La situación era terrible para todos; era evidente que el general Mosquera daba aquella orden esperando que el señor Gutiérrez, por rescatar su vida, enviara á la guerrilla algún mensajero reclamando que no atacara, porque el ataque sería la muerte del mismo á quien querían salvar; es decir, que esperaba que con la debilidad de un instante borrara el noble ejemplo dado hasta entonces, que comprara la vida al precio de la honra.... Nó, jamás!

La agonía de los hijos era peor que la misma muerte; como es natural, ellos deseaban hacer algo por salvar á su padre; qué? no lo sabían, pero el amor filial no reconoce imposibles, y por eso iban á hacerlo todo.... menos una cobardía, porque (para que nada falte en el drama) aquellos dos jóvenes se llamaban *Pantaleón* y *José Gregorio* Gutiérrez, y quien lleve uno de esos nombres tiene ya una senda trazada por quien lo ennobleció antes que él.

En la corta discusión que tuvo lugar entre el padre y sus dos hijos, resolvieron que el señor Gutiérrez escribiera una carta al general Mosquera, y que José Gregorio marchara inmediatamente á conducirla al campamento. Mientras que hacía los preparativos del caso, el prisionero dictaba su carta para el Supremo Director, la cual firmó y estuvo pronta en el momento que José Gregorio llegó por ella. En dicha carta el señor Gutiérrez le manifestaba dignamente que acababan de hacerle la intimación de muerte, á consecuencia de la invasión con que la guerrilla amenazaba la capital; que el Supremo Director sabía que la guerrilla obraba por su propia cuenta, siendo hasta ridículo suponer que él, encerrado en la dura prisión que el dictador conocía, y en la cual sus órdenes se obedecían ciegamente, pudiera darlas desde su calabozo á una guerrilla; y que su muerte era, pues, una injusticia con la cual no conseguiría sino manchar su nombre; pero que si en su sacrificio, ya que no se tenía en mira la justicia y no era posible ni contrarrestarla con la decantada conveniencia pública, sólo se cumplía un capricho, todas aquellas reflexiones eran inútiles, y él no tenía nada qué decir ni qué reclamar. Así, pues, esta no era una carta ó memorial que contenía una queja y mucho menos una súplica; era simplemente una protesta.

Pocos instantes después entró José Gregorio, recibió la carta que debía conducir, y se despedía aceleradamente porque él no tenía momentos que perder, pero su padre lo detuvo.

—Vé, pues, hijo mío, le dijo, pero antes oye: es posible que mi carta sea inútil y que tu viaje no tenga resultado ninguno: será lo que Dios quiera; pero debemos pensar en que nuestra despedida puede ser eterna; para en caso de que así fuere, valor y resignación. Adiós, hijo querido!... Y José Gregorio cayó de rodillas para recibir la bendición que le daba su padre al frente del patíbulo!

José Gregorio salió del calabozo ciego, como hubiera salido un autó-mata; la puerta se cerró pausadamente, y todo quedó en silencio.

Lo que pasó en el corazón de cada uno de los tres actores de este drama, José Gregorio que tendido sobre el enello de su caballo devoraba el espacio en busca de la vida de su padre; don Ignacio Gutiérrez que aguardaba tranquilo lo que Dios le tuviera reservado, pero que tenía que horrorizarse á la idea de que hicieran presenciar á su hijo el cobarde asesinato de que iba á ser víctima; Pantaleón que velaba al lado de su padre en la noche de capilla, y hasta esos dos nombres, Pantaleón y José Gregorio, que si para todos eran simplemente sus hijos, para él eran además algo como las sombras de su abuelo y de su padre sentados á su cabecera para acompañarlo en su última noche... no, esto no se puede comprender y mucho menos describir; lo que cada uno de ellos sentía sólo Dios lo sabe, y él se lo tendrá en cuenta.

..... El cuartel está lleno de gente, sobre todo desde que se oyó el toque de diana en la altura de Guadalupe; sin embargo la ciudad está tranquila, al menos en apariencia; la luna brilla magnífica en el cielo, y reina el más profundo silencio que sólo interrumpe de cuando en cuando el paso acelerado de las patrullas ó el grito de ¡quién vive! dado por las imaginarias.

XIII

¿QUÉ es esto, Dios Santo! ¿no es esto un sueño? Hace 46 años que un Gutiérrez bendecía á su hijo que iba á morir por la patria, y lo acompañaba en la capilla, de la cual sólo lo separaba una pared; hace cuarenta y seis años que ese hijo bendecía á su viuda y á sus huérfanos al marchar al patíbulo de los próceres; y hoy que ya la Patria es libre, que está sacudido el yugo de la España, que de los godos no quedan, como decía Zea, "sino sus huesos dispersos blanqueando en nuestros campos," hoy hay un hombre en capilla á donde lo ha conducido el cumplimiento de su deber, y ese hombre es un Gutiérrez.

Acaba de dar su bendición á uno de sus hijos que se llama JOSÉ GREGORIO, y pasa la noche de capilla acompañado por otro que se llama PANTALEÓN; y va á morir por GODO!... godo el huérfano del 6 de julio de 1816! Oh! razón tenía el girondino que decía á sus verdugos "cuando los antiguos conducían á sus víctimas al altar del sacrificio, las cubrían de guirnaldas y de cintas... cobardes! no las insultéis!"

Y habrá luego quién diga que las Repúblicas son ingratas! Aquella doble bendición recibida y dada en el momento supremo de morir por la Patria soñada, no tuvo otra recompensa, no valió más para sus descendientes que el que en ocasión idéntica, su propio hijo la transmitiera á los suyos teniendo al frente el patíbulo de los mártires!..... Y dicen que las Repúblicas son ingratas!.....

XIV

HAN pasado algunas horas. Al amanecer el 4 de febrero la ciudad ha podido ver el estandarte legítimo flameando en la altura de Guadalupe. Después de siete meses de dictadura se comprende fácilmente la impresión que produjo la vista de aquella bandera rodeada todavía por un puñado de bravos.

A las ocho de la mañana empiezan á bajar de la altura, y naturalmente aumenta el alarma entre los dictatoriales.

Todo es confusión en el nuevo cuartel de Santo Domingo; los defensores amontonan pertrechos, reducen á prisión á algunos individuos, envían postas al dictador; pero la medida á que algunos de ellos dan más importancia, en la que cifran toda su confianza, es en la orden del general Mosquera para fusilar al señor Gutiérrez, tan luego como suene la primera descarga de la guerrilla invasora.

Entre tanto la guerrilla avanzaba; había ocupado ya los alrededores de la ciudad y se dirigía al centro.

A las nueve y media de la mañana sonaron los primeros tiros, y en el acto el comandante de la plaza, seguido de numerosa escolta, se presentó en la puerta de la celda convertida en calabozo. La escolta descansó los fusiles que sonaron pesadamente en el pavimento, y el jefe se acercó á la cama del enfermo.

El prisionero acababa de almorzar y empezaba á fumar un cigarro.

—Señor Gutiérrez, le dijo, la guerrilla ha invadido la ciudad, y es llegado el momento de pasar á usted por las armas.

Hubo un instante de silencio, que rompió Pantaleón dirigiendo á su padre estas palabras que debían ahogarle:

—Padre mío, ya no hay esperanza! es necesario prepararse para morir!

Y el prisionero que, como he dicho, fumaba en aquel momento, soltó la bocanada de humo que en espirales se elevó hasta el techo; le siguió con los ojos porque aquel humo era la imagen de su vida que pronto se disiparía, y luego, botando el cigarro é incorporándose penosamente:

Estoy pronto, contestó.

Mientras que algunos de los defensores discutían entre ellos y con el jefe sobre el fusilamiento del prisionero, éste aprovecha los momentos que le restan para dirigir una segunda carta al general Mosquera, en la cual le dice que deplora por él (el dictador) el extravío de la justicia y el que manche su nombre con una iniquidad; que él muere contento cumpliendo su deber, y que su asesino puede vivir tranquilo, porque al tiempo de morir no sólo no lleva contra él ningún sentimiento de rencor, sino que le ofrece su perdón.

Pero ya suenan las descargas en dirección de San Bartolomé, los enemigos se acercan, se cierran las puertas del convento, se cruzan las primeras balas entre los que asaltan y los defensores; ha llegado el momento decisivo.

Ah! si hoy no es posible decir como en tiempos mejores, Dios salve la República, si es posible pedirle al menos que no permita que arrojen sobre ella una nueva mancha de infamia, y que ya que él no quiere salvar la patria, al menos salve su honor!

IV

Y Dios quiso salvarla, evitando otra página negra y vergonzosa en nuestra historia. Entre los defensores del cuartel había varios caballeros que resolvieron impedir que aquel crimen se llevara á cabo, asumiendo la responsabilidad que su oposición á una orden del dictador pudiera aparejarles. Creo cumplir un deber al estampar aquí los nombres de los señores Manuel Ancizar, Andrés Cerón, Jesús María Gutiérrez (jefe municipal entonces), Januario Salgar y Lorenzo María Lleras, sintien-

do no conocer los de algunos otros que tal vez contribuyeron á evitar este baldón á la República.

Salvado así el señor Gutiérrez, fué trasladado al convento de San Agustín, que habían convertido en prisión y en cuartel lo mismo que todos los otros conventos. Allí lo sorprendió el asalto que el 25 de febrero intentó heroicamente el general Leonardo Canal. Allí lo volvieron á poner en capilla; pero evito entrar en más pormenores de esta naturaleza, por temor de amontonar sombras en el cuadro, aunque es bien seguro que por muchas que amontonara nunca apagarían el colorido, ni dejaría de resaltar la parte clara. Baste decir que tantas veces le pusieron la muerte delante de los ojos, que se familiarizó completamente con la idea del fusilamiento, y estando listo en cualquier momento para el largo viaje, galantemente dejaba á sus enemigos la elección del día y de la hora.

YVI

EN la madrugada del 25 de mayo de 1862 un oficial entró á la celda donde languidecía, inválido todavía, el señor Gutiérrez, á quien, como de costumbre, acompañaba uno de sus hijos. El oficial se acercó á la cama, y le dijo:

—Señor Gutiérrez, tenemos que marchar inmediatamente.

—¿Podré saber para dónde?

—Yo mismo lo ignoro, respondió el oficial: son órdenes superiores.

Y al punto entraron algunos hombres que lo acomodaron malamente en una mala litera, demasiado corta para él, sin recursos y sin sombrero, sin poder avisar á su familia, lo sacaron del cuartel antes de que amaneciera.

Como se debe suponer, Pantaleón seguía el *quando* en que llevaban á su padre, atormentado por siniestros pensamientos; pero al llegar á la puerta del cuartel el centinela le dijo: atrás!

—¿Qué! ¿se me impide acompañar á mi padre?

El centinela no contestaba, ni podía contestar; este silencio exasperó á Pantaleón, y dirigiéndose al oficial le dijo:

—¿Porqué se me impide salir? Yo no estoy preso; usted sabe que me he encerrado aquí con el objeto de no abandonar á mi padre ni un momento, y no reconozco derecho para que se me separe de él.

—Yo lo siento, señor Gutiérrez, contestó el oficial, pero son órdenes superiores.

El prisionero que alcanzaba á oír este diálogo apenas pudo gritar á Pantaleón: adiós, hijo mío, valor y resignación! Y Pantaleón, furioso, loco de dolor y de rabia, se dirigió nuevamente á la celda, donde se había constituido prisionero al lado de su padre. Esas precauciones de sacarlo antes de que amaneciera, de impedir que alguno de los suyos le acompañara, le hacían temer que hubiera llegado el momento decisivo; é iguales reflexiones se hacía el enfermo á quien llevaban apresuradamente.

Sin embargo, el guando avanzaba en dirección á los afueras de la ciudad; pasaron muy cerca de la huerta de Jaime.; no recordaría el señor Gutiérrez que en aquel mismo sitio su padre derramó su generosa sangre por esta Patria que tan magnánima se mostraba con él?

El guando adelantaba siempre; estaban ya en la mitad de la sabana; y allí supo que lo llevaban á Honda. En efecto, ya fuera porque concluyendo el período durante el cual el señor Gutiérrez debía ejercer el Poder Ejecutivo, el Supremo Director lo considerara menos temible; ya porque se hubiera convencido de que la muerte, á fuerza de prodigar sus horrores, había venido á ser un espantajo, el dictador había resuelto extrañarlo del suelo nativo donde no había lugar para él.

XVII

TRES años más tarde el proscrito volvía al seno de la ciudad querida, de la familia amada. La suerte de la República había cambiado; la persecución salvaje había pasado con el imperio del sable.

Don Ignacio Gutiérrez volvía á su hogar, feliz porque traía la conciencia tranquila; volvía pobre, después de haber ganado para la República, en un arreglo con sus acreedores, cien millones de pesos; volvía humilde, como siempre, porque es tradición de su raza que el cumplimiento del deber no es motivo de orgullo; sobre todo volvía contento, porque al regresar al seno de su familia podía decir á sus progenitores: descansad en paz! en medio de la borrasca he salvado el nombre que me legasteis limpio, y limpio lo entregaré á mis descendientes.

He oído decir, y yo no lo aseguro, pero sí lo creo, que la noche de su llegada, después de haber bendecido á sus hijos, luego que estuvo solo en su antiguo departamento, dando gracias á Dios que lo restituía á los suyos, antes de entregarse al sueño, sus ojos tropezaron con el Cristo que más de medio siglo antes había recibido don Pantaleón Gutiérrez, su abuelo, como recuerdo de gratitud y como talismán para sus hijos; que entonces se prosternó y oró un momento: su oración tenía que ser corta, porque era la misma del Patriarca su abuelo: "Dios Santo! por mis desgracias, por las persecuciones que he sufrido, por haberme restituído á mi hogar, por todo lo que el porvenir me guarde, bendito seas! hágase en todo tu santísima voluntad!"

XVIII

ESTO dijo él, é hizo bien en decirlo; pero yo que no soy ni tan cristiano ni tan patriota, ni tengo el corazón templado como él, yo protesto, yo digo: no, no es posible que la República, ni aun sus

malos hijos, tengan derecho para olvidar la obligación solidaria que tenemos todos para con los que nos dieron patria, ó para con los descendientes de los que nos la legaron. Y, sobre todo, al hijo de un Gutiérrez, de un Torres, de un Lozano, se le sacrifica pero no se le insulta!

A uno de ellos el oidor Mosquera lo hubiera sentenciado al presidio de Ceuta, como sentenció á Nariño; el oidor Catani lo hubiera sentenciado á ser descuartizado, como sentenció á Galán; el virrey Amar lo hubiera mandado ejecutar, como ejecutó á Salas, en Pore; Morillo lo habría hecho fusilar, como fusiló á su padre, ó lo hubiera mandado á Omoa, como mandó á su abuelo; pero no lo hubiera llamado godo! Es que ese nombre pronunciado por el vencedor y arrojado como un *inri* sobre el vencido, cuando el vencedor se atreve á llamarse la Patria, es arrojarles á la cara como un insulto la sangre de sus padres que sirvió para comprarla! Y, no obstante, tristeza da decirlo! ese es hasta hoy el único fruto que han cosechado los descendientes de los próceres: ese es el único pago que la República ha podido darles, cuando no les ha anticipado á unos el patíbulo y á todos los otros el olvido.

Y sin embargo, es tan cierto que las impresiones de la niñez deciden del modo de ser y de pensar en el resto de la vida, que, á pesar de la ingratitud, de la anarquía, de las decepciones, yo, empapado en el amor de los próceres, no puedo concluir estas páginas sino con las mismas palabras que ellos pronunciaron al morir: ¡VIVA LA PATRIA!

Octubre de 1866.

XIX

DOS años han pasado.

El señor Ignacio Gutiérrez V., elevado á la primera magistratura de Cundinamarca por el sufragio popular, se encuentra hoy preso en un calabozo de la Penitenciaría del Estado.

Hoy 13 de Diciembre de 1868 vuelvo á leer estas páginas que había guardado en mi pupitre, sin intención de que vieran la luz. Los últimos acontecimientos, que juzgo inútil traer á la memoria, me deciden á agregar un nuevo episodio al cuadro que he deseado trazar.

La Asamblea del Estado ha dictado contra el señor Gutiérrez, que desconoció su jurisdicción, pero á quien la fuerza someterá á su fallo, una sentencia que le condena á inhabilitación perpetua para ejercer ningún destino público, y á ocho años de presidio.

El dictador de 1863 le destinaba el patíbulo que los pacificadores dieron á su padre; la Asamblea de Cundinamarca le decreta el grillete de presidiario con que Morillo distinguió á su abuelo don Pantaleón Gutiérrez. Es posible que esta pena sea conmutada por la de prisión en el convento de San Francisco (la misma que á don Pantaleón en Cartagena), ó por la de expulsión del territorio de la República.

Decididamente, para el huérfano del 6 de Julio de 1816, no hay lugar en el suelo nativo!

Basta. Estas páginas que creí que no hubieran de publicarse nunca, que ahora tres meses hubieran podido ser interpretadas como una adulación al Jefe del Estado, hoy pueden ser presentadas respetuosamente al presidiario señor Ignacio Gutiérrez V., y para tener seguridad de que serán bien acogidas, sólo me falta enviar como última palabra, la que sé que hará vibrar las más nobles fibras de su corazón:

VIVA LA PATRIA. *quand memel*



LA CONJURACION

DEL 25 DE SETIEMBRE DE 1828.

Por Florentino González.

.....
LAS escenas del drama, que había de terminar en la catástrofe de la libertad, se sucedían con presteza. Bolívar llegó á Bogotá, de regreso de Caracas; y desmontándose en la puerta de la iglesia de Santo Domingo, en donde el Congreso estaba reunido, prestó inmediatamente el juramento de posesión de la Presidencia de Colombia, que se reducía á prometer á Dios y á la nación, *sostener y defender la Constitución de Colombia*. Ya veremos como cumplió este juramento.

Sucedía esto; según me parece, en Agosto de 1827. Ninguna manifestación, ningún aplauso, precedió, ni siguió á aquel acto: circunstancia que Bolívar debió notar con extrañeza; pues era la primera vez que su presencia no fuese saludada con vivas y aclamaciones en la capital.

Con la llegada de Bolívar, cesó la anomalía que duraba tanto tiempo, de que la nación estuviese gobernada por dos jefes, que daban órdenes desde distintos puntos.

La revolución empezó á presentarse con un carácter más decisivo. En una sola semana, Bolívar elevó al grado de general á 17 coroneles, entre quienes se hallaban algunos de los que más se habían distinguido por sus opiniones liberales y su oposición á la Dictadura. No pudieron resistir á los halagos de aquel grado; y se les vió cambiarse en partidarios ciegos del hombre cuya conducta habían censurado. El general José María Mantilla, es una honrosa excepción y siempre ha conservado una firme y fiel adhesión á los principios liberales.

En proporción se prodigó los ascensos al grado de coronel y otros de la milicia; y la devoción del ejército quedó, por consiguiente, asegurada de la manera más positiva.

El Congreso, por su parte, dócil al querer del Presidente, aprobó sus actos; y luego se ocupó en discutir y aprobar la medida que había de pre-

parar el campo para el desenlace final de la revolución. Se presentó un proyecto de ley por la cual se convocaba una Convención de Diputados de todas las provincias de Colombia, para que reformase la Constitución, y reorganizase la República. Fué este proyecto el objeto de largas y acaloradas discusiones. Al fin se sancionó; y se dieron las disposiciones necesarias para que se hiciesen las elecciones.

El Diputado Francisco Aranda, de Caracas, uno de los favoritos de Bolívar, y depositario de su confianza, propuso en la Cámara de Representantes que se acusase al general Santander ante el Senado por mala conducta en el contrato y manejo del empréstito de treinta millones de pesos negociado en Inglaterra en 1824. A pesar de que el hombre por cuyo medio se proponía la acusación, hacía presumir el alto personaje que la sujería, y á pesar del decidido empeño con que la sostuvieron el señor Aranda y los demás Diputados de la confianza de Bolívar, la Cámara terminó por negar la acusación. No se había perdido aún el pudor, y la mayoría rechazó con desdén las negras imputaciones que se hicieron á un hombre que, como Vicepresidente de Colombia, había suministrado á Bolívar todos los recursos de hombres, armas y dinero, que fueron los elementos de la gloria militar que alcanzaron él y los demás ingratos generales, que con tanta saña persiguieron después á Santander.

Resuelta la convocatoria de la Convención, empezaba una época de esperanzas, que debía inspirar alguna confianza á todos los partidos. Era natural que los hombres capaces de escribir, manifestasen su opinión sobre las reformas que se creían necesarias. El doctor Vicente Azuero, que se había retirado de la escena política, á consecuencia de un disgusto serio con uno de los partidarios de Bolívar, con motivo de un artículo publicado en el periódico *El Conductor*, que yo redactaba en su ausencia, volvió á aparecer, y tomó de nuevo á su cargo aquel periódico. Creía que le sería permitido publicar libremente sus ideas, en una época en que ellas podían contribuir tan poderosamente á que la importante cuestión que iba á ocupar á los Representantes del pueblo se decidiese de la manera más conveniente á Colombia. Mas se desengañó pronto de su honrada confianza.

Apenas apareció el primer número de *El Conductor*, publicado por su antiguo redactor, el doctor Vicente Azuero, uno de los más distinguidos ciudadanos de Colombia, fué atacado en la calle más pública de la capital por un coronel que llevaba el mismo nombre de Bolívar, quien, tomándole la mano derecha, trató de quebrarle los dedos, y lo estropeó en seguida á puntapiés. Probablemente lo habría matado, si por casualidad no hubiese pasado por aquella calle el general José María Córdoba, y lo hubiese librado de aquel bárbaro, que era uno de los perros de presa de la comitiva del Dictador. Pasó este hecho á medio día, en el lugar más público de la capital, y era el objeto de este atentado uno de los hombres más prominentes del país, Presidente del Congreso constitucional de Colombia; y ni Bolívar, ni el intendente de Cundinamarca, coronel Pedro Alcántara Herrán, ni autoridad ninguna, tomó el menor interés por que se castigase al culpado, á pesar de las enérgicas representaciones del agraviado. Este hecho bastaría, no sólo para deshonrar á los que lo dejaron impune, sino también para imponer silencio á los que preconizan á Bolí-

var las plumas que en Bogotá se consagraron á su defensa. Era uno de los escritores un tal Genaro Monteburne, napolitano, que pretendía ser primo del célebre Filangieri, autor de la ciencia legislativa, y sólo había sido conocido por su charla importuna, y por su disposición mercenaria á servir á quien quiera que le pagase, sin cuidar de examinar la clase de servicio que se le exigiera. Este aventurero tuvo una vez la sandia avilantez de proponerme que escribiese en el sentido de sus producciones, haciéndome la injuria de apreciarme por sus sentimientos mercenarios. Una mirada de desprecio fué mi única respuesta; y aun creo que no merecía tanto aquella vil criatura. Otro era un tal coronel Abondano, único entre los granadinos que habían combatido en Venezuela que no hubiese dejado en aquel país fama de valiente. Habíase elevado á aquel grado adulando al general Rafael Urdaneta, pues yo lo conocí de capitán en 1825, y después no hubo batallas en que hubiera podido ganar aquel alto empleo. Estos eran los hombres encargados de popularizar la nueva situación y deprimir y difamar á los más esclarecidos colombianos, sin que nadie se atreviese á contradecirles.

Disuelta la Convención por la desertión de los veintiún Diputados, los Representantes del pueblo, que habían permanecido fieles á su mandato, se reunieron, presididos por el señor Joaquín Mosquera, y declararon en una acta, que se halla entre los documentos de la vida pública de Bolívar, el motivo que impedía la continuación de las sesiones.

Hecho esto, regresaron á sus domicilios; y se dijo entonces que un gran número de ellos, antes de emprender su marcha, había contraído el solemne comprometimiento de ir á promover en sus respectivas provincias una reacción contra Bolívar; supuesto que ya había desaparecido toda esperanza de reconstituir el país y afianzar la libertad por los medios legales.

No sé con certidumbre que aquel comprometimiento hubiese existido de la manera solemne que se aseguró se había contraído; pero sí sé que cada uno de aquellos diputados, al regresar á su respectiva provincia, fué un apóstol de la libertad, y que todos estaban dispuestos á secundar una reacción contra Bolívar, y en favor de los principios liberales.

Ni era menos adversa á Bolívar la opinión de los ciudadanos; y era seguro que al primer golpe que éste sufriese, se declararía de la manera más explícita. Así lo daba á entender el pueblo con la timidez y desconfianza con que participaba de las fiestas en que los militares celebraban el vergonzoso triunfo que acababan de obtener.

La juventud, sobre todo, educada bajo el régimen constitucional, y nutrida con el amor á la libertad, daba muestras inequívocas de la impaciencia con que sufría el yugo que se le acababa de imponer.

Algunos republicanos reflexionábamos sobre todas estas circunstancias en el almacén del señor Wenceslao Zuláibar, el día y al tiempo mismo que, con grande aparato militar, se publicaba el decreto de *arreglo provisorio*, de que ya he hablado en el capítulo anterior.

Recordamos también todos los sucesos escandalosos que habían precedido á este acto con que se pretendía legalizar la usurpación; é indignados al considerar los medios criminales con que se había privado á Colombia del Gobierno constitucional y de la libertad, y espantados con el por-

venir que se nos esperaba bajo el mando de un Dictador sostenido solamente por una soldadesca inmoral y mercenaria, resolvimos acometer la empresa peligrosa de destruir la Dictadura y restablecer el gobierno constitucional.

Formóse, en consecuencia, en aquel mismo día, una junta revolucionaria secreta, y, en la sesión que tuvo aquella misma noche, se decidió que la dirección de la revolución se encargase á una comisión de siete personas, que serían el núcleo de las afiliaciones sucesivas que debían hacerse de las personas que se comprometiesen á obrar, y el centro de donde partirían todas las órdenes para las operaciones. Fui nombrado miembro de esta comisión con los señores coronel Ramón N. Guerra, Mariano Escobar, Juan Nepomuceno Vargas, Wenceslao Zuláibar, Luis Vargas Tejada y doctor Juan Francisco Arganil.

El general Francisco de Paula Santander era Vicepresidente constitucional de Colombia; y aunque Bolívar, por sí y ante sí, lo había declarado cesante, todos reconocíamos en él el depositario del poder legal, que se encargaría del Gobierno de Colombia, si era destruido el régimen dictatorial.

Era, pues, nuestro objeto destruir este régimen, apoderándonos de las personas de Bolívar y sus ministros, venciendo la resistencia que podíamos encontrar en algunos cuerpos de la fuerza armada; y poner en seguida á la cabeza del Gobierno al Jefe constitucional de la Nación, quien dispondría de la suerte de los usurpadores.

Este fué el plan primitivo de la revolución, acordado por la comisión directiva, y este fué el plan que se puso en conocimiento del general Santander, para lo cual fui yo comisionado. Este plan se siguió invariablemente hasta la noche del 25 de septiembre, en que hubo que cambiarlo por las razones que á su tiempo expresaré. La naturaleza de los preparativos que se hicieron para el movimiento, haré ver si ellos se acordaban con aquel plan.

Bolívar, para desembarazarse del general Santander, lo había nombrado Ministro Plenipotenciario cerca del Gobierno de los Estados Unidos, y Santander estaba dispuesto á servirse de aquel nombramiento como de un medio de salir de un país en el cual no se consideraba seguro, porque Bolívar veía siempre en él el centro de reunión de la inmensa mayoría fiel al Gobierno constitucional, y adversa al despotismo dictatorial.

Santander no pensaba que, en los momentos mismos en que la Dictadura se proclamaba por sí en un decreto, á la frente de los pretorianos que la habían fundado, se intentase una reacción contra un poder que aparecía tan fuerte por el número de bayonetas de que podía disponer. Así, cuando yo puse en su conocimiento el plan de la comisión, sin desconocer la razón con que procedíamos á usar del derecho de insurrección contra un usurpador, que tan descaradamente había hollado todos los derechos del pueblo, y apropiádose de hecho el poder público, se admiró de la resolución de que nos mostrábamos animados los que habíamos acometido tan azarosa empresa. "Reconozco, me dijo, que ha llegado el caso en que una insurrección es tanto, ó más justa, que en 1810. Entonces nos insurreccionamos contra un gobierno establecido por siglos en el país, y reconocido por la aquiescencia de nuestros padres. Nos insurreccionamos, porque ese gobierno ejercía actos escandalosos de opresión sobre el pue-

blo, y porque faltaban entre nosotros agentes que pudieran considerarse como legítimos representantes de él. El resultado favorable de una lucha sangrienta nos puso en posesión de nuestra soberanía, y usámos de ella para establecer un gobierno constitucional republicano. Por la astucia y la violencia se ha destruido ese gobierno, y de hecho se ha establecido uno despótico, por el mismo hombre á quien la Nación había encargado de afianzar ese gobierno constitucional y cooperar á que se perfeccionase. No es posible sancionar con nuestra aquiescencia los atentados que acaban de consumarse, y yo no podré desaprobarme nunca los esfuerzos que se hagan para restablecer el gobierno que el pueblo de Colombia se dió, y que el general Bolívar ha destruido. Sólo tengo que hacer á usted una objeción relativa á mi persona. Si una revolución tiene lugar hallándome yo en el país, y en la ciudad misma en que ella estalle, va á decirse que yo he promovido esta revolución, y que la he promovido por ambición personal, no por el noble deseo de restituir la libertad á mi patria. Yo no quiero, Florentino, que nunca pueda sospecharse, ni decirse semejante cosa de mí. Déjenme ustedes alejarme del país, y dispongan de su suerte sin mi intervención, para que no haya ningún pretexto para contrariar sus esfuerzos."

Manifesté al general Santander la imposibilidad en que nos pondría de restablecer el régimen constitucional, desde el momento en que él, que era el representante legal de ese régimen, se alejase del país. Permaneciendo él en Colombia, el Gobierno constitucional aparecía en su persona en el momento en que fuese destruido el Gobierno dictatorial. Alejándose, era necesario crear un gobierno provisorio, de hecho, que oponer al gobierno dictatorial, entre tanto que el pueblo lo legalizaba por medio de sus representantes. La guerra civil sería la consecuencia, y el resultado de la lucha tal vez sería adverso á la causa de la libertad. Tomando las riendas del gobierno el Vicepresidente constitucional de Colombia, que no había dado ninguna muestra de aquiescencia á la usurpación, ni manchado su conducta con ningún acto de infidelidad á la Constitución que había jurado, el oponerse á sus órdenes y desobedecerlas era un acto de rebelión. El derecho del pueblo luchaba entonces contra el hecho del usurpador, y la fuerza física de éste no podría prevalecer contra la fuerza moral de aquél.

Yo hice al general Santander estas reflexiones, y nada me contestó á ellas, seguramente porque no era posible contestarlas. No me dió ninguna respuesta decisiva acerca de su aquiescencia á tomar el mando; mas yo vi en su mismo silencio la convicción íntima de que no podía dejar de hacerlo así; y mis compañeros pensaron lo mismo que yo, luego que les referí mi conversación con el general Santander.

Bien persuadido de que el Vicepresidente no dejaría de tomar el mando, si conseguíamos destruir el gobierno dictatorial, en la siguiente reunión de la junta directiva resolvimos poner en acción los medios de que podíamos disponer para lograr aquel resultado.

Era jefe de Estado Mayor del departamento de Cundinamarca el coronel Ramón N. Guerra, miembro de la junta directiva; y un batallón de artillería, que era uno de los cuerpos de la guarnición, era mandado por jefes y oficiales unidos conmigo en ideas políticas, y dispuesto á arriesgarlo todo para obtener el restablecimiento del régimen constitucional. El

parque estaba á disposici6n y bajo la custodia de este cuerpo; y contando con el cuerpo, teníamos no solamente la fuerza de éste, sino también los medios de armar y municionar á todos los que se comprometiesen á correr los trances de la lucha, si ella llegaba á ser necesaria, por alguna circunstancia casual; pues de otro modo era imposible, como se verá, á medida que se vaya desarrollando nuestro plan de operaciones, cambiado repentinamente por necesidad en la noche en que estalló la revoluci6n.

Hablé de nuestro designio al comandante de artillería Rudecindo Silva, y á algunos oficiales; y luego, luego ofrecieron tener el cuerpo á nuestra disposici6n.

Teniendo en la junta directiva al jefe de Estado Mayor, poseíamos el medio para dar todas las 6rdenes necesarias en el momento decisivo, y con el batall6n de artillería teníamos un cuerpo respetable que hiciese eficaces aquellas 6rdenes. El general Padilla y los oficiales á quienes se tenía presos en los cuarteles, por consecuencia de los acontecimientos de Cartagena, podían servirnos, desde luego, ganando algunos oficiales y sargentos de los cuerpos que los custodiaban, y después, poniéndose á la cabeza de estos mismos cuerpos y de los estudiantes y jóvenes de la capital, quienes estaban todos dispuestos á tomar las armas contra la Dictadura en el momento mismo en que hubiese una insurrecci6n contra ella.

Preparáronse con actividad todos estos medios de acci6n, y á mediados de Setiembre contábamos ya, además del cuerpo de artillería con el comprometimiento expreso de varios oficiales y sargentos de los cuerpos de más confianza del Dictador. En el batall6n Vargas, los capitanes Quintero y Lizardi y algunos sargentos, estaban de acuerdo en poner el cuerpo á disposici6n del Jefe que nosotros señalásemos. Este Jefe debía ser el Teniente coronel Tomás Herrera, quien se hallaba preso en el cuartel de Vargas con el capitán Rafael Mendoza, quien debía ser su segundo en el mando del cuerpo.

En aquel mes se celebró el establecimiento del gobierno con fiestas.

Entre los regocijos públicos hubo varios bailes de máscaras, á los cuales asistió Bolívar desarmado y sin custodia. Si, como dijeron después sus partidarios, no hubiéramos tenido otro objeto que asesinarlo y apoderarnos del poder para dominar, aquella era una ocasi6n que no habrían perdido conjurados de esa clase. Mas no eran deseos de venganza, ni odios personales, ni la ambici6n del poder, lo que nos movía á correr los trances peligrosos de una insurrecci6n; sino la esperanza de restablecer al pueblo en sus derechos, y restituir á nuestra patria el gobierno que ella se había dado, y bajo el cual empezaban ya á desarrollarse los gérmenes de la prosperidad á que ella está llamada.

Estaba convenido y dispuesto por la junta directiva, que Bolívar y sus ministros debían ser aprehendidos y puestos á disposici6n del jefe constitucional de la naci6n, para lo cual contábamos con todos los medios, si, como se nos había ofrecido, el Jefe de Estado Mayor ponía en nuestras manos, el día señalado, los cuerpos de guardia, y mantenía en su casa los jefes de la fuerza armada con el pretexto de darles 6rdenes de concertar planes con ellos. Así estaba acordado con él; y así es que con la mayor confianza aguardábamos el 28 de septiembre, que era el día señalado para apoderarnos de Bolívar y sus ministros en un baile que debía dar el Encargado de negocios de Méjico, á que seríamos convidados mu-

chos de los comprometidos, y al cual Bolívar asistiría sin falta. Sabíamos que entonces podría llevarse al cabo nuestro designio, sin ruido ni efusi6n de sangre; pues, poniéndonos en posesi6n de los cuarteles y de todos los puestos militares, inclusa la guardia del palacio de gobierno, con 6rdenes expresas del Jefe de Estado Mayor, ninguna dificultad había para apoderarnos de Bolívar y sus ministros, pues aquél nunca andaba acompañado sino con uno ó dos de sus ayudantes de campo, quienes, en ocasiones como aquella, ni aun llevaban armas.

Es una calumnia el cuento que se inventó después del 25 de septiembre, de que algunos enmascarados siguieron una noche á Bolívar al salir del baile de máscaras, hasta la esquina de su palacio, con el objeto de asesinarlo. Zaláibar, Honment, Pedro Celestino Azuero y muchos otros de los principales comprometidos estábamos desarmados, y permanecimos en el baile hasta mucho tiempo después de que Bolívar había salido de él. Si algunas personas siguieron á Bolívar con la intenci6n que se ha querido suponer, y de que nunca ha podido darse prueba alguna, jamás tuvo noticia de ello la junta directiva, ni ella dió orden alguna para que así se hiciese; ni podía dárla, porque no tenía seguridad de que Bolívar asistiese al baile de máscaras. Si tal designio hubiera existido, también se hubieran tomado las disposiciones oportunas para asegurar los cuarteles y los puestos militares, y las demás consignantes á aquel hecho.

Sóloamente el 21 de septiembre se preparó un atentado contra la vida de Bolívar, y esto sin conocimiento previo de la junta directiva.

El general Bolívar se había ido á pasear á Soacha, á dos leguas y media de la capital, acompañado únicamente por el señor José Ignacio París y un ayudante de campo, quien no tenía otra arma que su espada. El teniente coronel Pedro Carujo habló á cuatro de los conjurados, para que le acompañasen á Soacha bien montados y armados, para ir á sacrificar á Bolívar. Cuando ya los caballos estaban ensillados y las personas listas con sus armas, Carujo vaciló al tomar sobre sí sólo la responsabilidad de un hecho tan grave, y se decidió á dar previo aviso al general Santander. Este General lo disuadió de semejante designio, alegando hasta amenazarlo con que daría parte á las autoridades, si no le prometía sobre su palabra de honor que desistiría de llevarla al cabo. El General, no contento con esto, me hizo llamar inmediatamente, y me avisó lo que pasaba, excitándome á que reuniese la junta directiva á fin de que diese las providencias necesarias para impedir semejante atentado. Yo reuní á tres ó cuatro de los que pude encontrar, y sin pérdida de momentos buscámos á Carujo, y le manifestámos nuestra formal oposici6n á que llevase á cabo su designio; representándole, además, cuán impropio era el que él se precipitase á obrar por sí solo, habiéndose comprometido con juramento á obedecer las 6rdenes de la junta directiva. Este hecho está comprobado en el proceso que se siguió contra el general Santander, y en el mismo consta que su conducta en aquel día se tuvo en cuenta para conmutar la sentencia de muerte que contra él se había pronunciado.

Se ve, pues, que ni en los bailes de máscaras, ni cuando Bolívar salía á pasear al campo, desarmado y casi solo, se meditó por la junta directiva hacer nada contra él; porque no era nuestro objeto la muerte violenta de aquel hombre, cuando, no sólo se desperdiciaron las ocasiones

oportunas para ejecutar aquel hecho, sino que positivamente se impidió que se llevase á cabo por los individuos que, sin consentimiento de la Junta, intentaron consumarlo.

Los partidos procuran siempre dar á los hechos de sus contrarios un colorido criminal, y los vencidos en las contiendas civiles son víctimas de las calumnias y de la saña de los vencedores. *Vae victis*. En esos desórdenes de la sociedad, que se llaman guerra civil, y de que siempre tienen la culpa los gobernantes, el vencido no encuentra jueces sino verdugos, ni puede esperar que de los labios de los testigos salga la verdad sino la calumnia. La venganza dicta los escritos, las declaraciones y los fallos; y basta que el que es objeto de ellos haya mostrado simpatías por la causa vencida, para que por la prensa, de palabra y en los juicios, se le estigmatice y denigre con todas las imputaciones que pueden hacer de él un objeto de horror. El poder triunfante acepta como pruebas de celo las calumnias que se divulgan contra los vencidos, y honra con el nombre de la justicia los asesinatos que cometen los jueces. Los bolivianos confirmaron entre nosotros estas verdades, empuñándose en hacernos pasar en el mundo como una gavilla de asesinos dignos de odio y execración de las generaciones futuras. Ahí están los hechos hasta el 21 de septiembre, hechos constantes en documentos oficiales, y que pasaron á la vista de muchas personas que viven todavía. Examinense con imparcialidad; y dígame entonces, si era el deseo innoce de derramar la sangre de un guerrero ilustre el móvil de nuestras acciones, ó era nuestro único objeto, nuestra noble y generosa resolución, librar á nuestra patria de la Dictadura militar que acababan de aclamar los nuevos pretorianos, y conquistar para el pueblo el poder que escandalosamente se le había usurpado.

Los planes mejor combinados abortan á veces por la indiscreción de los que los conocen, ó porque, en el momento de la ejecución, falta el valor necesario para ir hasta el fin á los que los dirigen ó deben cumplirlos. Una y otra cosa concurrieron, el 25 de setiembre de 1828, á precipitar y frustrar una revolución combinada con prudencia y madurez, y que se habría cumplido sin un tiro de fusil, ni una gota de sangre, á pesar de la indiscreción que la precipitó, si al Jefe de Estado Mayor no le hubiera faltado la resolución necesaria para obrar como estaba comprometido á hacerlo.

El secreto no se había guardado religiosamente entre todos los comprometidos, y puede decirse que en aquellos días lo que se pensaba hacer, no era ya el secreto de los conjurados, sino el secreto de la población de la ciudad de Bogotá. Mas tan general era la opinión contra la Dictadura, y tan grande el entusiasmo por la libertad, que una sola delación, un solo aviso indirecto no había advertido á los bolivianos de que su poder estaba minado de manera que de un momento á otro debía acabar.

Descansaban en la más tranquila confianza, persuadidos de que nadie en Colombia sería capaz de alzar la voz, ni tomar las armas contra el hombre que con su nombre había hecho temblar las huestes españolas, cuando este nombre significaba para el pueblo lo mismo que el de la república y la libertad; y que con su espada había conquistado la independencia, con el auxilio de todos los colombianos, cuando esta espada representaba para nosotros la fuerza y el poder del pueblo. No sospechaban si-

quiera, que ese nombre y esa espada, que eran objetos de adoración para la turba servil y alucinada que se prosternaba ante ellos, habían perdido el poder mágico que tenían sobre los colombianos, desde que habían dejado de significar la república, la libertad, la fuerza y el poder del pueblo, y sólo significaban la dictadura, la fuerza y el poder de los nuevos pretorianos que se habían arrogado el derecho de disponer de nuestra suerte. Creían que el pueblo, que había hecho tan heroicos sacrificios en la guerra de la independencia para fundar la República, estaba contento con una nacionalidad sin fruto y sin gloria, no estando acompañada de la libertad, y que, resignado, aceptaba con gusto la servidumbre de la época colonial, solamente porque el poder que se la imponía no estaba en manos de los españoles, sino en manos del hombre que nos había sometido á ella aclamando hipócritamente los nombres, gratos al pueblo, de la república y la libertad.

Ignoraban, pues, que en el seno de esa sociedad que creían resignada y sometida, fermentaba la indignación contra la usurpación consumada, y que ella debía estallar de un día á otro de un modo terrible para ellos. Mas en la tarde del 25 de setiembre, el capitán Benedicto Triana, á quien el capitán Rafael Mendoza había dicho que estuviese preparado para un trance en que su cooperación se necesitaba en aquellos días, acalorado con el licor, se trabó de palabras con unos oficiales del batallón Vargas; y como aquéllos lo injuriaban, los amenazó diciéndoles que dentro de pocos días todos ellos tendrían el castigo merecido.

Denunciaron éstos á la autoridad militar lo que había pasado, y Triana fué reducido inmediatamente á prisión y sometido á una especie de tortura para inducirlo á que declarase lo que supiera acerca del movimiento revolucionario que se suponía estar preparándose, supuesto que con tanta confianza había proferido sus amenazas. Triana guardó silencio con heroica firmeza, y nada pudieron los halagos y los crueles tratamientos á que se le sometió alternativamente, para hacerle declarar lo que supiese.

El coronel Guerra que, como Jefe de Estado Mayor, tenía conocimiento de lo que sucedía, dió parte, al anochecer, á los miembros de la junta directiva, y les manifestó la necesidad de hacerlo todo aquella misma noche.

Reunióse inmediatamente la mayoría de los miembros de la junta directiva, entre quienes estaban los señores Agustín Horment y el teniente coronel Carujo, quienes habían reemplazado á dos de los primitivos miembros, que habían hecho dimisión del cargo; y se resolvió dar el golpe aquella misma noche, apoderándonos de Bolívar en su palacio, y de los ministros en sus casas, después de ocupar los cuarteles y puestos militares de la manera que desde el principio se había acordado. Prevínose al teniente coronel Carujo, que era ayudante general del Estado Mayor, que redactase las órdenes necesarias para entregar todas las guardias á los oficiales que se le indicó, y que, firmadas que fuesen por el coronel Guerra, las llevase á ejecución, unido á dos adjuntos al Estado Mayor, que estaban comprometidos á obrar.

Extendiéronse las órdenes en la oficina misma del Estado mayor, y Carujo y sus dos adjuntos fueron á casa del Jefe para que las firmase. Mas el coronel Guerra, que tan adelante había ido ya, flaqueó en su resolu-

ción, y no tuvo el valor necesario para perseverar hasta el fin. Luego que nos puso en alarma, que aceptó las disposiciones que habíamos adoptado, y que habíamos empezado á llevarlas á efecto, el Coronel se perdió de vista y se fué á casa de uno de los ministros de Bolívar, donde pasó el tiempo en un juego de cartas, con que se divertían allí por las noches algunas personas importantes. Buscósele en todas partes, y no se le pudo hallar.

Entre tanto, el batallón de artillería había sido puesto sobre las armas, municionado y advertido de lo que se iba á hacer, y un gran número de conjurados armados se hallaba reunido en casa del ciudadano Luis Vargas Tejada, aguardando, con algunos miembros de la junta directiva, el aviso de que las órdenes del Estado Mayor estaban cumplidas, y de que los jefes de los cuerpos quedaban asegurados en casa del Coronel Guerra, á donde se había convenido que les llamase, con el pretexto de recibir órdenes, y se les retuviese de grado ó por fuerza. Luego que se recibiese este aviso, debíamos salir los que allí estábamos reunidos á aprehender á Bolívar y sus ministros.

A las diez y media de la noche, los adjuntos encargados de cumplir las órdenes acordadas y estendidas, informaron que dichas órdenes ni estaban firmadas, ni ejecutadas, porque no había sido posible encontrar al coronel Guerra en parte alguna.

Este imprevisto suceso, que desconcertaba todos los planes tan madura y prudentemente combinados, enfrió la resolución de algunos, que empezaron á escaparse de la casa con diferentes pretextos. Vargas Tejada, aquel ciudadano con quien era congénito el amor de la libertad unido á una sublime inteligencia y á una palabra eléctrica y arrebatadora, alzó la voz en medio del salón de su casa, y haciendo una rápida reseña de los atentados cometidos, y descorriendo el velo del luctuoso porvenir que aguardaba á la patria, nos exhortó á perseverar hasta el fin y efectuar á todo trance el cambiamiento meditado.

Brillaba la luna llena con una claridad émula de la luz del sol; y todo el mundo podía ver los conjurados armados que andaban por las calles, y el gran número de ellos que entraba á la casa de Vargas Tejada, ó salía de ella. Sin falta se sabía al día siguiente esta circunstancia, y la de haberse municionado y prevenido el batallón de artillería; nuestro plan sería descubierto y frustrado, y todos los comprometidos seríamos entregados á la cuchilla del verdugo, ó lanzados de nuestra patria, quedando ella privada de su Jefe constitucional y de los defensores de sus derechos.

Habíamos llegado á un punto de donde no podíamos retroceder, sin perdernos, y perder con nosotros la causa de la libertad en nuestro país. Resolvimos, pues, arrostrar todos los peligros, tomar á viva fuerza los cuarteles de Vargas y Granaderos y el palacio de Bolívar, y apoderarnos de la persona de éste, vivo ó muerto, según fuese posible, en medio de la lid en que íbamos á entrar. Y á no podíamos lisonjearnos de triunfar sino con la impresión de terror que causase en nuestros contrarios la noticia de la muerte de Bolívar, y ella fué resuelta, en aquel momento supremo, en que ya era imposible arreglarnos al plan primitivo, que con tanta fidelidad se había seguido, hasta que faltó con el coronel Guerra, el medio de llevarlo á efecto. Al mismo tiempo, se dispuso que se pasiese

en libertad al general Padilla, que estaba custodiado por un oficial de nuestra confianza, y con él, á la cabeza del batallón de artillería, de una compañía de milicia nacional, que estaba pronta, y de la juventud que estaba armada, apoderarnos de los cuarteles y de todos los funcionarios públicos importantes. Este fué el plan que se trató de poner en ejecución á las doce de la noche; y este plan fué solamente el resultado de la posición crítica en que nos encontrábamos, por circunstancias imprevistas é independientes de nuestra voluntad.

Grandes peligros íbamos á arrostrar, cuya consideración era capaz de doblegar el corazón más bien puesto. Mas el entusiasmo por la libertad prevaleció sobre el temor, y á las doce de la noche fueron asaltados el palacio de Bolívar y el cuartel del batallón Vargas. Doce ciudadanos, unidos á veinticinco soldados, al mando del comandante Carujo, fuimos destinados á forzar la entrada del palacio y coger vivo ó muerto á Bolívar. Iba con nosotros D. Agustín Hormént, francés de origen, quien fué el primero que, arrojándose á la puerta del palacio, hirió mortalmente al centinela, y franqueó el paso á los que le acompañábamos. Entramos inmediatamente, sin otra resistencia que la del cabo de guardia, quien recibió una herida mortal, después de haber dado un sablazo al heroico joven Pedro Celestino Azuero. El resto de la guardia, que ascendía á unos cuarenta soldados selectos mandados por un valiente capitán, fué rendido y desarmado por la tropa que mandaba el comandante Carujo, sin que hubiese necesidad de un solo tiro de fusil.

Nos hallábamos, pues, en posesión del palacio, y era preciso penetrar hasta el dormitorio de Bolívar. Subí el primero la escalera, y, con riesgo de mi vida, desarmé al centinela del corredor alto, sin herirlo. Quedó libre el paso, y seguimos á forzar las puertas que conducían al cuarto de Bolívar, guiados por el valiente joven Juan Miguel Acevedo, que había tomado el farol de la escalera para alumbrarnos.

Cuando hubimos forzado las primeras puertas, salió á nuestro encuentro, en la oscuridad y desvestido, el teniente Andrés Ibarra, á quien uno de los conjurados descargó un golpe de sable en el brazo, creyendo que era Bolívar. Iba á segundar el golpe, pero Ibarra gritó, y yo detuve al agresor, habiendo conocido á aquél en la voz.

Zuláibar y Pedro Celestino Azuero empezaron á gritar vivas á la libertad, y Bolívar alarmado, y sospechando lo que sucedía, se arrojó á la calle por una ventana, y fué á ocultarse debajo de un puente del río de San Agustín. Cuando rompimos, pues, la puerta de su cuarto de dormir, ya Bolívar se había salvado. Nos salió al encuentro una hermosa señora, con una espada en la mano y con admirable precencia de ánimo y muy cortésmente nos preguntó qué queríamos. Correspondimos con la misma cortesía, y tratamos de saber de ella en donde estaba Bolívar. Alguno de los conjurados llegó poco después y profirió algunas amenazas contra aquella señora, y yo me opuse á que las realizara, manifestándole que no era aquél el objeto que nos conducía allí. Procedimos á buscar á Bolívar, y un joven negro, que le servía, nos informó que se había arrojado á la calle por la ventana de su cuarto de dormir. Nos asomamos algunos á aquella ventana, que Carujo había descuidado de guardar, y adquirimos la certidumbre de que Bolívar se había escapado.

Entre tanto tronaba el cañón del batallón de artillería contra las puertas del cuartel de Vargas, y un fuego vivo de fusilería se había empeñado en la calle entre los dos cuerpos.

Vi que se había frustrado nuestro plan, y me dirigí á la calle para escaparme, con Azuero, Acevedo, el doctor Mariano Ospina y otros. Horment y Zuláibar hicieron lo mismo, luégo que hubieron vendado la herida que había recibido el teniente Ibarra, operación que hicieron con la corbata de Zuláibar, según se me refirió después.

Cuando bajábamos la escalera, oímos un tiro de pistola, y al salir encontramos muerto y atravesado de un balazo al coronel Fergusson, edecán de Bolívar, quien al oír los tiros de cañón y de fusil, había corrido al palacio á recibir órdenes, y con un par de pistolas en las manos había tratado de abrirse paso. Carujo le dió un balazo antes de que Fergusson se lo diera á él; y es una falsedad lo que se dijo entonces por el Gobierno, cuando se aseguró que Fergusson se había presentado sin armas y había sido asesinado por Carujo. Cuando yo le vi tendido en el suelo, á dos pasos de la puerta del palacio, todavía tenía en sus manos las pistolas cargadas y amartilladas, y yo mismo tomé una de ellas.

Permanecíamos en la puerta del palacio consultando el partido que debíamos tomar, cuando oímos el fuego de fusilería en la plaza de la Catedral, en donde estaba trabado el combate entre el batallón Vargas y el de Artillería, que ya había sido arrollado hasta aquel punto. Nos situámos en la esquina, y vimos que el coronel Diego Whittle, comandante del Vargas, se acercaba con una compañía de aquel batallón. Detúvose, como á cincuenta varas de distancia, emboscado en la plazoleta de San Carlos, desde donde estuvo observándonos á la luz de la luna, que brillaba en toda su plenitud. Retrocedió después precipitadamente á la plaza de la Catedral, diciendo, según supe después, que el palacio estaba ocupado por tres ó cuatrocientos hombres, y que se necesitaban mayores fuerzas para recobrarlo.

Yo me separé allí de los demás conjurados, y con el doctor Mariano Ospina seguí hasta la esquina de la casa de moneda, de donde él tomó otro camino, y yo me fuí para mi casa á tomar mi caballo para huir de la capital.

Carujo siguió por detrás de la Catedral con unos veinte soldados, Horment, Zuláibar y Acevedo. Encontráronse con el Intendente Herrán, hablaron con él, y lo dejaron pasar sin hacerle el menor daño, á pesar de haber sido él uno de los principales fautores de la usurpación.

Horment, Zuláibar y Acevedo se separaron después de Carujo, quien con quince ó veinte soldados siguió para San Victorino, arrollando en su marcha al escuadrón Granaderos y otras partidas de tropa que se presentaron á su paso. En San Victorino se encontró con el general José María Córdoba, á cuyas órdenes puso los soldados que llevaba, y siguió á ocultarse en la casa de campo de un ciudadano que, aunque amigo de Bolívar, le inspiraba toda confianza por sus sentimientos generosos. Esta confianza no fué engañada, y Carujo jamás reveló á nadie el nombre de esa persona.

Las operaciones sobre el cuartel de Vargas no habían tenido buen éxito, por falta de resolución en los jefes que las dirigían. Se confió á un sarjento con quince hombres, la comisión de sorprender la guardia de

Prevención. Logró el sarjento entrar al cuerpo de guardia; y no sabiendo qué hacer después, dió tiempo al oficial de guardia para dar el alarma y armar los soldados. El capitán Rafael Mendoza, que estaba allí arrestado, con ese valor que no le ha faltado nunca, tomó una pistola y trató de rendir al oficial y apoderarse de los soldados de la guardia. El oficial se desembarazó de Mendoza hiriéndolo ligeramente en una pierna; cerró las puertas del cuartel, y puso sobre las armas todo el batallón. Mendoza entre tanto se arrojó á la calle por una ventana, se unió con los demás conjurados, y con el capitán Emigdio Briceño pasó á la prisión del general Padilla, que estaba cerca. La guardia de la prisión era mandada por el teniente de Granaderos Pedro Gutiérrez, uno de los conjurados. Este oficial les abrió las puertas, y matando de un carabinazo al coronel Bolívar, que vigilaba á Padilla en su cuarto de dormir, manifestó á este General que estaba libre. Briceño le instó para que saliese á ponerse á la cabeza de los conjurados, cuando ya una sangrienta lucha estaba trabada en la misma calle entre el batallón Vargas y los artilleros. Así me han referido los hechos los oficiales Mendoza, Briceño y Galindo, y el sarjento que sorprendió la guardia de Prevención, y varios soldados de artillería que me hacían la guardia en Cartagena cuando estuve preso en aquella ciudad.

El General Padilla ignoraba enteramente el plan de la insurrección. Ni lo sospechaba siquiera; pues vigilado siempre por un oficial de superior graduación, nunca fué posible darle el menor aviso de lo que se meditaba. Lo que pasaba á su vista le causó, pues, la mayor sorpresa; y bien fuese por esta misma sorpresa, ó porque su valor había flaqueado con los sufrimientos de una larga prisión, no se resolvió á tomar ninguna parte en el hecho, y fué á entregarse en manos de las autoridades bolivianas.

Los artilleros fueron arrollados hasta la plaza, quedando muertos varios de ellos y los restantes prisioneros.

Cesó el combate, y empezaron á oírse por las calles los vivas de la tropa á Bolívar, quien, al oírlos, salió de su escondite, y se reunió á los que lo buscaban.

Siguió entonces la persecución de los vencidos y la prisión de los que se sospechaba, ó se sabía, que eran autores del hecho. El Intendente Herrán había conocido á varios de los conjurados, cuando éstos lo encontraron en la calle y lo dejaron pasar. Diéronse las órdenes para buscar á los que habían sido conocidos, y desde luégo se redujo á prisión á los generales Santander y Padilla con todos los artilleros que se habían rendido. El Coronel Guerra, como Jefe de Estado Mayor, intervenía en todo, hasta que aprehendido el comandante del batallón de Artillería, éste dijo que había obrado por orden de aquél. Entonces se le redujo á prisión, y poco después fueron aprehendidos Horment, Zuláibar, Pedro Celestino Azuero y varios oficiales.....

LA CONJURACION

DEL 25 DE SETIEMBRE DE 1828

Por el General Joaquín Posada Gutiérrez

La pieza histórica que publicamos á continuación, sobre el mismo asunto de la anterior, es su complemento, y en cierta manera su correctivo.

El ilustre general Joaquín Posada, más imparcial y de más sanas ideas que el doctor Florentino González, refiere la conjuración en una forma que no está en perfecto acuerdo con éste, y así debía ser. El doctor González fué actor principal en el terrible drama del 25 de Setiembre, y todos sus esfuerzos debían dirigirse á disculpar los arrebatos de su juventud, su fanatismo político y su exagerada manera de considerar los hechos del Libertador.

El lector, con las dos piezas que ponemos á su estudio, formará su criterio histórico. La memoria querida de Bolívar no perderá en ello; estamos seguros.

J. J. M.

EL decreto que conservaba las garantías constitucionales y que convocaba el Congreso para un término fijo y no muy largo, fué recibido con regocijo en todas partes y celebrado con entusiasmo.

El general Santander, que no disimulaba el disgusto que le había causado la supresión de la Vicepresidencia, que llamaba, quizá con razón, "despojo", fué nombrado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario cerca del Gobierno de los Estados Unidos de América, y aceptó, proponiendo para secretario de la legación al señor Luis Vargas Tejada, cuya propuesta, aprobada por el Libertador, fué aceptada por el agraciado. Reconocieron, pues, ambos voluntariamente, al gobierno que los empleaba, y sin embargo conspiraban contra él de todas maneras. En la elevada posición del general Santander, hombre soltero, sin hijos, con medios abundantes de existencia, que podía irse del país sin que nadie se lo impidiese, semejante conducta no tiene ni puede tener la disculpa que pudiera tenerla de algún otro que posteriormente, hallándose en diferentes y más difíciles circunstancias, se haya hallado en imposibilidad absoluta de ausentarse de otra manera.

Había entonces una sociedad llamada "Filológica," que bajo el disfraz de sociedad literaria, era un club político conspirador. Sus miembros,

todos jóvenes, estudiantes los más en el Colegio de San Bartolomé, aprendiendo la historia en las novelas y en catecismos diminutos, calificaban á Julio César de tirano abominable y, al Libertador, de otro César, y más tirano que César.

No se hablaba sino del paso del Rubicón, de la batalla de Farsalia; los más filólogos citaban á Harmedio y á Aristogiton; el joven Vargas Tejada escribió un monólogo en verso sobre el suicidio de Cayo Porcio Catón en Utica, monólogo que tuvo una gran boga; lo aprendían los colegiales de memoria y lo representaban, aplaudidos por los muchachos, á los gritos de "Viva la libertad, muera el tirano." Subía, pues, la marea bramando, y Bolívar la oía, y nada hacía, y sin embargo lo llamaban tirano.

Tiranía es el uso del poder absoluto con injusticia y crueldad, de modo que aunque un hombre se halle revestido del poder absoluto, si gobierna con equidad y con justicia; si respeta los derechos civiles de los ciudadanos; si da seguridad y protección á todos, no puede ni debe ser calificado de tirano, aunque pudiera serlo de usurpador.

El general Santander era considerado como el fomentador de la animosidad que, á pesar de la moderación del gobierno de Bolívar, crecía contra éste por las excitaciones de los partidarios de aquel General, cate-drático los más del colegio citado.

El cadáver de César y su túnica ensangrentada, alzaron en masa al pueblo romano, y la República, si tal puede llamarse un gobierno fundado sobre el principio aristocrático y la esclavitud del mayor número, cayó para siempre con millones de víctimas inocentes, y tras el indulgente y magnánimo César aparecieron los triunviros cediéndose recíprocamente las cabezas de sus enemigos personales, y á los triunviros siguieron Tiberio, Nerón, Calígula, Cómodo... y á los emperadores, los bárbaros del Norte. En nada de esto se pensaba, y exagerando la doctrina del TIRANICIDIO, aceptable cuando hay verdadera tiranía y no hay otra esperanza de triunfar de ella, se meditaba y acordaba un odioso parricidio.

Además de la sociedad filológica, en la que en sesiones públicas se discutían cuestiones literarias y en privado la muerte del César colombiano, había otras juntas secretas. Un francés llamado Arganil, de los que se divertieron en los retozos democráticos de la Francia antropófaga de 1793, y que según algunos tenía el timbre de ser el que llevó clavada en una pica la cabeza de la princesa de Lamballe, honor que decía Saint-Just pretendían muchos patriotas; Agustín Orman, otro francés que hacía poco tiempo que había venido á Colombia; Pedro Carujo, venezolano, que había sido militar realista; Wenceslao Zuláibar, antioqueño también realista, eran de los principales corifeos en aquellas juntas, de lo que se dedujo sin más examen ni el menor fundamento, que eran agentes del gobierno español, al que nada interesaba ya la muerte de Bolívar, pues la independencia era un hecho consumado, irrevocable é indestructible.

El general Santander contradecía á los fogosos partidarios del asesinato: su programa era la destitución del Libertador por medio de pronunciamientos en las provincias, que debían promover los diputados de la Convención que participaban de sus opiniones, lo que se trató en Ocaña mismo; convocar luego otra Convención y someter á juicio á Bolívar. Es decir, que para el general Santander era más seguro y de más efecto

que Bolívar, juzgado por sus más implacables enemigos, á la manera que lo fueron Carlos I y Luis XVI, muriera como éstos murieron. Así fué que habiéndose tratado seriamente de asesinar al Libertador el 10 de Agosto en un paseo al pueblo de Soacha, á donde fué con poca comitiva, lo impidió el general Santander, en lo que hizo un señalado servicio, pues muertos el Libertador y algunos de sus ministros que lo acompañaban, habrían muerto en el acto los asesinos y todos los conocidamente enemigos de Bolívar, á manos de los generales y jefes que contaban con el batallón Vargas, con el regimiento de Granaderos, con la milicia de infantería de la ciudad y la caballería de la Sabana.

Por otra parte el general Santander se oponía á que se intentase la menor cosa antes de que él hubiese salido de Colombia en su misión diplomática. No pudiendo vencer esta oposición, acordaron los conjurados, resueltos al asesinato, no dar el golpe hasta el 28 de Octubre, día de San Simón, en que con motivo de la fiesta del nombre de Bolívar, se presentarían ocasiones favorables y ya se habría ido el general Santander; cuando uno de esos incidentes que casi siempre ocurren en las conspiraciones numerosas, los alarmó y los precipitó desconcertados á anticipar la catástrofe: el capitán Benedicto Triana, uno de los conjurados, invitó sin precauciones al teniente Francisco Salazar á entrar en la conspiración; Salazar, sorprendido, disimuló con Triana, dió parte inmediatamente al Comandante general del departamento, y Triana fué preso en la misma tarde (25 de Septiembre de 1828) sin que se le tomara una declaración formal, siguiéndose la costumbre española que expresa esta frase: "Dejémoslo para mañana."

Los conjurados al saber inmediatamente la prisión de Triana y el motivo de ella se agitaron, como era natural, suponiendo que le pondrían en tormento, que confesaría todo; y considerándose descubiertos se resolvieron, aturridos, á dar el golpe esa misma noche, y esto los perdió.

Si algunas veces perjudica dejar para mañana lo que se pudiera hacer hoy, otras, y son muchas, convendría seguir el consejo de "No hagas hoy lo que puedas hacer mañana." Esto prueba que no hay principios absolutos, y que todo es relativo. El terror que se apoderó de los conjurados fué infundado, pues entonces no se aplicaba el tormento á nadie por ningún motivo, aunque se estaba bajo la dictadura del general Bolívar, que sin que atropellase ningún derecho civil ni moral, se llamaba "tiranía." A Triana apenas se le hicieron unas preguntas insignificantes, á las que dió respuestas ambiguas de que se hizo poco caso, y la prueba de ello es que ninguna medida de precaución se tomó. El batallón Vargas tenía unos 700 hombres, soldados viejos, idólatras de Bolívar; sus jefes y oficiales, casi todos venezolanos, eran de la mayor confianza, y ni siquiera se pensó en que fueran á pasar la noche al cuartel, ni se hizo la menor prevención á la tropa. Lo mismo sucedió en el cuartel del regimiento de Granaderos montados, cuerpo que se componía también de venezolanos de confianza. La media brigada de artillería que apenas tenía unos 100 hombres, era compuesta en su totalidad de granadinos. El capitán Rudecindo Silva, que la mandaba, y los oficiales estaban todos comprometidos en la conjuración; la tropa en su mayor parte se componía de los pobres indios de estos páramos, que dicen "mi amo" á todo el mundo, y que humildes, obedientes y resignados no preguntan jamás á dónde los

llevan ni por qué van; sufren y mueren ellos, y sus familias lloran, y los ancianos descendientes de los Caciques levantan los ojos al cielo y dicen: "Cúmplase la voluntad de Dios." Esa es su suerte. No tuvieron, pues, los oficiales de artillería necesidad de instruir á su tropa de lo que proyectaban: estaban seguros de ser obedecidos; y este era el elemento sobre que fundaban sus esperanzas los conjurados.

El general Santander viendo, yá tarde, que cuando se arroja la piedra de la honda no es posible detenerla en el aire; que el impulso que había dado á la juventud irreflexiva iba más lejos de lo que se propuso; sabiendo que los conjurados, desatendiendo sus consejos, estaban resueltos á aventurarlo todo esa misma noche; no quedándole más recurso para impedirlo que el de denunciarlos á la autoridad, lo que no podía ni debía hacer por ningún motivo, sucediera lo que sucediera; esperando todavía que al acercarse al borde del abismo se detuvieran los conjurados, sin arrojarle á él; el general Santander, digo, en extremo inquieto por sus amigos y por sí mismo, se fué á pasar la noche en casa de su hermana, esposa del coronel José María Briceño, en la que vivía también el general Pedro Briceño Méndez, hermano del anterior. Aquella previsión le salvó la vida, y ella prueba que comete error el señor Restrepo al decir que "probablemente el general Santander no tuvo noticia de lo que en esa noche se intentaba ejecutar." Los conjurados se reunieron en casa de Vargas Tejada, su secretario de legación, joven de toda su confianza que le veía diaria y frecuentemente, y es de toda inverosimilitud suponer que con el alarma causado por la prisión de Triana no hubieran Vargas Tejada y los principales conjurados hablado algo, hecho alguna pregunta siquiera, una consulta cualquiera en semejante conflicto, al jefe del partido, al que estaba designado para suceder al Libertador. Lo seguro es que el general Santander no podía contenerlos, pero que no ignorase el atentado que se proyectaba cometer.

De las once á las doce de la noche salieron los conspiradores de la casa del mencionado Vargas Tejada, distribuidos en comisiones. La luna en todo su apacible esplendor parecía que contrariaba el proyecto, comprometiendo su éxito; pero pocas cosas hay que den más valor que el miedo: los conjurados estaban yá lanzados por el temor de haber sido descubiertos, y ningún otro riesgo les parecía tan grande como ese: la claridad de la noche era, pues, un peligro insignificante para ellos.

La guardia del palacio del que llamaban tirano, apenas era de veinte hombres del regimiento de Granaderos montados, armados de carabinas, por consiguiente sin bayonetas, y descargadas; las puertas estaban entreabiertas, el oficial y la tropa, excepto los centinelas, durmiendo; todo lo cual probaba la confianza y hasta el descuido en que se estaba, y prueba más todavía, que no hubo ninguna coacción para arrancar denuncios de Triana, y que nada había dicho éste que llamara seriamente la atención de las autoridades.

Llegada la hora fijada para dar el golpe, fué atacado el cuartel del batallón Vargas, abocando sobre la puerta una pieza de artillería cuyo fuego fué inmediatamente apagado por la fusilería de la tropa, que despertando sobresaltada, acudió á las ventanas, sin saber lo que sucedía ni su objeto. Al mismo tiempo fué sorprendida la guardia del palacio por un pelotón de doce soldados de artillería, y los pocos jóvenes que concu-

rieron á la ejecución del plan. Estos se precipitan dentro, asesinan á puñaladas á los cuatro descuidados centinelas, desarman el resto de la guardia dormida, suben, é hiriendo gravemente al edecán de servicio, penetran en las piezas interiores, cuyas puertas tampoco estaban cerradas, haciendo todo esto á los gritos de "Viva la libertad, muera el tirano." Los inocentes soldados de artillería, que no podían comprender lo que aquello significaba, quedaron en la puerta, supervigilados por oficiales de confianza, bajo las órdenes del comandante Carujo.

El general Bolívar estaba enfermo, y á prima noche se había administrado un baño de pies; la bellísima señora doña Manuela Sáenz, que le amaba con delirio, le acompañaba y asistía; Bolívar, á pesar de su estado de debilidad, al oír el espantoso ruido y gritos de "Muera el tirano," saltó de la cama y á medio vestir se dirigió con espada en mano hacia la puerta de la alcoba. La señora Sáenz le detuvo, y empujándole hacia la ventana baja de media reja, que da á la calle del Coliseo, le hizo saltar por ella gritándole como por instinto: "Por la derecha al cuartel de Vargas;" é impávida abrió la puerta que los conjurados golpeaban; y les dirigió la palabra reconviéndolos con energía, asegurándoles que el Libertador había tenido noticia de la conjuración y dormía en casa de un amigo, no sabiendo ella quién fuera.

La sangre fría, el valor moral de la mujer, la lucidez de sus inspiraciones en las crisis supremas, más de una vez han salvado la vida ó el honor del esposo, ó del hijo, ó del amante; ¡y hay hombres bastante crueles para hacer de la mujer una esclava, una víctima! Adóremos al Cristo que la ha emancipado, y que dice al hombre: "Te doy una compañera que te ayude á soportar las penalidades de la vida, que te consuele en tus aflicciones, que dulcifique tus amarguras, y nó una sierva; protégela y ámala, y sólo la muerte romperá el lazo con que yo os ato bendiciéndolos."

Un ex-oficial de artillería llamado José López (alias Lopote) que había sido dado de baja por mala conducta, fué el único que osó golpear á aquella interesante señora al grito de "Viva la libertad, muera el tirano!" Y quizá la hubiera matado, si el noble joven Florentino González, uno de los más ardientes conjurados, no la hubiera protegido dando un empujón á López y afeándole la villanía de ofender así á una débil mujer.*

El Libertador, que al arrojarse por la ventana, dejó caer su espada, tomó la dirección del monasterio de las religiosas carmelitas, oyendo tiros por todos lados y el grito de "Murió el tirano!" En tan imponderable agonía tuvo un auxilio providencial: un criado joven de su confianza, se retiraba tarde al palacio; y oyendo el fuego y los gritos corría resuelto á donde su deber lo llamaba, y viendo un hombre que á paso acelerado

* Si el señor González hubiera visto el modo como se arrojó de sus monasterios á las monjas de esta ciudad, cómo se las echó á la calle entre filas de soldados, siendo, las más, ancianas y algunas de ellas enfermas, qué habría dicho? qué habría hecho? En aquellos momentos de terror, bajo la opresión más feroz que jamás se haya visto en la Nueva Granada, habría tenido que resignarse y callar; pero yo calculo, conociendo su carácter, lo que él diría, que será lo que yo diré en su lugar; aunque temo que el mundo civilizado y los turcos mismos duden de lo que yo diga atribuyéndolo á pasión de partido. La impresión de vergüenza por mi patria, de dolor profundo, de indignación violenta que me causaron aquellos actos de salvajeza contra unas mujeres venerables é inofensivas, no se me atenúa, ni se me atenuará mientras viva.

caminaba en la dirección que he indicado, le siguió, y conociéndole lo llamó nombrándose. Bolívar con esta compañía consoladora, procuraba llegar al puente del Carmen para tomar la orilla izquierda del riachuelo llamado de San Agustín, que toca con el cuartel de Vargas, á fin de incorporarse á los que por él combatían; pero al llegar al puente el criado le hizo observar que aunque los tiros se oían en diferentes direcciones, el fuego era más activo en la plazoleta del convento por donde habían de pasar. En efecto, Bolívar llegaba al puente en el momento en que los artilleros se replegaban y los Vargas salían del cuartel. Una partida de artilleros en retirada, seguida por otra de Vargas y tiroteándose, se replegaba precisamente por la orilla del riachuelo que Bolívar se proponía seguir; se oían mezcladas las voces de "Murió el tirano," "Viva el Libertador," y perseguidos y perseguidores se acercaban sin poderse juzgar quiénes serían los primeros y quiénes los segundos; el momento era crítico, terrible: "Mi general, sígame; arrójese por aquí para ocultarnos debajo del puente," dijo el fiel criado, y sin esperar la respuesta se precipitó de un salto y ayudó al Libertador á bajar, casi arrastrándolo tras sí. Un minuto después pasaron artilleros y Vargas por el puente continuando el tiroteo hasta que, alejados, quedó todo en silencio por aquel lado.

Los asaltadores del palacio, errado el golpe, se retiraban buscando á los que se replegaban rechazados del cuartel de Vargas, lo que ya sabían, y á pocos pasos se encontraron con el coronel Fergusson, edecán del Libertador, quien dirigiéndose á Carujo, que era su amigo y acababa de ser ascendido á teniente coronel por su influjo, le gritó: "¿Qué hay, Carujo?" La respuesta fué un tiro de pistola, disparado por el mismo Carujo, que le atravesó el corazón dejándole muerto instantáneamente. Fergusson iba desarmado, habló á Carujo en tono de amigo; éste y su partida no pensaban sino en salvarse: ¿qué calificación merece tan odioso asesinato? Carujo dijo después que fué un acto puramente mecánico en que la voluntad no había tenido parte, que estaba aturdido y no supo lo que hizo, que Fergusson era su amigo y protector, por lo que en la calma de la reflexión lo había llorado. No sé yo cómo aceptar esta disculpa, mas por otra parte no me atrevo á rechazarla, deplorando esos extravíos de la pasión política, que arrastran al crimen, ó nos hacen instrumentos de la fatalidad.

Al tiempo de salir el grueso de la artillería á atacar el cuartel de Vargas y la partida destinada al palacio, dos oficiales con otra partida de la primera, saltando una tapia, pasaron al edificio situado en medio de los dos cuarteles en que estaba preso el general Padilla, en una pieza decente, donde tuve yo el honor de visitarle varias veces, y en la que sin trabas ni la menor oposición iban á verle sus amigos con franqueza. El coronel de caballería José Bolívar estaba encargado especialmente de su custodia, y le trataba con todo el respeto de un subalterno á su jefe y con todo el afecto de un amigo. Era el coronel Bolívar uno de aquellos valientes llaneros venezolanos, cuyas proezas en la guerra de la independencia parecen fabulosas; hombre de pocos alcances, de carácter bondadoso, de fuerzas hercúleas, de color blanco, rareza notable en los llaneros, elevado por su valor á una altura en que por su educación no podía sostenerse, había cometido días antes la reprobable falta de dar un

apretón de mano al doctor Vicente Azuero, dejándole á este escritor público estropeada gravemente la suya, por lo que era detestado del partido santanderista, pues el doctor Azuero era el personaje más importante del partido, después del general Santander. Estos hechos, que no aceptan jamás los caballeros, se ven frecuentemente en los hombres vulgares de todos los colores, aunque no sean precisamente malos; y el que refiero marcó en la la frente del coronel Bolívar un estigma fatídico para él.

La guardia que estaba en el corredor de la pieza que servía de prisión del general Padilla, á disposición del coronel Bolívar, era también del regimiento de granaderos montados, y hallándose tan descuidada como todas fué sorprendida, desarmada, y el coronel Bolívar se encontró preso antes de batirse, aunque con su espada en la mano.

El general Padilla tenía conocimiento de la revolución proyectada en Ocaña, en el sentido de promover *pronunciamientos* en las provincias, destituir y juzgar al Libertador; pero no tenía la menor idea de que el capitán Triana hubiese sido preso, ni de que se hubiera tramado el asesinato del Libertador para aquella noche. Los conjurados contaban con él sin que él lo supiera, calculando, como era natural, que estando preso y siendo de su partida los secundarios; así fué que se sorprendió sobre manera con lo que sucedía, y con el ruido del combate. Sacado, á pesar suyo, con el coronel Bolívar á la puerta de la calle, donde le esperaba otro oficial con una partida de artilleros, é instado para que se pusiera á su cabeza, conduciéndolo en medio de ellos algunos pasos, lo resistió absolutamente, esforzándose por volverse á su prisión con el coronel Bolívar. En esta verdadera lucha, se aproximaba la crisis: la artillería que atacaba el cuartel de Vargas se replegaba evacuando la plazuela de San Agustín, y no pudiendo los oficiales persuadir á Padilla, teniendo ellos mismos que retirarse, pues ya salía de tropel el batallón Vargas detrás de los artilleros, lo dejaron en la calle á la puerta del cuartel de artillería, y temiendo que el coronel Bolívar produjese una reacción en los granaderos presos y aun en los mismos artilleros á quienes dirigía la palabra excitándolos, le mataron en el acto de un balazo, y dejaron á Padilla la espada del muerto, lo que agravó mucho su responsabilidad, pues aturdido, tenía esa espada acusadora ceñida, cuando lo aprehendieron poco rato después en su mismo cuarto, á donde se dirigió saltando la tapia por donde entraron á su prisión los conjurados. Ocurren algunos incidentes en estos momentos de confusión, que dan una terrible apariencia de complicidad en el delito á la inocencia misma. Aun en los procesos ordinarios, por delitos comunes, se presentan frecuentemente de estas circunstancias agravantes que, aunque casuales, son indicios legales de culpabilidad. Como se ve, todas las apariencias condenaban gravísimamente al general Padilla; y sin embargo, me consta, y es un hecho que hoy nadie duda, que en el atentado de la noche del 25 de Setiembre, no sólo no tuvo parte, sino que no supo lo que pasaba ni la causa, hasta que su prisión fué invadida. Tampoco la tuvo en el asesinato del coronel Bolívar; ¿pero cómo persuadirlo, cuando parecía que el mismo Padilla lo había perpetrado, y así se decía y se ha creído generalmente, habiéndosele visto en la calle con los conjurados, y ceñiendo en su cintura la espada del muerto.?

Acumulados estos terribles cargos á la causa que se le seguía por los acontecimientos de Cartagena, su suerte era inevitable.

Los conjurados destinados á matar al coronel Whitle, primer jefe del batallón Vargas, dijeron que no lo habían hallado, y por esto hubo esa víctima menos que agravara la causa de los conspiradores. Whitle no salió de su casa hasta que dejó de oír el fuego, y entonces pensó en el denuncia dado contra Triana y temió la responsabilidad en que, como todos, incurriera no dando á aquel aviso la importancia que merecía.

El Jefe de Estado Mayor del departamento, coronel Ramón Guerra estaba iniciado en los secretos de la conspiración, y había ofrecido cooperar á su éxito. Se le acusa de cobardía en aquella noche, porque resistió tomar las medidas que los exaltados jóvenes sus cómplices, aturdidamente le indicaban. Este es un error de los que le hacen el cargo y de la Historia, que lo repite sin examinar las causas. El coronel Guerra, militar prudente, conoció sin duda que si intempestivamente se hubiera puesto á relevar guardias, principalmente las del palacio, á variar consignas, á mudar los oficiales de los puestos, todo sin conocimiento de los jefes de la plaza ni de las autoridades superiores, habría bastado aquello para infundir recelos y descubrir el objeto de semejantes medidas extraordinarias, que era imposible pasaran desapercibidas. Y ellas ¿no habrían despertado instantáneamente las sospechas que la prisión de Triana, y el motivo que la causara, no podía menos que inspirar al Gobierno civil y militar, aunque al principio no se hubiera creído tan inminente el peligro? El coronel Guerra debió pensar que negando Triana, que sabía muy poco de la conspiración, y que nada había revelado, podía desvanecerse el cargo; que por tanto no se debía festinar un movimiento de tanta trascendencia. Se dice que pudo ir al cuartel de Vargas, darse á conocer como Jefe de Estado Mayor que era, é introducir los conjurados. ¿Qué se hubiera logrado con esto? Setecientos soldados veteranos, leales y decididos, que dormían en sus cuadras en los pisos altos ¿podían ser sojuzgados y asegurados por unos setenta hombres que tomaran el zaguán del cuartel y la guardia de prevención? Lo probable, si no lo seguro, es que no habría salido uno de éstos con vida. Además, él no aceptaba el asesinato sino la prisión de Bolívar, esto es la revolución en que los diputados de Ocaña habían convenido, debiendo al efecto esperarse los movimientos de las provincias. * Sin embargo tuvo Guerra una debilidad que lo perdió, y fué que cediendo á las instancias que se le hacían, mandó municionar días antes á los artilleros y proveer de proyectiles á las piezas. Respecto de este jefe hay que tener presente una circunstancia que se ha olvidado por todos los que hacen pesar sobre él solo la responsabilidad del malogro de la conspiración, y es la de que es imposible suponer que siendo el hom-

* Algunos otros de los conjurados también repugnaban el asesinato. El capitán Emigdio Briceño (hoy general), en una de las discusiones previas, tuvo un fuerte altercado con Carujo, que no aceptaba nada que no fuera matar á Bolívar á puñaladas, lo que Briceño rechazaba con vehemencia votando por la destitución y el juicio nacional. De la discusión acalorada pasaron á los insultos y amenazas, que pararon en un duelo á sable, el que no tuvo consecuencias porque los demás conjurados se interpusieron y lo evitaron. Esta circunstancia conocida después salvó la vida á Briceño, que fué el oficial que mandaba la partida que sorprendió la guardia del general Padilla.

bre de toda la confianza del general Santander, no hubiera en el acto hablado con este general sobre la prisión de Triana, que Guerra por su empleo supo antes que todos; y por tanto, no es temeridad pensar que el general Santander le indicara la conducta que siguió, quizá persuadiéndose que sin su cooperación se detendrían los conjurados. No puede explicarse de otro modo el hecho de haberse ido Guerra tranquilamente á su casa desde temprano, siendo el más comprometido de los conspiradores si el temerario intento fracasaba.

El general Córdoba, despertado por el cañonazo, salió de su casa un poco tarde, habiendo tenido que mandar traer sus caballos de la caballeriza donde los cuidaban; al dirigirse á la plaza se encontró con Carujo en su retirada del palacio y unos ocho artilleros, separados ya en diferentes direcciones los jóvenes que le acompañaron. Córdoba le hizo la misma pregunta que Fergusson: ¿Qué hay, Carujo? y fué mas afortunado, ó quizá más desgraciado que aquel noble y caballeroso joven inglés: Carujo le contestó que el batallón Vargas se había insurreccionado contra el Libertador, y que él se replegaba porque ya los insurrectos ocupaban la plaza. En el mismo momento una partida de Vargas apareció por una bocacalle y dió el grito de *Quien vive?* rompiendo el fuego sobre la de Carujo, en que Córdoba estaba incidentalmente. Córdoba contestó el fuego al grito de ¡Viva el Libertador! que fué repetido por la partida de Vargas, suspendiéndose el tiroteo y uniéndose las dos partidas. Carujo desapareció, con lo que Córdoba vino á conocer que había sido engañado. Los Vargas informaron á Córdoba de todo y con ellos y los pocos artilleros que le quedaban siguió á la plaza de la Catedral. Allí estaban ya el general Urdaneta, la mayor parte del batallón Vargas, el regimiento de Granaderos, los generales París, Vélez, Ortega, y el prefecto, general Herrán, que también fué detenido en la calle por otra partida, que lo respetó y lo dejó seguir, porque el general Herrán por su moderación, por su tolerancia é imparcialidad, fué siempre querido y respetado aun de sus enemigos políticos.

Por el incidente casual que dejo referido, empezó á dudarse desde esa misma noche de la fidelidad del general Córdoba; las sospechas fueron tomando incremento por la malignidad que las propagaba, y la consecuencia fué su desertión, de la que hablaré en su lugar.

De la plaza mandaba el general Urdaneta jefes y oficiales y partidas de infantería y caballería en todas direcciones á buscar al Libertador, que no parecía, aunque fuera remota la esperanza de encontrarle vivo, pues se suponía que podía haber sido asesinado en la calle.

En el entretanto agonizaba Bolívar en la más grande incertidumbre bajo el puente protector: partidas de Vargas pasaban gritando ¡Viva el Libertador! y temía que fuese una aclamación alévosa para descubrirlo. Después de casi tres horas de ansiedad, oyendo los pasos de unos caballos que se acercaban, y los gritos que se repetían de "Viva el Libertador," mandó al criado que le acompañaba que saliese con precauciones, arriándose á una pared á ver quiénes eran los que venían; eran el comandante Ramón Espina, hoy general, y el teniente Antonio Fominaya, edecán del general Córdoba, que conocidos por el muchacho, le anunciaron que estaba salvo. Salió, pues, con dificultad de la barranca, se informó de lo que pasaba y en aquel momento, llegando el general Urdaneta con

otros jefes y oficiales, el reconocimiento y el hallazgo hicieron derramar lágrimas á todos. En pocos instantes supo la ciudad la fausta noticia por mil gritos repetidos en todas direcciones. El Libertador, mojado, entumecido, casi sin poder hablar, montó en el caballo del comandante Espina y todos llegaron á la plaza, donde fué recibido con tales demostraciones de alegría y de entusiasmo, abrazado, besado hasta del último soldado, que estando á punto de desmayarse les dijo con voz sepulcral: "¿Queréis matarme de gozo, acabando de verme próximo á morir de dolor?" Era ya tiempo: el bárbaro Crofton, irlandés de la infima plebe, soldado de fortuna y comandante de los granaderos montados, que cobardemente no se movió de su casa sino cuando ya todo era concluido, no pareciendo Bolívar y creyéndole muerto, se dirigía sin orden de nadie, con una partida de caballería á matar al general Santander. No encontrándole en su casa, corría á la de su hermana, donde calculó que estaría, cuando la voz "Pareció el Libertador" llegó á sus oídos y le hizo volver á la plaza. No hay que dudarlo: si Bolívar hubiera muerto, habrían muerto sus enemigos, no sólo en Bogotá sino en toda la República: la capa rasgada de Bolívar habría causado el mismo efecto que la túnica ensangrentada de César. Tal era la decisión del ejército y de la masa popular. Las manifestaciones de indignación que de toda la República se hicieron al Libertador contra el hecho, probaron el juicio que de él formó la nación.



EL SITIO DE SAN MATEO.

FEBRERO Y MARZO DE 1814.

Por Eduardo Blanco.

I

DIGNO del noble orgullo de una raza viril es el recuerdo de esta jornada insigne, ya por el alto ejemplo de heroica abnegación que en ella se consagra; ya por la suprema manifestación que dió á la América, de lo inflexible de aquella voluntad que acometía, confiada sólo en su propio valer y su pujanza, la conquista más noble y más gloriosa á que puede aspirar el amor patrio.

San Mateo no es simplemente una batalla. Entre los episodios más trascendentales de nuestra guerra de independencia, figura en primer término: él simboliza el heroísmo de la revolución.

Militarmente fué un sitio impuesto por un crecido ejército á escaso número de bravos, sin muros ni parapetos de resguardo; una lucha incessante entre dos carnicerías; una sucesión no interrumpida de asaltos y combates vehementes, entre dos sangrientas y terribles batallas.

La primera de aquéllas, la riñe el ardimiento de los republicanos, convertido en baluarte; triunfa en la segunda el espíritu de la revolución, encarnado en un héroe.

Por sobre aquel gran episodio se cierne el genio de Bolívar, y la primera acaso de las dotes características de su alma viril: la tenacidad.

San Mateo es Bolívar; la energía de todo un pueblo sintetizada en un hombre. El NO gigante de una voluntad incontrastable, opuesto como escudo de hierro á la propia flaqueza y á la contraria fuerza. La resistencia irresistible de un propósito inmutable. La gran vibración de la fibra latente en el *Decreto de Trujillo*. Uno de los más arduos si no el más rudo, de los innúmeros trabajos del Hércules americano.

II

N sol desaparece, y otro se levanta.

Entre los escombros de la revolución, aniquilada hasta en sus fundamentos, por el triunfo inesperado y sorprendente del aventurero Monteverde, se eclipsa la histórica figura de Miranda: alta virtud á quien había confiado sus destinos la naciente República. Apágase en el polvo, donde cae destrozado el altar de la patria, el fuego sacro en la idea redentora. Desmaya el sentimiento que provocó á la rebelión. El cielo de las halagüeñas esperanzas se oscurece de súbito, y las sombras de un nuevo cautiverio, como lóbrega noche, amenazan cubrir la inmensa tumba, donde parece sepultada para siempre con el heroico esfuerzo, la más noble aspiración de todo un pueblo.

Dos años de lucha entorpecida por infructuosos ensayos de sistemas políticos, mal aconsejados por la inexperiencia en los negocios públicos, unida al desaliento de candorosas esperanzas frustradas, al encono latente de rivalidades peligrosas, y á la amenaza, jamás bien escondida al egoísmo, de arrostrar aún más serios conflictos y recias tempestades, antes del definitivo afianzamiento de las nuevas instituciones, habían gastado los resortes políticos de la revolución, mellado la entereza de sus más esforzados apóstoles, y entibiado entre la multitud el entusiasmo, de suyo escaso, por una causa, al parecer, de tan difícil como remota estabilidad.

Apenas cortos días de vida independiente, y ya toda la savia de aquel árbol frondoso de la libertad, que nuestros padres habían logrado levantar con heroicos esfuerzos, parecía agotada. En vano sus raíces se regaban con sangre: la implacable podadora de la muerte cortaba sus más verdes renuevos. Paralizado su desarrollo, y abrasado por el fuego que brotaba á sus plantas, las hojas se desprendían marchitas de sus ramas sin vida. De la opulenta lozanía de la juventud, había pasado casi sin transición á la enfermiza languidez de prematura ancianidad. El huracán de las pasiones había quebrado los más robustos brazos de su empinada copa, y el incesante torbellino de la anarquía mantenía su ya mustio follaje en constante y desastrosa oscilación. Para 1812 no era ni sombra de aquel risueño arbusto del 19 de Abril, coronado de flores, entreabiertas al sol de la esperanza; ni menos se asemejaba al soberbio gigante del 5 de Julio, cargado de abundante y sazonado fruto: apenas si era un tronco de solidez dudosa, protegido por escaso ramaje, falto de savia y amenazado de esterilidad. En tan cortos días los nobles promotores de la revolución habían envejecido, y sus propósitos heroicos, y sus conquistas, y los trofeos cuantiosos de sus primeras y ruidosas victorias, desaparecían entre las sombras de un ayer ya remoto para las veleidades del presente. Desatinada y recelosa marchaba la revolución con paso anquierto hacia el abismo de su completa ruina. En vano á su cabeza, cual poderoso paladín, ostentaba al veterano Nerwinde. La unidad rota, había cavado su sepulcro. De pronto en medio al desconcierto que la guiaba, un obstáculo, fácil de superar en otras condiciones, le cierra audaz el paso. Acome-

tida de estupor, retrocede, fluctúa, avanza luego poseída de inexplicable vértigo, tropieza con un guijarro que le arroja el destino, y empujada por la mano trémula de Monteverde, vacila y cae vencida, cuando con poco esfuerzo habría podido alzarse victoriosa.

La capitulación de La Victoria fué la mortaja en que se envolvió para morir. La perfidia la recibió en su seno y la ahogó entre sus brazos.

Miranda, la postrera esperanza de los independientes, sucumbe con la revolución, y eclipsado el astro sobrevino la noche.

Al ruido de las armas; al estrépito de las batallas; á los debates turbulentos de los primeros clubes republicanos, donde rugía Coto Paúl, fulminando desde lo alto de la tribuna las amenazas de su cólera; á los cantos patrióticos, y al grito santo de libertad que enardecía todos los corazones, sobrevino un silencio de muerte; silencio pavoroso, que no turban siquiera los ayes de las víctimas, porque hay cuidado de ponerles mordaza antes de herirlas. De aquella época luctuosa, antes que la crueldad, fué el distintivo la perfidia: pública ostentación se hacía de perdonar, y en la oscuridad se degollaba. La víctima no oponía resistencia. El verdugo trabajaba á la sombra y reinaba el silencio.

"Venezuela toda había vuelto al estado colonial. Las juntas, los congresos, las constituciones, la independencia, todo había desaparecido como sombra vana, sin dejar en el país ninguna impresión de su efímera existencia. Los mejores patriotas estaban presos ó emigrados: otros, llenos de miedo, habían transigido con los enemigos: algunos villanos difamaban sus propias opiniones adoptando y sosteniendo las contrarias. Aparte de las bajezas que hacía cometer el temor de una tiranía que degradaba hombres y cosas, el pueblo, inclinado al antiguo régimen y amedrentado con los recientes desastres, apoyaba con su inercia al partido vencedor. Hasta los patriotas más firmes habían perdido la esperanza de que jamás se moviera el pueblo en favor de la independencia, al entusiasmo de la guerra, y de los generosos sacrificios, tan distante de su carácter desidioso y de sus muelles costumbres." (Baralt).

Postración dolorosa, que explotaron hasta la saciedad los vencedores, confiscando las riquezas de los vencidos, ultrajando su dignidad, su honra y sus costumbres y anegando el país en sangre generosa.

Cumaná, quizá la más herida de las provincias orientales por la ferocidad de sus dominadores, es la primera que se reacciona; pero su heroico esfuerzo no alcanza á sacudir la postración de sus hermanas. Sin embargo, aquel nuevo Viriato, como graciosamente á Monteverde calificaron sus aduladores, se estremece de espanto ante la ruda obstinación de los patriotas orientales, y poseído de salvaje furor, oprime más y más entre sus brazos, casi hasta estrangularla, la presa que le diera la fortuna.

Ilusoria esperanza! En medio de tan profunda oscuridad para la sometida Venezuela, un gran foco de luz aparece de súbito en la empinada cima de los Andes. Chispa al principio, oscilante entre los ventisqueros, acrece rápidamente hasta alcanzar las proporciones de dilatado incendio. En la inflamada región de los volcanes brilla radiosa como el penacho ígneo del Pichincha, cuando viste el gigante los terribles arreos de su im-

ponente majestad. Ilumina con resplandores que deslumbran á la cautiva América. Inflama el mar con los reflejos de su fulgente lumbre. Y atónitos y mudos la contemplan, desde el templo del sol, hasta las playas donde Colón dejó caer el ancla de sus naos victoriosas, los descendientes de los Incas y de los hijos sin patria de aquellos mismos héroes que al cetro de Castilla la dieran cual presea.

Aquella intensa lumbre, aquella chispa amenazante para los exarcados españoles, es el primer destello del genio de la América. Es Bolívar que surge coronado de luz como los inmortales. Es la presencia del adalid, apóstol que de lo alto de su corcel de guerra predica la nueva doctrina americana al resplandor fulmíneo de su desnuda espada.

Airado vuelve los ojos á su patria el futuro libertador de un mundo y la contempla de nuevo esclavizada, moribunda, bajo la férrea planta de sus enseñados opresores. En las alas del viento que sacude la tricolor bandera sobre las cumbres de los Andes, llegan á él entre lamentos prolongados, el último estertor de la madre ultrajada y el chasquido del látigo con que se la flajela atada al poste infamador de la ignominia. Justa es la indignación del héroe americano, su dolor profundo, cuando llama al combate á sus propios hermanos, sin obtener respuesta. En vano los exhorta á proseguir la ardua cruzada: muéstranse los más indiferentes. En vano les recuerda la altivez de otros días, los juramentos espontáneos de morir por la patria, la libertad perdida y todas las miserias á que somete la tolerada esclavitud: su voz se pierde en el silencio que el estupor alienta.

Aquel cuadro desgarrador prueba á Bolívar lo que ya sospechaba: que la revolución había caído para no levantarse sino apoyada en un esfuerzo sobrehumano. La tempestad revolucionaria, detenida de súbito en su rápido curso, había plegado sus alas formidables, y constreñida por una fuerza extraña, apenas podía estremecer la oculta fibra del amor patrio, latente en lo recóndito de pocos corazones.

Despreciada por unos, maldecida por otros, por todos relegada al olvido, la revolución era un cadáver: sólo una voluntad providencial podía galvanizarlo. Bolívar se creyó capaz y lo intentó.

¿Pero quién era él? ¿Quién el atrevido aventurero que osaba acometer tan ardua empresa? Nadie le conocía: la desgracia común le había hecho extraño á la memoria de sus propios hermanos. Después de aquella ruina y del estrago de una catástrofe espantosa, ¿á qué volver á provocar las iras del león con el descabellado intento de arrancarle su presa? ¿Ni cómo pretender arrebatarse un niño, lo que un gigante se empeña en sujetar? Y en vano aquel sublime enajenado se esfuerza por alentar las víctimas que perdona el cuchillo de feroces verdugos; amenaza, suplica, se inflama al fin en ira, y desnuda el acero. Ay! su cólera terrible hará más que sus ruegos; aquella se desborda, y una ola de sangre surcada de relámpagos, desciende de las cumbres andinas, con la violencia del alud, con el fragor del trueno.

En medio al torbellino en que se agitan las pasiones violentas de aquella época luctuosa, Bolívar se hace oír; su voz apaga los rugidos del huracán, resuena sobre la tempestad con formidable estrépito, pasma de asombro y vibra aterrador en la vasta extensión del continente americano, cual la trompeta apocalíptica del arcángel terrible.

La historia pavorosa de aquel tiempo, escrita al resplandor de

una llama infernal, con la sangre inocente de los niños descuartizados por Zuazola, sobre el seno palpitante de sus madres, recoge acometida de estupor aquellas palabras de Bolívar, estampadas con caracteres de fuego en el Decreto de Trujillo. Decreto aterrador, reto inaudito que le trae con las iras de todas las pasiones, mortales amenazas é implacables furores.

Mas, ah! Hemos ascendido á una cima que domina un abismo. Cobre-mos fuerzas respirando un instante el éter puro donde el condor se cierne antes de sumergirnos en el vapor de sangre que del seno fecundo de la patria se levanta hasta el cielo.

Hénos aquí á las puertas de aquel infierno más espantoso que el infierno del Dante. A la entrada de aquel período pavoroso de nuestra lucha de emancipación, conocido con el lúgubre nombre de la *guerra á muerte*.

El decreto de Trujillo, arma de doble corte, que audaz esgrime la mano de Bolívar, lo tenemos delante, y es forzoso detenernos frente á frente de su satánica grandeza.

Ahí está, como siempre, sombrío y amenazante para unos, cual un escollo donde van á estrellarse nuestras pasadas glorias: para otros, deslumbrador y justiciero, como la espada á que debió su libertad el pueblo americano. Osar á decidirse si fué digno de encomio ó vituperio, si conducente ó pernicioso al término feliz de la gran lucha es empresa tan ardua, que sólo la imparcial posteridad podrá llevar á cabo.

Para apreciar con algún viso de imparcialidad aquel decreto tan combatido en nuestros días, y las razones que lo motivaron, es necesario salvar hoy una inmensa distancia. Es indispensable colocarse en 1813, los pies hundidos entre charcas de sangre, bajo la acción violenta de las pasiones de la época, y detenerse en el resbaladizo borde de aquel abismo poblado de rencores, de odios inveterados, de crímenes, de miserias que espantan, de exaltados furores, de exasperación y de agonía. Abismo amenazante, vertiginoso, oscuro, donde la luz de la razón penetra con esfuerzo, y en cuyo fondo se revuelcan mordeándose víctimas y verdugos, y rechinan cadenas que estrangulan, y se esgrimen puñales, y se agitan revueltos principios encontrados, ideas antagonistas, pasiones infernales. Es necesario sondear aquella sima, donde resuenan en pavoroso unísono, rugidos y blasfemias, y maldiciones y alaridos: contemplar las fauces gigantescas de aquel hambriento monstruo que todo lo devora, y descender al antro, perderse en sus tinieblas, palpar su oscuridad y hacer por distinguir á la luz de los relámpagos que prodiga en su seno la más desenfrenada tempestad, cuánto encierra de espantoso y terrible. Y luego ver, si es posible que á ello se presten nuestros ojos sin cerrarse al instante, cómo corren las lágrimas en aquel sumidero del dolor; cómo brota la sangre por todos los poros de la tierra; cómo se juntan aquellos dos torrentes que se rechazan con esfuerzo, y llenan el abismo y crecen entre sombras, y que al fin se desbordan ahogando en sus purpúreas olas, honor, gloria, virtudes, afectos y esperanzas. La razón vacila ante aquel caos; el corazón se oprime, y la mano convulsa de terror se niega á asir el remo que ha de impulsar la barca de la Historia en aquel mar de sangre, poblado de huracanes, de sirtes y de escollos, para el criterio sano de quien se atreva á navegar en sus revueltas ondas.

Aquel Decreto es, á no dejar duda, el hecho más trascendental de

la primera campaña de Bolívar. Rugido de exasperación lanzado como reto de muerte á los dominadores del Nuevo Mundo, llena de espanto todos los corazones, sacude el estupor de los vencidos, despierta al pueblo de su estúpida inercia, exalta el odio de nuestros contrarios, y produce aquella profunda conmoción de donde surgen, como espectros terribles, las muertas aspiraciones que sepultará el vencimiento y el rigor del despotismo.

Del punto de vista de donde se estudie aquel decreto, dependen las apreciaciones justas ó exageradas á que tanto se presta; y con ellas la discrepancia de opiniones en los modernos historiadores.

Por una faz, nada más cruel, monstruoso, aterrador, por otra, nada más gigantesco, más audaz, más heroico.

Aquel Decreto en sí es una inmensa sombra al lado de una inmensa luz.

Lanzar sobre él los anatemas de la herida sensibilidad, ó el fallo contundente de la Historia, sin el maduro examen que reclama hecho tan discutido como trascendental, prueba la sinrazón que de ordinario acompaña á los juicios de la posteridad, cuando al estrecho molde de sus nuevos principios filosóficos, necesidades y costumbres, somete lo que fué cual si pasara hoy.

Guiado por un propósito político, cuya sola concepción produce el vértigo, más que por las sugestiones de la venganza y de las pasiones exaltadas de su época, Bolívar, el más autorizado, por mil títulos, entre los hombres de la revolución, creyó oportuno y necesario en 1813 la solemne declaratoria de *guerra á muerte*, de hecho y de ley establecida por nuestros contrarios.

El relajamiento en que había caído el ejército republicano, antes de la funesta capitulación de La Victoria, y las desastrosas consecuencias de aquella suprema debilidad, influyeron no poco en el espíritu de aquel Decreto que, más que el aniquilamiento de españoles y canarios, á quienes ostensiblemente parecía encaminado, tendía á herir en su indolencia á la gran masa del pueblo, indiferente á los esfuerzos de sus libertadores, y á aquellos mismos de sus adeptos que, postrados de abatimiento tras el primer fracaso de la República, descendían á transigir con los verdugos de sus propios hermanos.

¿Sin aquella medida que cerraba las puertas á todo avenimiento entre los contendores, no era de esperarse que en el transcurso de la revolución hechos semejantes pudieran repetirse? El mal ejemplo estaba dado; toda dificultad tenía á su alcance una salida, todo naufrago un puerto á donde dirigirse; y nuestro pueblo, de suyo esquivo á la libertad, por aquel tiempo, una ancha brecha abierta por donde entrar de nuevo, la vida á salvo, en el atrincherado recinto de la colonia.

Aquella audaz declaratoria hizo imposible para lo futuro toda debilidad, toda transacción con la soberanía de España. Tónico horrible y repugnante aplicado al relajamiento que cundía tras el fracaso de 1812, exaltó el odio que es fuerza, y provocó la represalia que es amenaza.

Con aquella medida extrema, Bolívar impuso al país, junto con su autoridad revolucionaria, la autoridad militar desprestigiada, escarnecida, conculcada en el Generalísimo de 1812.

Sin aquel freno impuesto á la debilidad, más peligrosa cuando se desenfrena que la fuerza misma, ¿habría podido dominar y dirigir aquel

la roja arena, donde su espada brilla como el rayo del cielo.

Contra los muros de Puerto Cabello rompe las bayonetas de las dos divisiones de Girardot y de Urdaneta. Repliega hacia Valencia. Enfrenta á los cuerpos francos de Reyes Vargas y Torrellas, á García de Sena, que los destroza en la jornada de los *Cerritos blancos*. Contraria suerte le cabe con Valdés en Yaritagua y en Bobare. Se resuelve sobre Monteverde, que se aventura á dejar sus baluartes, le vence en Bárbula, perdiendo entre los vítores del triunfo al bravo Girardot. Ciego de ira y de venganza, acomete de nuevo en *Las Trincheras* las huestes españolas, corona su arrojo la victoria, vengado queda el héroe granadino y el sitio de Puerto Cabello restablecido. Boves, entre tanto, acuchilla á los republicanos en el paso de Santa Catalina, y avanza sobre el centro de la provincia de Caracas. La cortante espada de Campo Elías se le pone en Mosquiteros, y el feroz asturiano repliega á las llanuras destrozado. El Libertador vuela en persona á hacer frente á Ceballos, ya vencedor en Yaritagua; le ataca en los afueras de Barquisimeto con fuerzas en todas armas inferiores; riñe con desesperación, pero la suerte le es adversa. A aquel fracaso contesta con el sangriento triunfo de Vigirima: reñida lid, en que á los veteranos del regimiento de Granada, que manda Salemón, opone Rivas, con éxito asombroso, los alumnos de los colegios de Caracas.

Los contrapuestos bandos se emulan en fiereza y en valor indomable. Los combates se suceden sin tregua, y se cierra el año de 13 con la destrucción de Aldao en el paso de San Marcos, por el terrible Boves, y con la victoria refulgente de Araure alcanzada por el Libertador sobre los vencedores en Barquisimeto y en Bobare.

III

El resplandor siniestro de la espada de Boves ilumina, cual funeraria tea, el año aciago de 1814, y un alarido inmenso y prolongado se deja oír al despuntar la aurora de aquel año terrible. Convertida Venezuela toda en campo de batalla, se anega en la sangre que derraman sus hijos. El cañón no cesa de rugir. Núblase el sol con rojizos vapores. Ciérrase el corazón á la piedad. Los lazos de familia se rompen. Y al silbo de las balas y al redoble de los atambores, danzan desmelenadas é iracunda, cual las furias de Esquilo, figuras pavorosas, en torno á los cadáveres que abandona insepultos el incesante batallar.

Corre la sangre en todo sitio donde el hombre respira. Se combate en los campos, en el mar, en los ríos, en las ciudades, en los templos y en el recinto del hogar. Batallas, patíbulos y asesinatos se suceden sin tregua. Los crujidos del incendio se mezclan al estertor de los agonizantes y á la expansiva algazara de los triunfos. Tras la afanosa lid, el quién vive, las amenazas y rugidos de otra lucha empeñada interrumpen el grito de victoria. Los últimos disparos de un combate responden á las primeras explosiones de otra cruenta jornada.

1814 es un sólo clamor, una sola batalla, una sola descarga, prolongada entre denuestos, alaridos y vítores.

Con pasmosa energía lucha Bolívar en medio al caos en que se agitan las feroces pasiones que engendra aquella guerra de exterminio; y en las alas que el huracán le presta recorre á Venezuela: predica, alienta, hiere y condena como un dios vengador.

El número de sus contrarios acrece cada día: los muertos parece que reviven, para seguir luchando. Todo conspira contra su genio y su osadía. Obstáculos de todo género se multiplican y le cierran el paso. La fortuna le niega sus favores; la patria su decidido apoyo. Mas, ah! nada le arredra. En vano vibra el rayo sobre su frente olímpica. En vano la ola de sangre en que sus pies se hunden, se encrespa y brama, y sube, y amaga sepultarle. En vano se estremece la tierra y le amenaza, y se oscurece el sol y fúnebres presagios le asedian anunciándole un desastroso fin: su brazo no desmaya ni cede en su propósito.

Jamás lucha tan dura, desigual y terrible registraron los fastos de los antiguos tiempos. Jamás caudillo alguno de los creados por la fábula osó á mayor fortuna, ni venció más obstáculos por alcanzar la gloria.

Estrechado en su extensa línea de defensa, Bolívar trata de reconcentrar entre Caracas y Valencia el mayor número de fuerzas disponibles para esperar á Boves, que victorioso se adelanta á la cabeza de ocho mil combatientes; pero son pocos los recursos con que cuenta para llevar á término feliz tan heroico propósito.

La situación de los independientes se agrava por instantes. Boves destroza á Campo Elías en la funesta jornada de La Puerta. Rosete con una fuerte división invade por los valles que fertiliza el Tuy, y amenaza á Caracas, á la sazón desguarnecida. Puig y Ramos incendian á Barinas y pasan á cuchillo sus valerosos moradores, abandonados por García de Sena. Tras heroicos esfuerzos Urdaneta se ve obligado á replegar sobre Bolívar con escasos jinetes, Ceballos con el ejército de Coro ocupa á Barquisimeto y se adelanta sobre el centro. Calzada á fuego y sangre se apodera de San Carlos con mil infantes y ochocientos caballos. Numerosas guerrillas inquietan á Valencia, y los sitiados en Puerto Cabello, con amagos de frecuentes salidas, paralizan la acción benéfica de D'Elhuyar en el conflicto general.

Vencido Campo Elías, el Libertador opone á Boves y á sus hordas feroces el vencedor en Niquitao. Chócanse en La Victoria, con estrépito y furia, aquellos dos gigantes de indomable bravura, y victorioso sale de la reñida lid, y tinta en sangre y una vez más gloriosa y refulgente, la espada formidable de Rivas. Boves retrocede á la Villa de Cura á organizar de nuevo sus desbandados escuadrones. Rivas vuela á Caracas á oponerse á Rosete, y el Libertador deja á Valencia y va á situar en San Mateo su cuartel general.

IV

Heos aquí ya en el campo inmortal, escogido por el Libertador para dar á la América, con la medida de entereza de su gigante, el más alto ejemplo de decisión y de perseverancia en el propósito de la idea redentora.

Cuando todo se abate; cuando todo desaparece en el abismo de lo imposible; cuando los más osados sostenedores de aquella cruenta lucha retroceden, y vacila la fe, y el brazo desmaya, y ahogada en sangre sucumbe la esperanza, se levanta como por efecto de un conjuro, algo extraño y superior á la virilidad humana: se levanta la energía de Bolívar.

Y allí donde le amaga el mayor número, frente al mayor peligro y á la más ardua de las dificultades, clava en tierra su bandera gloriosa y desafía la adversidad.

"San Mateo es Bolívar: la energía de todo un pueblo sintetizada en un hombre: el NO gigante de una voluntad incontrastable, opuesto, como escudo de hierro, á la propia flaqueza y á la contraria fuerza: la resistencia irresistible de un propósito inmutable: la gran vibración de la fibra latente en el Decreto de Trujillo: uno de los más arduos, si no el más rudo de los innúmeros trabajos del Hércules americano."

¿Quién de entre nosotros los hijos de este suelo, no ha experimentado un sentimiento de profunda admiración y de respeto, al penetrar en aquel campo de batalla, donde aun repite el eco el nombre de Bolívar? ¿Quién no se ha detenido á contemplar aquella casa histórica, tumba gloriosa de Ricaurte y cuna de su inmortalidad, que de lo alto de la eminencia en que se asienta domina el campo de la reñida lid, y resplandece como el brillante paladín de las antiguas glorias de la patria? Nadie á fe, y con razón: nuestra memoria, más que le pese al ánimo, experimenta allí la suprema coacción de lo inolvidable.

En medio, más ó menos, de un valle estrecho y largo, extendido como una franja de verdura entre dos filas de montes casi paralelos, y agrupada al pie del viejo campanario de su iglesia, como blancos corderos en torno del pastor, se divisa desde lo alto de la casa histórica la humilde aldea de San Mateo. El camino público que en comunicación directa pone á La Victoria con Valencia, la cruza al Norte, y la limitan al Oriente los extensos plantíos de la más pingüe de las haciendas patrimoniales del gran caudillo republicano.

Allí entre las flores y las cañas de aquel risueño valle, cultivado por sus mayores, había pasado Bolívar las más felices horas de su primera juventud; y en aquella misma casa de su feudo, en breve consagrada por el más heroico sacrificio, había soñado más de una vez con la libertad de su país y acariciado el propósito en que incansable perseveraba aún.

El 22 de Febrero de 1814, diez días después de la defensa de La Victoria por el heroico Rivas, acampó Bolívar, acompañado de su Estado Mayor y de su Guardia, en el pueblo de San Mateo.

A pesar del rechazo que habían sufrido los realistas, era por demás conflictiva la situación de la comarca. El terror dominaba todos los ánimos. Poblaciones enteras huían despavoridas á la aproximación de las hordas de Boves, y una emigración numerosa afluí al cuartel general buscando amparo en el ejército republicano.

Niños, mujeres y ancianos sobrecogidos de espanto y enflaquecidos por la miseria, seguían los cuerpos que velozmente se iban reconcentrando en San Mateo, y en torno á aquellos bravos que dividían con ellos su escaso pan con mano generosa, giraban sin concierto, prorrumpiendo en desgarradores alaridos á la menor alarma.

Situado el Libertador en San Mateo, sitio escogido como punto estratégico para vigilar los movimientos del poderoso ejército enemigo concentrado en la Villa de Cura, y auxiliar con más facilidad en caso necesario una ú otra de las dos ciudades más importantes de la República, amenazadas á la sazón por los realistas, se ocupa en reforzar sus posiciones con algunas obras de defensa, en tanto que la llegada del ejército de Oriente, acaudillado por Mariño, y esperado con ansiedad creciente, le pone en capacidad de acometer á Boves y de abrir, con probabilidades de buen éxito, una nueva campaña.

En la mañana del 26 se incorporó al Libertador el Mayor general Mariano Montilla con la división de los Valles del Tuy: y al día siguiente lo hicieron á su vez los cuerpos de Ponce y de Salcedo y la brigada de Barquisimeto al mando de Villapol. Las fuerzas todas de los independientes reunidas en San Mateo ascendían á 1,500 infantes con cuatro piezas de campaña de grueso calibre y 600 jinetes, entre los que figuraba el brillante escuadrón de soberbios dragones, ávido por vengar la muerte de su jefe, el bravo Rivas Dávila.

Boves, entre tanto, repuesto del descalabro sufrido en La Victoria, é impacientado por el deseo de medirse con el Libertador, á quien cree exterminar al solo empuje de sus numerosos escuadrones, se apresura á caer sobre los republicanos, mal seguros en sus posiciones de San Mateo. A la cabeza de ocho mil combatientes sale orgulloso de la Villa de Cura; ocupa á Cagua, pueblo inmediato al cuartel general de los independientes; lanza su vanguardia á forzar en el paso del río las avanzadas republicanas, á cargo de Montilla, que le opone heroica resistencia; repliega con la noche, toma posiciones ventajosas, y espera el día para librar una batalla que de antemano cuenta por ganada.

El 28 de Febrero de 1814, nuestras tropas en pie, antes del alba, se aprestan al combate. En medio de la oscuridad que cubre el campamento y en el mayor silencio, se movilizan cuerpos que van á reforzar las avanzadas ó á cubrir nuevos puntos juzgados por el momento favorables. Como grupos de fantasmas aparecen al esquivo resplandor de las estrellas los piquetes y rondas que recorren el campo, y las guerrillas estacionadas en acecho á la entrada de los caminos y tras los setos del poblado.

Nuestra derecha al mando del valeroso Villapol, ocupa en la fila de montes que corren al Norte de San Mateo la altura denominada el Calvario. Cubre nuestra izquierda, á las órdenes del teniente coronel Gorgorza, la casa del Ingenio. Y nuestro centro, mandado en persona por el Libertador y el coronel Lino de Clemente, se apoya en los atrincheramientos practicados en la parte del caserío protegido por las alturas donde se extienden nuestros flancos.

La emoción que reina en nuestras tropas, en su mayor parte mal impresionadas por los recientes descalabros sufridos, se adivina en el silencio sepulcral que guarda nuestra línea. El Libertador recorre á caballo los puestos avanzados, inspecciona los improvisados atrincheramientos de su línea de defensa, comunica órdenes que ejecutan con rapidez los jefes que le acompañan, calma con su tranquilidad la inquietud general, exalta el fuego de los más denodados con la promesa de una victoria que él sólo cree alcanzar, y confiado en su estrella, espera con ansiedad el nuevo

día, cual si la nueva luz hubiera de convertirse para él en deslumbrante auréola.

La aurora de aquel sangriento día brilla al fin entre rojos y cárdenos reflejos. Un inmenso y prolongado redoble de atambores resuena en torno al valle como el primer rugido de la espantosa tempestad que se prepara. Muestra el sol su disco refulgente, y las alturas todas que dominan al Sur la aldea de San Mateo, se exhiben coronadas de bayonetas enemigas, á la vez que se divisa en la llanura como un bosque de lanzas la crecida caballería de Boves maniobrando á derecha é izquierda de nuestra línea de batalla, hasta cubrir todas las avenidas y plantíos inmediatos.

Por largo tiempo los dos campos contrarios, presta el arma é inmóviles, se miran en silencio. La impaciencia exaspera el ardor de nuestros batallones. De súbito vibra un clarín, y Boves á caballo y rodeado de lanzas aparece á la entrada de San Mateo por el camino de Turmero.

Estrepitosa vocería resuena á la presencia del terrible caudillo. La infantería realista desciende con rapidez de las alturas. Truena el cañón con formidable estrépito, y cinco mil caballos impetuosos, al par de los infantes, no menos temerarios, cargan á un tiempo nuestra línea.

El Libertador, con olímpica serenidad, espera los furiosos jinetes y los fusila á quemarropa. Nuestras dos alas á su vez rechazan el ataque. Boves torna á cargar con más violencia, y se generaliza la batalla con indecible furia de una y otra parte. Nuestro centro, sobre el cual empeña el enemigo la mayor parte de sus fuerzas, resiste heroicamente.

Allí, en torno de Bolívar, y escudándole con sus heroicos pechos se batían como leones Lino Clemente y los Montillas, y Florencio Palacio, y Ricaurte el glorioso, y el indómito Campo Elías, y Maza, Soublette y Muñoz Tébar, y aquel patriota insigne Martín Tovar, tan valeroso como honrado.

Después de cinco horas y media de un fuego vivo y desastroso sobre nuestros débiles atrincheramientos, el Libertador ordena reforzar su ala derecha situada en el Calvario y hacer por aquel flanco diversión al enemigo.

Practícase con brío aquella peligrosa operación. Campo Elías y el derodado Villapol cargan la izquierda de los realistas y acuchillan cuanto les resiste. Boves, pronto siempre al combate, vuela al auxilio de los suyos á la cabeza de sus violentos escuadrones, y una brega sangrienta y obstinada se empeña en la extrema derecha de nuestra línea. Campo Elías y Villapol combaten á porfía. Aquellos dos atletas, terribles é impetuosos, hijos de España y defensores de la América y de sus nuevas instituciones, luchan con el valor heroico de la raza del Cid y de Gonzalo. Boves, no menos bravo é impetuoso, los desaloja al fin de las casas que ocupan al pie de la colina del Calvario, parapeta en aquellas su numerosa infantería que fiero estrago causa en nuestros destrozados batallones, y reforzado con tropas de refresco, carga y pone en conflicto nuestro flanco. El Libertador auxilia á aquellos bravos con una pieza de artillería y algunas guerrillas que no bastan á contener el formidable empuje de las masas con que el jefe realista los rechaza.

Campo Elías se arroja sobre las bayonetas enemigas con desesperado frenesí; sus ojos arrojan llamas, sus miradas avasallan y espantan.

Desgarrado el uniforme, el rostro ennegrecido por la pólvora, bañado en sangre como un león carnívor, rompe su espada en las filas de Boves y cae vencido por la muerte en medio á cien cadáveres.

Villapol á su vez se lanza como el rayo, hiere, destroza, retrocede abrumado por el número, y carga una vez más sin flaquear en la demanda. Su brazo no desmaya, reconquista la posición perdida, una balá le hiere el corazón al grito de victoria, y al pie de la bandera que sostiene en su crispada mano cae sin vida en brazos de la gloria.

Nuestros soldados retroceden; no les queda un solo oficial que los dirija, muertos los más y heridos cubren el campo que de nuevo ocupa el enemigo. La derrota amenaza nuestro flanco que opone sin concierto desesperada resistencia. De pronto en medio del conflicto, aparece como salido de la tumba un joven oficial bañado en sangre y cubierto de heridas; pónese al frente de aquellos bravos á quienes electriza su presencia, tira de la espada que apenas puede manejar su débil brazo, y restablece entre los suyos la confianza. Aquel mancebo heroico es el hijo de Villapol; separado casi moribundo del campo de batalla algunas horas antes, sabe en su lecho de agonía la muerte de su padre y se levanta y le viene á vengar. Intrépido se arroja sobre las casas en que se parapetan los realistas, logra desalojarlos en el primer empuje, y agotadas las fuerzas con la sangre que manan sus heridas, cae desmayado al cumplir su propósito. Empero, tanto esfuerzo decide la jornada. En la última carga el incansable Boves queda herido, y próxima la noche suspende la pelea. Nuestra izquierda enfrentada á Morales, y no menos combatida que el centro y la derecha, no fué menos feliz. La victoria se declara por el Libertador. Retroceden los realistas á sus inexpugnables posiciones de los montes, al Sur de San Mateo, y ochocientos cadáveres dejan tendidos en el sangriento campo de batalla.

V

A pesar de aquel brillante triunfo alcanzado por el Libertador, no es menos conflictiva la situación de los independientes.

Vencedores los jefes realistas en todo el Occidente, marchan sobre Valencia con poderoso ejército.

El coronel D'Ellinayar, jefe de la línea de Puerto Cabello, es inquietado á su espalda por los cuerpos francos de las costas de Urama y de Morón.

Rosete, no escarmentado por la primera derrota sufrida en Charayave, vuelve sobre Caracas con mayor número de tropas.

Nada se sabe de Mariño ni de su ejército.

Y aunque Boves se retira á la Villa de Cura, á curar su herida, Morales, su segundo, queda al frente de Bolívar con todas las fuerzas sitiadoras de San Mateo, y mantiene nuestro campo, con frecuentes y violentos ataques, en constante y agitada expectativa.

En los días que siguieron á la jornada del 28, y por sobre la oposición del enemigo, el Libertador extiende por la izquierda hasta su hacienda, su línea de defensa; sitúa su parque con un cuerpo de infantería en

La casa alta del Ingenio, y entrega al pasto de la caballería las plantaciones de caña dulce de su propiedad.

Los combates continúan sin descanso. Sangrientas escaramuzas provocadas por uno ú otro bando principian con la aurora y acaban con la noche. Las más veces, los patriotas arrollan sus contrarios, pero escasos de fuerzas suficientes para alcanzar desalojar al enemigo de sus fuertes posiciones, se limitan á sorprender las avanzadas y á empeñar, á campo raso, combates siempre desventajosos con su numerosa caballería.

Entre tanto, con la noticia de la rápida curación de Boves y de su pronto regreso á San Mateo para librar una batalla decisiva, llega al Libertador la nueva no menos alarmante de la ocupación de Ocumare por Rosete, y de la marcha de aquel insigne forajido á la cabeza de más de tres mil hombres, sedientos de sangre y de pillaje, sobre la indefensa capital.

Ante el peligro que amenaza á Caracas, Bolívar olvida generosamente su propia y angustiosa situación. Escoge entre sus tropas 300 hombres de los más aguerridos, los municióna en abundancia, los dota con un cuadro de oficiales brillantes, y á las órdenes de Mariano Montilla los hace salir de San Mateo á las dos de la tarde, tambor batiente y banderas desplegadas, por el camino de la capital. Cae el enemigo en el engaño que se oculta en aquella ruidosa y pública salida, refuerza con numerosas tropas su ala derecha, que supone le va á ser atacada; y espera alerta y á pie firme en sus ventajosas posiciones, en tanto que Montilla no inquietado marcha tranquilo á su destino.

Tras del sufrido engaño y repetidos descalabros, torna Morales á hostilizar con más vigor nuestra línea debilitada. Compromete combates que nos cuestan preciosas vidas y sangre generosa. Sus feroces jinetes acosan nuestros flancos. Maza, Tomás Montilla, Jugo y Cedeño, al frente de nuestros escuadrones, los rechazan con furia. En uno de los tantos encuentros una parte de la caballería enemiga se empeña en resistir, y los soberbios dragones de Salcedo la rompen y acuchillan, y en violenta derrota la llevan hasta Cagua.

Nuestros infantes, á su vez, desalojan á los realistas de algunas de sus altas posiciones; pero abrumados luego por el número, ceden el puesto y se repliegan al poblado.

De esta suerte, sin darse mutuamente hasta entonces el más corto respiro, corren veintidós días, empeñados en combates parciales de más ó menos gravedad, pero todos sangrientos.

Antes de ser completamente interceptada toda comunicación con el cuartel general de San Mateo, y en medio á tanto estrago y encarnizada lucha, el Libertador dice á Urdaneta, de quien recibe aviso de la conflictiva situación de Occidente:

“Defenderéis á Valencia, ciudadano General, hasta morir; porque estando en ella todos nuestros elementos de guerra; perdiéndola se perdería la República. El general Mariño debe venir con el ejército de Oriente: cuando llegue batiremos á Boves é iremos en seguida á socorrerlos.”

Y aquel infatigable gladiador, á quien el peso del infortunio no logra avasallar, persiste en su propósito; y más pujante mientras más com-

batido, vigoriza su ánimo al ardiente calor de las batallas, cual se enardece el león bajo el cálido soplo del desierto.

Escarmentado el enemigo con los continuos descalabros sufridos, permanece dos días sin aventurar nuevos ataques; y el Libertador aprovecha aquel instante de reposo, que le proporciona su indomable tenacidad, para reorganizar su campo y restañar en lo posible la sangre de su ejército, que rápida se escapa por las innúmeras heridas.

Empero, muy corta fué la tregua tras de tan ensañado batallar. Ruido de armas y voces, y movimiento de caballos, se notan de improviso en el campo realista. Nuestros soldados toman aquellas bélicas manifestaciones por los preparativos de una carga general y simultánea sobre toda su línea, y se disponen con el vigor de siempre á rechazarla: pero al sordo rumor que los alarma, suceden vítores, y aclamaciones entusiastas, y ruidosa algazara en que el nombre de Boves, saludado por sus tropas, manifiesta el motivo de tan estrepitosa como insólita alegría.

Los republicanos tienen de nuevo á Boves al frente de su ejército. Los rudos embates que experimenta nuestra línea denuncian la presencia de aquel fiero caudillo.

La lucha se encrucece. Ni tregua ni reposo á la diaria fatiga alcanzan nuestros acribillados batallones. La llanura no cesa de temblar bajo el acelerado movimiento de los innúmeros caballos que la cruzan en todas direcciones; y un trueno sordo y prolongado ruge incesante, como el retumbo de pavoroso estrépito, sobre las cumbres que se extienden en torno á San Mateo.

Los contrapuestos bandos se emulan en vigor y fiereza; pero la resistencia que al batallar continuo, sin resultado decisivo, oponen los republicanos, impacienta al fin, alarma y exaspera la cólera de Boves.

Mañana será el último día, dice con gesto amenazante á sus intrépidos jinetes, después de un postrer combate violento, pero sin resultado: *mañana os haréis matar todos, ó yo me encargo de cortaros la cabeza si no quedamos definitivamente victoriosos.*

Y acto continuo, se apresura á concentrar todas las fuerzas de su mando que discurren por los vecinos campos y poblados; las estimula con promesas de sangre y de pillaje y se prepara al nuevo ataque, decidido á morir ó exterminarnos.

La escasez de pertrechos de que ya se resiente, y la dificultad de procurárselos á mano, le induce á violentar el fin de aquella lucha, y á intentar sobre el provisto parque de los republicanos una sorpresa que los prive de sus abundantes municiones.

Para el efecto, al promediar la noche se organiza una fuerte columna de sus mejores tropas, y al más audaz de sus Tenientes la confía con la orden secreta de flanquear nuestra línea haciendo gran rodeo, tomar luego por la espalda los cerros en que se apoya nuestra izquierda, trasmontarlos, descender sobre la casa del Ingenio y asaltar nuestro parque.

El resto del ejército realista, al despuntar el alba, debía bajar á San Mateo, y mientras se ejecutaba aquella atrevida operación, atacar simultáneamente toda nuestra línea con el fin de ocultarnos su cauteloso movimiento. No se escapa á la vigilancia de Bolívar el movimiento de reconcentración del enemigo; por lo que previendo para el siguiente día, no un nuevo ataque como los anteriores, sino una batalla en toda forma,

se apresura á reforzar sus posiciones con todos los elementos de que podía disponer en la conflictiva situación en que se hallaba. Al efecto, después de dar de alta á todos los heridos de su hospital de sangre, y de armar de nuevo á aquellos bravos que apenas podían tenerse en pie, mutilados como estaban los más, y doloridos, pasó revista á sus tropas, reducidas próximamente á la mitad del número con que había dado principio á la sangrienta lucha de San Mateo, y restableció su línea de batalla como en la pasada jornada del 28 de Febrero. El teniente coronel Ramón Ayala fué escogido por el Libertador para mandar su ala derecha y sostener la importante posición de la colina del Calvario, tumba gloriosa de Villapol y Campo Elías, y celebre entre nuestras posiciones por el esfuerzo heroico de aquellos dos atletas. El parque del ejército, situado en la casa alta del Ingenio, fué confiado á la custodia del intrépido capitán Ricaurte, joven de grande aliento y de reconocida fama. Y los atrincheramientos del centro quedaron á las órdenes del coronel Lino Clemente.

Todo se prepara en el campo republicano para la próxima jornada. Empero, no es una simple batalla la que se va á librar; es la suerte de la República la que va á ventilarse en aquel último y desesperado esfuerzo. Vencedores los independientes, la situación cambia de faz, el Libertador puede aventurar una nueva campaña, y al incorporársele el ejército de Oriente, romper el sitio de Valencia y luchar todavía con probabilidades favorables. Vencidos, nada les queda que esperar: Boves los pasará á cuchillo, y Mariño no hallará en San Mateo sino un aglomeramiento de cadáveres sobre un montón de escombros.

El Libertador vela toda la noche, y en medio del profundo silencio que reina en todo el valle, sus tropas, aperebidas al combate, le ven pasar sombrío, como un fantasma, ir y venir de un flanco á otro, y sin descansar repasar su línea de batalla durante todas las horas de aquella larga noche.

A pesar de tanta vigilancia, burló el enemigo la sagacidad y el cuidado de aquel ilustre centinela, y la operación, tan sigilosamente practicada sobre el flanco izquierdo de los republicanos, no fué notada y quedó en el misterio.

Empero, algo extraño como un presentimiento, conturba al par que alienta nuestro ejército. Los Jefes se interrogan entre sí sobre la causa oculta de aquella inexplicable y angustiosa inquietud, mezclada de lisonjeras esperanzas; que todos á la vez experimentan, y no encuentran razón que la autorice; pero todos convienen en que algo extraordinario se prepara, y ven llegar el día con la ansiedad con que se espera lo imprevisto anunciado por una inspiración.

Al despuntar la aurora del 25 de Marzo de 1814, estrepitosa vocería se levanta en el campo realista. Redoblan los atambores, suenan cornetas y clarines, relinchan los caballos y crujen las cureñas de las piezas volantes que el enemigo pone en movimiento. Luego, impetuoso, el ejército español desciende á la llanura, despliega en alas su numerosa caballería, y se lanza rugiendo sobre nuestra línea de batalla.

Un combate violento, tenaz, encarnizado se traba en todos los puntos que simultáneamente ataca el enemigo. Nuestros soldados defienden sus posiciones con heroica bravura, y rechazan las repetidas cargas con un fuego incesante y mortífero, que impávidos resisten los jinetes de Boves,

y al que contesta con no menos estrago la numerosa infantería realista regida por Morales.

Boves enardece á los suyos con el ejemplo de su arrojo. En medio al fuego que destroza sus filas, se divisa á aquel atleta formidable sobre su gran caballo de piel leonada y negras crines, como visión terrible. A la cabeza de sus compactos escuadrones carga en persona con indecible empuje el centro de nuestra línea, defendida por el Libertador, rompe sus lanzas en las groseras palizadas que la cubren, repliega destrozado y frenético, torua á cargar de nuevo, y fatiga con sus rudos ataques la resistencia heroica de aquel grupo de bravos.

Ayala, no menos combatido en el ala derecha, se mantiene á pie firme.

Las horas corren rápidas en aquella espantosa faena. El combate no desmaya un instante. Los muertos toman parte en la lucha porque embarazan con su crecido número los movimientos de los vivos. El destrozo por una y otra parte es incalculable y alarmante. Y el sol comienza á declinar sin que la furia del ataque y la tenacidad de la defensa hayan perdido nada de su mutuo ardimiento.

Con el prestigioso ascendiente de su palabra y de su imperturbable serenidad, alienta el Libertador á sus soldados. Acude á toda parte donde la lucha se traba con encarnizamiento; aplaude, anima y premia con frases lisonjeras el valor y la constancia de sus acribillados batallones, los lleva al fuego con impávida calma y rechaza en persona las más terribles cargas que les da el enemigo.

“Dos horas más de aliento y la victoria es nuestra,” dice y repite á sus heroicos compañeros. “Para morir nos sobra tiempo; tratemos antes de vencer.” Y asombra con su tranquila decisión, y enardece y fatiga la tenacidad de sus contrarios, cuyos esfuerzos burla á cada nuevo empuje con que exterminarnos se prometen.

Los realistas agotan sus municiones de reserva durante las nueve horas de aquel rudo combate, y sólo fían el triunfo de sus armas á la impetuosidad de su caballería y á la audaz operación, tan sigilosamente practicada sobre el parque de los republicanos. Empero aquella tarda en realizarse, y Boves impaciente y frenético se empeña en abatir con el pecho de sus caballos las mal seguras palizadas que defienden nuestras bayonetas.

Una furia creciente preside á las desesperadas cargas que nos da el enemigo; pero su arrojo y su bravura se estrellan contra la firme decisión de los independientes; y bañados en sangre y extenuados, ceden al fin y retroceden las impetuosas hordas; cuando un grito de angustia y de terror de nuestra parte, y de alegría feroz en el opuesto bando, resuena de improviso en medio á la batalla.

Todos los ojos se vuelven hacia la altura que domina la casa del Ingenio, y sobrecogidos de espanto divisan nuestros soldados la fuerte columna encaminada á apoderarse de nuestro parque.

Aquella inesperada operación conturba el ánimo de todos. La pérdida del parque es la pérdida de la batalla, y custodiado aquél por escasa tropa, y en la imposibilidad de socorrerlo, nadie duda del desastroso fin de la jornada.

Al estrépito de la refriega sucede, sin que nadie lo ordene, un silencio solemne, en que la angustia de los republicanos contrasta con el júbilo mal reprimido de sus contrarios.

Boves, satisfecho de sí, contempla con infernal sonrisa aquella terrible acometida. Mientras que en el opuesto campo, desnudo el sable, los ojos centellantes, airados y magníficos en su heroica agonía, todos los Jefes republicanos corren á agruparse en torno de Bolívar, ofreciéndole como último baluarte sus nobles corazones. En medio aquel solemne cuadro de angustiosa expectativa, desciende el Libertador de su caballo, al que al instante hace quitar la silla, y colocándose en medio de sus tropas: *"Aquí,"* les dice con enérgico acento — *"aquí entre vosotros mis valientes, moriré yo el primero."*

La columna enemiga baja entre tanto con formídale empuje sobre la casa del Ingenio; y nuestro ejército repite con ansiedad el nombre de Ricaurte. Sobre aquel joven héroe caerá el golpe de gracia que ha de abatir en aquel día todos los esfuerzos de la patria. Todas las miradas le buscan, y palpitan por él todos los corazones.

Conflictiva es la situación para Ricaurte. La casa, confiada á su custodia por el Libertador, no sólo encierra el parque y municiones del ejército, sino gran número de heridos y mayor cantidad de niños, mujeres y ancianos, parte de la emigración de los vecinos pueblos refugiada en San Mateo; y para su defensa apenas cuenta con algunos soldados que no alcanzan en número ni á la décima parte de las fuerzas por que se ve atacado.

Empero, su bravura se sobrepone á su material debilidad, y palmo á palmo se disputa al enemigo el sagrado depósito que aquél se esfuerza en asaltar. Al fin lo abruma el número, y constreñido á abandonar el puesto que custodia, ordena á los heridos y á los niños, mujeres y ancianos, que aterrados se agrupan ó discurren por todo el edificio, abandonar la casa é ir á refugiarse en otra parte. Los soldados republicanos, que aun sostienen el fuego, descienden á su vez, á un gesto irreplicable de su jefe, el recuesto de la colina, y sólo queda el héroe, y sólo con su heroica grandeza espera al enemigo, que asalta el edificio en medio de atronadores vitores.

Un grito inmenso de triunfo y de alegría resuena al mismo tiempo en el campo realista; pero instantáneamente, insólito fragor y aterrador estrépito retumba en todo el valle, y densa nube de humo asciende entre lenguas de fuego y cubre la montaña.

¿Qué pasa? ¿Qué acontece? Todos lo adivinan al disiparse el humo que cual fúnebre manto se extiende sobre la casa del Ingenio. Este bello edificio, convertido de súbito en un montón de escombros, pregona el heroísmo de Ricaurte. Glorioso sacrificio á que no lo induce la desesperación; ni se puede estimar como el arranque de despecho de una heroica agonía, ni menos como la protesta insolente del orgullo militar humillado. No; Ricaurte no es Cambronne en el último cuadro de Waterloo, revolviéndose en su agonía de león para escupir el rostro, con frases de desprecio, á su enemigo vencedor. Está más alto. El amor á la patria es sólo quien lo inspira. Una peripecia de la batalla le sirve de pedestal y sobre ella se empina. Su talla adquiere las proporciones de los antiguos héroes; su cabeza se pierde entre deslumbrantes claridades, y á sus pies

todo lo ve pequeño, menos la tumba que para recibirle cava todo un ejército. Desde la altura en que se encuentra divisa el campo de batalla, y en él á sus amigos desesperados de vencer, á Boves soberbio y victorioso, y tanto esfuerzo inútil y tanta sangre derramada, infructuosa, y la patria humillada y su causa perdida; todo lo ve á sus pies, y árbitro se siente y soberano de la cruenta jornada. Su vida por mil vidas y por el triunfo de los suyos, le propone el Destino; y sonriendo acepta el sacrificio, y corre á él, y espanta, y vence y desaparece de la tierra para ceñir en la inmortalidad la refulgente aureola de su gloriosa abnegación.

Boves retrocede espantado ante aquel gigantesco sacrificio, y se gua- rece de nuevo en las alturas.

Bolívar le persigue hasta sus inexpugnables posiciones; recorre el campo donde yacen tendidos mil cadáveres y espera la llegada de Marifio para abrir la campaña.

Boves pasa tres días en sus antiguas posiciones y se retira al fin de la presencia de Bolívar, noticioso de la proximidad del esperado ejército de Oriente.

VI

La historia militar de nuestra guerra de independencia registra en sus anales episodios magníficos, hechos heroicos, y gloriosas é innúmeras batallas; pero ninguna excede á San Mateo.

Aquella larga lucha, obstinada y terrible, da la medida de la entereza de Bolívar, de la perseverancia de aquel infatigable demandador de imposibles, á quien jamás venció la adversidad.

Bolívar absorbió todo el aliento de la gran revolución americana; y en él se encontró toda la vida de un pueblo defraudado en sus derechos.

En medio al caos de una sangrienta lucha, tuvo que crearlo todo, y qué luchar contra todo lo creado.

Para alcanzar el fin de sus nobles propósitos no hubo poder humano, ni fuerza superior á detenerlo! ¡Y cuántos sacrificios en su larga carrera no tuvo que aceptar! ¡y cuán ruda fatiga no tuvo que vencer! En medio á tanto esfuerzo, vencido ó vencedor, no descansar jamás. Entregar á la patria, alma, cuerpo, fortuna, reposo, sangre, vida. No abatirse un instante. No desmayar un solo día. No abrigar una duda en su fe inquebrantable. Ver impasible cebarse la desgracia en su obra gigante; y quedar reducido á su sola energía, á su solo entusiasmo, á su fe sola. Ver morir sus esfuerzos sin perder la esperanza, y comenzar de nuevo su labor de titán sobre las ruinas del más supremo esfuerzo. Errar, por las huellas del desastre, lanzarse á conquistar lo que no le fué dado sostener. Perseverar sin tregua. Alcanzar la cima al grito de victoria y caer al abismo sin flaquear su energía. Solo contra los elementos, las preocupaciones y los hombres. Blanco de todas las intrigas, de todas las asechanzas, de todos los furores. Vencer los suyos con las armas, la persuasión ó la política para acometer luego á un enemigo siempre resuelto, compacto y numeroso. No rehuir jamás un sacrificio. Aceptar el peso de todas las responsabilidades. Vencer su cuerpo, sus dolores, las flaquezas del ánimo, las deli-

cadaveras del corazón, las tempestades del espíritu. Sofocar la propia sensibilidad en los momentos en que perdonar casi era delinquir. Ser generoso y aparecer avaro. Ser magnánimo y ostentarse cruel. Enfrentarse á lo viejo arraigado por la costumbre y pretender aniquilar hasta los fundamentos del vetusto edificio colonial, sin más apoyo que el de la inquieta rivalidad del mayor número de sus propios tenientes, sin exasperarse ni retroceder ante el tamaño de la empresa, prueba la fuerza sobrehumana, la energía sin ejemplo de aquel genio inmortal.

Sin faltar á la verdad, Bolívar pudo siempre decir: yo soy la revolución; en mí se encarna la república.

Con todas sus faltas reales, con todas las imputaciones con que algunos de los hijos degenerados de esta América han tratado de empañar su memoria, Bolívar siempre grande, aparece en la Historia: incomparable.

Alejandro, César, Carlo Magno y Bonaparte tienen entre sí puntos de semejanza. Bolívar no se parece á nadie. Su gloria es más excelsa.

Ser Libertador está por sobre todas las grandezas á que puede aspirar la ambición de los hombres.



EL DÍA DE ANIMAS

Por José M. Quijano O.

I

NUNCA he podido explicarme la tristeza que se apodera de mi alma el día que acostumbramos llamar *de Animas*; pero es el hecho que hay algo, ajeno de mi carácter, que me domina, que me predispone á la tristeza. ¿Será que los muertos se apoderan realmente del día consagrado á ellos, y hacen sentir su influencia sobre los vivos? Sea lo que fuere, y sin tomarme el inútil trabajo de averiguar la causa, es lo cierto que pocos días ha habido más tristes para mí que el 1.º de Noviembre de este año de gracia de 1866.

El cielo estuvo encapotado todo el día, la atmósfera pesada; el sol no se dejó ver sino un momento y se ocultó luego tras negros y espesos nubarrones, en cuyos senos que alguien ha llamado hidrónicos, ocultaban el rayo. En este día se desató la borrasca que de costumbre se descarga sobre la ciudad en esta fecha; tempestad terrible, porque media docena de rayos son cosa demasiado grave para los *raizales*, pero un juguete, y de los más comunes, para los que han vivido algunos años en Popayán, durmiendo arrullados por el bramido de su volcán y despertando al estruendo de sus tempestades.

La naturaleza ejerce sobre mí una influencia magnética, ó yo no sé cómo llamarla, que hace que mi carácter se revista con el colorido que ella tiene:—alegre, claro, en una mañana de Diciembre; triste, meditabundo, en un día sombrío;—esta influencia, unida al continuo doblar de las campanas por el descanso de los que ya no existen, la obligada visita al cementerio, porque ¿quién es el afortunado que no tiene en aquel recinto alguna persona querida á quién ir á llevar una corona? los recuerdos dolorosos que se avivan, todo esto, digo, impresionó mi espíritu de una manera no acostumbrada.

Volví del cementerio profundamente triste y preocupado: había leído allí sobre las piedras tumulares más de un nombre caro para mi corazón; había encontrado en el lugar del descanso más de un compañero de mis mejores años. Oh! ciertamente este es el día de los muertos: olvidados más ó menos en el resto del año, llega también para ellos un día en que recen-

gen preces y lágrimas. Y bien! me dije, puesto que es el día de los muertos, pensemos en los muertos! y tomando una luz me dirigí á mi cuarto, donde me encerré para gozar el triste placer de estar solo y triste.

II

¿Para qué sirven todos los afanes, las angustias, las contrariedades de la vida, me preguntaba á mí mismo; todo no va á parar en ese lugar de donde vengo, donde la riqueza, el poder, la gloria, yacen confundidos con la miseria, la debilidad y la ignorancia? — ¿No acabo de leer el nombre de una víctima, y en la losa siguiente el del victimario? — Junto á un nombre célebre ¿no acabo de leer el de una persona oscura, que fué desconocida, cuyo recuerdo no despierta eco ninguno? ¿Estos dos nombres ocupan lugares distintos, ó siquiera ocupa el uno más espacio en la piedra que el otro? Nó; están ambos en la misma línea; ambos cupieron cómodamente en la losa que los cubre; para ninguno de los dos fué estrecha la bóveda en que sepultaron su polvo!....

Al lado de una persona que supo sacar provecho de la desgracia, haciendo de ella la base de su virtud, descansa otra que, teniendo miedo de la vida, botó la carga y se arrojó en brazos de la muerte. Ah! si uno no creyera que la vida no es otra cosa que una jornada en la peregrinación de la eternidad, ¿á dónde podría conducirle lo que los ojos ven en el cementerio, si allí, más que en ninguna otra parte, el alma no adivinara lo que los ojos no alcanzan á divisar?

Si yo no creyera en la existencia de otra vida mejor; si dudara que hay una alma que alienta este cuerpo que mañana será polvo; si no creyera que en esa segunda vida, que espero, he de encontrar á Dios, cuya idea resumo en una sola palabra: — la justicia; si admitiera la posibilidad de que el espíritu desprendido del cuerpo.... Y aquí fuí interrumpido en mis reflexiones; sentí en mi cuarto un ruido semejante al que producirían las alas de una ave cuando las cierra para posarse en alguna parte; había dejado abierta la ventana, y el viento, entrando por el roto de un cristal, apagó la luz. — La excitación en que me encontraba hizo que involuntariamente me levantara para huir; tuve miedo; pero una fuerza invisible me hizo quedar recostado en mi poltrona.

Creí notar en la pieza una claridad distinta de la del día, distinta de la que produce una luz artificial; me figuré luego entrever una sombra que tomaba asiento en la silla que había al frente de la que yo ocupaba, y me pareció reconocerla: era una persona querida, cuyo nombre había leído en el cementerio: conservaba la sonrisa que había tenido en la tierra, aunque notaba un aire de tristeza reemplazando la jovialidad que, á fuerza de ser habitual en él, vino á ser proverbial.

Parecía invitarme á conversar como tantas veces lo habíamos hecho durante su vida.... y conversé con él dos horas largas; y le preguntaba y él me respondía; y poco á poco fué desapareciendo mi primera impresión y hablé con el amigo muerto, tan cordialmente como acostumbraba hacerlo con el amigo vivo.

.... ¿Hablé realmente?.... Veía su sombra? Lo que sonaba en mis oídos era su voz? ó ¿era mi imaginación que en un momento de alucina-

ción se contestaba á sí misma lo que yo preguntaba en mi interior? En fin, aquel diálogo tenía positivamente dos interlocutores? ó era nada más que el resultado de mis impresiones del día, y aquella sombra era simplemente un nombre que de la piedra de una sepultura volvía á saltar ante mi vista, y á la cual mi antiguo cariño le prestaba forma y voz y vida? — Yo no lo sé: — si aquello fué cierto, cuento lo que me dijo; si fué un sueño, cuento lo que soñé, pero soñé una cosa cierta; si fué una alucinación, si fué que los recuerdos dispersos se agolparon á un tiempo para reflejar sobre un nombre, y ese reflejo dió vida á una sombra, ilusoria también, entonces cuento esos recuerdos despertados por un nombre y una fecha que hallé escritas sobre una lápida, en el día consagrado á los muertos.

III

—No te asustes, me dijo la sombra luego que vió que había yo dominado algo mi emoción; — comprendo que mi aparición tenía que producir en ti una impresión desagradable; pero, pasado el primer momento, no creo que mi vista pueda tener para ti nada de terrible. ¿A qué puedo venir sino á estrecharte la mano? — Pero si continuas con los ojos saltados y con ese temblor nervioso que podría causarte daño, prefiero retirarme.

—Nó, quédate, le dije: — tú debes comprender la impresión que he sufrido, porque la naturaleza humana tiembla delante de lo que no puede explicarse; y como no he creído que los muertos vuelvan á la tierra, que los espíritus puedan abandonar el lugar donde Dios los haya colocado para venir al mundo.... pero ya ves que mi emoción ha pasado, que estoy tranquilo, y que ahora como antes eres el bienvenido.

—Enhorabuena, me contestó: — empezaré por decirte que es cierto, en lo general, que las almas no vuelven al suelo donde dejaron su vestidura corporal; pero aparte de que nada hay imposible para la voluntad de Dios, hay un día que estando consagrado á ellos exclusivamente, Dios les permite abandonar su morada por algunas horas, y venir al mundo á echar una mirada sobre aquellas personas de quienes en aquel día han alcanzado oraciones y lágrimas. Tú has rogado hoy por mí y tus oraciones me han hecho mucho bien: — gracias! Hoy que es mi día, aquí me tienes en la tierra; después de haber bendecido á mis hijos, he querido verte, porque sí es posible conservar al otro lado de la tumba los afectos que nos ligaron en la vida: mucho te quise, lo supiste; mucho te quiere, sábelo ahora; y te he escogido para darte un encargo.

—Has hecho bien; debes estar persuadido de que me esmeraré en cumplirlo, tanto más cuanto que la recomendación de un muerto es sagrada.

—Oyeme, pues; tú conociste mi vida, supiste mi horrorosa muerte, — y en aquel momento me pareció ver su frente agujereada, y una gran mancha de sangre sobre su corazón; — la sombra continuó: — mi vida no fué de aquellas de las cuales se apodera lo que ustedes los vivos llaman fama; fué sencilla, humilde, y si no pude presentarla ante Dios exen-

ta de faltas, si pude presentarla limpia de manchas y de infamias. Mi muerte fué cruel, fué espantosa; todos los corazones han protestado contra ella; pero hasta hoy ninguna voz se ha levantado en mi defensa. No lo hagas tú; siempre que este hecho siga siendo uno de aquellos de que hasta el mismo verdugo se avergüenza; pero si alguna vez se quieren designar las causas de mi muerte, porque las verdaderas causas es mejor que permanezcan ocultas, si se llega á invocar la justicia para excusarla... ¡Oh! entonces levántate, y en voz bien alta defiende no mi nombre, porque el que muere lo deja flotando sobre las aguas de la vida como débil paja, y el mío quedó flotando sobre mi propia sangre, pero defiende la justicia, defiende siquiera la palabra, ya que en la vida no es posible darse cuenta de su verdadero significado.

—Lo haré, le interrumpí, extendiendo la mano.

—No lo dudaba; la cercanía á las cosas de la tierra ha despertado en mí susceptibilidades que había olvidado, que olvidaré cuando me despida de ti dentro de algunos momentos. — Algunos hombres quisieron mi vida, y la tomaron sin que á mí me fuera posible defenderla, ni regatearla siquiera; otros hombres inferiores á los primeros quisieron suprimir hasta mi nombre, de tal modo que no se viera ni sobre una sepultura en el cementerio, y mi cadáver fué sacado de su lugar de descanso y anduvo rodando hasta que la caridad de un hombre le dió nueva sepultura, evitando poner mi nombre encima para ahorrar una nueva profanación. Yo me he conformado con todo, y nada digo de la muerte que quisieron darme y que me dieron; nada reclamo contra el insulto hecho á mi cadáver, pero sí protesto contra que se insulte también mi memoria; han querido agregar á mi nombre un apodo que lo infama, ha habido alguien que diga que fui sacrificado por....

—Te comprendo, le interrumpí.

—Es una felicidad que me adivines, y que me evites la pena de pronunciar una palabra que... no, no podría pronunciarla. A un hombre de mi raza se le asesina, pero no se le insulta. Tú conoces varios episodios de mis primeros años, no tanto de mi vida como de la de mis mayores, para comprender que esa palabra es para mí infamante, y que tengo que levantarme contra ella; —no pudiendo yo hacerlo, he venido á traerte esa comisión, ¿la aceptas?

—Sin duda, le contesté; pero temo haber olvidado algún episodio de los que convendría narrar.

—Entonces, óyeme atentamente; no me interrumpas porque los momentos son contados, no entraré en muchos pormenores porque la tarea sería demasiado larga; te presentaré cada escena en un cuadro, y tú los aclararás como mejor te parezca, pues yo sólo pretendo dejarte el derrotero.

La sombra pareció recogerse en sí misma un instante, y luego me dijo:

IV

“Son demasiado conocidos los incidentes que ocasionaron el 20 de Julio de 1810, y todos saben que el estallido de aquel día venía prepa-

rándose desde algunos meses atrás, aunque eran muy pocas las personas iniciadas en un secreto de tanta importancia. La discusión originada entre el español Llorente y los granadinos Antonio y Francisco Morales, á propósito de un florero que solicitaba de Llorente para adornar la mesa en el banquete con que querían obsequiar á Villavicencio, nombrado comisario regio, ese altercado fué la ocasión aceptada, ya que no buscada, por los que trabajaban en la obra de la emancipación.

Llorente rehusó dar en préstamo el florero que se solicitaba, pronunciando palabras insultantes para los americanos; don Antonio Morales le contestó enérgicamente, agregando á su respuesta una senda bofetada, y de aquel incidente tan pequeño nació la obra grandiosa de nuestra regeneración. El pueblo se amotina, y don Francisco Morales, por orden del doctor Juan N. Azuero Plata, corre á dar la voz de alarma en uno de los cuarteles, donde había algunos de los comprometidos para cuando llegara el caso.

El tumulto crece; las campanas tocan á fuego; toda la población se ha reunido en la Plaza mayor como si se hubieran dado cita; se convoca el cabildo abierto, que se reúne al anochecer; el pueblo nombra su tribuno, y á las doce de la noche estaba firmada el acta de la Independencia.

Los dos hermanos Morales, que con razón podían considerarse como los héroes de aquel día, no abandonaron sus puestos sino cuando pudieron volver á su casa estrechándose las manos y dándose mutuos parabienes. Uno de ellos, don Antonio, se dirigió á la casa paterna á dar la gran noticia á su padre, don Lorenzo Morales, superintendente de la Casa de Moneda, que hacía consistir su orgullo en llamarse y creerse el más fiel vasallo de S. M. el Rey nuestro amo y señor natural; tenía, pues, que darle la noticia con toda clase de miramientos. El otro, don Francisco, se dirigió á quien iba á llevar un recado de don Camilo Torres, citándole para el día siguiente temprano. Desempeñada su comisión, volvió á la sala donde toda la familia estaba reunida, casa de don Luis Caycedo, que era uno de los prohombres de la junta revolucionaria.

Hacia año y medio que el hijo de don Francisco Morales, que llevaba su mismo nombre, se había casado con una de las hijas de don Luis Caycedo; estaban allí, y don Francisco, olvidando la austeridad que usaban los padres de aquella época, sacudió fuertemente la mano de su hijo, diciéndole:

—Regocíjate; el desenlace de los acontecimientos que están de tener lugar, tal vez yo no pueda verlo, pero en cuanto á ti, ¡ya tienes patria para tí y para tu hijo.

—Sí, padre; y con la Patria es deberé más que la vida.

Ese hijo para quien el abuelo anunciaba haber conquistado patria, era yo, que había nacido pocos meses antes y á quien mi Padre, entreabriendo las cortinas de mi cuna para bendecirme, miró largo rato con amor. Sin duda le complacía la idea de que si para ellos no había habido sino servidumbre, ya para su hijo, aun en la cuna, había Patria, esa Patria tan deseada, que sin duda aquella noche coloreó su sueño.... ¡Oh! si en su sueño hubiera entrevisto el porvenir!”

V

“Pasaron seis años llenos de emergencias, de guerras civiles, de acontecimientos de que yo no podía darme cuenta en la edad que tenía. Yo oía siempre las palabras de Patria, Libertad, Independencia, cuyo significado no comprendía. Sabía que mi padre y mi abuelo ocupaban destinos de importancia; que su hermano, que había seguido la carrera de las armas, había alcanzado en ella honores y gloria. Un día, — y este fué el primer recuerdo que saqué de mi infancia, claro, preciso, — un día estaba toda la familia reunida en casa de don Luis Caycedo, mi abuelo materno: todos estaban consternados; despedazado el ejército de los patriotas, uno de los tenientes de Morillo había entrado á Cipaquirá, y uno ó dos días después la Capital sería ocupada. Todos temían la venida del ejército expedicionario; los horrores de la guerra en Venezuela hacían temer que las mismas escenas se repitieran en la Nueva Granada; todos lloraban sus sueños de seis años antes, desvanecidos tan pronto. A pesar de los ofrecimientos que Morillo hacía, nadie tenía confianza en sus promesas porque ya sabían el modo como las cumplían los pacificadores.

—Y qué debemos hacer? preguntó don Francisco Morales á su padre.

—Aguardar serenos lo que Dios quiera enviarnos, contestó éste; la antigua vida de servidumbre no tiene halagos para mí, y si es que no hay salvación para la República, la muerte será la bienvenida.

Y saliendo de la sala me encontré en el corredor y se detuvo colmándome de caricias. Su hijo, — mi padre, — que lo había seguido, notó con sorpresa que al acariciarme tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Qué ocurre, padre mío, le preguntó.

—No es nada, Francisco; va á hacer seis años que te daba yo la buena nueva de que ya tenías Patria para tu hijo. ¿no te parece que la alegría ha durado muy poco, y que el despertar es terrible?

—Pero pueden volver mejores tiempos.

—Lo dudo, contestó el otro; pero yo no desconfío nunca de Dios ni de las causas justas. Si Dios salva este triste suelo, y el pueblo logra verse libre algún día, pueda él recompensar á sus hijos las amarguras de estos momentos y las que se nos esperan.

Y tomándose de brazo empezaron á pasearse en el corredor quedándome yo en el mismo lugar donde me había detenido, descifrando en mi imaginación el sentido de aquellas palabras, cuya gravedad me revelaba el corazón más que la inteligencia. Creo que las comprendí, y asustado corrí en busca de mi buena madre, en cuyo seno oculté mi cara bañada en lágrimas.

. . . . El hombre que así hablaba era mi abuelo; su interlocutor era mi padre; el niño para quien descaban días de ventura y que la Patria recompensara en él sus amarguras de aquellos momentos, era yo. . . . Es una positiva felicidad no poder adivinar el porvenir. . . . ¡Si ellos lo hubieran adivinado!”

VII

“El auditor de guerra pasó inmediatamente á los respectivos calabozos á hacer la notificación de las sentencias, porque el padre y el hijo estaban separados. — Yá te he dicho que ambos se llamaban Francisco Morales, y como en la sentencia no se había puesto el apellido Galavís con que se distinguían, el auditor equivocó las sentencias, notificando al padre la de presidio, y al hijo la de muerte.

Ambos tenían noticia de la suerte á que estaban destinados, pero el padre se dijo: — “Yá estarán hartos de sangre y querrán ensayar el camino de la clemencia, pero al menos yo no la he solicitado.” — Y el hijo, que comprendía la equivocación que había sufrido el auditor, se dijo: — “Enhorabuena! yo moriré, pero salvaré á mi padre! no serán tan bárbaros que una vez cumplido este sacrificio quieran volver á principiar, haciéndolo estéril. . . . Pero, y mi esposa! . . . y mi hijo! . . . No importa; ellos me perdonarán su orfandad cuando sepan que á tal precio compré la vida de mi padre!” Y marchó á la capilla.

Lentas y horribles debieron ser las horas que pasó en ella, fluctuando entre la vida y la muerte, no porque vacilara siquiera en el sacrificio que se imponía, pues desde el momento en que era indispensable que uno de los dos, su padre ó él, muriera, no había ni vacilación en su alma; pero temía que aquella equivocación fuera descubierta, que sus amarguras fueran perdidas y su padre sacrificado. El deseaba que las horas pasaran, pero que pasaran volando, para asegurar el buen éxito de su plan. No obstante, de cuando en cuando pensaba que cada una de esas horas que huía aceleraba el desamparo de su familia, y sentía una especie de remordimiento al desear que amaneciera el día siguiente. — Y luego, ¿si su sacrificio era inútil? si muerto él los pacificadores se contentaban con decir “un insurgente menos,” ¿y ordenaban que la sentencia dictada contra su padre se cumpliera? La horrorosa conducta que habían observado en Venezuela justificaba estos temores; pero aunque amargaban más las últimas horas del condenado, no lo hacían vacilar siquiera en su resolución, y se decía: “Todo eso es posible, es probable atendido el carácter de nuestros verdugos; pero no por eso habré yo dejado de cumplir con mi deber; si consigo que mi padre viva, él será padre de mi esposa y de mi hijo; y si lo asesinan, podré salir á recibirlo con los brazos abiertos y el corazón tranquilo.”

Y ese hijo que en el momento de cumplir el más grande, el más bello, el más santo de los deberes del amor filial, cruzaba por su mente, y un momento lo hacía acordarse de la grandeza de su sacrificio, ese hijo para quien ellos querían comprar Patria á tan costoso precio, era yo. . . . Oh! si hubieran podido adivinar el porvenir!”

VIII

“Aunque era muy niño fueron tales las impresiones que sentí que no las pude olvidar durante mi vida, y morí con ellas.

La situación de mi madre era espantosa, era más fuerte de lo que la naturaleza humana puede resistir. Ella sabía que su esposo se había salvado, porque en aquella época dos años de presidio eran la salvación; sabía al mismo tiempo que su padre político estaba condenado á muerte, pero haciendo la debida parte de los sentimientos de la esposa y los de hija política, lloraba lágrimas amargas sin duda, pero no tanto como hubieran podido serlo al tener que lamentar una doble desgracia como ella lo había temido.

En aquellos momentos sabe que su esposo está en capilla, y que será su suegro quien salga para el destierro; y yo no sé si adivinó con esa sublime penetración de la esposa, ó cómo supo la equivocación que iba á hacerla viuda, cortando del todo un porvenir que pocos años antes parecía inmenso.

Oh! qué horas de angustia, de dolor, de incertidumbre! — Con una sola palabra que ella pronunciara podía cambiarlo todo: volver á poblar el hogar que ya veía enlutado y desierto, restituir á sus hijos un padre cuando ya los veía huérfanos. Pero esa palabra, la pronunciaria? ¿haría estéril el sacrificio que su esposo se imponía con gusto en cumplimiento de un deber? ¿Sería ella quien hubiera de presentarse en la mitad de su camino para decirle: No, tú no eres el condenado á muerte, tú estás salvado; — quien debe morir es tu padre? Si pronunciaba esa palabra era para salvarlo, es cierto; pero al salvar al hijo mataba al padre, y el hijo no le perdonaría su orfandad ni le agradecería la vida que él quería y debía sacrificar noblemente.

¿Puede idearse una situación más espantosa? Los sufrimientos morales en una de aquellas horas, los hombres pueden no comprenderlos, no admirarlos, olvidarlos más tarde; pero Dios los ve, los cuenta, y da fuerzas para triunfar en la lucha, y prepara recompensas para la victoria. Aquella santa señora no habló; confirmó y aceptó en su corazón el doloroso sacrificio; lloró en silencio la pérdida del lote de felicidad que creía que Dios le había destinado en el mundo; abrazó á sus hijos con un amor, con una ternura como si aquel fuera el último abrazo; y más tarde cuando veía á mi madre con ese aire de tristeza y de resignación que la acompañó siempre, me dije más de una vez: — Pobre mi madre! ella también ayudó con su inmensa amargura de aquellas horas y con su tristeza de toda la vida, legado de aquella impresión, al rescate de esta Patria que tanto amamos....

IX

Estas escenas pasaban el 21 de Noviembre de 1816. Al día siguiente el sentenciado debía ser pasado por las armas. Lo sacaron de la prisión, conduciéndolo al lugar acostumbrado para las ejecuciones. Habían caminado una cuadra cuando el auditor de guerra fué advertido de la equivocación que había sufrido, por uno de los miembros del Consejo permanente que veía desfilar el fúnebre cortejo.

El auditor en vez de regresar con el preso, de notificar la sentencia al verdadero penado y de llenar todas las fórmulas acostumbradas y prescritas, juzgó más conveniente hacer detener la escolta, voló á la prisión, notificó la sentencia á don Francisco Morales, padre, lo hizo confesar á medias por alguno de los sacerdotes que siempre había en aquella cárcel, y custodiado por algunos soldados de la guardia alcanzó la escolta que conducía al hijo.

Este caritativo funcionario creyó que no se debía privar al pueblo del espectáculo que se le había ofrecido para aquel día, y que una vez que se había anunciado que habría fusilado, era menester que lo hubiera. Por otra parte, no se debía perder la ocasión de que aquel día era de mercado, y por consiguiente de numerosa concurrencia, y estos días eran preferidos, porque como se proponían hacer en los patriotas un ejemplar castigo, era conveniente que hubiera el mayor número posible de testigos. Además, el auditor no podía tener ningún temor de incurrir en ninguna responsabilidad, pues si había sufrido una equivocación la remediaba al punto; y si bien es cierto que había suprimido algunas formalidades, nunca la ligereza en los procedimientos y el aumento de crueldades habían sido vistos con malos ojos en el ejército expedicionario.

Una vez incorporado el REO en la escolta que iba á consumar la ejecución, el funcionario hubiera podido y debido hacer devolver al que iban á sacrificar por equivocación; pero éste comprendiendo á su modo el sentimiento que impulsaba al hijo que aceptaba la muerte para separarla de la cabeza de su padre, fué bastante miserable para imponerle como castigo de aquella laudable tentativa, la pena más horrosa que el patíbulo, de que presenciara la ejecución de su padre. Si fuera posible creer que un hombre no fuera hijo de nadie, yo creería que este *digno* auditor no había tenido padres, pero por lo ménos estoy seguro de que no los conoció, y me parece evidente que Dios no le dió á él el indecible placer de recibir una caricia de un hijo.

¿Puedes figurarte lo que pasaba en el alma de aquel pobre hijo, que no sólo había consentido en morir sino que deseaba que la hora llegara pronto, temiendo que sucediera lo que sucedió, que todo fuera perdido? ¿Calculas su amargura después de que todos sus pensamientos estaban concentrados en una sola idea fija, invariable, salvar á su padre; y que cuando ya lo cree conseguido, cuando la marcha al patíbulo es para él un triunfo que lo hace olvidar todo lo que abandona, en la mitad del camino lo detienen para decirle: — Has consentido en morir por salvar á tu padre; conoces ya los horrores de la capilla; marchabas sereno al patíbulo, pero no eres tú quien debe morir, aguarda!.... y presentándole á su padre maniatado, le gritan: Despidete!.... pero quisiste burlar la justicia, ven á verla cumplir;” y lo arrastran, y á su vista sientan á su padre en en el banquillo.... Oh! es horroroso!

Estando allí, don Francisco hizo acercar á su hijo, y abrazándolo estrechamente le dijo: “Adios, Francisco; Dios te recompense el noble sacrificio que intentabas hacer; lleva mi último abrazo á todos los míos, y diles que no duden que la Patria ha de renacer más fuerte que antes, porque son los GODOS los que levantan los cimientos y los amasan con nuestra sangre! dile á Antonio....” no se oyó más; la caja redobló; sepa-

raron al hijo que cayó de rodillas, cubriéndose la cara para no ver aquel horrible espectáculo, y un instante después sonó la descarga mortal. No hay exageración en decirte que había allí dos cadáveres: el de don Francisco Morales, atado al patíbulo, y el de don Francisco Morales Galavis, su hijo, cadáver con movimiento, á quien volvían á conducir á la prisión; pero siquiera al primero lo habían matado lisa y llanamente; en tanto que al segundo lo habían matado dos veces, haciéndolo apurar todos los horrores de los preparativos, haciéndolo presenciar la ejecución de su padre, y para colmo de crueldad haciéndole el triste presente de la vida.

Aquellos dos hombres sufrían tan terrible muerte física y moral; ¿por qué? — por patriotas. — ¿Cómo se llamaban los verdugos? — los godos!! Oh! qué nombre!....

X

No me detendré en episodios y en pormenores porque el tiempo urge; ni te hablaré de mí porque es inútil para mi objeto; únicamente te recordaré que en el año de 1816 apenas salía yo de la infancia; que estas fueron las primeras impresiones de mi vida, esas que tú sabes que no se olvidan nunca; que mi adolescencia pasó en medio del torbellino de la guerra magna; que no oía hablar sino de Bolívar, de Patria, de Gloria; que me dormía oyendo las hazañas y los horrores de don Antonio Morales que quería vengar la muerte de su hermano y que respiraba sangre; en fin, me crié entre el odio á los pacificadores, y que la primera flor que brotó en mi alma fué una flor negra, una flor sin perfume, que se llamaba: odio á los godos!

Entre aquella época y el año de 1861 traza una línea negra, esa es mi vida; para lo que tú tienes que narrar mi vida no es otra cosa que el guion que une dos fechas.

XI

Cuarenta y cinco años después, realizado yá el sueño de la Patria, libres, independientes, aunque agitados por las guerras civiles, la Nación tenía yá un nombre, y propio; había una constitución que sus hijos se habían dado; había un gobierno republicano elegido por el pueblo y á quien el pueblo encargaba de sus destinos. Pero la República estaba dividida en dos bandos: estalló la guerra civil, los revolucionarios triunfaron, y la bandera de la Confederación fué arriada, el Gobierno legítimo disuelto, y sus defensores aprisionados.

Al día siguiente por la tarde, el 19 de Julio de 1861 (la misma fecha en que mi abuelo y mi padre habían sido conducidos á la prisión) tres hombres eran llevados á una de las plazas de los arrabales de la ciudad. Un batallón entero los custodiaba; la banda de música que iba á la cabeza del batallón tocaba á grande orquesta los alegres aires populares del

bambuco; de cuando en cuando los cohetes se elevaban al cielo en señal de regocijo, y numeroso concurso los seguía.

Entre algunos de los que los rodeaban se oía una curiosa discusión: — “Los van á fusilar,” decían unos; — “No es posible,” replicaban otros; y lo juzgaban imposible porque no habían sido juzgados ni por un simple consejo de guerra, y no habiendo sido sentenciados no podían ser ajusticiados. Los pasearon así por las principales calles de la ciudad, y al fin los condujeron al lugar designado para la ejecución. Allí encontraron un batallón que ocupaba uno de los lados de la plaza; en el del frente estaba tendido en batalla un escuadrón; el batallón que conducía á estos tres hombres ocupó el primero de los dos lados que quedaban libres, y al opuesto fueron conducidos los REOS en medio de numerosa escolta.

Llegados allí los colocaron cerca de la pared; pero como por allí corría una pequeña acequia y la escolta debía quedar cómoda, quedó tan cerca que al tender las armas, en las cuales habían dejado colocadas las bayonetas, éstas les tocaban el pecho.

No hubo demora ninguna; ¿para qué se habían de demorar? — todo estaba preparado: había tres víctimas y el número suficiente de verdugos; eso es cuanto se necesita para una ejecución; — se oyeron las voces de “Preparen — Apunten.”.... pero en vez de dar la tercera, el oficial mandó retirar las armas y que la escolta diera tres pasos atrás; mientras que ejecutaban esta difícil maniobra, la música seguía tocando el bambuco y los cohetes se elevaban al cielo: — era una fiesta.

Colocada la escolta en el punto que el jefe juzgó oportuno, dió pausadamente las tres voces de “Preparen — Apunten — Fuego!” pero al dar la última fué interrumpido por el sarjento que le recordó que las armas no estaban cargadas, y hubo necesidad de cargarlas delante de las víctimas: estos son detalles de crueldad que antes no se conocían en el país: — es un progreso.

Cargadas las armas, con lujo de golpes y ruido de baquetas, el jefe repitió las tres voces; sonó la descarga, y tres cuerpos, horriblemente mutilados, rodaron por el suelo.

Uno de aquellos tres cadáveres era.... el mío!.... Mira!....”

Y descubriéndose el pecho me mostró un agujero negro, profundo, en el lugar del corazón: las balas le habían levantado la parte del pecho que lo cubría.

XII

La sombra guardó silencio un momento, y luego continuó:

“Consumado el sacrificio, desfilaron las tropas, teniendo cuidado de que la caballería pisoteara nuestros cadáveres, y detrás de las tropas desfiló la turbamulta que nos pisaba é insultaba al compás del bambuco: — la fiesta continuaba.... pero, qué fiesta!

El alma, desprendida tan violentamente de mi cuerpo, flotaba en el espacio, contemplando con horror mis vestiduras mortales, y aquella escena salvaje que ni en sueños había visto durante mi vida. Muerto yá, cuando mi cadáver no tenía ni esos últimos sacudimientos nerviosos que

son el último esfuerzo de la materia, cuando ya no hay nada que la anime, hubo un momento en que mi alma se agitó en el espacio; y por la influencia que todavía conservaba sobre mi cuerpo, mis carnes se estremecieron de indignación:—en aquel momento se oía un grito sordo al cual contestaba numeroso coro; la palabra de orden era: ¡Mueran los godos!....

Y yo también he pronunciado ya la palabra terrible.... Llámame godo, á mí! á mí, nieto de dos próceres, hijo de un mártir, teniendo por madre á quien tal vez fué quien más sufrió en la terrible emergencia de 1816!.... A mí! criado en el amor de la Patria y en el odio á sus opresores!.... y llamado así, por quiénes? Ah! en mi estado actual ya no puedo sentir ni indignación; lo que ahora ves en mí no depende sino del roce que en este momento tengo con las cosas de la tierra; pronto las habré olvidado, y para siempre;—pero tú que habitas en el mundo, que sientes con toda la fuerza de la materia la terrible impresión que yo sentía á medias en aquel segundo en que flotaba entre la vida y la muerte, levántate, y en voz bien alta gritales en mi nombre:—Villanos! conténtaos con mi vida, pero no me insultéis!

Pasado aquel segundo di una última mirada á mi cuerpo, que quedaba abandonado entre un pozo de sangre; divisé á mi anciana madre, y quise llamarla á mi lado; vi á mis hijos, y los bendije; y después de pagar este último tributo á la naturaleza, me sentí arrebatado en el espacio para ir á dar á Dios cuenta de mi vida, mientras que EL llama á mis verdugos á darla de la suya.

Allí encontré á mi abuelo, á mi padre, á mi tío, que se sacrificaron por darme Patria, y la que me cupo en suerte fué tan estrecha que no alcanzó sino para mi banquillo, pero no para mi tumba, porque todos los días me sacaban de mi sepultura para que ocupara mi lugar alguno de los vencedores:—yo era godo! y ellos, al ver lo que pasaba en la tierra, me decían:—la mayor fortuna que tienen los hombres es no poder adivinar el porvenir.... Ah! si lo adivinaran!....

XIII

Pronto mi madre vino á nuestro lado: hasta su alma conservaba el aire de tristeza y de resignación que no la había abandonado durante su vida. Su llegada fué para mí un gran placer: ella no había podido soportar las nuevas penas, y rendido su cuerpo disfrutó al fin de la felicidad que tanto mereció en la tierra, y de la que disfrutó tan poco. Ella, nacida en la opulencia, mimada por los suyos, criada y viviendo entre sonrisas, las había visto desaparecer una por una, y llegaba á la ancianidad en un estado cercano á la indignidad.

Tú sabes sus sufrimientos, conoces los merecimientos de su familia, pero ignoras cómo la recompensó la Patria, cómo vino magnánimamente en su ayuda para hacer menos malos sus últimos días, pero sábelo ahora: el 19 de Julio de 1861 mi madre enferma, anciana, pobre, al cumplir sus 71 años, recibía una recompensa, un obsequio que el dueño de la Re-

pública le daba en recuerdo de los merecimientos de los mayores:—era el cadáver de su hijo, abandonado en un lugar inmundo é insultado con un epíteto infamante por una turba que no comprendía lo que gritaba.

Mi abuelo, severo como siempre, le decía á mi padre:—¿Qué te parece el porvenir y la Patria que te anunciaba para tu hijo? Mira hoy lo que el porvenir nos reserva:—á mí, el patíbulo; á ti, el horror de presenciar mi muerte; á tu esposa una larga vida de amargura; á tu hijo, el mismo banquillo que me correspondió á mí, pero bastante más infame que el mío; y para coronar la obra el epíteto de godo, manchando nuestro apellido.... ¿No es cierto que es mejor no poder adivinar el porvenir?

XIV

La sombra calló, y yo no me atreví á romper el silencio....

Un momento después la pieza que ocupábamos se llenó de ruidos, se inundó de luz, y la sombra extendiendo la mano en dirección de la puerta, me dijo: Mira!

Miré, y vi una larga procesión de fantasmas; iban todos dejando ver la sangre sobre la túnica ó niebla blanca que los cubría; marchaban adelante los noventa y nueve fusilados de Barbacoas; venían en seguida Agualongo y sus compañeros, con la mirada torva y el ceño amenazante; tras ellos reconocí á los indios pastosos que dejaban arrastrar el dogal que pendía del cuello. En pos de éstos, y á corta distancia, se arrastraban unos cuantos fantasmas, cansados, rendidos por la fatiga, muertos porque la jornada había sido demasiado larga, y el cansancio se castigaba con la muerte; y al fin de esta lúgubre reunión se destacaban en la sombra que los rodeaba, porque venían lejos, nobles y altaneras figuras, pero que volvían los ojos á otro lado ó se ocultaban la cara con disgusto. Cerraban la marcha Aguilar, pensativo; Hernández, triste; Ibáñez, sonriendo; Arbolada, con la figura erguida y la mirada fija, altanera, penetrante. — Entre Aguilar y Hernández había un lugar vacío.

La desfilada continuaba lentamente, y cuando ya se acercaba el grupo que más me había llamado la atención, no pudiendo contener mi curiosidad le pregunté:

—Y esos que se ocultan la cara, ¿quiénes son?

—El primero, me contestó la sombra, es Córdoba, que no mira nunca á la tierra porque.... ¿qué había de ver en ella?.... él mira siempre á lo alto para consolarse viendo á su hermano, porque sabe que la gloria de aquél fué tan grande que su reflejo cubre el nombre de entrambos y lo custodia.—El segundo es Jaramillo, que recuerda los días inmortales en que el apellido de sus compañeros era pronunciado como prenda de triunfo, y tiene á honor haber unido el suyo lo mismo en el fragor del combate que en el horror del patíbulo. El otro es Robledo, que salvado de la descarga mortal de Cartago, al levantarse gritando “Soy libre,” lo volvieron á sentar en el escaño fatal para fusilarlo segunda vez; él no ha alcanzado á darse cuenta de la crueldad de su verdugo, y esa idea lo preocupa.

—Y ¿á dónde se dirige esa fúnebre procesión?

—Nosotros no hemos olvidado nuestra nacionalidad, y cumpliendo un deber de civilidad, yá que estamos en la tierra, vamos á hacer una visita nocturna al jefe de la República y á los que, olvidándose de las víctimas y del victimario de alguna época, no hallan en su corazón sino desdén para las primeras é insultos para las últimas.

Los últimos fantasmas se acercaban.

La sombra se levantó, y cogiendo una de mis manos me dijo:

Adios!.... yá para mí no hay espacio ni tiempo; y sin embargo me parece que las horas que he estado á tu lado han sido muy cortas ó han pasado demasiado pronto.

—¿Volverás algún día?

—No lo sé; después de la muerte, Dios permite una vez que los muertos vuelvan á la tierra en cumplimiento de alguna promesa hecha en vida, ó de alguna misión que EL da. Cumplida hoy la nuestra, porque hoy es nuestro día, el día de las Animas, volveremos á nuestra morada, después de ir á pedirle á Dios....

—Venganza? le interrumpí.

—Nó! me contestó secamente: ¡cómo se conoce que estás en la tierra! Nosotros no pediremos ni justicia, porque en la tierra es costumbre confundir la justicia con la venganza; iremos á pedir á Dios perdón para nuestro verdugo.

En ese momento pasaban los últimos fantasmas;—la sombra se acercó más á mí, y casi en el oído me dijo:—Hasta el valle de Josaphat! y un segundo después lo ví ocupando el lugar que estaba vacío entre Aguilar y Hernández.

—Pero antes de irte, le grité: —una palabra más:—dime algo del porvenir, de lo que se le espera á esta Patria, á quien estoy seguro que amas á pesar de todo.

Y la sombra, perdiéndose yá en el espacio, me contestó:

Insensato!.... olvidas que la mayor felicidad del hombre en la tierra es ignorar el porvenir? ... Oh! si lo supiera! si lo adivinara!....

1.º de Noviembre de 1866.

FIN

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100064282

**SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL**
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

